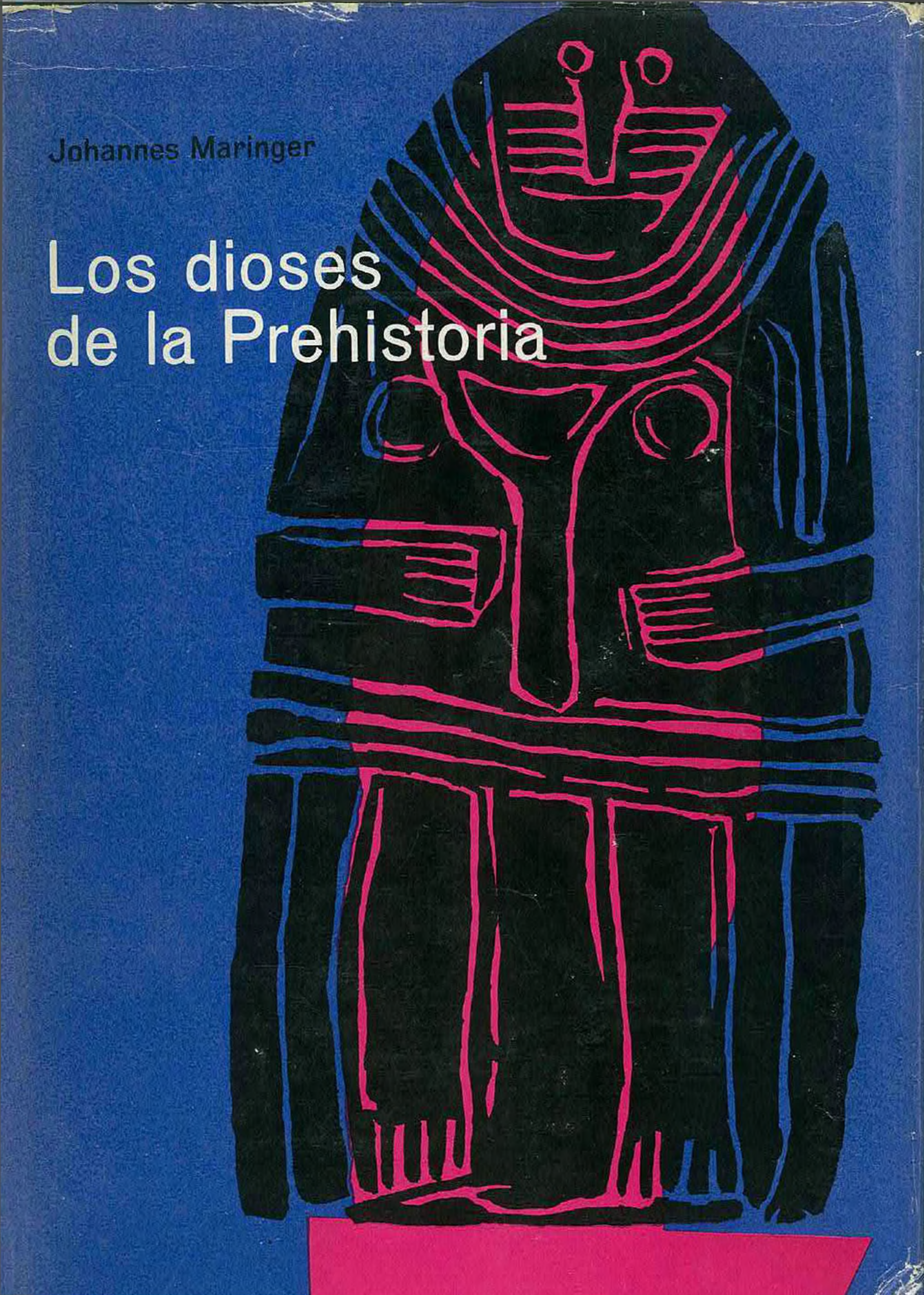
Johannes Maringer

Los dioses de la Prehistoria



JOHANNES MARINGER

LOS DIOSES DE LA PREHISTORIA

Las religiones en Europa durante el paleolítico

EDICIONES DESTINO - BARCELONA

Traducción del alemán por

JAIME GASCÓN

Título de la edición original:

VORGESCHICHTLICHE RELIGION

RELIGIONEN STEINZEITLICHEN EUROPA

Primera edición: noviembre 1962

Número de registro 280 - 1962

Depósito legal: B. 27.809 - 1962

Talleres Tipográficos ARIEL, S. A. - Berlín, 46-50 - Barcelona

A mis difuntos maestros los profesores
Dr. Hugo Obermaier 1877-1946
Dr. Wilhelm Schmidt 1868-1954

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA

Este libro apareció por primera vez el año 1952, bajo el título: "De Godsdienst der Praehistorie", en la colección: "De Godsdiensten der Mensheid" de la editorial J. J. Romen & Zonen, Roermond en Maaseik, Holanda, y el éxito que alcanzó, no solamente entre los lectores y especialistas de aquel país, sino incluso allende las fronteras, sobrepasó las esperanzas del autor. Quedé muy reconocido a los elogios y muy satisfecho de las discusiones que su aparición suscitara, aun cuando en estas últimas se pretendiera demostrar que se había exagerado un tanto la importancia de los resultados observados en el curso de las investigaciones en el campo de la etnología y de la historia de la civilización. He aquí las propias palabras de uno de los críticos, Karl J. Narr: "En este terreno (historia de la religión en Europa durante la Edad de Piedra), el autor se toma tan en serio el aprovechamiento y la valoración de los resultados de las recientes investigaciones sobre la historia de la civilización, que convencerá a más de uno. Si se tiene en cuenta de qué manera acostumbrábase a tratar la religión prehistórica en manuales y libros de texto, de veras deseamos la máxima difusión al excelente libro de J. Maringer".

La edición alemana ha sido cuidadosamente revisada y ampliada. A la luz de los últimos descubrimientos he procurado poner el libro al corriente de la situación actual de las investigaciones, por lo menos en cuanto me ha sido posible efectuarlo así desde tan lejos. Desde que entregué a la imprenta el manuscrito para la edición original holandesa ha aumentado considerablemente la literatura relativa a la religión y al mundo espiritual prehistórico, según se desprende de una ojeada a la extensa bibliografía que figura al final de este volumen.

Como en el prólogo de la primera edición holandesa, también en ésta quisiera hacer observar que mi obra no es más que un ensayo preliminar en este campo de la ciencia, y que para más tarde, cuando quede libre de las tareas y obligaciones que me retienen al otro lado del mun-

do, es mi intención poner nuevamente mano a la obra y tratar el asunto a fondo. Confío de todos modos que, hecha esta salvedad, el libro en su redacción actual alcanzará ampliamente el objetivo que me he propuesto.

Esta edición alemana la dedico, como testimonio de agradecimiento, a mis inolvidados maestros, los profesores Dr. Hugo Obermaier y doctor P. Wilhelm Schmidt S.V.D., decanos de las investigaciones prehistóricas desde el punto de vista etnológico e histórico-evolutivo.

No quisiera terminar sin dejar constancia de mi agradecimiento a los señores editores J. J. Romen & Zonen y a su director M. L. van den Born el esmero con que han hecho posible esta edición alemana, y a mi amigo de siempre, el Dr. H. Philippi, de Friburgo (Suiza) que colaboró conmigo en la revisión del manuscrito alemán.

J. MARINGER

Tokio. — Pascua 1958.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Los descubrimientos del arte rupestre, como el conocimiento de las producciones artísticas de los pueblos primitivos actuales, han revestido una singular importancia para la formación de los criterios estéticos del mundo contemporáneo. Los cánones que al respecto regían hasta hace poco más de cincuenta años eran todavía los originados en el mundo grecorromano. Las historias del arte empezaban con el arte griego y sólo eran aludidos de tiempos anteriores los fenómenos aislados de Egipto y Mesopotamia, que se consideraban lejanos, exóticos y sin relación con el mundo occidental. A partir de 1900 fue saliendo de las cavernas un sorprendente arte animalístico, desnudo, descuidado a primera vista, pero vigoroso y maravillosamente conjugado con su soporte inesperado: las cortinas estalagmíticas y las superficies de arcilla fósil del mundo troglodítico. Hombres beneméritos como Marcelino de Sautuola, Henri Breuil, H. Alcalde del Río, el conde Bégoüen, Juan Cabré, H. Obermaier y otros, proporcionaron a la Humanidad esas fantásticas pinacotecas que son Altamira, Font de Gaume, Covalanas, Candamo, Lascaux, La Pileta, Pech Merle, etc.

Pero el hallazgo de Altamira y los descubrimientos ulteriores aportaron otra novedad de gran importancia al moderno mundo de las ideas. El concepto que se tenía a fines del siglo XIX del hombre paleolítico y de su mentalidad influyó en el hecho de que Altamira y los primeros descubrimientos no fueran considerados auténticos. Su elevado valor estético y su elaborado gusto artístico no concordaba con la imagen entonces corriente de unos seres hirsutos y salvajes preocupados sólo por la búsqueda de la cotidiana subsistencia y por la vida material. El hombre se presentaba como intelecto plenamente desarrollado, con admirables capacidades artísticas y con superiores preocupaciones de orden espiritual. Al enjuiciar estos aspectos no hay que olvidar las penosas condiciones de su existencia, ni tampoco cometer el pecado de orgullo de quererlos examinar con los restos de mentalidad antropocéntrica, tan

decimonónica, o, en el otro extremo, quererlos identificar con los más atrasados primitivos actuales.

Que el arte rupestre paleolítico está en estrecha relación con la religión de los hombres que lo crearon es un hecho que nadie se atrevería a poner en duda. Pero la naturaleza de esta actitud religiosa en su detalle es cosa ya más difícil de aprehender. Facilitar el acercamiento a ese mundo incógnito es lo que pretende este libro. Al final del mismo el lector conocerá algo de lo que fue la religión de los "grandes cazadores" y de sus liturgias mágicas. Porque la "magia de caza" estaba en la base misma de la vida del hombre paleolítico. En ninguna otra época posterior la caza volverá a ocupar un lugar tan importante entre las preocupaciones humanas. Con lo que denominamos "magia de caza" nos encontramos con las primeras manifestaciones que hacen al hombre digno de llamarse así: la caza y el sacrificio, la pieza cazada y la divinidad, el temor y la veneración, la fe y la gratitud. La caza es el fundamento de la más remota etiqueta por nosotros conocida y el arte del Paleolítico superior atestigua seguramente una nueva orientación espiritual distinta a la que había imperado entre los homínidos del Paleolítico inferior y medio. Sin duda hay que admitir que la magia de caza tal como la conocemos por el arte del Paleolítico superior no era la primera cronológicamente y es probable que hubiera estado precedida de un estadio premágico, en el que los homínidos efectuaban un cierto número de acciones (mímica mágica) que les parecían útiles, sin que tuviesen un sentido profundo. De todo ello, y de los datos materiales que proporcionan las sepulturas y los hallazgos arqueológicos, se ocupa la obra que el lector tiene en sus manos. Y también de las revolucionarias ideas que trajo consigo la revolución neolítica, punto de arranque de las religiones de resurrección cuyo modelo se encontraba de manera vívida en el ciclo de la vida vegetal.

Permítasenos, antes de terminar esta breve introducción, decir alguna cosa acerca de la personalidad del autor. Tuvimos la suerte de conocer al profesor Johannes Maringer hace unos cuantos años cuando vino a España para conocer *de visu* nuestras obras de arte rupestre, tanto el troglodítico como el levantino. Este último le impresionó grandemente por su dinamismo y por su riqueza en figuras humanas. Después hemos tenido ocasión de convivir con él en varias reuniones internacionales y hemos admirado sus profundos conocimientos y su bondad ante actitudes que no compartía. ¿Quién es el Prof. Maringer? Nacido en Colonia en 1902 — sacerdote desde 1931 —, pertenece a la orden religiosa del Verbo Divino, dedicada a los estudios etnológicos y antro-

pológicos que tanta influencia ha tenido sobre los modernos estudios en dichos campos a través de la escuela "histórico-cultural" del padre W. Schmidt y su Instituto Anthropos, ahora en Friburgo. Además, el P. Maringer contó con otro maestro excepcional: el Prof. Hugo Obermaier, alejado de España en los años de nuestra guerra y en los inmediatos. Incluso se podría decir que su dedicación a la Prehistoria se debe al imperativo de proseguir la escuela de aquel gran sabio que fue profesor de la Universidad de Madrid. Precisamente, se debe a nuestro autor, en colaboración con H. G. Bandi, a título de "últimos discípulos" del Prof. Obermaier, la realización de una obra sobre el arte rupestre que éste había proyectado y que se convirtió en realidad en un importante y hermoso libro denominado *L'Art Préhistorique* (ediciones en varios idiomas de 1952 a 1955). Profundizó su formación como arqueólogo en una serie de excavaciones en diversos países — Suiza, Italia, Francia y Alemania — y en varios grandes viajes por Europa, América y especialmente el Lejano Oriente. Estos últimos — Formosa, Filipinas, Siam, Cambodje —, pero sobre todo su estancia de siete años en el Japón, donde fue catedrático de arqueología prehistórica en la Universidad de Nazan (en Nayoga) y director del Instituto de Arqueología de Ichikawa (cerca de Tokio), le han convertido en uno de los mejores especialistas europeos de la prehistoria extremoriental y es de esperar que muy pronto conoceremos los frutos de la misma en una espléndida obra de conjunto. Hasta ahora el Prof. Maringer ha escrito una serie de trabajos monográficos sobre la prehistoria de Mongolia y sobre excavaciones de períodos anteriores al neolítico en el Japón. Y este hermoso libro que el lector tiene en las manos, que no dudamos en calificar de estupenda síntesis acerca de la religión de los hombres fósiles. Certifican nuestro aserto las numerosas ediciones que del mismo se han hecho: alemanas, inglesas, francesas, italiana e incluso una japonesa que constituye una hermosa joya bibliográfica.

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ,
Conservador del Museo Arqueológico de Barcelona

I. PREHISTORIA E INVESTIGACIONES RELIGIOSAS

1. El descubrimiento del mundo prehistórico

Perspectiva histórica de la antigüedad. — Las investigaciones realizadas por los prehistoriadores han permitido ampliar en proporciones hasta hace poco insospechadas nuestro horizonte histórico. Antes de que se iniciaran tales investigaciones, este horizonte alcanzaba apenas una profundidad de seis a siete milenios, y lo limitaban el Delta del Nilo por un lado y Mesopotamia por el otro. Esta estrecha zona de Oriente fue escenario de la primitiva vida histórica y de la "máxima profundidad" cronológica. O sea que se negaba categoría histórica a todo lo que había precedido a las antiguas civilizaciones de sumerios, babilonios y egipcios, y lo que es más, incluso a los pueblos y razas que no se habían mezclado directamente a su historia.

Hace tan sólo tres o cuatro mil años que el horizonte histórico se ensanchó lo bastante como para abarcar también la cuenca del Mediterráneo en la que surgieron griegos, fenicios y romanos como potencias históricas. A Europa Occidental no le llegó el turno hasta mil o dos mil años más tarde, y todavía no en su totalidad, pues sus regiones norteñas y orientales tuvieron que esperar, en parte, otro milenio para incorporarse a nuestra historia.

Esta concepción de la historia ¿en qué se fundaba? Sencillamente, en el supuesto de los historiadores del siglo pasado, según los cuales la historia de un pueblo empieza con el primer documento escrito que de ellos se posea. En una palabra, las puertas del universo histórico se abrían para un pueblo solamente cuando estaba en condiciones de fijar por escrito su nombre, sus leyes y sus costumbres o, lo que es lo mismo, de dejar constancia de su vida en los acontecimientos de la historia. Las fuentes en que los historiadores se inspiraban para basar sus teorías eran exclusivamente gráficas: inscripciones sobre piedra y bronce, tablillas de arcilla y papiros, sigilografía y numismática, recopilaciones de leyes, crónicas, tratados, relaciones de contemporáneos y cualquier otra clase de

documentación antigua o moderna. En realidad, el investigador histórico se encontraba como en su casa en los museos, rodeado de las colecciones de monumentos gráficos de las épocas más remotas, y en las bibliotecas de los conventos con sus tesoros de manuscritos, clásicos antiguos y crónicas, sin olvidar los archivos nacionales y los familiares.

Pero resulta que a tenor de la ecuación: pueblo histórico = a pueblo con escritura, quedaba excluida de la historia la mayor parte de la humanidad. En este vacío histórico se catalogaba a innumerables pueblos y razas por el solo hecho de no poseer escritura propia, aun cuando ello no les hubiera impedido existir y poblar extensiones considerables de la tierra. No hace falta remontar a dos milenios para ver emerger del mismo vacío histórico a casi todos los pueblos que constituyen nuestro mundo histórico moderno. Si retrocedemos cuatro milenios, nos encontramos en los inicios de las ya desaparecidas civilizaciones orientales. Tal vez podamos atravesar en la penumbra de las primeras manifestaciones arcaicas una zona de otro milenio, o dos todo lo más, pero a partir de entonces se cierne sobre toda la humanidad la lobreguez de la prehistoria.

La Pre-historia. — Además de prestarse a confusión, es presuntuoso querer excluir de la historia este pasado remoto, por cuanto la historia es tan vieja como la misma humanidad, la cual ya empezó a figurar en la historia a partir de la aparición del primer hombre sobre la tierra. Con la aparición del hombre fue la tierra la escena natural de su historia y los primeros pobladores sentaron las bases de nuestra cultura, la cual fue desarrollándose paulatinamente de generación en generación, y aun cuando tal desarrollo fuese en un principio poco menos que imperceptible, el engranaje de la civilización, y por ende el de su historia, estaba ya en marcha.

Es más, en las antiguas agrupaciones de la humanidad arcaica, con sus constantes migraciones, mezclas y otros fenómenos colectivos, encontramos ya los primeros indicios de la historia social e incluso política. Puede decirse, con razón, que cada vez que aparecen vestigios gráficos de un pueblo es porque este pueblo ya tiene en su haber un bagaje cultural que acabó por salir a la superficie y que se manifiesta en leyendas de un pasado agitado, a menudo turbulento.

Con sus civilizaciones rudimentarias, sus mitos y sus leyendas heroicas, pueblos "sin historia", contemporáneos nuestros, han demostrado a los viajeros que recorren sus territorios que también ellos pueden alardear de un pasado histórico.

En otras palabras: el concepto de tiempo sin historia carece de sentido, y la idea de una humanidad "prehistórica" solamente podía existir en la mente de los historiadores del siglo pasado. En realidad, las viejas tesis, todavía parcialmente en circulación, se basan únicamente en la necesidad en que se encontraba la ciencia de poder apoyarse en documentos gráficos para seguir las huellas de la historia.

Los documentos no faltan. Están a nuestro alcance. No han sido trazados siempre con el buril o la pluma sobre piedra, cobre, papiro o pergamino. Han llegado hasta nuestros días escondidos en el subsuelo que los ha conservado frecuentemente intactos para la posteridad. De este archivo natural y grandioso han tenido que ser desenterrados. Son armas, herramientas de piedra, de hueso o de metal, objetos de cerámica, restos de poblados y de fortificaciones. En una palabra, vestigios del pasado real de la humanidad que la madre tierra ha guardado durante milenios en su seno. Tales vestigios solamente podían ser "cosas", que han podido conservarse debido a su inalterabilidad y a menudo también gracias a su favorable situación que durante muchos siglos les ha permitido resistir los embates de las fuerzas destructoras desencadenadas en las mismas entrañas de la tierra. No solamente nos hablan de los aspectos materiales de las civilizaciones desaparecidas, sino que en muchos casos constituyen la expresión superior de su existencia. Así, por ejemplo, las sepulturas nos dan una idea de sus creencias con respecto a los muertos, lo mismo que los recintos fortificados nos permiten evocar gestas guerreras ligadas a organizaciones políticas. La forma variada y la decoración de las cerámicas revelan los gustos y los usos que, según las épocas, las regiones y los pueblos, determinaron la diversidad de los modelos y la manera de utilizarlos.

Estas reliquias representan para la ciencia histórica más que un complemento de la documentación gráfica, pues la fuerza de persuasión de los hallazgos arqueológicos no le va a la zaga a la de los documentos escritos, con la ventaja sobre éstos que son fuentes históricas que no cesan de transmitirnos su mensaje, incluso cuando el caudal de las fuentes gráficas hace tiempo cesó de manar. Gracias a la arqueología podemos imaginarnos el pasado más remoto del género humano, un pasado con mucho, anterior a la invención de la escritura. El reconocimiento de esta realidad era un supuesto previo para la exploración científica de la prehistoria.

El descubrimiento de la época glaciar de la humanidad. — Pero, para poder seguir adelante, era todavía indispensable disponer de otra

perspectiva no menos fundamental. En un principio, los hallazgos arqueológicos tenían solamente el valor de antigüedades o de reliquias puramente nacionales, las cuales, según los países, se atribuían indistintamente a los germanos o a los celtas, puesto que, a juzgar por los viejos mitos y leyendas, que la Biblia parecía corroborar, todo hacía suponer que los albores de la humanidad debieron poco menos que coincidir con los tiempos históricos. Era evidente que el hombre había perdido el recuerdo de su antigüedad geológica, y fue preciso descubrir que ya existía en la época glaciar y que la fauna gigante, cuya especie se ha extinguido hace varios milenios, había sido contemporánea suya.

¿Cómo se llegó a tal descubrimiento?

Un enamorado de la arqueología, el francés Boucher de Perthes, encontró el año 1838, en un depósito de cantos rodados en el lecho del río Somme, no lejos de Abbeville (Norte de Francia), fragmentos de sílex que le parecieron haber sido alterados por la industria humana hasta convertirlos en herramientas primitivas. En el mismo lugar encontró luego, en este arenero, huesos de mamíferos de la época glaciar, lo que le hizo sospechar que el hombre podía haber sido contemporáneo de aquella fauna desde hacía tantos siglos desaparecida de la faz de la tierra, y de los fenómenos geológicos ligados a la historia de los glaciares que cubrían la mayor parte de Europa y Asia.

Boucher de Perthes había tenido dos predecesores en Inglaterra: Conyers (1700) y John Frere (1797), el primero de los cuales había descubierto asociados, en un mismo sitio, huesos de elefante y un hacha de pedernal groseramente labrada. Como buen inglés, hijo de su época, creyó tener ante sí los restos de un elefante del ejército invasor de César, al que algún antepasado de la isla habría dado muerte con aquella tosca arma. Casi un siglo más tarde hallaba John Frere, en una cantera arcillosa de los alrededores de Ipswich, pedernales tallados y huesos de grandes paquidermos. Al momento comprendió todo el valor de semejante descubrimiento y, ni corto ni perezoso, publicó un artículo en la revista "Antiquaries of London", documentando su teoría que el hombre había sido contemporáneo de la fauna desaparecida, cuyos vestigios habían sido hallados mezclados con los objetos procedentes de la industria humana. Pero nadie le hizo el menor caso y sólo mucho más tarde volvieron a acordarse de él.

Boucher de Perthes no tuvo, para empezar, mejor suerte. Por doquier le salió al paso la incredulidad general, ante la cual, empero, no se arredró. Juntó una colección de herramientas rudimentarias de sílex, y luego de haber comprobado, en el curso de sus viajes, que estas herra-

mientas primitivas de sílex aparecían regularmente en lugares muy distantes entre sí, publicó en 1846 el libro que le ha hecho famoso: "*Antiquités celtes et diluviennes*", en el cual daba cuenta de los descubrimientos y exponía sus conclusiones. El mundo científico de la época no se dejaba convencer, y Boucher de Perthes experimentó, a costa suya, cuán difícil es intentar variar las enseñanzas tradicionales, sobre todo cuando las respaldan sobios de renombre. Pero su obstinación logró, finalmente, confundir a todos sus contradictores.

Así, el año 1854 tuvo la alegría de que uno de éstos, el Dr. Rigollot, de Amiens, se pusiera resueltamente de su lado. Este arqueólogo se había trasladado a las graveras de Saint-Acheul, en los suburbios de Amiens precisamente con la esperanza de poder hacerse con pruebas para mejor refutar los argumentos de Boucher de Perthes. Pero sus hallazgos allí resultaron ser idénticos a los de Abbeville. El triunfo fue todavía mucho mayor algunos años más tarde, exactamente en 1859, cuando un grupo de sabios ingleses, entre ellos el famoso geólogo Prestwich, los eminentes paleontólogos Falconer y Plower y el inteligente arqueólogo Evans, visitaron Abbeville y Saint-Acheul para comprobar la autenticidad de los descubrimientos franceses. Después de realizadas una serie de excavaciones por su cuenta, declararon que en las terrazas aluviales del viejo Somme hallaron efectivamente utensilios de piedra junto a huesos de animales extinguidos de la época glaciar y, de regreso a Londres, se pronunciaron categóricamente por Boucher de Perthes y sus grandes descubrimientos. Poco después llevaron a cabo excavaciones en ciertos lugares, a orillas del Támesis, cuyos nombres figuraban en los papeles legados por el olvidado John Frere. El éxito coronó la empresa, pues también allí dieron con yacimientos semejantes a los del Somme. Ya no quedaba, pues, duda alguna de que el hombre había sido contemporáneo, durante la época glaciar, de elefantes, rinocerontes, hipopótamos, macaroidos y otros animales desaparecidos de Europa desde tiempos inmemoriales.

Esta realidad acabó por imponerla en los medios científicos el inglés Lyell, creador de la geología moderna, con su obra, empezada en 1859: "Geological Evidences of the Antiquity of Man". Este año, por otra parte memorable también por haber publicado Darwin "El origen de las Especies", puede, por lo tanto, ser considerado como el del nacimiento de la prehistoria.

Confirmada definitivamente la teoría según la cual el hombre había sido contemporáneo de la fauna glaciar se abrían insospechadas pers-

pectivas a los innumerables investigadores a los que seducía esta idea. Sucedió una época de actividad febril. Pronto se hallaron vestigios del hombre de la época glaciar en otros lugares de Francia y del sur de Inglaterra, y asimismo en diversos países de Europa. Finalmente, también en los vecinos continentes de África y Asia. De su olvido milenario bajo tierra no sólo resucitaron antiguas civilizaciones extinguidas, sino que se comprobaba su enorme difusión. Se observaron las influencias externas a que dichas civilizaciones estuvieron sometidas y pudo seguirse la trama de sus migraciones determinadas por los cambios de clima. De cuevas escondidas surgió el mundo maravilloso y desconocido del arte de la época glaciar, con todo su ingenuo esplendor y belleza. Mucho más ricas resultaron todavía las civilizaciones posteriores, las más recientes de las cuales empalman con los orígenes nacionales de nuestros modernos pueblos históricos.

2. — La Prehistoria como ciencia

Prehistoria y Etnología. — Se había descubierto el mundo prehistórico del que se ignoraba todo, puesto que ni el recuerdo quedaba, y al lado de la "historia" basada en documentos escritos apareció una ciencia enteramente nueva: La Prehistoria.

Podrá parecer algo peregrino que esta nueva ciencia perpetúe en su mismo nombre el antiguo error que implica la idea de un tiempo sin historia, y por eso mismo algunas veces se ha pretendido, sin éxito, puntualizar conceptos adoptando los nombres de: "Urgeschichte" o de "Frühgeschichte" en alemán, "Paleoarqueología", e incluso "Protohistoria" en español. La palabra Prehistoria ha tomado carta de naturaleza en todas las lenguas; así en francés tienen "Préhistoire", en inglés "Prehistory" y en holandés "Voorgeschiedenis", para no citar más que unos pocos casos. Podemos, por lo tanto, utilizar sin reparo este vocablo porque con él se designa, sin equívocos, a la historia de *antes* de la aparición de la escritura.

Con todo, los estudios de la prehistoria no constituyen la única solución para aclarar las tinieblas del pasado remoto de la historia de la humanidad. Acabamos de mencionar a los pueblos "sin historia" de la actualidad. A su estudio se consagra la etnología, esta parte de la antropología que, comparando y valorando los materiales que le proporciona la etnografía, a menudo se contenta con estudiar las razas y los pueblos

poniendo de relieve sus diferencias físicas y psíquicas, y las leyes de su desarrollo orgánico dependientes de aquéllos. En el fondo no se la considera como una verdadera ciencia histórica; todo lo más como una contribución a la historia contemporánea. Pero dentro del marco de la investigación etnológica existe asimismo una tendencia histórica que se propone explorar ante todo el pasado. Se basa en el supuesto que los pueblos primitivos de hoy, lo mismo que sus culturas, son testimonios que han logrado subsistir, poco menos que invariables del pasado más antiguo de la humanidad. Del mismo modo que los prehistoriadores sacan partido de los hallazgos arqueológicos, la etnología trata de servirse de estos pueblos y de sus culturas para elucidar el desarrollo de la humanidad primitiva.

La antigua etnología evolutiva había ya ideado un esbozo del desarrollo de la civilización humana basándose en realidades etnológicas y partiendo del supuesto que lo inferior e imperfecto precede siempre a lo superior y perfecto, o sea que según el modelo de la evolución biológica en línea recta, desde un estadio común puramente animal a elevándose gradualmente hasta las etapas más avanzadas de la civilización actual. Pero el proceso real del desarrollo de la civilización humana ha sido muy diferente, y el juicio apreciativo, absolutamente subjetivo, del progreso de la civilización no constituye ningún medio histórico de reconocimiento.

La etnología no se utilizó en las investigaciones históricas hasta que en ella pudieron colaborar principios realmente históricos. F. Graebner y W. Schmidt dieron la pauta. La etnología histórico-cultural trabaja sobre bastas comparaciones, tanto de elementos de cultura aislados entre sí, como sobre complejos culturales. Para ello emplea criterios particulares, ante todo criterios de forma y de cantidad, al propio tiempo que algunas reglas generales históricas. O sea que por medio de métodos precisos y de estudios objetivos pretende explicar las migraciones, las analogías, la antigüedad, el desarrollo de los elementos culturales aislados, así como el de los complejos culturales completos. Investiga las diversas formas de las culturas primitivas, para tratar de poner en claro los orígenes diversos y la antigüedad más o menos grande en el tiempo y en la evolución. La etnología comparada ha logrado ya poner en evidencia, en diversas esferas, económica, sociológica, religiosa u otras, una serie de formas de cultura por las cuales tuvo que pasar la humanidad en el curso de desarrollo.

Protocivilización
(fase de los recolectores)
Civilizaciones primarias
(fase de la producción)

Cazadores antiguos (totemistas)	pastores patriarcales	agricultores matriarcales

Civilizaciones secundarias
(mixtas)
Civilizaciones terciarias
(civilizaciones altas más antiguas)

Desde un punto de vista distinto y sin hollar los mismos caminos, la prehistoria y la etnología comparada tienden a un mismo y único objetivo: a la elucidación de la historia más remota de la humanidad, y fácilmente se echa de ver que ambas ciencias colaboran entre sí y a menudo se compensan. Más fácilmente veremos en qué consiste la ayuda que la etnología comparada presta a la prehistoria. Al fin y al cabo, como la meta es idéntica, los resultados deben coincidir.

Volvamos a ocuparnos de la prehistoria, de sus características y de sus procedimientos de investigación.

La prehistoria como ciencia del azadón. — Lo que confiere a esta ciencia su impronta peculiar es la circunstancia de haber tenido que echar mano del pico y del azadón para extraer sus documentos, aparentemente mudos, de los archivos gigantescos de la tierra. Pero con desenterrar los objetos la tarea no hace sino empezar, pues el objetivo principal es la interpretación histórica de los hallazgos.

Es evidente que la primera fase son las excavaciones para hacerse con la verdadera materia prima que deberá ser luego sometida a investigación. Los hallazgos arqueológicos, los restos de civilizaciones desaparecidas, cuyo secreto acaba por librar el subsuelo, constituyen el punto cardinal de la ciencia de la prehistoria: primero dar con ellos y luego sonsacarles su secreto milenario, interpretarlos, es el objetivo del arqueólogo.

Como los vestigios no aparecen espontáneamente a la luz del día,

sino que hay que ir por ellos con la herramienta, con el azadón en la mano, se llama a la arqueología la "ciencia del azadón". En todos los tiempos ha desempeñado un papel primordial en los descubrimientos. La casualidad ha querido a menudo que al labrar la tierra, al roturar un campo, o al extraer la turba, el labriego tropezara con huellas de la historia en forma de hachas de sílex, sepulturas, objetos de comercio escondidos por traficantes de la Edad de Bronce, o bien ofrendas votivas sumergidas en el agua o hundidas en la tierra, y no hablemos de cuantos hincan el pico y la pala en la construcción de carreteras, puentes, canales y casas, o extraen grava o arena de playas o riberas. Una gran parte de los objetos que figuran en los museos no tienen otro origen. Pero a menudo el valor de un hallazgo depende menos del objeto en sí que del lugar de donde procede, de su asociación con otros hallazgos; en una palabra, de las circunstancias que rodearon su descubrimiento. Por eso en los descubrimientos frutos del azar, más que lo encontrado tiene mayor importancia la declaración del yacimiento, que permite proceder a excavaciones metódicas, identificándose exactamente las condiciones del descubrimiento y salvar los objetos que continúan todavía bajo tierra.

Las excavaciones arqueológicas nada tienen en común con las vulgares búsquedas de tesoros, sino que, ante todo, constituyen una obra científica, incluso las más veces pluricientífica, en la que colaboran como auxiliares ciencias anexas tales como la geología, la paleontología, la botánica, la química y la antropología. El buen éxito de la operación depende de la observación de determinados métodos que han hecho sus pruebas y presuponen una formación técnica adecuada, y del dominio de las disciplinas acabadas de nombrar.

El aspecto exterior de las excavaciones varía, naturalmente, según se trate, pongamos por caso, de monumentos megalíticos, de campos de urnas, de un túmulo o de una caverna funeraria. Del mismo modo, la puesta al descubierto de una aglomeración de cabañas lacustres, ya sea en un lago o en un cenagal, supone la solución de problemas técnicos muy diferentes de los que se presentan cuando se trata de una colonia terrestre, de un recinto prehistórico fortificado o bien de una caverna que sirvió de morada al hombre primitivo. Y como si esto fuera poco, también difieren las excavaciones en las que puede emplearse el lápiz, el papel heliográfico y el aparato fotográfico, con los cuales se captan fielmente los dibujos, las pinturas rupestres y los grabados que adornan las paredes de las cavernas de los santuarios de la época glaciar.

Cada día se generaliza más el empleo de medios técnicos en las excavaciones arqueológicas. Desde la primera guerra mundial los prehistoriadores disponen incluso de la fotografía aérea, que hace aparecer las diversas coloraciones del suelo y de la vegetación, y permite, por ende, descubrir vestigios que no se perciben a simple vista, túmulos funerarios hace tiempo allanados por el arado, poblados y lugares antiguamente destinados al culto, cubiertos ahora por praderas, campos de cereales o bosques. La fotografía aérea es útil especialmente para obtener el detalle conjunto de ruinas ya exploradas o en curso de exploración. Permite observar la configuración y el perímetro de la obra, y el no tener que excavar a ciegas supone gran ahorro de tiempo y dinero. Poco antes de la segunda guerra mundial empezaron a utilizarse en Alemania campanas de buzo dentro de las cuales los investigadores exploran palmo a palmo el fondo de los lagos y rescatan sistemáticamente los hallazgos que de otro modo serían perdidos para siempre. La última novedad en el ramo la constituye el detector de minas que los prehistoriadores emplearon por primera vez para identificar la presencia de objetos metálicos.

No menos importantes que las excavaciones para la obtención de reliquias prehistóricas en ruinas ya conocidas, son las investigaciones llevadas a cabo a campo abierto y en lugares escondidos. Nos referimos a la prospección sistemática del terreno, a la exploración minuciosa de grutas recién descubiertas y de las dunas, que eran los lugares de preferencia habitados por los pescadores mesolíticos; y de las terrazas fluviales y marítimas, en donde muy a menudo se conservan huellas casi intactas de la humanidad más remota. Estas investigaciones no se limitan ya a Europa, sino que se extienden a regiones actualmente desiertas, como el Sahara y las estepas del Asia Central, y acoplando los diversos materiales hallados se logra tener una idea del área de dispersión del hombre prehistórico y afirmar que, en ciertas regiones del globo, el clima prehistórico fue muy distinto del actual.

Valoración histórica. — La tarea del prehistoriador no termina con haber provisto de etiquetas los objetos hallados y con exponerlos a la curiosidad pública en los museos. Es cierto que el mensaje de los objetos que contemplamos nos pone en contacto con la humanidad primitiva. Cuando nos hallamos ante un antiguo poblado, o en una caverna aislada, es como si se abriera de repente ante nosotros el libro magno de la historia por cuyas páginas desfila la humanidad de las civilizaciones pretéritas. Pero la ciencia de la prehistoria es algo más que esto. La tarea del prehistoriador consiste en examinar, identificar e interpretar los

objetos hallados para, gracias a ellos, poder elucidar y reconstituir la historia "no escrita" de la primitiva humanidad.

Como cualquier otra creencia, también la prehistoria tiene sus métodos propios para lograr el objetivo de sus investigaciones, métodos que si en un principio fueron, naturalmente, rudimentarios, han ido progresando y perfeccionándose del brazo de la experiencia. Este proceso continúa, ya sea que los especialistas descubran procedimientos inéditos, o bien que mejoren las técnicas hasta ahora empleadas.

Estos métodos pueden resumirse en tres, según sea el trabajo del arqueólogo prehistoriador: el método estratigráfico-paleontológico, el tipológico-tecnológico y el de la comparación histórico-etnológica.

Existen, además, una serie de métodos auxiliares gracias a los cuales pueden descubrirse nuevos indicios no siempre evidentes. Así, por ejemplo, desde hace algunos años se practica el análisis antropológico de las cenizas de cadáveres. Según sea el contenido de las urnas funerarias, las cuales anteriormente no eran más que curiosidades, junto a los demás objetos que las acompañaban y que ellos sí se consideraban importantes, se puede averiguar a menudo el sexo, la edad y a cuantos cadáveres corresponden las cenizas que contienen. Se han obtenido resultados más que curiosos, sensacionales, tales como la certidumbre que en una misma urna se habían depositado las cenizas de adultos de uno y otro sexo con un niño de corta edad. De este hecho pueden sacarse conclusiones interesantes sobre las prácticas del hombre prehistórico.

Otro procedimiento auxiliar es el análisis químico de la tierra encontrada en los vasos prehistóricos, que nos informa sobre su primitivo contenido. Por este método ha podido finalmente averiguarse que un hallazgo de las postrimerías de la Edad de Bronce, que durante años fue objeto de enconadas controversias: el "sombrero" de oro descubierto en Schifferstadt, cerca de Speyer, era en realidad un objeto de culto. También se ha procedido ya al análisis químico de la tierra hallada junto al estómago de esqueletos prehistóricos para determinar cuáles fueron los últimos alimentos ingeridos en vida por el difunto, y eventualmente si habían tomado algún medicamento. De este modo se han conseguido datos inesperados sobre la clase de alimentos, las enfermedades y las prácticas curatorias de entonces.

En ambos casos, empero, se trata de procedimientos de investigación propios de disciplinas ajenas a la prehistoria propiamente dicha, y cuando el prehistoriador cree tener que echar mano de ellos, confía su ejecución a especialistas del ramo correspondiente.

Los métodos propios de su ciencia son los tres anteriormente mencionados y que detallamos a continuación:

Método estratigráfico-paleontológico. — Sirve ante todo para identificar el orden de sucesión y la edad del yacimiento. En cada excavación, en cada hallazgo, lo que ante todo interesa al investigador es saber a qué capa o nivel pertenece. Para la investigación científica es de la máxima importancia el determinar si el objeto ha sido hallado "in situ". En caso afirmativo, el objeto desenterrado tiene la misma edad que la capa que lo envuelve, es más reciente que la capa inferior y a menudo posterior a la que la cubre. Esto, empero, no es siempre el caso para las sepulturas, que penetran en capas visiblemente inferiores. Un objeto encontrado "in situ", además de ser contemporáneo de la capa que lo contiene, posee sus mismas características.

Puede a veces darse el caso que en las cavernas, debajo de un nivel arqueológico aparezca un segundo e incluso otros más, a menudo separados por capas estériles. Si no se han producido en el transcurso de los siglos cataclismos que han alterado la unidad inicial, el perfil de las excavaciones permite entonces establecer de manera objetiva el orden de sucesión de las diversas civilizaciones. Pues, como hemos visto, según la ley geológica, la antigüedad de una capa está en proporción directa con su profundidad. Es evidente que, salvo alteraciones geológicas profundas, las capas más recientes han ido superponiéndose a las primitivas.

Pongamos como ejemplo una caverna habitada en la prehistoria. Es lógico que sus primeros ocupantes se establecieron sobre el suelo desnudo rocoso, sobre el que encendieron fuego. Pronto, una capa, cada vez más espesa de ceniza cubrió la tierra y alrededor de los hogares empezaron a amontonarse restos de comida, sobre todo huesos de animales, rotos y roídos, a todo lo cual se mezclaron, además, útiles de piedra y de hueso, tirados o abandonados, así como también desechos de la industria todo lo primitiva que se quiera. A todo ello hay que añadir fragmentos, más o menos grandes, de piedras desprendidas del techo o de las paredes, el polvo transportado por el viento, el fango prendido al calzado de los trogloditas al regresar a sus lares. Así, poco a poco, de generación en generación, pues a unos habitantes sucedieron otros, fuese formando una capa de civilización, capa arqueológica, de 10, 20, 50, 80 cm y a veces de más de un metro de espesor. Luego se produjo un cambio de clima. La humedad penetró en la caverna, obligando al hombre a desalojarla. El techo y las paredes rezumaban agua



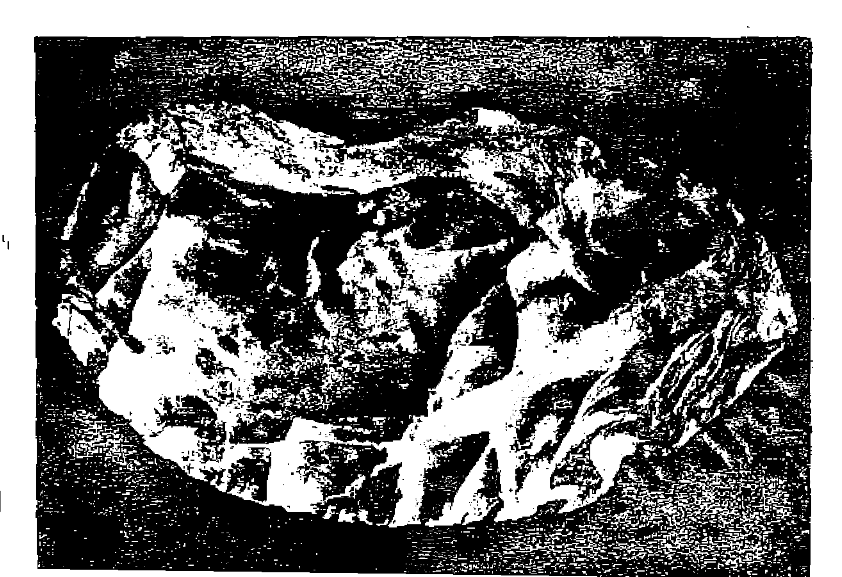
1. Estalagmitas y estalactitas decoran la Cueva de las Chimeneas (Santander).

2. Curiosa formación rocosa natural adoptando figuras de mamut. Pech-Merle (Cabrerets, Lot).



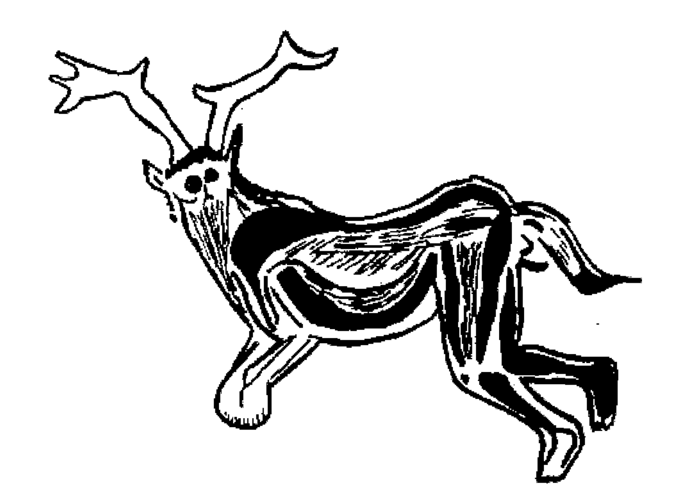


3. *La Quina (Francia). Útiles de sílex del hombre musteriense.*



4. *Hornos de la Peña (Santander). Grabado de un antropomorfo.*





5. Trois Frères (Ariège). Brujo disfrazado de animal. Véase el detalle en el dibujo.

calcárea que al depositarse en el suelo formó, tan lentamente como antes el hombre, una nueva capa, muy resistente ésta. Puede también que con las fuertes heladas se desprendieran del techo y de las paredes grandes bloques, que llegaron a cubrir completamente el suelo. Cuando, más tarde, el clima mejoró, el hombre tomó nuevamente posesión de la caverna que le resguardaba de la intemperie, repitiéndose el proceso anteriormente descrito, y en varios ciclos sucesivos se constituyeron y superpusieron las nuevas capas arqueológicas, llegando en algún lugar hasta el mismo techo, y obstruyendo en parte o totalmente, la cueva. Cuando se realizan investigaciones en una de esas cavernas, y se excava hasta el suelo primitivo, aparecen al descubierto una sucesión de capas que se caracterizan por el color, las diferentes composiciones de la tierra, y que desde arriba hacia abajo, corresponden cada vez a una mayor antigüedad.

Un ejemplo concreto de antigua caverna habitada, con gran número de capas de espesor raramente alcanzada en parte alguna, nos lo brinda la cueva del Castillo, en la provincia de Santander. Se penetra en ella por la ladera de una montaña desde donde se extiende la vista por un valle inmenso, que riegan abundantemente fuentes termales y un río, y que en los tiempos prehistóricos debió de constituir un verdadero paraíso para los cazadores.

Su privilegiada situación explica que el hombre prehistórico la hubiera utilizado como morada en épocas muy diversas. Cuando se iniciaron las excavaciones, tenía todo el aspecto de un saledizo rocoso bajo el cual un adulto ni siquiera podía tenerse en pie. Luego se excavaron una a una las diversas capas, hasta que a 18 metros de profundidad se alcanzó el suelo primitivo. Hasta la fecha es la cueva prehistórica de Europa que contiene mayor número de estratos arqueológicos, los cuales están separados unos de otros por capas estériles (Figura 1).

Cada capa representa de por sí una unidad de exploración, cuyo contenido no debe mezclarse a ninguno de los demás. La determinación estratigráfica constituye por consiguiente el procedimiento fundamental sobre el que se basan las demás investigaciones.

Cuando ya se ha determinado objetivamente el orden de sucesión de las diversas capas arqueológicas, queda todavía por fijar su edad. En muchos casos, en acumulaciones de *loess* o de morrenas en terrazas fluviales o marítimas, disponemos de la geología para orientarnos. En los terrenos de formación más reciente puede recurrirse al análisis polínico para determinar la antigüedad de las capas que encierran los vestigios, por cuanto el contenido en polen de dichas capas refleja la fase de la

evolución de la flora silvestre a que corresponde. Pero son, sobre todo, los vestigios paleontológicos, tales como restos de huesos de animales, así como las conchas de moluscos, los que permiten al investigador determinar más claramente si los hallazgos a ellos asociados remotan a la época glaciar o a la siguiente, a un interglaciar o a una glaciación; a un período glaciar superior o inferior. Boucher de Perthes utilizó la

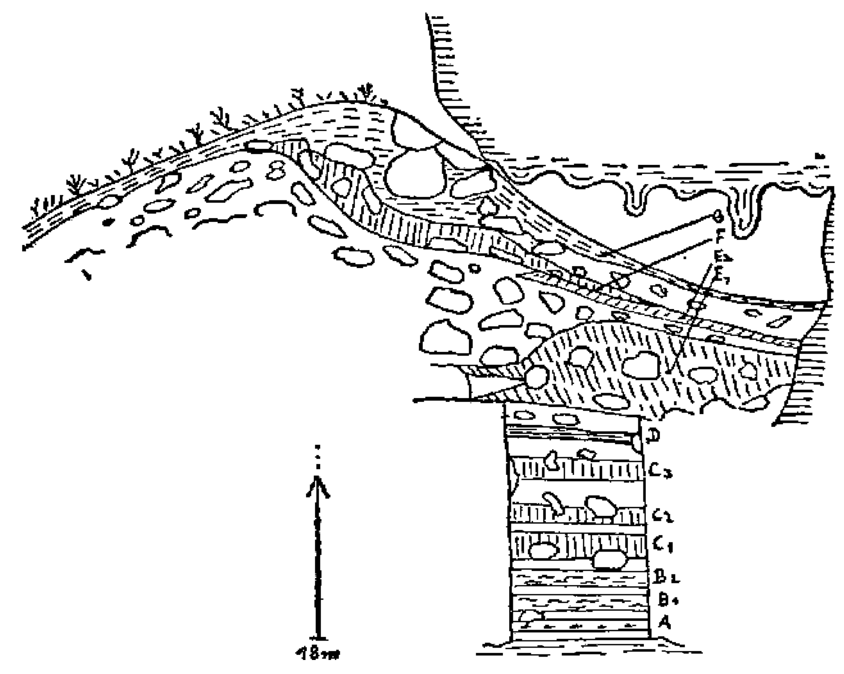


Fig. 1. Estratigrafía de la Cueva del Castillo (Santander). Separados por capas de arcilla y de piedras los niveles arqueológicos se superponen regularmente: A, achelense; B, musteriense; C, auriñaciense; D, solutrense; E, magdaleniense; F, aziliense; G, desde el neolítico hasta nuestros días. Espesor total de los estratos: 18 m. De H. Obermaier.

paleontología en sus descubrimientos. Los restos de mamut o de rinoceronte peludo demuestran que la capa es contemporánea de una de las grandes glaciaciones. Por contra, la osamenta de elefantes antiguos corresponde a un período interglaciar o templado. El elefante meridional y el macairodo son característicos de la época glaciar más remota, mientras que la aparición en masa del reno tuvo lugar a finales de ella. Ni el perro ni los demás animales domésticos dan señales de presencia hasta el período postglaciar.

De modo que, antes de iniciar realmente el estudio de los vestigios prehistóricos debe determinarse su edad a base de los niveles estratigráficos en los que se encuentran empotrados. O sea que se trata, en primer lugar, de precisar su edad geológica. Más adelante nos extenderemos sobre la cuestión de los datos numéricos, en particular de la cronología absoluta.

Gracias a las favorables condiciones de superposición observadas, tanto en la cueva del Castillo, como en muchas otras más, se dispone hoy día, para las investigaciones prehistóricas, de datos estratigráficos asaz elocuentes sobre la evolución de las primitivas civilizaciones. El método estratigráfico-paleontológico permite determinar la sucesión y la edad de las diferentes civilizaciones. Para la determinación de la naturaleza de las civilizaciones y de sus filiaciones se echa mano del método que estudiaremos a continuación según esquema que figura en el próximo capítulo.

Por medio de la formación geológica de las diversas capas individuales, de las condiciones climáticas y de los restos de animales, puede incluso evocarse el panorama prehistórico con bastante exactitud, y así veremos aparecer ante nosotros el mundo tal como debía de ser entonces, con su clima, la flora y la fauna, en el que sólo nos falta situar a las civilizaciones contemporáneas y a la especie humana que las encarnaba.

Método tipológico-tecnológico. — Por este método, que en realidad es el verdadero método histórico, el prehistoriador logra captar, con precisión creciente, la red de conexiones entre las diferentes culturas de la más remota antigüedad, así como la evolución interna de los grupos étnicos que son sus exponentes.

Todo el mundo está ahora de acuerdo en que cada capa arqueológica constituye una unidad de investigación, pero antes de poder pronunciarse sobre tal o cual objeto encontrado, debe precisarse el nivel y el medio cultural así como las condiciones particulares del estrato a que pertenece.

En las primeras etapas de las investigaciones prehistóricas se procedía casi siempre a la observación tipológica o morfológica de los vestigios antiguos sin tener para nada en cuenta la estratigrafía. Así, por ejemplo, objetos diversos, que a lo mejor eran de distintas procedencias, se agrupaban según fuere su forma o su tipo característico; y esto bastaba para que los prehistoriadores creyeran poder atribuir los objetos hallados en diversas partes del globo, a una civilización o a una época determinada de la prehistoria. En el fondo se trataba de aplicar a tales

investigaciones la teoría de la evolución biológica. Pero el método puramente tipológico no podía sino inducir a errores de bulto, por cuanto el desarrollo de las civilizaciones no pudo haberse producido de manera uniforme y progresiva. En la historia de las civilizaciones sabemos no sólo de fenómenos de regresión, sino también que ciertas formas particulares de vida pueden sobrevivir de una época a otra invariables. Objetos semejantes han podido producirse sin que tuvieran relación alguna entre sí sus autores, en épocas diferentes y en regiones muy apartadas unas de otras. La similitud puede unas veces depender de la materia de que están hechos, o ser incluso el resultado de técnicas diversas. En muchos casos, pues, no basta el estudio de la forma, sino que además, deben tenerse en cuenta consideraciones tecnológicas en que basar la interpretación.

Hoy podemos afirmar que no todas las civilizaciones prehistóricas evolucionaron en el mundo del mismo modo, al mismo ritmo y por el mismo orden de sucesión que en Europa.

En resumen, el método tipológico, ampliado por consideraciones tecnológicas, puede solamente, en estrecha colaboración con la estratigrafía, facilitar conclusiones fidedignas y verdaderamente históricas.

Así, por ejemplo, en la cueva del Castillo no sólo se observa que los utensilios de piedra hallados en las capas aisladas constituyen, a juzgar por la forma y la técnica que presidió su elaboración, complejos diversos, sino que, en el interior de cada capa son similares e incluso idénticos. Esto demuestra que a lo largo de un cierto período de tiempo un grupo étnico determinado iba elaborando allí herramientas de forma idéntica y siguiendo técnicas invariables, forma y técnica que, en cierta manera, perpetuaba una especie de tradición social. En otras capas, los objetos representan otras tradiciones distintas, y como los niveles corresponden a épocas muy alejadas entre sí, salta a la vista que dichas tradiciones procedían de civilizaciones heterogéneas. Ahora bien, en otros lugares se encuentran, en capas estratigráficas que remontan a los mismos períodos, útiles de forma y técnica semejantes, lo que indica claramente que la misma tradición debió de ser común a un gran conjunto étnico que ocupaba un territorio cuyos límites parecen determinar tales hallazgos. Podemos, pues, suponer, que en una época dada una misma civilización unió a diversos grupos étnicos, que constituyeron en cierto modo una sola unidad cultural.

Puede decirse que el método tipológico y tecnológico tiende, en primer lugar, a distinguir unas de otras las civilizaciones prehistóricas, y a

delimitar en lo posible su difusión geográfica y su sucesión cronológica en las correspondientes regiones.

La civilización más antigua que encontramos en la cueva del Castillo es la achelense, seguida de la musteriense, la auriñaciense, la solutrense y todavía otras más. Estos nombres corresponden, como se sabe, a los lugares de Francia donde por primera vez fueron hallados vestigios de tales civilizaciones. Saint-Acheul (Somme), Le Moustier (Dordoña), Aurignac (Garona Superior). La vecina república aparece como el país clásico de las investigaciones diluviales. Las culturas posteriores se designan a menudo por algún elemento cultural típico que les sea propio, como por ejemplo: el hacha en forma de talón, la cerámica danubiana característica por la decoración incisa o pintada en bandas con motivos de meandros o espirales, o los campos de urnas funerarias. En la actualidad se tienen ya clasificadas un elevado número de civilizaciones prehistóricas, cuyas diferencias aparecen más claramente cuanto más recientes son. Las más antiguas, debido a que de ellas poseemos menos datos, parecen más uniformes, pero a medida que nos vayan descubriendo su secreto, gracias a la colaboración de la estratigrafía y de una tipología más perfeccionada, irán perfilándose sus límites y las características de cada una de ellas.

Del mismo modo se logra delimitar las diferentes fases del desarrollo histórico de las civilizaciones antiguas, tales como sus orígenes, propagación, migraciones, mezclas, extinción o incorporación a otras. El hombre fue el héroe de todos estos acontecimientos y de ahí que lo que se nos revela sea el destino histórico de grupos étnicos de la prehistoria, razas o pueblos. Pero esta ciencia está todavía en ciernes.

Más adelante presentaremos el resumen sinóptico de las ramificaciones culturales colectivas de los tiempos prehistóricos, tomando por base los descubrimientos que sobre las diversas civilizaciones han tenido lugar en Europa, particularmente en sus partes media y occidental.

Comparación histórico-etnológica. — Para poder interpretar, para hacer hablar a los vestigios prehistóricos, para poder completar el significado y descifrar el misterio de las antiguas civilizaciones, debe el investigador recurrir a la comparación histórica y etnológica. Todavía son válidas las palabras que a principios del actual siglo pronunciara el insigne patriarca danés de la ciencia prehistórica, Sophus Müller: "Las hipótesis constituyen el principal procedimiento de la arqueología prehistórica y debemos servirnos de ellas a menudo, por cuanto el material de que disponemos no es todavía suficiente, y para explicarnos satis-

factoriamente aquellos tiempos remotos y desconocidos, precisamos de toda la ayuda que pueda brindarnos la comparación con los pueblos históricos y exóticos."

Claro que queda por demostrar qué confianza pueda tenerse en tales comparaciones. En lo que atañe a las comparaciones históricas es muy fácil darse cuenta de que realmente pueden aparecer afinidades entre civilizaciones distintas, sobre todo cuando se trata de una misma región, y se ponen en paralelo las últimas civilizaciones de la prehistoria por una parte y por la otra las que les siguieron, o sea las de los pueblos primitivos. Incluso es posible que hayan llegado hasta nosotros ciertos elementos de las creencias y de las costumbres prehistóricas con las alteraciones que hayan sufrido lógicamente a lo largo de milenios.

¿Y qué decir de las comparaciones etnológicas? Con toda seguridad nos enfrentaríamos todavía con muchos enigmas insolubles si los investigadores no hubiesen una y otra vez usado de estas comparaciones para elucidarlas.

Precisamente nos enseña la etnología que si queremos poner en claro la realidad de unas sociedades tan distintas de las nuestras, hemos de tener en cuenta que, a buen seguro, el hombre de la prehistoria se parece más al hombre primitivo que al hombre actual, o sea que debemos abstenernos de explicárnoslas por la simple especulación.

Cuando se trata de esclarecer dónde radican las mayores analogías entre la manera de ser y el nivel cultural y económico de los pueblos prehistóricos, si en los pueblos etnológicos o en los modernos, la respuesta no es difícil. Dependemos de los pueblos etnológicos cuando queremos investigar las costumbres, las ceremonias y la mentalidad de los pueblos de la prehistoria tiempo ha desaparecida. Ello no significa, empero, que debamos aceptar sin más ni más que pueda atribuirse a unos la mentalidad de los otros. Sin embargo existe evidentemente toda una serie de aspectos que son comunes a la gran mayoría de los primitivos y que todavía persisten, sobre todo en forma de supersticiones, en ciertas regiones de nuestros países civilizados. Tan sorprendentes afinidades no pueden ser en su totalidad fruto del azar. De ahí que sea posible interpretar, a la luz de la etnología, los hallazgos prehistóricos aun cuando, en el fondo, tales interpretaciones descansen sobre el valor lógico de la analogía.

Mientras que, en su conjunto, las comparaciones etnológicas se fundan principalmente en la psicología, la etnología histórico-cultural se apoya en bases más auténticamente históricas y que, por ende, gozan de

Actualidad Geológica	Edad de Hierro " de Bronce	Neolítico		Civilizaciones diversas Civilizaciones diversas Civilizaciones diversas Campiñense
Transición		Mesolítico		Tardenoisiense Aziliense
Época glaciar IV. Glaciar (Würm)			Paleolítico superior	Magdaleniense Solutrense Auriñaciense-Perigordiense
III. Interglaciar (Riss-Würm)		Paleolítico		Musteriense Levalloisiense Achelense-tardío
III. Glaciar (Riss)	Paleolítico			?
II. Interglaciar (Mindel-Riss)			Paleolítico inferior	Levalloisiense Achelense Clactoniense
II. Glaciar (Mindel)				?
I. Interglaciar (Günz-Mindel)				Clactoniense Abbevillense
I. Glaciar (Günz)				?
Fin terciario		Eolítico		?

mayor validez y seguridad. Ya hemos visto cómo su investigación permitió discernir entre diversas ramificaciones, etapas o fases en el desarrollo de la civilización humana. El resumen expuesto no pretende ser definitivo y los puntos flacos apuntados por la crítica exigen una revisión que tenga en cuenta los conocimientos recientemente adquiridos, sin que, empero, esto signifique variación alguna en la sucesión de las civilizaciones tal como ha sido definida por la tendencia histórico-cultural en la etnología, que confía poder hacer coincidir un día los diversos tipos de civilizaciones, de tal manera que las más remotas correspondan a las del paleolítico inferior, las civilizaciones primarias a las del paleolítico superior y mesolítico, las civilizaciones secundarias al neolítico y en parte asimismo a la edad de los metales, mientras que las civilizaciones terciarias ya pertenecen a los tiempos primitivos. Debe considerarse como prematura la ambiciosa tentativa de O. Menghin de documentar estas coincidencias en su obra "Weltgeschichte der Seinzeit" (Viena, 1930).

Ningún modo mejor para expresar el punto de vista moderno que los dos postulados siguientes, enunciados por W. Schmidt, autoridad de la tendencia histórico-cultural, en su conferencia pronunciada en 1941 con el título de "Colaboración entre la Etnología y la Prehistoria para explicar la historia más remota de la humanidad". Según el 1.°: "Ambas ciencias deben empezar investigando en su propio terreno por todos los medios y técnicas de que dispongan", y según el 2.°, que se refiere al método comparativo: "Cada una de dichas disciplinas debe tener en cuenta, cuando utilice material proporcionado por la otra, la época que por ella le ha sido asignado". W. Schmidt desaprueba sobre todo la costumbre, todavía muy extendida, que consiste, cuando se trata de interpretar y completar un hallazgo prehistórico, de echar mano a capricho de los elementos de cualquiera de los períodos de las investigaciones primitivas (o salvajes como podemos también llamarlas) que casi hace pensar en los anticuados procedimientos de la etnología evolucionista.

3. — Cronología prehistórica

Carencia de fechas de referencia en las fuentes históricas. — El descubrimiento según el cual se remontan las huellas humanas al remoto período geológico de la edad glaciar ha puesto de actualidad el deseo de averiguar los orígenes y la verdadera edad del hombre. Estamos tan acostumbrados a manejar cifras exactas, que quisiéramos poder dispo-



I. — El toro negro de Lascaux.

ner de un patrón que nos permitiera medir el pasado prehistórico en milenios. Pero los materiales de que por ahora disponemos no incluyen ningún calendario.

Cierto que de alguna de las civilizaciones tardías de la prehistoria poseemos algunos datos que nos permiten atribuirles una edad aproximada que incluso podemos traducir en fechas, como es, por ejemplo, el caso de los pueblos del Oriente Medio, los cuales, a partir del tercer o cuarto milenio a. de J. conocían ya la escritura y el calendario. Luego, por medio de acciones guerreras o de intercambios comerciales entraron en contacto con los pueblos europeos prehistóricos menos desarrollados que ellos, y gracias a sus anales disponemos de una cronología fidedigna de las postrimerías de la prehistoria de nuestro continente. Si dejamos de lado que la Edad de los Metales pudo muy bien haberse iniciado en épocas diferentes en el Sur, el Norte y en el Centro de Europa, tenemos, aproximadamente, las fechas siguientes:

Neolítico	3500 - 2000	a. de J.
Edad de Bronce . .	2000 - 1000	"
Edad de Hierro . .	1000 - 0	"

Para períodos más antiguos, la cronología prehistórica ha de basarse en otros datos.

La estratigrafía como base de la cronología. — La estratigrafía es la base principal en las determinaciones de las edades prehistóricas. Según hemos indicado anteriormente, el orden de sucesión de las diferentes capas arqueológicas en el subsuelo denotan, a menos de haber quedado subvertido por algún cataclismo geológico dislocador, una escala cronológica objetiva, aun cuando en principio nos sea desconocida la duración de cada uno de los períodos que corresponden a las diferentes estratificaciones.

Basándose en ciertas observaciones y consideraciones, pueden avanzarse algunas cantidades numéricas, e incluso puede pretenderse, en parte, fijar fechas exactas, aun cuando, en general, lo más seguro es que sean solamente fechas aproximadas.

H. Obermaier puso de manifiesto que, tal como los geólogos ya habían observado, todas las formaciones glaciares e interglaciares se estratificaron muy regular y uniformemente, y que su estructura supone procesos de formación análogos a los que tienen lugar actualmente en regiones cubiertas o no de hielo. Por consiguiente, los geólogos son del

parecer que las observaciones modernas sobre los fenómenos de erosión, de nivelación y de acumulación pueden aplicarse a los fenómenos semejantes que se produjeron en la prehistoria. De haber existido causas de una formidable potencia aceleradora, deberían haberse producido también los demás efectos correspondientes, tal como se observan hoy día en regiones con modificaciones excepcionales del suelo. Cada una de las glaciaciones, desde que empezó el lento avance de las ingentes formaciones de los glaciares en las regiones montañosas de Escandinavia y alpinas, para desde allí extenderse por el Centro de Europa, hasta que se inició el deshielo, duró varios milenios. Transcurrieron períodos fabulosos porque a cada edad glaciar corresponden varias interglaciaciones, según demuestra la geología, habiéndose podido comprobar que el último interglaciar debe de haber sido de mayor duración que el período transcurrido desde la última glaciación, pero más corto que el interglaciar precedente.

Siempre según H. Obermaier, también el estudio de la flora y de la fauna que se sucedieron durante el período glaciar conduce a estimaciones equivalentes. La investigación geográfica vegetal nos enseña cuán despacio, pero al propio tiempo cuán inexorablemente, las plantas progresan, se modifican y se sustituyen unas a otras. Con esto podemos hacernos una idea de los espacios de tiempo tan considerables que fueron precisos para que, después del máximum de una glaciación, la estepa sustituyera a la tundra, y ésta a su vez fuera dominada por la selva, al amparo de la cual pudieron aclimatarse vegetales que progresaron lentamente desde España, Italia y Dalmacia en dirección al Norte, hasta el corazón de los Alpes. Del mismo modo las especies de la fauna interglaciar permanecieron sin duda alguna durante mucho tiempo en las regiones septentrionales hasta que una nueva invasión glaciar les hizo deshacer el camino, esto es: emigrar a su punto de origen. Es evidente que la fauna se desplaza más rápidamente, pero no olvidemos que los herbívoros dependen en gran manera del territorio donde encuentran el sustento y pensemos asimismo en la lentitud proverbial de los caracoles.

Teniendo todo esto en cuenta, uno de los más preclaros historiadores, H. Obermaier, no considera en modo alguno que se exagere al atribuir a la edad glaciar una duración total de 500 a 600 mil años, y la mayor parte de sus colegas comparten tal opinión. Cree el señor Obermaier que el período máximum de la última glaciación tuvo lugar hará unos 30.000 años, de los cuales 20.000 corresponden al período durante el cual se desarrollaron, en las regiones libres de hielo, las culturas del paleolítico superior, en tanto que las del mesolítico tuvieron por marco

los milenios x al v a. de J. C. A partir de entonces se inicia el período de transición hasta la realidad geológica actual.

Repetidas veces han intentado determinar los geólogos, por medio de cálculos exactos, la cronología absoluta de algún período en particular. Así, por ejemplo, de sus estudios sobre la formación del delta del Muota, en el lago de los Cuatro Cantones, el eminente geólogo suizo A. Heim sacó la conclusión que el proceso duró unos 16.000 años, habiendo empezado después de la culminación de la cuarta glaciación. Otro geólogo, también suizo, asignó a la formación del delta del Lutschine, iniciada poco más o menos en la misma época en la cuenca de los lagos Thun y Brienz — que antiguamente estaban unidos —, una antigüedad de alrededor de 20.000 años, y fija para el delta del Aar, en el último de dichos lagos, unos quince milenios a partir de entonces.

Otro geólogo, sueco esta vez, y también eminente, G. de Geer, hizo objeto de estudio a su país partiendo de un curioso principio, que consiste en calcular los sedimentos arcillosos finamente estratificados, procedentes de las aguas de deshielo del último glaciar (de Würm), depositados en los lagos durante la fase de retroceso de la glaciación. La estratificación sigue una sucesión estacional y, gracias a su estudio, de Geer cree haber podido establecer la cronología del pleistoceno glaciar. Cada estrato de estos materiales arcillosos muestra una capa inferior negruzca, depositada probablemente en verano, y debe su color a mezclas de vegetación exuberante, y una superior, gris oscura, correspondiente a las deposiciones otoñales. La formación, siempre según él, quedaba poco menos que interrumpida en invierno, y el contenido calcáreo de la capa gris superior se disgregaba en parte. Año tras año fueron depositándose las capas que se extendían en forma de tejas en sucesión de matices claros y oscuros. Cada uno de estos estratos bicolores de arcillas a los que denomina *varves*, representa, pues, un año, y es siguiendo el lento retroceso de los glaciares hacia el Norte como de Geer calculó la edad de las varves a orillas de los ríos del este de Suecia, para llegar a la conclusión de que dicho retroceso, desde Escania hasta el norte del país, duró unos 5.000 años. También fija en unos 4.000 años el tiempo que tardaron en retirarse los hielos de Alemania, cifra desde luego hipotética, por cuanto aquí, y en particular en la región del mar Báltico, no podía aplicarse el método en cuestión. De modo que el derretimiento de los hielos del Würm se había desarrollado durante un período de 9.000 años, y como en el norte de Escandinavia había terminado ya hacia el año 3.000 a. de J. C., resulta que el período postglaciar duró unos 14.000 años.

Aun cuando basada, parcialmente por lo menos, en hipótesis, los especialistas de la prehistoria aceptan generalmente esta cifra. Está probado que la cultura magdaleniense persistía todavía cuando empezaron a retirarse los hielos del Würm, pues se han encontrado vestigios de asentamientos de magdaleniense tardío tanto en los límites de los glaciares nórdicos como de los alpinos, dentro de la cintura exterior de morrenas. O sea que puede atribuirse a la cultura magdaleniense un período en la historia del mundo que terminó hace unos 10.000 años antes de J. C.

Por su parte, el geólogo francés Lapparent indica una cifra considerablemente más baja, basándose en el derretimiento del glaciar del Ródano, el cual, según él, duró solamente 2.400 años. Si admitimos que hacia el año 3.000 a. de J. C. el hielo había desaparecido completamente, la consecuencia lógica es que empezó a fundirse hace 7.500 años, por lo que el final del magdaleniense se situaría hacia el año 5.000 antes de J. C.

La misma cifra se obtiene aceptando como buena la tesis de J. Schneider, quien afirma que es incorrecta la interpretación que da de Geer de las arcillas *varves,* pues, en su opinión, no se trata de capas anuales biológicas, sino de sedimentos terrígenos depositados varias veces al año. Según el propio Schneider, no debían el color al hecho de que los restos de vegetación se mezclaran a los lodos de aluvión, sino que su origen era petrográfico, o sea que dependía de la composición de las piedras y de la arena, cuyas partículas arrastraban las aguas de los glaciares, las cuales partículas se acumularon y depositaron en estratos diferentes, según su peso. En tal caso, las cifras dadas por de Geer quedarían reducidas a la mitad, e incluso a un tercio.

No hay duda de que los cálculos de los "geólogos" no deben ser tomados al pie de la letra. Lo mismo decimos, y con mayor motivo todavía, cuando se trata, como en el capítulo siguiente, de la cronología de la totalidad del período glaciar.

División de la época glaciar por medio de la astronomía. — Desde mucho tiempo a esta parte tentativa alguna en materia de cronología ha despertado tanto interés como la del profesor de mecánica celeste de la Universidad de Belgrado, M. Milankovitch, el cual calculó (véase la figura 2) las variaciones de la insolación terrestre dependiente de la posición de la tierra sobre su órbita durante los últimos 650.000 años hasta el año 1.800 a. de J. C. De las curvas con las que señala las variaciones de la insolación terrestre en diferentes latitudes del hemisfe-

rio septentrional se desprende que durante dichos 650.000 años hubo numerosos períodos, cada uno de ellos de varios milenios de duración, cuyos veranos fueron fríos, y estos veranos debieron de corresponder a las glaciaciones, puesto que con la disminución de las pérdidas veraniegas por deshielo, la masa de los glaciares aumentaba considerablemente. Sea como fuere, el caso es que existe una coincidencia sorprendente

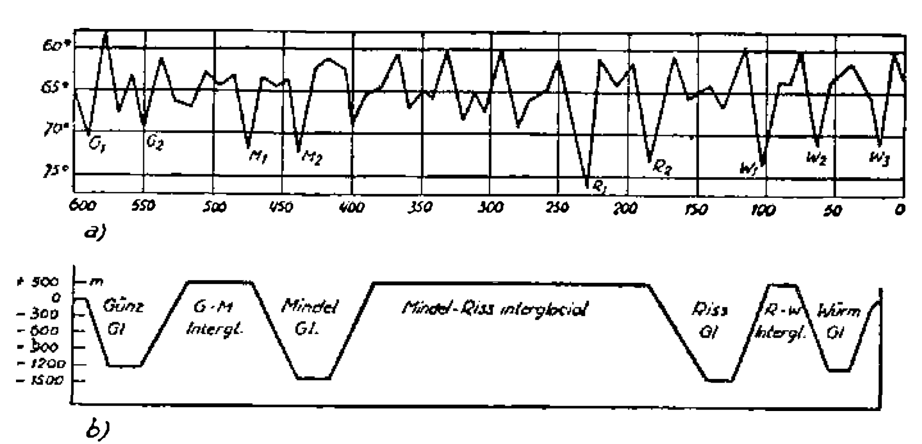


FIG. 2. *a*) Curva de insolación de Milankovitch para el paralelo 65° de lat. N. *b*) Curva climática del período glaciar, según Penck.

entre la curva de insolación de Milankovitch y la curva climática del gran geólogo A. Penck relativa a sus investigaciones en las regiones alpinas donde existen glaciares (fig. 2, b).

Basándose en tales investigaciones, W. Soergel se propuso determinar, en miles de años, la duración exacta de los diversos períodos de la época glaciar, cuyo principio él sitúa hace 600.000 años.

Período glacial	milenios
Principio (4.ª glaciación Würm)	120
Tercer interglaciar (Riss-Würm)	120 - 190
Tercera glaciación (Riss)	190 - 240
Segundo interglaciar (Mindel-Riss)	240 - 440
Segunda glaciación (Mindel).	440 - 480
Primer interglaciar (Günz-Mindel).	480 - 550
Primera glaciación (Günz) (principio). . . .	600

Si tenemos en cuenta que los últimos descubrimientos han puesto al día, a lo largo y a lo ancho del mundo antiguo, vestigios del hombre a partir del primer interglaciar, y que el hombre apareció probablemente sobre la tierra durante la primera glaciación, o incluso antes, podemos asignar al hombre, a tenor de las cifras precedentes, la edad astronómica de seis veces 100.000 años.

A la teoría de Milankovitch no le faltan, empero, detractores y otros sabios que también han calculado, a su vez, la duración de las fases de insolación terrestre y han llegado a conclusiones muy divergentes. Se ha hecho observar que en diferentes períodos de la historia de nuestro planeta se dieron condiciones geofísicas análogas a las del período glaciar sin que se tradujeran por glaciaciones. Además, las curvas de Milankovitch no explican satisfactoriamente los fenómenos de glaciación tropical. En particular se hace observar que las variaciones de temperatura ocasionadas por el movimiento de la tierra no bastan por sí solas para explicar los efectos que se les atribuyen.

Uno de los nuevos procedimientos para determinar la cronología prehistórica se basa en las propiedades del isótopo carbono radiactivo C 14, que es una aplicación de los descubrimientos de la energía nuclear, y se produce en las capas superiores de la atmósfera al bombardear átomos de nitrógeno los rayos cósmicos.

Cada organismo viviente, ya sea hombre, planta o animal, asimila cierta cantidad de carbono radiactivo C 14, el cual se fija principalmente en las partes duras, tales como huesos, conchas y madera. La absorción del C 14 por un organismo cesa con la muerte, y luego la radiactividad de este cuerpo químico decrece y su posterior desaparición se realiza a una velocidad de desintegración conocida y constante, reduciéndose a la mitad en 5.568 años, y así sucesivamente, hasta que al cabo de unos 25.000 años se extingue completamente. O sea que toda materia subsistente, lo mismo una fibra que un huesillo, contiene el C 14 en cantidades variables, y el examen minucioso de esta cantidad determinará el tiempo transcurrido desde que la materia en cuestión empezó a fosilizarse. Gracias a este procedimiento ha podido fijarse en 15.516 años, con unos 900 años de aproximación, la edad de un trozo de carbón vegetal hallado en la cueva francesa de Lascaux, de la que trataremos más adelante. El límite para la determinación cronológica con el carbono radiactivo se fija en 25.000 años, que si no es mucho comparándolo con el método astronómico, representa el doble comparándolo con el procedimiento seguido por de Geer para determinar la cronología por medio de los sedimentos de *varves*.

Para terminar con este capítulo añadiremos solamente que no son los prehistoriadores quienes establecen la cronología, sino que adoptan las indicaciones que les proporciona la geología y la astronomía, y, más recientemente aún, la física atómica. A quienes están acostumbrados a las cifras dentro de las cuales se mueve la historia corriente, la duración fabulosa de las épocas antiguas debe de parecerles increíble. Es evidente que con ellas avanzamos por un terreno incierto sembrado de hipótesis. Pero, por otra parte, no puede haber duda de ninguna clase que la cronología, tal como se ha venido considerando hasta ahora, de la historia escrita, es de todo punto insuficiente cuando debemos enfrentarnos con la prehistoria de la humanidad y que en este terreno se impone un cambio radical de las perspectivas tradicionales.

4. — Las investigaciones prehistóricas y la religión

Posibilidades de investigar la religiosidad de los tiempos prehistóricos. — Hemos empezado diciendo que los documentos que nos ha legado la prehistoria, los objetos encontrados en el subsuelo, no debemos considerarlos únicamente como vestigios materiales de civilizaciones desaparecidas, sino también a menudo como manifestaciones de sus formas de vida superiores. No es que deba exagerarse la diferencia entre civilización material y civilización espiritual, pues, en definitiva, sólo tienen de diferente el nombre, ya que forman un conjunto en la vida concreta de la humanidad. Lo cierto es que los objetos prehistóricos desenterrados nos hablan mucho más de lo que a simple vista parece, de la relación existente entre los aspectos material y espiritual de la vida de nuestros antepasados. Puede decirse que hasta hace poco todas las investigaciones prehistóricas estaban basadas en el estudio a fondo de la civilización material. La base material documental continuará siendo la misma, pero en lo atañedero a su interpretación, en las investigaciones actuales y en las futuras, ocupan ahora el primer plano las cuestiones social y espiritual, y ante todo la religiosa.

Dado que la religión es un fenómeno esencialmente moral, la expresión espiritual de una cultura, se comprende que no haya podido llegar hasta nosotros como tal, en una forma tangible. Por otra parte, la religión utiliza generalmente medios de expresión materiales, como son los objetos de culto, templos, imágenes, símbolos sagrados y ofrendas, y así vemos que en todos los tiempos el arte ha estado, en mayor o menor proporción, al servicio de la religión. En las tumbas de casi

todos los pueblos quedaron reminiscencias que nos orientan sobre las creencias que los animaron, ya sea por los objetos que en ellas se han encontrado, o por la posición de los cadáveres, e incluso por la clase de construcción del monumento funerario. En estos y en otros detalles expresó el hombre prehistórico sus sentimientos y sus prácticas religiosas, y después de los milenios transcurridos desde entonces, estos objetos integran todavía una materia prima preciosa que permite a los prehistoriadores reconstruir, paso a paso, la historia de las religiones.

Estado de las investigaciones religiosas de la prehistoria. — Los hallazgos de objetos de culto pertenecientes a las antiguas civilizaciones han sido el acicate que una y otra vez ha vuelto a estimular el estudio de las investigaciones sobre las cuestiones histórico-religiosas, y así vemos que en la literatura del ramo se mencionan a menudo detalles sobre objetos de culto que no siempre parecen corresponder a la realidad, porque existía la tendencia a catalogar como objetos de culto todos aquellos a los que no se acertaba a atribuir un uso determinado. Más que en otras ramas de la investigación prehistórica, aquí se dieron rienda suelta la fantasía y la especulación, hasta que otros prehistoriadores más serios, o menos apasionados, optaron por no ocuparse de cuestiones religiosas e hicieron incluso gala de una actitud exageradamente crítica en relación a todo cuanto se apartara de la mera clasificación de los objetos prehistóricos hallados, su descripción prehistórica y la determinación de las civilizaciones a que pertenecieron.

Por eso, a menudo los hallazgos de esta clase se mencionan sólo brevemente en la literatura especializada, por más que algunos de ellos hayan sido objeto de minuciosas investigaciones cuando se ha podido compararlos a otros de aspecto parecido, y se ha intentado interpretarlos a la luz de la etnología y del folklore. Pero en todos los casos se trata de elementos aislados.

Para el estudio de las descripciones sobre la religiosidad de períodos aislados de la prehistoria pueden consultarse algunos tratados y exposiciones esquemáticas, entre otros el excelente "Manuel d'archéologie préhistorique, céltique et gallo-romaine" de J. Déchelette (París, 1908-1914), la "Weltgeschichte der Steinzeit" (Historia mundial de la Edad de Piedra) de O. Menghin (Viena, 1931) y, además, "Les hommes de la pierre ancienne" de H. Breuil y R. Lantier (París, 1951).

En realidad solamente se ha investigado a fondo el paleolítico, sobre todo el paleolítico reciente con el arte extraordinario de aquellos pueblos cazadores. El arte magnífico de la época glaciar constituye un complejo



6. Raymondon (Dordoña). Colgante con una ofrenda ritual.

7. Los Casares (Guadalajara). Grabado de un grupo de antropomorfos en relación con figuras de peces.



8. *Mas d'Azil (Ar ge). Antropomo grabado en huesc*

9. *Lascaux (Mor gnac). Bisonte he do, hombre caído pájaro aselado en bastón.*



10. Lascaux (Montignac). Friso de los ciervos negros.



8. Mas d'Azil (Ariège) Antropomorfo grabado en hueso.

9. Lascaux (Montignac) Bisonte herido, hombre caído y pájaro asentado en un bastón



11. Lascaux (Montignac). Caballo herido y trampas de caza.

de hallazgos que da pie precisamente a la investigación de la cuestión religiosa. A este respecto son dignos de especial mención dos libros franceses: "Les Religions de la Préhistoire", de Th. Mainage (París, 1921), y "L'Art et la Religion des Hommes Fossiles", de G. H. Luquet (París, 1926), a los que pueden añadirse por su interés también las obras de P. Wernert: "L'Époque Paléolithique" en "L'Histoire générale des Religions" (París, 1948), y "Les Religions de la Préhistoire" en "Histoire des Religions", vol. I (París, 1953). El problema, o el enigma de la religión del paleolítico ha sido tratado de manera excelente en "Der Geist der Vorzeit", de R. R. Schmidt (Berlín, 1934), traducido al inglés bajo el título de "The Dawn of the Human Mind" (Londres, 1936), y al francés con el de "L'Aurore de l'Esprit Humain" (París, 1936), y en los libros de G. Kraft "Der Urmensch als Schöpfer (Berlín, 1942), F.-C. Bursch "De Westerse mens ontdekt zijn wereld" (Leiden, 1951), y R. Pittioni "Vom geistigen Menschenbild der Urzeit" (Viena, 1952).

El estudio meticuloso del arte de la humanidad durante la era glaciar ha promovido algunas veces investigaciones especiales sobre su segundo plano religioso, y al decir esto evocamos en particular las monografías de los dos grandes prehistoriadores H. Breuil y H. Obermaier, así como las obras de H. Kühn "Kunst und Kultur der Vorzeit" (Berlín y Leipzig, 1929) y "Die Felsbilder Europas" (Stuttgart, 1952). El conocido prehistoriador francés conde H. Bégouën ha consagrado también varios artículos a la interpretación religiosa del arte de los cazadores del pleistoceno.

Ahora bien, el problema de la religión prehistórica solamente ha sido en realidad tratada, en conjunto, en la obra de C. Clemen "Urgeschichtliche Religion, die Religion der Stein-, Bronce- und Einzeit (Bonn, 1932-33) y en la de L. Franz "Religion und Kunst der Vorzeit" (Praga y Leipzig 1937). La primera es ante todo una recopilación de textos y se nos antoja ya incompleta y anticuada. En cuanto a la segunda, de poca extensión por cierto, se propone solamente, según indica su autor, demostrar que el arte prehistórico debe lo esencial de su contenido a las representaciones religiosas, o sea que únicamente trata la religión en el marco de dicho arte. La mencionada contribución de P. Wernert en el primer tomo de la "Histoire des Religions" (París, 1953) es verdad que se ocupa de todos los períodos prehistóricos, pero de un modo extremadamente sucinto.

Según se ve por esta relación de los libros publicados, los que se han dedicado al estudio de la religión prehistórica se han limitado, por regla general, a exponer resultados fragmentarios de sus investigaciones. No puede negárseles mérito a estos ingeniosos trabajos preliminares, pero

todavía no se ha tratado en obra alguna el conjunto de la cuestión religiosa de la totalidad de los tiempos prehistóricos, partiendo de los descubrimientos realizados hasta la fecha.

Precisamente en lo que se refiere a los conceptos sobre el desarrollo de la religión prehistórica, se mezclan a menudo algunos puntos de partida bien documentados a una ausencia de plan general fijo. En otras palabras, que el verdadero aspecto real, o sea histórico, de la evolución de la religión prehistórica no ha sido captado como debiera. Véase sino lo que escribe H. Kühn en su obra citada: "De los hallazgos prehistóricos se desprende claramente que el paleolítico superior — del auriñaciense, del solutrense y del magdaleniense por una parte, y por otra del capsiense — está dominado por los conceptos mágicos... Pero el universo mágico procede a su vez de un universo premágico, cuyas reminiscencias todavía pueden ser claramente observadas en el auriñaciense. Por primera vez surgieron ideas animísticas durante el aziliense, en las postrimerías del paleolítico, pero a partir de entonces ya no cesaron de extenderse hasta alcanzar su máximo desarrollo y perfección en las civilizaciones sedentarias de los agricultores. Más tarde, al final del neolítico les llegó el turno a los dioses, que en la Edad de Bronce ya eran legión, y con el sistema de dioses se formó un verdadero panteón". En realidad, los hallazgos prehistóricos demuestran, con no menos claridad que el texto precedente, que la evolución religiosa del pasado prehistórico de la humanidad tuvo lugar de una manera mucho más compleja y en muchos aspectos tuvo orientaciones muy diversas.

Las principales tareas que tienen ante sí los especialistas son las siguientes: Definir los aspectos religiosos de los diversos prehistóricos; exponer el proceso del desarrollo y del sistema global de la religión prehistórica y, finalmente, la comparación con los resultados de la investigación etnológica-religiosa.

Finalidad y orientación de este libro. — En los capítulos siguientes se ha intentado presentar en síntesis el panorama de la religión prehistórica a base del material disponible. En los encabezamientos de los capítulos se ha adoptado la clasificación usual de los períodos prehistóricos considerados como tales. Las civilizaciones que utilizan los metales ya no las consideramos totalmente comprendidas en la definición de prehistóricas.

Nos basaremos siempre, como es natural, en los hallazgos prehistóricos. Describiremos en cuanto sea posible las condiciones de su descubrimiento y las estudiaremos tratando de interpretar su significado en

relación con las líneas generales de las civilizaciones correspondientes que expondremos brevemente al principio de cada capítulo.

En cuanto a la interpretación propiamente dicha, en primer lugar trataremos de deducirla en el marco de los yacimientos respectivos, y luego mediante confrontaciones con documentos análogos o emparentados. Además, cuando lo exija la vaguedad de los hallazgos, procuraremos interpretarlos echando mano, para explicarlos, de documentos histórico-etnológicos, pero sin jamás perder de vista que éstos proceden de una época que en la historia de las civilizaciones corresponda a la suya. Renunciaremos, por consiguiente, a seguir el ejemplo de muchos investigadores que arbitrariamente se basa en analogías etnológicas superficiales. Puede que esto les confiera a sus relatos una forma atractiva, pero en el fondo carecen de valor científico.

En el estudio de los documentos prehistóricos es conveniente no partir de un concepto demasiado estrecho de la religión. Seguiremos las huellas de todos los aspectos de la vida prehistórica en los que la religión se manifestó en una u otra forma. Por consiguiente tomaremos en consideración todo cuanto se refiera a la religión, o a lo que haga sus veces, como en el caso de la actitud de aquellos hombres con respecto a sus muertos, y en particular a la magia. Podría parafrasear como sigue la definición que de la religión da W. Schmidt en su "Handbuch der vergleichenden Religionsgeschichte" (Münster, 1930) "La religión es el conocimiento y el sentimiento, más o menos razonados que tiene la humanidad de la dependencia de una o varias potencias personales, sobrenaturales: Dios o dioses demonios, antepasados, espíritus de los muertos y otros seres, con la cual o con las cuales mantiene relaciones mutuas, así como el conjunto de las acciones mediante las cuales se exterioriza o manifiesta este conocimiento y este sentimiento: ofrendas, plegarias, ascetismo, consagración, procesiones, ritos, imágenes rituales, erección de santuarios religiosos y otros más". Estos ejemplos bastan para mostrar que no lograremos captar la religiosidad prehistórica en todas sus formas. En este libro se tratará preferentemente del aspecto de las religiones prehistóricas en Europa, porque es en el ámbito de nuestro continente donde se han llevado a cabo la mayoría de las excavaciones y es, por ende, el que más material ha suministrado a los investigadores. Los próximos capítulos mostrarán que en la actualidad es ya posible distinguir formas diversas de la religión más allá de los hechos aislados, así como analizar su evolución, o sea que, en resumidas cuentas, ya estamos en condiciones de poder bosquejar un cuadro general de la religión en la prehistoria.

II. LA RELIGIÓN DEL PALEOLÍTICO INFERIOR

1. — Semblanza de la humanidad arcaica

Primera aparición y aspecto del hombre arcaico. — Antes de plantear la cuestión de las manifestaciones religiosas más antiguas, vamos a ocuparnos siquiera sucintamente del hombre arcaico y de sus condiciones de vida. En las páginas que siguen utilizamos los términos de hombre arcaico y humanidad arcaica en un sentido muy amplio, designándose de modo general al hombre del paleolítico inferior.

Según el estado actual de las investigaciones, parece ser que la primera aparición del hombre debió de tener lugar a principios de la época glaciar. Vestigios suyos, tales como utensilios de sílex groseramente trabajados, se han encontrado en terrazas fluviales mezclados con fósiles de una fauna, algunas de cuyas especies, tales como el elefante meridional y el macairodo, existían ya a finales del terciario. Geológica y paleontológicamente su aparición puede situarse en el interglaciar (Günz-Mindel) entre las dos primeras grandes glaciaciones. Excepto en unos pocos casos que se prestan a confusión, no puede ponerse en duda la huella de la mano del hombre en los objetos de sílex, por haberse comprobado concienzudamente la acción de los procesos de los fenómenos naturales, tales como presión de las capas del subsuelo, oleaje, viento, calor y heladas, sobre materiales semejantes, de modo que el especialista puede fácilmente distinguir cuando se trata de eolitos trabajados por el hombre, los cuales generalmente presentan una punta o corte bien formado y distinto.

Lo que a primera vista asombra ya extraordinariamente es el carácter "universal" de estos vestigios de la humanidad arcaica, pues han aparecido en el sur de Inglaterra, en Europa occidental, en África e incluso en Asia oriental. Ante tamaña dispersión cabe suponer que la verdadera aparición de la especie humana tendría lugar antes, o sea durante la primera glaciación de Günz, o tal vez incluso antes, con anterioridad a la época glaciar propiamente dicha.

Esto nos lleva a evocar el problema del hombre del terciario que ha sido objeto de enconadas discusiones durante varios lustros, y que se creyó haber resuelto con la "invención" del eolítico. Las pruebas aportadas con los descubrimientos de esqueletos diversos y los llamados "eolitos", en los que se creía ver utensilios del hombre del terciario, no han resistido las conclusiones de la crítica especializada. La adopción del eolítico, es decir, de un período durante el cual el hombre utilizaba ya la piedra, pero durante el cual, al no saberla labrar convenientemente escogía fragmentos de forma apropiada que se adaptasen a sus necesidades, es muy difícil de justificar.

Sea como fuere, todo hace suponer que la aparición del hombre puede fijarse a principios de la época glaciar, o incluso un poco antes. Lo que queda todavía en el aire es la cuestión de cual fue la cuna de la humanidad. Primeramente se había pensado en Asia, más concretamente en el oeste o en el centro de dicho continente, pero recientemente se tiende a situarla en África, pues es allí donde se han encontrado útiles de piedra de la más remota antigüedad, más antiguos todavía que los de los estratos geológicos procedentes de Europa y Asia, así como también se han puesto al descubierto numerosos fósiles de antropomorfos según parece muy semejantes al hombre. Algunos los consideran como prehomínidos y otros como los verdaderos primeros hombres, con lo que en todo caso el continente africano ha cobrado renovado interés para la paleontología.

¿Y qué decir del tan llevado y traído problema de la hominización que no ha sido tan fácil de resolver como se había supuesto en un principio? Aunque la mayoría de los sabios crean que el hombre, por su cuerpo, procede del reino animal, esto no ha podido ser demostrado científicamente, y va en aumento el número de los desapasionados que están convencidos de que muy probablemente esta cuestión no podrá resolverla la ciencia de modo satisfactorio.

De todo modos, lo más importante en nuestras investigaciones sobre la religión prehistórica es el hombre arcaico, el hombre primitivo en su medio ambiente. Los esqueletos hallados nos aclaran suficientemente sobre su apariencia física. La mayoría de ellos, y al propio tiempo los más completos, pertenecen a la primera mitad de la última glaciación (glaciación del Würm) o sea del ocaso del período de la humanidad arcaica. Cuanto más retrocedemos hacia el principio de la era glacial, tanto más escasos, incompletos y discutibles son los hallazgos que a ello se relacionan.

El tipo más conocido de hombre arcaico y al mismo tiempo el menos

antiguo, es el de Neandertal, así llamado por haberse descubierto sus restos en el valle del mismo nombre, en los alrededores de Düsseldorf (Alemania) en 1856. Para nosotros los europeos, y en general también para el resto de la humanidad, en esta raza paleoantrópica, cuyos representantes más característicos habitaron el occidente de Europa, se aprecian rasgos muy diferentes de todas las razas humanas actuales. Era de estatura mediana, rechoncho, dominado por un cráneo desproporcionadamente enorme. Su aspecto bestial radicaba ante todo en la fisonomía. Tenía la frente huida y aplanada y la falta de mentón daba a su rostro apariencia hocicuda. Tenía la nariz ancha, y las órbitas grandes y redondas quedaban profundamente hundidas bajo enormes protuberancias superciliares. Si consideramos únicamente el esqueleto sí que acusa aspecto bestial, pero en realidad nada sabemos de la conformación de las partes blandas de su cuerpo, del rostro en particular, que tal vez le confirieran un aspecto más humano, modernamente hablando, de lo que suponemos, suavizando en cierto modo el carácter siniestro de la estructura.

La imagen popular del hombre del Neandertal, que nos lo presenta como una criatura medio hombre y medio animal, consideramente hirsuta y de andar encorbado, ciertamente no corresponde a la realidad, o por lo menos la ciencia no lo confirma. Precisamente no hace mucho que el antropólogo S. Sergi decía haber podido comprobar, por el estudio de los esqueletos descubiertos en Saccopastore, cerca de Roma, que el hombre del Neandertal caminaba erguido ni más ni menos como nosotros.

Durante mucho tiempo se creyó que el hombre del Neandertal era el único representante de la humanidad arcaica, siendo considerado por muchos como descendiente directo del reino animal. Según una vieja teoría, sus rasgos simiescos argüían una clase de existencia de bestia, sin el menor rudimento de espiritualidad. Veremos más adelante cuán equivocados estaban los que tal cosa pensaban. En todo caso las diferencias físicas entre el hombre arcaico y el hombre actual son menores que las que separan al hombre del Neandertal de los antropoides actuales.

En los últimos tiempos han ido constantemente en aumento los descubrimientos de esqueletos de homínidos más antiguos que el Neandertal, no solamente en Europa, sino también en Asia y en África, y parece también, según algunos, también en Australia. Un grupo de ellos posee aparentemente los rasgos primitivos característicos del Neandertal, tal vez más acusados aún, en tanto que otros parecen acercarse ya al *homo sapiens*.

De todo ello se desprende claramente que la humanidad del paleolítico inferior comprendía ya dos razas diferentes, bien definidas, y que no solamente su origen, sino también su posterior desarrollo, plantean problemas mucho más complejos de lo que generalmente se cree, incluso en los medios científicos. Todavía es para nosotros un misterio cuál de las dos ramas constituye el tronco principal de la evolución humana. Ambas coexistieron, pero si resultare que el grupo menos primitivo — de lo cual no faltan indicios — es de verdad el más antiguo, entonces debería ser considerado como la forma primordial de la humanidad. Y por ende, el otro grupo, incluido el hombre del Neandertal, constituiría una rama precoz y abortada del tronco humano, cuya evolución habría conducido a un callejón sin salida. Esto explicaría por qué se extinguió durante la última glaciación.

Medio ambiente y civilización. — La humanidad arcaica vivió acontecimientos geológicos transcendentales. Dos veces por lo menos, grandes extensiones de Europa, toda Escandinavia, la mayor parte de Inglaterra y Holanda, casi todo el norte de Alemania, y porciones considerables de Polonia y Rusia fueron invadidas por los glaciares procedentes de los Alpes y de otros altos macizos montañosos europeos. Por doquier, bajo la influencia del clima ártico de las glaciaciones, plantas y animales variaron completamente. Y de nuevo por dos veces también, durante las llamadas interglaciaciones, el clima devino tanto o más caliente que el actual, o sea que se experimentó el fenómeno a la inversa, y la naturaleza se adaptó una vez más a la nueva situación. Grandes transformaciones climáticas parecidas tuvieron lugar en Asia y asimismo en África, donde períodos de precipitaciones atmosféricas muy abundantes, o períodos fluviales, correspondían a las glaciaciones europeas.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre las cifras avanzadas o sugeridas por geólogos y astrónomos, lo que no puede ponerse en tela de juicio es que todas esas variaciones del cuaternario abarcaron lapsos de tiempo inmensos, pero al propio tiempo se desarrollaron a un ritmo lentísimo, imperceptible, tan gradualmente, que no fue posible que la humanidad se diera cuenta de ello ni que el fenómeno llegara a formar parte de la tradición o de la memoria colectiva de las generaciones que se sucedieron. Así se explica que la humanidad no haya guardado recuerdo alguno de la época glaciar. Otra cosa hubiera sucedido si las glaciaciones y las interglaciaciones se hubieran sucedido a un ritmo mucho más rápido acompañados de consecuencias catastróficas.

Los investigadores han llegado a la curiosa conclusión que, por moti-

vos no totalmente aparentes, el hombre arcaico habitó el continente europeo solamente durante los períodos interglaciares templados. Es absurdo atribuirlo, como se ha pretendido repetidamente, a que todavía no se conocía el fuego. Mucho más lógico parece suponer que el verdadero motivo hay que buscarlo en el hecho de que las cuevas que más tarde sirvieron de morada al hombre del paleolítico superior no se habían formado todavía en la época arcaica, pues tales cuevas, debidas en su mayor parte a la acción de las aguas sobre la roca calcárea en regiones montañosas, no parece que pudieran formarse hasta la penúltima glaciación (del Riss). Pero el hombre arcaico, desde mediados del período glaciar moraba en cuevas, cuando podía dar con ellas, claro, y conocía el fuego, como lo prueban los restos de un hombre primitivo, el hombre de Pekín, descubiertos en el yacimiento de Chu-ku-tien, cerca de Pekín, y que ha recibido el nombre de *Sinanthropus pekinensis*.

Por grandes extensiones de Europa, en las que dominaba el hombre arcaico, alternaban durante las interglaciaciones, frondosas selvas tropicales con praderas y zonas pantanosas, y durante los períodos de más calor puede que también cruzaran el continente fajas de desiertos esteparios. La fauna de estos territorios era muy diferente de la que la puebla en la actualidad. Por el monte bajo, haciendo temblar la tierra bajo sus patas colosales, apareció el elefante — el elefante meridional durante el primer interglaciar y el elefante antiguo en los interglaciares posteriores. Luego siguieron, regularmente, según muestran los fósiles hallados, el torpe rinoceronte, del que se conocen dos especies, la más antigua de las cuales existía ya, igual que el elefante meridional, a finales del terciario.

El hipopótamo se encontraba como en su casa a orillas de los grandes ríos, y los grandes bosques y las inmensas praderas eran poblados por bóvidos, caballos y cérvidos. Durante el último interglaciar se multiplicó, sobre todo en las regiones alpinas, el gran oso cavernario, bestia feroz cuya estatura sobrepasaba de un tercio la de su contemporáneo el oso pardo común. También abundaban otros animales de rapiña, tales como la pantera, la hiena y el lobo. El felino más temido era el macairodo, de talla ligeramente inferior a la del león; poseía en la mandíbula superior dos colmillos largos y delgados, que cortaban como un cuchillo, con los cuales estaba en condiciones de poder hacer frente a los grandes paquidermos. Sabemos que los primeros paleoantropos fueron contemporáneos de este temible animal, que luego se extinguiría, pasando el león a ocupar su lugar en la jerarquía animal.

Con la vuelta de los hielos, cuando los vientos secos y fríos agostaban la tierra como empujando los gigantescos glaciares que lentamente

invadían el hemisferio septentrional europeo, los bosques se aclaraban, la estepa ártica progresaba lenta e inexorablemente por el este, el centro y el noroeste. En cambio, el clima de las regiones del sur y del sudoeste, que se libraron de las glaciaciones no era tan rudo. Y lo que ahora son desiertos africanos disfrutaba de un clima templado y lluvioso que los convertía en refugio ideal para la fauna de sangre caliente que huía del frío norteño. Los espacios así abandonados, pero que no desaparecieron bajo los glaciares escandinavos y los alpinos, fueron pronto ocupados por otros animales procedentes de Asia, con el mamut velloso y el rinoceronte lanudo al frente, mejor adaptados para soportar los intensos fríos. Las estepas se poblaron de caballos salvajes y de onagros peludos, y las cruzaban grandes rebaños de bisontes, mientras que en los cortos veranos de las tundras lindantes con el casco polar vivían innumerables renos, los cuales, al acercarse el invierno, emigraban hacia las regiones más templadas del sudoeste europeo.

Tal era el mundo del hombre arcaico, el cual, según hemos visto, con cada nueva invasión de los hielos, abandonaba Europa junto con los animales que tampoco toleraban los fríos extremos. Durante las interglaciaciones podían acampar tranquilamente al aire libre. Probablemente abrigaderos rudimentarios consistentes en toscos cobertizos con techos de hojas, ramas, cortezas o pieles les protegían de la lluvia, del viento y del sol. Allí nunca se apagaba el fuego para asar la caza que era su principal alimento. Es natural que nada quede de semejantes alojamientos al aire libre, excepto los montones de huesos de animales, cuya carne comían, así como los utensilios de piedra que, al igual que los huesos, no se destruían con el tiempo. De todos modos han sido precisas condiciones excepcionalmente favorables para que tales restos domésticos pudiesen conservarse después de tan larguísima permanencia bajo tierra.

Los primeros asentamientos de los paleoantropos debieron de tener lugar preferentemente a orillas de los ríos y de los mares donde tenían a mano material abundante con que labrar sus rudimentarios útiles, herramientas y armas, en su mayoría de piedra, aun cuando es de suponer que también las produjeran muy pronto de madera y de hueso. La vecindad del líquido elemento era el lugar más a propósito a su existencia, pues tenía, entre otras ventajas, la de que en la densa vegetación las mujeres y los chiquillos hallaban profusión de bayas, raíces y frutas, amén de otros condimentos para aderezar y variar su dieta de carne. Además de la pesca, a los ríos iban a parar las pistas de los sedientos animales que eran sus verdaderos proveedores de carne. Los grandes yacimientos de huesos hallados permiten imaginarnos que

los paleoantropos fueron grandes cazadores de venado, como lo fueron, sin lugar a dudas, sus sucesores en épocas posteriores. Como sus armas eran tan primitivas como ellos, cobraban la mayor parte de las piezas por medio de trampas excavadas a lo largo de las pistas que conducían a los bebederos. Si tenemos en cuenta que en nuestros días los pigmeos de África, apenas mejor pertrechados, se enfrentan temerariamente con el elefante y lo cazan luchando a brazo partido con él, ¿por qué no suponer al hombre arcaico un arrojo y una habilidad por lo menos igual?

Los primeros hombres del paleolítico eran cazadores nómadas y así se comprende que sus utensilios se encuentren esparcidos en tan vastos territorios y en tal abundancia relativamente.

Por su forma técnica, las herramientas de piedra del hombre arcaico pueden dividirse en dos clases bien definidas, que tal vez correspondan a las dos razas anteriormente mencionadas. Estas dos clases de útiles, que en Europa se hallan en yacimientos separados, y en cambio aparentemente mezcladas en los de África, se componen por una parte de lascas desbastadas por un solo lado, y por otra de piedras duras, generalmente núcleos de sílex con retoques bifaciales. A estos últimos útiles, llamados hachas de mano, se les ha dado por medio de golpes hábiles y retoques, una forma más o menos almendrada, llana por un extremo, que se adapta perfectamente a la mano, y por el otro acaba en filo o punta.

Ello ha dado pie a la hipótesis que en el paleolítico existían dos concepciones tecnológicas, dos tradiciones de fabricación de útiles que representaban a dos razas o grupos étnicos heterogéneos. Las llamadas culturas abbevilliense y achelense del hacha de mano, que se extienden por Europa occidental y meridional, en África, en la India y en el Sur de Asia, son propias de climas templados o meridionales. Cuando, durante las etapas interglaciares, las áridas estepas semi-desérticas se extendían progresivamente por África, sus representantes abandonaban este continente al propio tiempo que la fauna meridional, regresando a Europa donde el clima era más benigno. A su paso iban empujando hacia el norte a los representantes de las culturas de las lascas de sílex (clactoniense, levalloisiense y musteriense) y estas últimas, a su vez, al finalizar los períodos calientes rechazarían nuevamente a las anteriores en dirección inversa. En otras palabras, que unos y otros grupos emigrarían, en constante vaivén, al compás de los cambios climáticos.

Cuando hablamos de movimientos de poblaciones no debemos imaginarnos migraciones de masas importantes, sino simplemente el avance o el retroceso de pequeños grupos, de hordas de cazadores que vivían

juntos. La caza de los grandes animales y su captura por medio de trampas lo hace suponer. Durante la segunda interglaciación su número debió de haber aumentado ya, y todavía más en la última. Desde la época de los primeros paleoantropos hasta el final del paleolítico el progreso de la ergología fue evidente, aun cuando no se realizara de manera uniforme y continua. Este progreso técnico debió de ir acompañado de una cierta mejoría en las condiciones de vida y de perfeccionamiento en la civilización en general. Con todo, en el estado actual de las investigaciones hemos de considerar que toda la evolución de la humanidad paleoantrópica constituye una unidad. La designación colectiva de "hombre paleoantropo", "civilización arcaica" es apropiada a pesar de la indudable larguísima duración de ésta— según los astrónomos y geólogos incomparablemente mucho mayor que todo el período posterior hasta nuestros días. Pero esta "unidad" no deja de ser muy compleja y sólo las investigaciones futuras permitirán seguramente establecer distinciones más exactas entre los períodos y los pueblos que la componen.

Inteligencia y capacidad religiosa. — En realidad debería darse por descontado que el hombre arcaico era realmente humano en el verdadero sentido de la palabra, aun cuando, como es natural, sus facultades mentales no estuvieran tan desarrolladas como en el hombre actual. Por razones de clasificación puede aceptarse fácilmente la distinción establecida por los antropólogos entre *Anthropus* y *Homo sapiens,* designando aquel término al hombre fósil del paleolítico inferior, y éste al del paleolítico superior que ya se parece al hombre actual. Sin embargo, desde el momento que se reconoce en algún representante del grupo *anthropus* a un verdadero hombre, como ocurre manifiestamente en el caso del hombre del Neandertal, y casi seguramente también con el del *Sinanthropus* (Hombre de Pekín), y en el *Pithecanthropus* (Hombre de Java), entonces debe considerarse también como ser dotado de inteligencia y, desde el punto de vista de la civilización, como un *Homo sapiens.*

A menudo se ha tomado el tamaño y la forma del cráneo del hombre fósil como indicación de su capacidad intelectual y espiritual, y sobre todo de su falta de inteligencia. Es interesante hacer observar que el gran antropólogo F. Weidenreich, cuyas teorías a este respecto son tanto menos suspectas cuanto que siempre figuró entre los partidarios de la evolución, afirma en su obra póstuma que la inteligencia no depende ni del tamaño del cerebro ni del número e intrincamiento de sus circunvoluciones, y que ciertos progresos en la energía cerebral nos obligan a revisar los viejos conceptos relativos a la localización de determinadas

facultades del cerebro. En su opinión, únicamente su cultura o lo que crearon aquellos hombres puede darnos indicaciones positivas sobre la vida psíquica de la humanidad primitiva.

También se ha echado mano a menudo de la "mentalidad prelógica" de L. Lévy-Bruhl, según el cual la inteligencia humana no es sino el resultado de una evolución cuyos orígenes remontan a un estado cercano a la animalidad. Pero el mismo Lévy-Bruhl cedió fácilmente a la evidencia y a las objeciones y argumentos de etnógrafos eminentes, y poco antes de su muerte reconoció lealmente que se había equivocado, y que estaba convencido de que la "igualdad de las dotes psíquicas y los mecanismos mentales" del hombre eran los mismos en todos los niveles de su civilización.

A diferencia de lo que sucede con los pueblos de hoy que desconocen todavía la escritura, incluso de los comprendidos en la fase histórico-cultural más antigua, en el caso del hombre arcaico disponemos única y exclusivamente de los vestigios de sus culturas para poder indagar, de una manera relativamente directa, el problema de su mentalidad.

En la obra, anteriormente mencionada, "*Der Urmensch als Schöpfer. Die Geistige Welt des Eiszeitmenschen*" (1942), su autor G. Kraft demuestra el carácter humano de la mentalidad del hombre arcaico, haciendo especial hincapié en el hecho que, en lo atañero a la inteligencia, un abismo profundo e infranqueable separa al hombre de la bestia. Para cerciorarse de ello no hay más que observar sus artefactos más antiguos, por toscos e insignificantes que a primera vista nos parezcan, para convencerse de que son fruto de seres específicamente racionales, entre los cuales en modo alguno podemos catalogar a los animales. No se trata de meros objetos utilizados como instrumentos — pues se ha demostrado que también los monos saben servirse de ciertos objetos — sino de utensilios fabricados deliberada y metódicamente y que, además, podían ser utilizados para fabricar otros. Con las mismas palabras de K. J. Narr diremos que "tales instrumentos no eran utilizados o fabricados esporádicamente, sino de un modo continuo, ni servían como objetos de uso temporal para facilitar, en situaciones momentáneas, la existencia de una sola persona, sino que eran, antes bien, el producto de un trabajo serio y metódico, razonado, de actividad persistente, ejercido por procedimientos transmitidos de generación en generación". En cambio, la tan cacareada habilidad de los monos en el manejo de ciertos objetos se reduce simplemente a servirse de algunos de ellos para alcanzar un fin determinado en algún momento dado, según demuestra Kraft.

Los utensilios del paleoantropo no significan ni una mera extensión del cuerpo y de sus órganos, ni son reproducciones inconscientes de estos últimos como se creyó durante mucho tiempo. El solo hecho de que el hombre arcaico fuera capaz de fabricarlos, convirtiéndose así en "creador de cultura" es prueba fehaciente que estaba dotado de inteligencia. "Incluso los útiles más antiguos del hombre arcaico — seguimos citando a Kraft — son productos auténticos de su espíritu creador". De Boucher de Perthes, uno de los primeros en afirmar su origen humano, son las siguientes palabras: "A pesar de su imperfección, estas toscas piedras constituyen una prueba tan evidente de la existencia del hombre como todo un museo del Louvre".

Con razón se considera la conservación y el uso del fuego como una de las más antiguas adquisiciones de la humanidad. Tanto el hombre como el animal se enfrentaron desde un principio con este elemento natural, pero únicamente el primero presintió su importancia y logró someterlo para utilizarlo a voluntad y de manera permanente. Después de vencer el terror instintivo que el fuego inspira a todos los animales, el hombre se sirvió de él, entre otras cosas, para calentarse y para cocer los alimentos, explotando el miedo que por el fuego sienten los animales para protegerse de las incursiones de éstos. Precisamente esta utilización del fuego muestra que los paleoantropos eran seres inteligentes, para alcanzar una finalidad constructiva y determinada. En una palabra, que eran capaces de actuación autónoma y premeditada.

El lenguaje debió de ser tan antiguo como los utensilios mismos. A partir del primer interglaciar del que proceden los utensilios de piedra más antiguos que se conocen, los paleoantropos se reunían para cazar juntos. A menos que descubrimientos posteriores aporten la prueba de lo contrario, podemos afirmar — dice Kraft — que los hombres más antiguos de los que se tiene noticia ya actuaban en grupos, y para ello les era preciso hablar. Debemos suponerles por lo menos una especie de lengua básica, una "lengua imperativa" comprendiendo verbos y ciertas designaciones espaciales y cronológicas elementales. Por motivos análogos es Fr. Weidenreich de opinión que la carencia de mentón saliente en el hombre de Pekín no es razón suficiente para afirmar que no podía hablar, como se ha supuesto.

De modo que su condición de hombres en el sentido que le damos a esta palabra la demuestran los paleoantropos desde un principio al ser capaces de labrar sus utensilios, de trabajar en común y de hablar. Con razón afirma Kraft que, debido a sus realizaciones en el campo de la civilización, que son verdaderas proezas de precursores, el hombre arcai-

co era superior a los pueblos etnológicos que todavía quedan en el mundo. Pero, como dice W. Köppers "si en las recientes investigaciones antropológicas se ha llegado a una conclusión absolutamente segura y acatada por todos, ésta es que los hombres primitivos de hoy, sean cuales sean sus características físicas o raciales, son hombres psíquicamente completos".

Sería absurdo pretender, sólo porque los objetos materiales de los hombres del paleolítico eran escasos y toscos, que sus facultades mentales brillaban casi por su ausencia, y que por su modo de ser, parecido al de los animales, apenas podían concebir algún sentimiento elevado, por no decir religioso. Esta conclusión está únicamente justificada cuando se trata de ciertas formas de expresión de la vida espiritual y religiosa que les eran sin duda desconocidas. Precisamente, de las recientes investigaciones etnológicas relativas a los hombres primitivos de hoy se desprende que aun cuando su civilización material sea muy rudimentaria, y les sean ajenos la diversidad de formas de culto, los numerosos ritos y las artes de las civilizaciones superiores, en cambio sus concepciones religiosas poseen un sello de mayor pureza y espiritualidad.

Si el hombre arcaico poseyó desde siempre las mismas cualidades psicológicas que el hombre moderno, nada de lo que es específicamente humano y que nos caracteriza podía serle extraño, y por ende, es natural que tratara también de satisfacer, de un modo u otro, las necesidades en materia de religión que son comunes a todos los hombres.

En su calidad de ser humano inteligente, era capaz de tener ideas religiosas y de darles forma y expresión. En las páginas siguientes veremos hasta qué punto los descubrimientos realizados hasta la fecha permiten justificar este punto de vista, y trataremos de mostrar cuáles fueron las primeras manifestaciones religiosas de la humanidad prehistórica.

2. — El hombre arcaico y sus muertos

Los fósiles humanos más antiguos y su significado. — Si nos preguntamos cuál es el tipo de los más antiguos hallazgos que puede hacer más luz sobre las concepciones y los sentimientos religiosos del hombre arcaico, veremos que la respuesta pueden solamente dárnosla los vestigios de su esqueleto, pues, los utensilios de piedra, y los huesos de animales encontrados hasta ahora solamente nos hablan de su cultura material y culinaria. Es una verdadera lástima que los fósiles humanos anteriores al principio del último interglaciar sean extremadamente raros

y fragmentados. Y por si esto no bastara, existen discrepancias sobre la edad de algunos de ellos, ya sea porque la estratigrafía de los yacimientos donde fueron hallados no haya sido bien puesta en claro, o bien porque el aspecto relativamente reciente de los hallazgos haya dado pie para poner en tela de juicio si las condiciones estratigráficas son las inicialmente supuestas. Por otra parte, se admite generalmente que no todos los hombres del paleolítico eran semejantes al de Neandertal.

Circunscribiéndonos a Europa, los únicos fósiles de esta clase que no se prestan a controversia proceden del Sur de Alemania y del Sur de Inglaterra, entre ellos: una mandíbula inferior hallada en Mauer, cerca de Heidelberg, un cráneo en Steinheim y los dos fragmentos cranianos de Swanscombe, no lejos de Londres. La mandíbula de Mauer data de la segunda glaciación (de Mindel) y los restos de Steinheim y de Swanscombe pertenecen a la segunda interglaciación (Mindel-Riss). A estos hallazgos más antiguos debemos añadir la bóveda craneana y el hueso frontal descubiertos el año 1947 en Fontechevade (Charente-Francia) en una capa tayaciense del achelense tardío, pertenecientes a dos individuos. Del análisis de su contenido en fluor se desprende que datan del último interglaciar (Riss-Würm). Lo mismo que en los hombres de Swanscombe y de Steinheim, la forma del cráneo de los de Fontechevade debió de ser muy similar a la del hombre moderno, lo cual parece indicar que antes de la raza de Neandertal poblaron Europa otros hombres de civilización más avanzada que la suya y bastante próximos al *Homo sapiens*. En nuestras investigaciones tienen sumo interés los numerosos fósiles chinos hallados en las cavernas de Chu-ku-tien, cerca de Pekín.

Desde un principio el hombre del paleolítico trabó conocimiento con la muerte y fue consciente de su ineluctabilidad al ver caer, para no volver a levantarse más, a un congénere, a un compañero de caza o a un miembro de su tribu. De cuáles debieron de ser sus reacciones y sentimientos ante la experiencia, ante el fenómeno de la muerte, y de su comportamiento para con los muertos, nos da una idea su modo de tratar los cadáveres, y sobre todo las circunstancias de lo que llamamos el sepelio.

Es imposible afirmar, naturalmente, que los huesos mencionados anteriormente procedan de cadáveres enterrados deliberadamente. En realidad, los escasos fósiles de hominoides descubiertos en Europa no arrojan mucha luz en el problema que desearíamos resolver. Pero existen dos circunstancias que los hacen interesantes a nuestros ojos. En primer lugar, es curioso que solamente se hayan hallado cráneos y mandíbulas inferiores, a pesar de haberse reconocido metódicamente

palmo a palmo, a menudo durante varios decenios, los yacimientos donde aquellos aparecieron, con la esperanza de dar con fragmentos de otras partes del esqueleto. Es verdad que tanto el cráneo como la mandíbula son huesos muy duros, pero cuesta creer que deban a la sola circunstancia de ser mucho más resistentes que los otros el haberse preservado hasta hoy. Por lo demás, los hallazgos del sur de Alemania proceden de depósitos fluviales, y con toda seguridad fueron arrastrados por las aguas; pero los del sur de Inglaterra, por contra, se encontraron en una antigua terraza fluvial que constituye una verdadera estación arqueológica, en todo caso muy próxima del lugar donde el hombre fósil sentó sus reales durante largo tiempo, según resulta de los utensilios de piedra que fueron hallados junto a los fragmentos craneanos. Los hallazgos franceses proceden de una caverna que fue habitada reiteradamente en épocas diversas del período glaciar hasta la etapa magdaleniense a juzgar por el escalonamiento de los niveles que cubren el suelo de la caverna. Ello hace suponer que, a lo mejor, tanto el cráneo como la mandíbula inferior desempeñaban algún papel en las moradas de los paleoantropos. Si tenemos en cuenta que de preferencia se establecían a orillas de los ríos, podría darse el caso de que también los huesos descubiertos en el sur de Alemania procediesen de antiguos campamentos, desde donde fueron luego arrastrados por las crecidas.

Los numerosos hallazgos de los yacimientos de Chu-ku-tien parecen dar verosimilitud a la hipótesis que los cráneos y las mandíbulas inferiores tenían alguna significación ritual determinada entre los hombres del paleolítico. Las cavernas de Chu-ku-tien fueron descubiertas el año 1921 y despertaron el interés de los antropólogos al encontrarse en ellas, dos años más tarde, un diente humano fósil. Se procedió a explorarlas entonces sistemáticamente desde 1927 a 1937, habiéndose reanudado las excavaciones después de la última gran guerra. Se pusieron al descubierto numerosos vestigios de esqueletos antiquísimos del llamado "hombre de Pekín", aun cuando en un principio fueran solamente fragmentos de cráneos, mandíbulas inferiores y gran cantidad de dientes aislados. Hasta mucho más tarde no aparecieron también huesos de extremidades, pero muy pocos. Hasta el momento actual, los restos hallados pertenecen a unos 40 individuos de uno y otro sexo, de ellos 15 niños. También se ha determinado el emplazamiento de varios hogares. Los innumerables huesos de animales demuestran que el "hombre de Pekín" guisaba y se comía trozos escogidos de la carne de rinoceronte, caballo salvaje, bisonte y demás caza mayor. Recientemente se

han descubierto también muchos huesos de cereza, las cuales debieron de ser recolectadas por las mujeres y los niños.

Las cavernas de Chu-ku-tien son verdaderas grietas en las rocas. Según los geólogos fueron habitadas en un período que corresponde al segundo interglaciar europeo (Mindel-Riss) y los cráneos allí descubiertos son, morfológicamente, muy inferiores a los del hombre de Neandertal, del que el *Homo Sinensis* es anterior.

Hay algunas circunstancias dignas de mención en lo tocante a los esqueletos de Chu-ku-tien. En primer lugar, aun cuando allí predominan todavía los cráneos, ya no es con carácter exclusivo como en otras partes, luego, los restos humanos se encuentran dispersos ni más ni menos que los huesos de los animales y, finalmente, tanto los huesos humanos como los de muchos animales aparecieron rotos.

Esto ha dado pie para que muchos sabios supongan que el hombre de Pekín era adicto al canibalismo, y que para él el cerebro y la medula de las víctimas eran los bocados más exquisitos. Ahora bien, como la gran abundancia de la fauna de los alrededores excluye toda penuria de alimentos, se cree que tal vez podría tratarse de una especie de canibalismo ritual acompañado de representaciones mágicas.

Durante cierto tiempo se supuso también que los Sinantropos habían sido los primeros cazadores de cabezas en la historia de la humanidad. Pero esta teoría ya pareció poder desecharse cuando se descubrieron otros huesos de cráneos y mandíbulas, aun cuando tampoco podía sostenerse en vista de que brillaban por su ausencia las dos primeras vértebras cervicales que continúan adheridas al cráneo cuando se cercena la cabeza. Es evidente que si el hombre de Pekín hubiese sido efectivamente caníbal que saciase el hambre a costa de sus congéneres miembros de su propia tribu, o de forasteros a los que cazase como venados o captase por motivos de naturaleza mágica, se hubieran encontrado grandes cantidades de huesos de las demás partes del esqueleto.

Por los mismos motivos tampoco creemos que los esqueletos de Chu-ku-tien procedan de tumbas antiguas que fueron luego destruidas. Queda en pie la hipótesis de que nos encontramos ante un caso de canibalismo ritual que se limitaba al goce del cerebro y de la medula de los huesos, lo que explicaría el por qué en los yacimientos aparecieron casi exclusivamente cráneos y huesos con tuétano. Con todo, el ensanchamiento que se observa del agujero occipital en algunos cráneos, y que se supone efectuado adrede, no implica forzosamente la idea de prácticas de canibalismo, pues harto conocido es que esta operación se practica en

los ritos de los entierros de dos fases que llevan a cabo ciertos pueblos etnológicos.

En todo caso, los hallazgos de Chu-ku-tien prueban sin lugar a dudas que el cráneo, la mandíbula inferior y, en cierto modo también algunos otros huesos, desempeñaban un papel determinado precisamente en la morada del sinantropo.

Pero la naturaleza exacta de tal papel no queda claro. Tal vez pueda explicarse el enigma recurriendo a la comparación etnológica. Es evidente en todo caso que las teorías a las que hemos hecho mención sobre el canibalismo y la caza de cabezas se basaron en hechos etnológicos bien conocidos. Pero olvidaron los sabios que las hicieron suyas que sus inducciones eran insuficientes desde el punto de vista metódico, puesto que tanto la caza de cabezas como el canibalismo son manifestaciones recientes y en todo caso corresponden en la historia humana a civilizaciones posteriores a la de los sinantropos, y las creencias mágico-anímicas ligadas a tales prácticas difícilmente pueden atribuirse en exclusiva a los cazadores arcaicos.

El sabio prehistoriador H. Breuil fue el primero en llamar la atención sobre la práctica corriente entre los australianos y otros tribus primitivas, que consiste en exhumar los cráneos cuando han quedado ya limpios de tejidos suaves y entonces los veneran como reliquias familiares. W. Schmidt, fallecido en 1954, reforzó con nuevas conclusiones esta analogía etnológica al demostrar que dicha práctica es precisamente corriente entre los pueblos primitivos modernos más atrasados.

Los andamanes, los negritos, los tasmanios, todos ellos comprendidos entre los pueblos primitivos más antiguos, tienen por costumbre llevar colgados, a guisa de amuletos, los cráneos de sus muertos. Los kurnainos, que son la tribu más antigua del sudeste de Australia, hacen lo propio con sus mandíbulas. He aquí cómo describen E. H. Man y Radcliffe-Brown los ritos funerarios de los habitantes de las islas Andamán: "Después de haber dado sepultura al difunto, los miembros de la familia observan riguroso luto, durante el cual se abstienen de toda clase de placeres y de ciertos manjares. Este duelo dura varios meses, o sea hasta la completa descomposición de la carne. Entonces se desentierra el cadáver, se reúnen los huesos y una vez bien lavados éstos en el mar o en el río, se reintegran a la morada familiar, donde las mujeres los acogen con lamentaciones. Pintan el cráneo y la mandíbula inferior con arcilla blanca y roja, y cada fragmento, atado a trenzas de adorno, se suspende al pecho o a la espalda como recuerdo. Los padres suelen llevar los cráneos de sus hijos, las mujeres los de sus esposos e hijos

y a veces los de sus hermanos o hermanas. Como aquellas gentes prestan y regalan de buena gana todas sus pertenencias, sin exceptuar los huesos, puede darse el caso que el que posee un cráneo no sepa de dónde proceda. También se conservan otros huesos como reliquias, pero éstos no se llevan encima, o bien solamente algún fragmento, y cuidan tan poco de ellos, que a menudo se les extravían", lo que hace decir a Radcliffe-Brown: "Aun cuando podamos estar seguros de encontrar una partida de cráneos y de mandíbulas inferiores en cada estación arqueológica, es relativamente raro hallar asimismo huesos pertenecientes a las extremidades".

El paralelo con los hallazgos de Chu-ku-tien es realmente asombroso. Si consideramos, además, que el hombre de Pekín y los moradores de las islas Andamán parecen pertenecer a una misma etapa de desarrollo cultural, no es descabellado atribuir a aquél los mismos ritos funerarios propios de éstos. Podrá argüirse que los andamanes han sido influidos por una civilización agraria, de tipo mucho más reciente. Entonces quedaría la antropofagia como la más simple explicación de los hallazgos de Chu-ku-tien, en cuyo caso — de ser correcta tal suposición — se trataría de un canibalismo muy distinto de la antropofagia ritual practicada por ciertos primitivos etnológicamente recientes. Como se ha dicho, la misma costumbre rige no solamente entre los andamanes sino también entre los negritos, los tasmanios y la tribu australiana más antigua; pero queda por demostrar que también estos pueblos etnológicamente antiguos hayan sufrido influencias de culturas más recientes a las suyas. Hasta entonces seguiremos considerando como muy probable que la práctica de venerar los cráneos, las mandíbulas y demás huesos se pierda en la noche de los tiempos prehistóricos más remotos. Los vestigios hallados en Europa no aportan ninguna prueba en contra.

El mero hecho de que puedan atribuirse tales prácticas al hombre del paleolítico antiguo abre perspectivas insospechadas sobre su mentalidad y, en particular, sobre su afectividad, lo que demostraría que estaba dotado de una sensibilidad genuinamente humana, puesto que tales prácticas denotan un sentimiento muy desarrollado de la solidaridad que le unía a sus antepasados. Veneraba a sus muertos, y el terror, la fuerza siniestra que tan gran papel ha desempeñado en la historia de las religiones, no parecen haber hecho mella en él. Las reliquias físicas, indestructibles, de sus muertos, sobre todo los cráneos, les hacían sentirse solidarios con sus antiguos poseedores, por cuyo motivo los trataban con cariño. Debían estar convencidos de que los cráneos, y en menor escala también las otras partes del esqueleto, perpetuaban entre los vivos la

presencia de los seres queridos difuntos. Puede que el hombre prehistórico, como los primitivos modernos, llevase consigo en sus migraciones los cráneos de sus deudos, que tuvieran un sitio asignado en sus moradas y que, finalmente, tampoco escaparan al destino de todas las demás cosas, o sea que se estropeaban, se olvidaban en algún sitio o incluso los tiraban al agua cuando estorbaban. Pero, dejando aparte el destino que a tales reliquias cupiere, la práctica en sí era ya una expresión de devoción, de fidelidad, y de piadoso recuerdo hacia los muertos. Entra asimismo en lo posible que se considerara a los muertos como espíritus tutelares benévolos y como colaboradores invisibles y secretos en las grandes expediciones de caza.

Sería, empero, querer sin duda llevar las cosas demasiado lejos si, basándose únicamente en la evidencia aportada, pretendiéramos atribuir esta práctica a toda la humanidad primitiva. Por otra parte, los hallazgos hechos no sugieren otras prácticas, ni ha sido posible hasta el presente averiguar cuáles eran los ritos funerarios de los primeros hombres arcaicos, o de qué creencias se originaron.

Las primeras sepulturas conocidas y el culto a los muertos. — Con la transición al postrer interglaciar sobre todo en lo que corresponde a la principal cultura musteriense, los hallazgos devienen progresivamente más variados y complejos. Por primera vez nos hallamos ante lo que sin lugar a dudas podemos identificar como verdaderas sepulturas, las cuales estaban todas, sin excepción, situadas en cavernas o bajo abrigos rupestres. El hecho de estar situadas allí es, a buen seguro, de decisiva importancia para su posterior conservación, pero ello, claro está, no demuestra que los hombres anteriores al paleolítico antiguo no inhumasen también a sus muertos, pues, de haberlo hecho en campo abierto, serían muy pocas las perspectivas de poder dar con alguno de sus esqueletos.

Las tumbas más antiguas que se conocen — hay que decir siempre: hasta ahora — fueron descubiertas el año 1925 en una cueva de la península de Crimea, en dos cuevas del Monte Carmelo, en Palestina (1930-1932) y en otra de Uzbekistan (1938) en Asia Central.

La gruta de Kiik-Koba, de Crimea, contenía la tumba de un hombre y de un niño de un año. El hombre había sido colocado en una fosa cavada en el suelo de la gruta. Detalle curioso, se le había dejado espacio libre a la altura de la cabeza y de la pelvis, y el cadáver yacía sobre el lado derecho, con las piernas ligeramente dobladas. El cadáver del niño, cuya tumba se encontraba a un metro de distancia de la otra,

estaba recostado sobre el lado izquierdo, también con las piernas algo contraídas y la mano izquierda colocada bajo las rodillas. En época muy posterior habitaron la gruta otros hombres que nada tenían que ver con los muertos que yacían a sus pies. Emplazaron sus hogares precisamente sobre la tumba del hombre, la cual fue así en gran parte destruida.

En la gruta de Et-Tabun, del Monte Carmelo, apareció el esqueleto de una mujer, como de unos treinta años, yaciendo de espaldas, habiéndose descubierto también en el mismo nivel arqueológico, como único vestigio, la mandíbula inferior de un hombre de una misma edad. La antesala de la otra caverna de Es-Sukul ofrecía el aspecto de un verdadero cementerio prehistórico, en donde se identificaron hasta 10 sepulturas que contenían cinco hombres de 30 a 50 años, dos mujeres de 30 a 40 y tres niños de 4 a 10. La posición de la cabeza y las orientaciones de los esqueletos variaban considerablemente, pero en todos los casos los miembros estaban doblados, hasta el punto que los pies les tocaban las nalgas. En algunos casos resulta evidente que las tumbas fueron cavadas expresamente para inhumar en ellas a los cadáveres.

En la gruta de Teshik-Tash, al sudeste de Uzbekistán (Asia Central), se encontró, justamente debajo de la capa musteriense, la tumba de un niño, alrededor de cuyo cadáver los antiguos moradores del lugar colocaron una corona de cuernos de cabra montés. Los numerosos vestigios de hogares prueba que la gruta fue habitada en diferentes épocas del paleolítico inferior. La tumba fue desvastada por una fiera, probablemente la repugnante hiena de las cavernas, que despedazó el pequeño esqueleto, dejando, empero, intacta la corona de cuernos dispuesta a su alrededor. No cabe la menor duda de que el cadáver fue inhumado cuidadosamente y ateniéndose a ciertos ritos, aun cuando las ideas y las concepciones religiosas a que dichos ritos correspondieran sean un misterio para nosotros.

En el oeste de Europa se han encontrado numerosas sepulturas que son algo posteriores, pues remontan a la primera mitad del último período glacial, o sea a la época y en el territorio que habitaba el Neandertal clásico. Es evidente que los hombres arcaicos honraban a sus muertos con inhumaciones en regla. Vamos a referirnos concretamente a algunos descubrimientos que mejor ilustran sus prácticas funerarias.

En 1907 se descubrió en Le Moustier (Dordoña-Francia) la primera tumba prehistórica, de un adolescente de 16 a 18 años de edad, el cual

había sido enterrado con evidente cuidado por los miembros de la tribu. Se le encontró echado de costado, como durmiendo sobre el codo del brazo derecho, cuya mano tenía colocada detrás de la nuca. El brazo izquierdo lo tenía extendido a lo largo del cuerpo y al alcance de su mano había una hermosa hacha de mano y una raedera, ambas de sílex. Esparcidos alrededor del esqueleto se encontraron otros útiles, así como un gran número de huesos de animal.

Por las mismas fechas se descubrió también un enterramiento en una caverna de la Chapelle-aux-Saints (Corrèze-Francia), aproximadamente de las mismas características que el anterior. En este caso se trataba de un hombre como de unos 50 años, que también yacía en una fosa excavada al efecto. Al lado del brazo derecho, que tenía levantado hacia la cabeza, se encontraron un fémur entero de bisonte, diversos útiles de sílex y algunos trozos de ocre. Además, sobre el esqueleto y a su alrededor, había una gran cantidad de fragmentos de huesos de animales.

En el curso de unas excavaciones que duraron muchos años (1909-1921) se puso al descubierto un verdadero sepulcro familiar en el abrigo de La Ferrassie (Dordoña-Francia) con un total de seis tumbas con particularidades diversas (figura 3).

El primer esqueleto exhumado era el de un hombre echado de espaldas en una pequeña depresión llana, con la cabeza ligeramente dirigida a la izquierda, y el brazo izquierdo extendido, en tanto que el derecho y las piernas estaban replegadas hacia el cuerpo. Se habían alzado en el suelo losetas protectoras cerca de la cabeza y rodeando ambos hombros.

Algo apartado, en dirección este, los excavadores dieron luego con el esqueleto de una mujer de cierta edad, yaciendo sobre el lado izquierdo, pero con la sorprendente particularidad de tener el cuerpo literalmente doblado, las piernas contra los muslos, éstos sobre el cuerpo y además el brazo derecho apoyado en el pecho. A su alrededor se hallaron muchos huesos de animales, mezclados con utensilios de sílex y lascas, en mayor cantidad que en otros lugares del abrigo.

Todavía, algo más hacia el este aparecieron otras dos fosas con sendos esqueletos de niño. Otras tres fosas similares contenían únicamente utensilios de piedra y huesos de animales. Luego. siempre en dirección hacia el este, hallábanse nueve montones cónicos de tierra, semejantes a túmulos, dispuestos en tres hileras y orientados de norte a sur. Debajo de uno de ellos yacían los restos del esqueleto de un feto o de un recién nacido. Los demás estaban vacíos.

Finalmente, al extremo este del mismo estrato se descubrió otra tumba que contenía el esqueleto, literalmente doblado, de un niño de

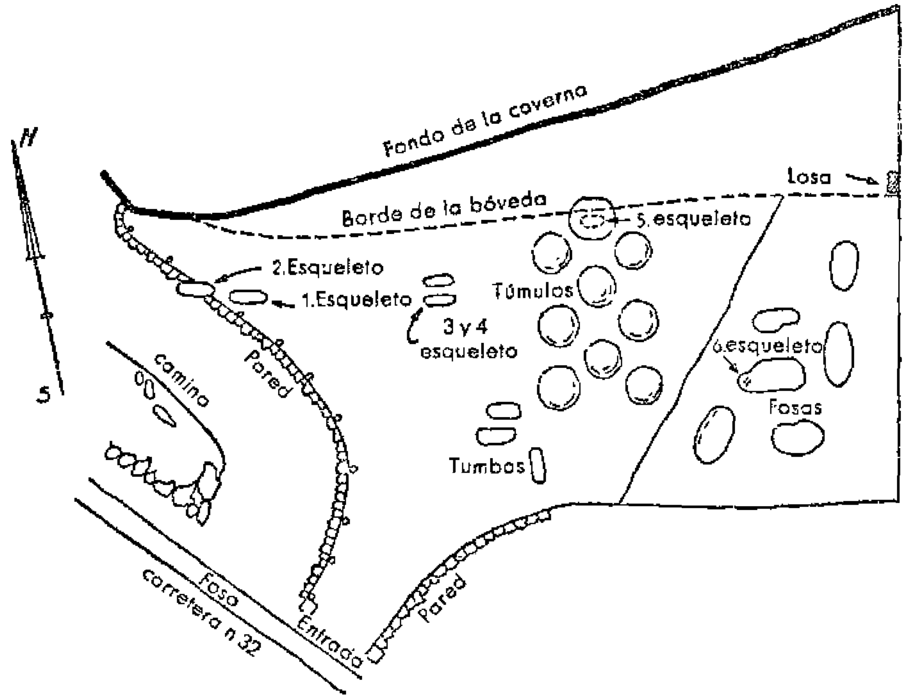


Fig. 3. Plano de las excavaciones de La Ferrassie (Dordoña). Escala 1:200. De Peyrony.

unos 5 - 6 años, al que, cosa rara, le faltaba el cráneo, el cual fue hallado aproximadamente un metro más lejos, bajo una losa de caliza (figura 4). La cara inferior de dicha losa presentaba vaciados, ahuecamiento o depresiones dispuestos por partes, en forma de copas. Su descubridor, D. Peyrony, cree ver en ello la huella de la mano del hombre primitivo, y que la piedra en cuestión es la primera "piedra de cúpulas" de la prehistoria.

Todos los esqueletos de La Ferrassie yacían orientados de este a oeste, con la única excepción de la mujer, que estaba en dirección opuesta.

Se ha observado que muchas de las tumbas prehistóricas habían sido destruidas, y era seguramente en una de ellas que en un principio se encontraba el esqueleto descubierto en la gruta de Neandertal en 1856. Merece especial mención el hecho que los dos esqueletos neandertaloides descubiertos en la caverna de Spy (Bélgica) fueran realmente inhumados, y que sobre las dos tumbas se hallara esparcida una ligera capa de carbón vegetal, cubierta de una capa de tierra – polvo intacto

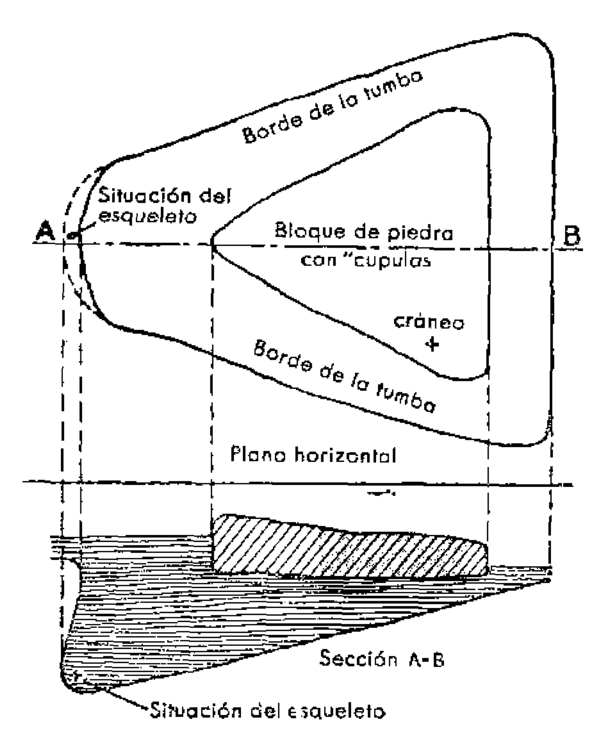


Fig. 4. La Ferrassie. Planta y corte de la fosa que contenía el enterramiento núm. 6. Escala 1:24. De Peyrony.

de los siglos – de donde resulta que el hombre primitivo había encendido fuego sobre las tumbas.

Los diversos hallazgos sacados a colación demuestran claramente y sin lugar a dudas que el hombre primitivo del último interglaciar y del principio del último glaciar, hacían objeto de cuidados cariñosos y diversos a sus muertos.

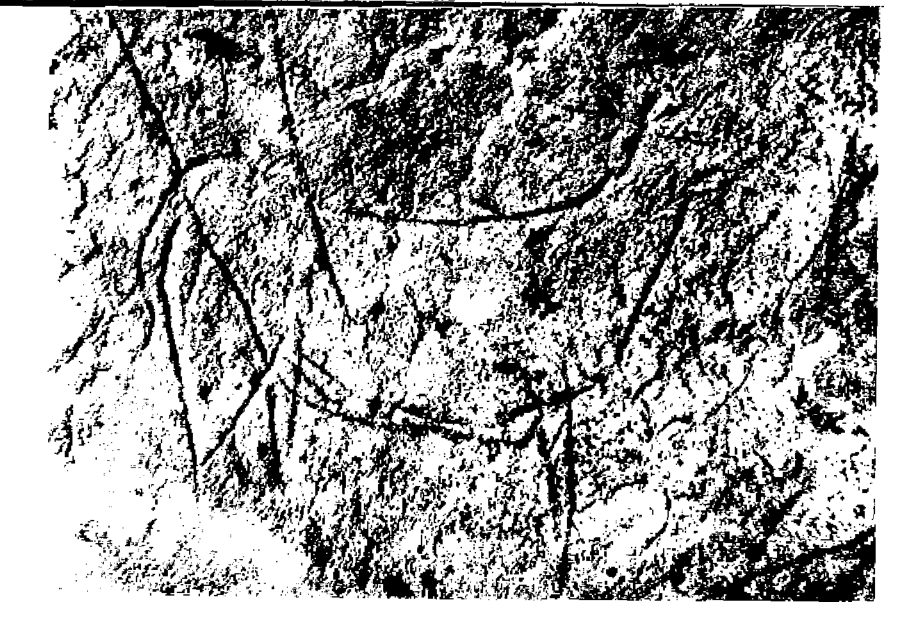
¿Cuáles eran las creencias que les sugerían semejante comportamiento?

Ante todo, el hombre primitivo debió de creer en la supervivencia de los muertos. La posición en que están enterrados, como si durmieran, según hemos visto, hace suponer que la muerte debió de parecerles una especie de sueño. Apoya este argumento el hallazgo de la curiosa "almohada" del niño de Le Moustier. Sería difícil decir si consideraban este sueño como una fase transitoria después de la cual despertarían definitivamente en otros mundos. Solamente los esqueletos de La Ferrassie

12. Rouffignac (Les Eyzies). Desfile de mamuts.

13. Rouffignac (Les Eyzies). Rinoceronte.





14. Cueva del Castillo (Santander). Ciervo grabado en la piedra.

15. Altamira (Santander). Bisonte.

están orientados hacia poniente. Tal vez situaron en el oeste el país de los muertos.

Sería aventurado afirmar que los objetos encontrados en la tumba y que comprendían comida, útiles diversos, ocre para embadurnarse el cuerpo, eran realmente ofrendas a los difuntos. En todo caso son menos abundantes en las tumbas musterienses que en las del paleolítico superior. En el supuesto de que se tratase realmente de ofrendas, y no simplemente de objetos caseros que se encontraban allí por casualidad, entonces entraría en lo posible imaginar que su finalidad no era otra que la de proporcionar al muerto equipo y provisiones para el gran viaje, y si esta suposición respondiera a la realidad, no habría más que un paso para creer que los musterienses concebían la vida terrenal como virtualmente idéntica a la del otro mundo.

Sea como fuere, los hallazgos no nos permiten en modo alguno asegurar que estas creencias en otra vida estuvieran ligadas a la idea de un ser divino, o de un juicio a tenor del cual los buenos serían recompensados y los malos sufrirían el castigo de sus fechorías.

Lo que sí parece más que probable es que el cadáver debió de desempeñar forzosamente un papel importante en las creencias de los hombres del paleolítico con respecto a los muertos. A pesar de la manifiesta interrupción de las funciones físicas del cuerpo, no parece que los vivos hubieran realmente comprendido la realidad de la muerte. No dejarían de darse cuenta de la "singularidad" del muerto, que de vivo se había convertido en un cadáver rígido, mudo, frío, pálido y en trance de descomponerse. Pero probablemente creerían que la persona que había sido en vida continuaba viviendo en cierto modo en el cadáver, y precisamente el estado de impotencia en que se encontraba el "cadáver viviente" incitaría a sus familiares y amigos a hacerle objeto de la máxima solicitud. Y así tenemos que el cuidado para con los muertos debió de constituir un deber ético y social. Desde este punto de vista son elocuentes los hallazgos de los objetos esparcidos por las tumbas, porque nos permiten vislumbrar valiosos aspectos de la vida social de los hombres primitivos, y formarnos una idea de sus responsabilidades y de sus sentimientos mutuos.

Al propio tiempo parece como si el hombre primitivo atribuyera también alguna capacidad de acción a sus "cadáveres vivientes", pues la situación violenta de los esqueletos doblegados del Monte Carmelo y de La Ferrassie da pie para suponer que fueron agarrotados. ¿Se les tenía miedo y quería evitarse su regreso a fin de que no pudiesen arrastrar consigo a otros seres vivientes? En la Ferrassie se había cerce-

nado el cadáver, quién sabe si para asegurarse de que se quedaría definitivamente muerto. Sin embargo, no se comprende muy bien que se le ¿temiese? a un muchacho de 5 a 6 años. En Spy hicieron fuegos encima de los enterramientos. Quizá la capa de ceniza fuese considerada como barrera suficiente que ningún muerto sería capaz de atravesar, y así quedaría confinado en su tumba sin esperanza posible de retorno. Pero frente a la fuerza limitadora del fuego cabe la sospecha de si éste se utilizaba para proporcionar calor al cadáver yerto, en cuyo caso volveríamos a hallarnos ante manifestaciones de solicitud y cariño hacia los difuntos que posteriores hallazgos confirmaron en las sepulturas de sus sucesores del paleolítico superior.

De los descubrimientos realizados no puede deducirse que los musterienses depositaban ofrendas en las tumbas para implorar de los muertos, o de sus antepasados, protección, buena suerte en la caza o algo por el estilo. A este respecto es, sin embargo, interesante lo que comunica A. Bouyssonie, uno de los descubridores de la tumba de La Chapelle-aux-Saints. Como el techo de esta gruta en que se halla es muy bajo, es más que probable que no fuera habitada. Por ello, cabe suponer que el gran número de huesos rotos de animales proceden de restos de festines funerarios. En total los huesos hallados esparcidos por el suelo pertenecen a 22 renos, 12 bisontes, 2 ó 3 caballos salvajes y una cabra montés que fueron despachados por los comensales. Para poder dar cuenta de tanta carne, o bien ellos debían de ser muy numerosos, a lo cual se oponen las reducidas dimensiones del local, o bien el ágape debió de repetirse muchas veces. De ser así, se trataría de festines celebrados en honor del difunto o de festines propiciatorios.

Existen indicios que nos llevan a suponer que el hombre primitivo creía que sus muertos eran capaces de actuar, en bien o en mal. Les atribuía poderes incluso superiores a los de los vivos. Tal vez porque no les conocía límite alguno. Por consiguiente quizá practicara el hombre primitivo un culto definido de los muertos, el cual culto comprendía ritos destinados por una parte a salvaguardar a los vivos de la influencia que sobre ellos pudieran ejercer los muertos y por otra a implorar su favor, protección y ayuda para la tribu con el fin de tener garantizado el sustento.

Superposiciones de cráneos y su culto. — Se conoce una serie de cráneos y de mandíbulas aisladas procedentes del tercer interglaciar y de los albores del último glaciar, o sea de la época de los últimos hombres arcaicos, y mucho más numerosos que los que remontan a los

períodos anteriores al paleolítico inferior. El hecho de haber sido hallados en condiciones prácticamente análogas, no puede sino confirmar la hipótesis que a esas reliquias de los muertos se les asignaba un papel especial en las moradas de los vivos. El que los hallazgos hayan sobre todo tenido lugar en regiones situadas en los límites sur y este de la zona donde se inhumaba a los difuntos, podría ser debido a que tal vez el culto al cráneo se practicaba en un espacio geográfico limitado.

Más que todos los otros, dos hallazgos tienen especial significado en este asunto. Un cráneo hallado en Gibraltar y una superposición de cráneos de Italia.

El año 1926 miss D. Garrod halló en la cueva de Devil's Tower, en el extremo norte del Peñón de Gibraltar, junto a varios utensilios de sílex, el cráneo aislado de un niño de unos 5 ó 6 años. Los huesos que se habían desprendido del esqueleto, luego de haber sido dispersados por las aguas de una fuente que mana en la gruta quedaron incrustados en una capa calcárea, donde fueron hallados posteriormente. Como no se han encontrado más huesos humanos en la gruta – de donde en ningún caso habrían podido desaparecer – es completamente seguro que únicamente se depositó allí el cráneo en cuestión y miss Garrod supone que se trataría de un trofeo o de una reliquia.

Todavía resultó más significativo el hallazgo de un cráneo entero efectuado el año 1939 por A. C. Blanc en la cueva de Guattari, en el monte Circeo, entre Roma y Nápoles. Al igual que las demás grutas litorales, la de Guattari, situada en el lado norte del golfo de Gaeta, evidentemente no emergió del nivel del mar hasta el principio del último avance del casquete polar. Los diversos niveles arqueológicos que la cubren demuestran que sirvió alternativamente de morada a los hombres prehistóricos y a las hienas. Más tarde un desprendimiento de tierras obstruyó la entrada, la cual permaneció herméticamente cerrada hasta que, muy recientemente, la pusieron al descubierto unos canteros.

La gruta se divide en varias salas. De la gran cantidad de útiles de sílex, por los numerosos indicios de fuego y a juzgar por los muchos huesos rotos de animales, hallado todo ello sobre todo en las estancias anteriores, se desprende que los hombres las habitaron en épocas diversas. De vez en cuando tuvieron allí las hienas su guarida, puesto que dejaron la huella característica de sus dientes en los huesos esparcidos por los suelos. En una de las cámaras del fondo, en la que el descubridor sólo pudo penetrar arrastrándose, apareció un cráneo aislado, sin mandíbula, sobre una elevación de varias capas de tierra y

piedra, aproximadamente en el centro; reposaba sobre el temporal izquierdo, con la parte derecha del occipital dirigida hacia arriba. A su alrededor se distinguía claramente una corona de piedras. En otro lugar de la misma cámara se encontró la mandíbula inferior de otro hombre, habiéndose observado, con la natural sorpresa, que no correspondía al cráneo. Como éste no presentaba señales de mordiscos de fiera, se llegó a la conclusión de que tuvo que ser depositado en la cueva cuando los hombres habitaban en las cámaras anteriores y las fieras no tenían acceso a ellas. En todo caso, ateniéndonos a la naturaleza de los estratos superiores, esto tuvo que suceder poco antes de que el desprendimiento de tierras ocultara la entrada para siempre.

Yacían dispersos en un plano inferior, al lado del cráneo, por toda la cueva, muchos huesos de caballos salvajes, bóvidos y cérvidos. También los había cerca de la entrada de la cueva, a la izquierda, bajo tres losas adosadas a la pared.

El examen minucioso del cráneo permitió descubrir, en la sien derecha, una herida abierta cuyos bordes estaban revestidos de costra mineral. El antropólogo S. Sergi que examinó el cráneo en cuestión supone que se trata de un hombre de 40 a 50 años al que un golpe con un objeto puntiagudo ocasionó la muerte. También apreció la presencia de heridas en la base del cráneo, con ensanchamiento artificial del agujero occipital, lo cual atribuyó a la práctica del canibalismo. De este modo se hacía el hombre primitivo con el codiciado cerebro.

Podemos preguntarnos si estos dos cráneos, particularmente el singularísimo de la gruta de Guattari, nos dan la clave de la interpretación de los cráneos aislados y de las mandíbulas inferiores que se han descubierto hasta ahora del paleolítico inferior.

Las condiciones en que se descubrió el de la gruta de Guattari abonan la creencia de que se trataba solamente de un culto, en cuyo centro se hallaba el cráneo. Estaría probablemente colocado sobre un bastón, pero luego, con el tiempo, se pudriría éste y todo se vino al suelo, entre el anillo de piedras que lo rodeaba como círculo mágico para protegerlo. Toda esta parte de la cueva servía seguramente de santuario a los ocupantes de las cámaras restantes, pues incluso entonces sólo podía entrarse en ella a gatas. Ya hemos dicho que abundaban por el suelo los huesos de animales — pero ningún otro hueso humano — procedentes de banquetes funerarios naturalmente. Los huesos hallados debajo de las losas podrían muy bien ser ofrendas. En todo caso, el descubrimiento de Guattari hace plausible la suposición de que el hombre del paleolítico inferior practicaba el culto al cráneo.

Antropofagia y cazadores de cabezas. — Según Blanc, y Sergi está de acuerdo con él, los antiguos moradores de la cueva de Guattari eran antropófagos, y en este caso concreto demuestra claramente que después de haber matado a uno de los suyos, para comérsele el cerebro, habían intentado congraciarse con su espíritu rindiendo honores fúnebres a su cráneo. En apoyo de su tesis, compara el cráneo de Guattari con otros dos cráneos melanesios de la colección antropológica de la Universidad de Roma, los cuales presentan la misma abertura basal, practicada probablemente por caníbales modernos, para extraer el cerebro. Blanc hace observar que también el cráneo de Steinheim mostraba fracturas similares, y su descubridor no excluye tampoco la posibilidad de que hubieran sido hechas a propósito, o sea por otros hombres. En opinión de Blanc, ningún otro hallazgo, ni los de Ehringsdorf y Krapina, de los que trataremos luego, resultaron tan claros y convincentes, pues ahora el canibalismo del hombre prehistórico ya no puede ser puesto en tela de juicio.

En el curso de unas excavaciones realizadas en 1914, 1916 y 1925 en un calar de Ehringsdorf, cerca de Weimar, cuyos estratos remontan al último interglaciar, fueron hallados la mandíbula inferior de un hombre, restos del esqueleto de un niño de unos 10 años y la caja craneal de una mujer. Según Weidenreich que llevó a cabo el análisis antropológico del cráneo, se observaron en el frontal señales de cortes efectuados con un instrumento afilado y contundente cuando todavía estaban adheridas las partes blandas. Aun cuando Weidenreich en un principio no descartara del todo la posibilidad de que tales heridas pudieran haber sido inferidas después del fallecimiento de la mujer, luego, habida cuenta de las circunstancias que rodeaban el descubrimiento no tuvo inconveniente en admitir que la mujer había sido asesinada. La cabeza le fue entonces separada del tronco y la base del cráneo abierta violentamente con objeto de poderle extraer, como siempre, el codiciado cerebro.

La geología de Ehringsdorf, o sea la formación de las estratificaciones calcáreas son de capital importancia para la debida interpretación de los vestigios humanos allí encontrados. En primer lugar, tales estratificaciones no fueron depositadas por corrientes de agua, o sea que los esqueletos no pudieron llegar allí, procedentes de otro lugar, arrastrados por el líquido elemento, sino por el agua de antiguas charcas, alimentadas por manantiales. Como el agua no era abundante, las charcas se secaban en verano y los hombres del paleolítico que acampaban en sus orillas podían incluso hacerlo en su mismo lecho seco durante los períodos calurosos. Pueden claramente apreciarse dos niveles arqueológicos diferentes, uno de los cuales, que corresponde al lugar que sirvió de hogar

doméstico, está oscurecido por restos de carbón y ceniza y huesos de animales rotos y a menudo calcinados, así como utensilios y lascas de sílex. La otra capa la constituye toba calcárea más o menos porosa, con abundancia de restos de plantas fósiles. También contiene huesos rotos de animales, pero éstos no en estratificaciones uniformes, sino que se hallan muy irregularmente dispersos en la masa pétrea, donde quedaron seguramente prendidos cuando los depósitos calcáreos estaban todavía en período de formación. Indudablemente sólo puede tratarse del lecho de antiguos estanques, charcas o pantanos, a cuyas orillas se había instalado el hombre prehistórico y desde donde tiraba al agua los restos de comida.

El hecho de que todos los huesos humanos provengan de estas capas conteniendo residuos de comida, hace suponer que los moradores de Ehringsdorf eran caníbales. Puede, con todo, que el niño muriera accidentalmente.

La suposición que los hombres del paleolítico inferior eran caníbales se basa sobre todo en los descubrimientos realizados entre 1899 y 1905 en la cueva de Krapina, en Croacia, donde, esparcidos al azar, se identificaron, entre huesos de animales, los restos rotos y en parte chamuscados de 21 personas de diferentes edad y sexo, pero en su mayoría mujeres y jóvenes. Incluso dos fragmentos de cráneo llevan trazas evidentes de golpes violentos. Según unos, por las circunstancias que concurren en Krapina, parece indiscutible que el hombre primitivo era realmente caníbal y, según otros, dichas circunstancias confirman meramente la posibilidad de que lo fuera.

La mayoría de los investigadores creen, sin embargo, que en ningún caso puede hablarse de un "canibalismo profano", al que se verían constreñidos por el hambre, pues el hombre primitivo habitaba en un verdadero paraíso de la caza donde abundaba la carne en todas sus variedades. O sea que lo más probable es que nos hallemos ante un caso de antropofagia ritual, análogo a la que practican todavía actualmente muchos pueblos etnológicos.

Y ahora consideremos algunas objeciones a la teoría del canibalismo integral. No existe la menor duda de que los restos humanos de Krapina dan la impresión de provenir de un festín de antropófagos. Pero, según J. Tomschik, no llevan tales huesos las señales que debería esperarse ver en ellos de haber sido quebrados mientras estaban todavía frescos, y eso le hace suponer que ninguna de las pretendidas heridas les fuera infligida en vida. Por su parte, observa O. Menghin que los huesos habrían presentado un aspecto similar de haber sido destruidas poste-

riormente las tumbas por los hombres o por las fieras. Conocemos casos de destrucciones semejantes de restos humanos en la gruta de Kiik-Koba, en las del Monte Carmelo y sobre todo en muchas de Francia. Por regla general, el hombre primitivo inhumaba a sus muertos en fosas poco profundas, y así no es de extrañar que a veces, después de haber abandonado sus moradas, penetraran en ellas fieras, sobre todo hienas, revolvieran las tumbas y destruyeran los esqueletos. Otras veces, las sepulturas fueron destruidas por los mismos hombres de las cavernas que instalaron sobre aquéllas sus hogares, y los huesos sufrieron la acción más o menos directa del fuego. Luego, el continuo andar por encima fue causa de que los restos de comida se mezclaran a los huesos y contribuyeran a su destrucción.

Todo hace creer que en el caso concreto de Krapina nos hallemos ante una antigua sepultura colectiva repetidamente violada y finalmente destruida.

En lo tocante a los otros cráneos aislados del paleolítico inferior, supuestas reliquias o restos de festines de antropófagos (como por ejemplo los de Ehringsdorf y de Guattari) es un hecho realmente sorprendente que en los niveles que los contenían no se encontraran otros huesos humanos. Ahora bien, sería lógico esperar de los caníbales de verdad que se comieran de preferencia la carne de las diversas partes del cuerpo, pero en todos los casos el cerebro constituía su principal atractivo, hasta el punto que en el estado actual de nuestros conocimientos en la materia, todo nos induce a pensar que la antropofagia se limitaba al disfrute del cerebro. En otras palabras: el hombre del paleolítico era cazador de cabezas. Pero entonces ¿cómo compaginar esta teoría con la ausencia de las primeras dos cervicales en los lugares donde fueron hallados tales cráneos? El aparente ensanchamiento artificial por mano humana del agujero occipital no es un argumento suficiente si tenemos en cuenta que hasta hoy, de todos los cráneos conocidos del paleolítico inferior — incluidos los que provienen de sepulturas de esqueletos más o menos completos — solamente existe uno (Saccopastore I) con el occipital intacto. Harto sabido es que el occipital es menos resistente que los demás huesos de la cabeza y es el primero en desintegrarse. Pero incluso si la base de uno de los cráneos fuera realmente fracturada por hombres, faltaría todavía probar que la operación se realizó en una cabeza recién cercenada.

Como vemos, pueden aducirse objeciones de peso a las dos hipótesis mencionadas, aun cuando los hallazgos suministren argumentos en favor del canibalismo prehistórico. Todavía son más los que se inclinan a pen-

sar que eran cazadores de cabezas. Una vez más, y no será la última, debemos convenir en que si se consideran los hallazgos únicamente desde el punto de vista prehistórico, pueden dar pie a interpretaciones diversas.

En el fondo no hay que olvidar que las teorías de canibalismo y de caza de cabezas en los casos precedentes se basan en comparaciones etnográficas, y a este respecto es conveniente recordar que los hechos etnológicos con que sus partidarios justifican tales prácticas, ocurren en períodos relativamente recientes. La vieja teoría evolucionista según la cual el canibalismo sería una práctica tan vieja como la misma humanidad, no descansa sobre base firme. He aquí lo que escribe E. Volhard en su libro "Kanibalismus" (1939): "Muchos investigadores del siglo XIX se dieron cuenta de que los caníbales no se encontraban en modo alguno en un estado primitivo de la evolución, sino que ya podían dirigir los ojos hacia un largo pasado. Con gran sorpresa suya, algunos viajeros, en las más diversas regiones del globo llegaron a la conclusión que el nivel cultural de los pueblos antropófagos (modernos) es más elevado que los que no lo son. Debe de considerarse como uno de los resultados más importantes del siglo XIX en el campo de la historia de las civilizaciones el que haya logrado demostrarse este hecho mediante investigaciones científicas objetivas, pues así se ha desvanecido definitivamente la leyenda del canibalismo de los primeros hombres". Pero, con todo, este mito, que es todo cuanto queda de una teoría científica anticuada, tiene siete vidas como los gatos.

Hemos visto que si Blanc interpreta los hallazgos de Guattari como evidencia de canibalismo, se debe a su analogía con los dos cráneos melanesios. Sin embargo, los melanesios que aparecieron en los Mares del Sur en épocas relativamente recientes, pertenecen, bajo el punto de vista de la historia de las civilizaciones, al período neolítico, y en esta clasificación se incluye generalmente a los pueblos que practican el canibalismo y la caza del cráneo. Jamás se trata de pueblos exclusivamente cazadores que pudiéramos comparar a los primitivos cazadores del paleolítico inferior, ya se trate de los más antiguos o de las postrimerías de tal época.

De modo que a pesar de los múltiples indicios superficiales que puedan desorientarnos, debemos rechazar la teoría de la antropofagia y de la caza del cráneo en los hombres primitivos. Muy posiblemente los depósitos de cráneos del paleolítico inferior tuvieran relación con alguna especie de culto al cráneo, mediante el cual se veneraba la memoria del difunto, al paso que se imploraba su protección para la tribu.

El que los agujeros occipitales de algunos de los cráneos fueran realmente ensanchados violentamente por otros hombres puede explicarse satisfactoriamente por una práctica análoga a la de la inhumación en dos etapas que ya hemos mencionado. Después de la descomposición de la carne en la tierra, o al aire libre si se exponía en un árbol o en un tendido, sólo quedaba por extraer el cerebro que se pudría más lentamente, y el medio más sencillo para ello era abrir la base del cráneo.

3. El hombre arcaico y la caza

Osarios de los cazadores de osos de las cavernas. — Hasta ahora se han limitado nuestros estudios a los hallazgos de vestigios humanos que nos han permitido acceder al universo mental y a los conceptos religiosos del hombre arcaico. Pero los restos de animales son, naturalmente, mucho más numerosos en todos los yacimientos, y ellos nos hacen vislumbrar el maravilloso paraíso de caza en que vivía el hombre primitivo. Los huesos rotos y calcinados constituyen algunos de los residuos que con más elocuencia nos hablan de aquellos tiempos. Pero en el último interglaciar nos encontramos con curiosos depósitos de esqueletos de animales conservados con evidentes marcas de devoción por el hombre arcaico, lo cual abre nuevos horizontes en la esfera ritual y específicamente religiosa de sus autores.

Estos descubrimientos tuvieron lugar en los Alpes y regiones adyacentes, a la sazón no solo libres de hielo, sino cubiertas de espesos bosques que constituían un verdadero paraíso para el oso peludo cavernario, plantígrado cuyo tamaño y fuerza eran muy superiores a los de su pariente el oso pardo. Utilizaban como madriguera las innumerables cuevas, una de las cuales, la *Drachenhöhle* (cueva del Dragón) en los alrededores de Mixnitz, Estiria (Austria) se ha hecho famosa por haber sucumbido en ella de treinta mil a cincuenta mil osos a juzgar por los restos allí encontrados; una cantidad tan enorme, que antes de la primera guerra mundial se explotó el suelo de la gruta saturada por los huesos de esas fieras para la extracción de fosfatos con fines industriales. Si suponemos — y motivos no faltan — que de tres a seis familias de osos como máximo ocuparon simultáneamente las diversas cavidades de la inmensa gruta, llegaremos a la conclusión que la Cueva del Dragón sirvió de morada permanente a los plantígrados durante unos 10 milenios.

A causa de su corpulencia y de su fuerza descomunal no es probable que el oso de las cavernas encontrase por sus dominios a otros ani-

males que osaran medirse con él. Aun cuando el león y la hiena le eran rivales, su principal adversario era el hombre arcaico, que lo perseguía y acosaba hasta 2.500 m de altura y le disputaba el disfrute de sus guaridas y finalmente daba cuenta de él con asombrosa astucia. De que no siempre lograba hacerse con la presa son prueba evidente los cráneos y otros huesos de oso (hallados en otra cueva) en los que se aprecian señales de heridas antiguas, luego cicatrizadas, cuyo aspecto claramente demuestra que sólo podían haberles sido infligidas por el hombre. Más de uno de aquellos intrépidos cazadores perdería la vida en la empresa, si bien no podemos apoyar tal suposición en prueba alguna, ya que si es verdad que se han descubierto vestigios de los hombres alpinos del último interglaciar, jamás ha podido hallarse esqueleto alguno de esos cazadores de osos de las cavernas. Sea como fuere, el éxito de sus empresas cinegéticas, el asegurar su seguridad personal en el curso de ellas debieron de constituir las más fervientes aspiraciones de aquellas gentes.

No fue sino hasta la primera década del presente siglo que se descubrieron los primeros vestigios en cuestión, y el hecho cogió por sorpresa a los historiadores, pues hasta entonces se había creído que el macizo inhóspito e impracticable de los Alpes no había sido colonizado por el hombre hasta un período relativamente tardío del postglaciar. La sorpresa fue todavía mayor cuando, posteriormente, en la mayor parte de las cuevas alpinas que habían servido de morada al hombre primitivo cazador de osos del paleolítico, fueron apareciendo objetos cuyo carácter ritual no dejaba lugar a dudas.

A este respecto la cueva que ha proporcionado más abundancia de hallazgos es la Drachenloch, en los Alpes, al este de Suiza, y es al propio tiempo la más elevada (2.445 m sobre el nivel del mar), y a la cual se accede por la escarpadura pelada de Drachenberg, a unos 1.500 m de altura sobre el nivel actual del valle formado por las aguas del Tamina, que desemboca en el Rin superior, no lejos de la estación termal de Ragaz. La gruta fue explorada de 1917 a 1923 por E. Bächler, el cual llegó a la conclusión de que había servido repetidamente de vivienda y de refugio a los cazadores del último interglaciar. El principal objetivo de esos cazadores debió de ser la captura del oso de las cavernas, pues los estratos de la cueva contenían en ínfima proporción huesos de otros animales, tales como gamuzas, cabras monteses, ciervo real y liebre de los Alpes. Una que otra vez también, según atestiguan los hallazgos, el hombre primitivo daba caza al león y a la pantera de las cavernas, al lobo común y al lobo alpino.

La Drachenloch es una gruta de unos 70 metros de profundidad, formada por varias cámaras situadas unas a continuación de las otras. La primera, mucho más extensa que las demás, mide 27 metros de longitud, 5,50 m de ancho y 8,50 m de alto, y la luz del día le llega casi hasta el fondo. Contrariamente a lo que hubiera podido esperarse, el subsuelo no fue rico en hallazgos, o lo que es lo mismo, esta primera cámara no debió desempeñar ningún papel importante en la vida de los antiguos ocupantes del lugar. La cámara siguiente, a la que se llega a través de un estrecho pasillo que parte del fondo izquierdo de la primera, y tiene el techo en forma de bóveda, mide 8 m de largo, por 5,50 de ancho y 3,50 de alto. Esta segunda cámara constituyó la verdadera morada a juzgar por los numerosos descubrimientos que se llevan realizados en ella, particularmente el emplazamiento de dos hogares, uno a la entrada y el otro en forma de cista de piedra, cuidadosamente tapada por una losa, en el estrecho corredor que conduce a la cámara tercera. Ésta mide 16 m y por ella se va a otras tres cámaras de la gruta, mucho más pequeñas que las anteriores (figura 5).

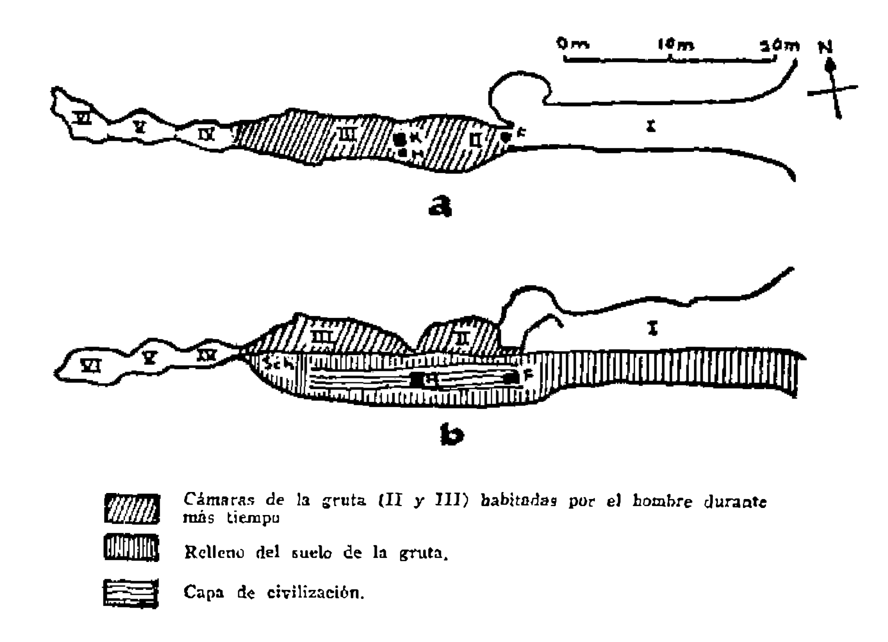


FIG. 5. La Drachenloch (situada a 2.445 m. sobre el nivel del mar). *a)* planta; *b)* corte. Las salas II y III fueron habitadas por el hombre. F y H, hogares; Sch, depósito de cráneos; K, cista de piedra. De Bächler.

Los hallazgos que más nos interesan son los de la segunda cámara. A unos 40 y 60 cm de distancia de la pared izquierda pusieron al descubierto los excavadores un murete de 80 cm de altura formado por losetas de calcita. En el espacio comprendido entre dicho murete y la pared se encontró un verdadero depósito de huesos de osos cavernarios, sobre todo cráneos, intactos los unos, fracturados los otros, y a menudo dispuestos en la misma orientación. Casi todos conservaban las dos primeras vértebras cervicales. A un cráneo le faltaba toda la mitad posterior, sin que pudiera darse con el menor rastro de los fragmentos ausentes, de modo que esta "decapitación" solamente podemos atribuirla al hombre. Los lados de algunos cráneos presentaban fracturas seguramente antiquísimas. Los frontales de otros dos estaban agujereados por ambos lados y por la forma de los orificios no debieron de ser causados por ningún desprendimiento de rocas del techo, sino antes bien por un instrumento angular de percusión. El depósito en cuestión contenía, además, muchos otros huesos, en su gran mayoría de extremidades, de los cuales solamente en muy contados casos, dos o tres, pertenecían al mismo esqueleto. La mayor parte de los huesos largos aparecían intactos, algunos habían sido quebrados sin duda por los hombres.

Las sorpresas continuaron con la prosecución de las excavaciones en el pasillo que conduce de la cámara II a la III. Al lado mismo de la especie de sarcófago de piedra ya mencionado, se descubrió un segundo, de forma cúbica de un metro de lado, cubierto con una losa de piedra calcárea de unos 12 cm de espesor, que contenía siete cráneos bien conservados de oso y un cierto número de huesos largos. Dichos cráneos estaban todos colocados en análoga posición, con el hocico orientado hacia la salida de la cueva (figura 6). Dos de ellos conservaban todavía las primeras vértebras cervicales.

La cámara III deparó mayores sorpresas aún. Una vez más se puso de relieve que, de preferencia, se escogía la pared del lado izquierdo de la cueva. En hornacinas naturales de la roca se hallaron seis cráneos de osos cavernarios, algunos de ellos asociados con otros huesos. En todos los casos los cráneos yacían sobre losas, y estaban protegidos a los lados y por encima con losas semejantes. Lo más raro resulta ser el cráneo mejor conservado de todos, el de un oso de tres años, en cuyo arco cigomático había penetrado de tal modo el fémur de un animal más joven (figura 7), que fue muy complicado llegar a extraérselo. Dos huesos largos pertenecientes a otros animales les servían de base, o sea que los habitantes prehistóricos de la cueva habían juntado deli-

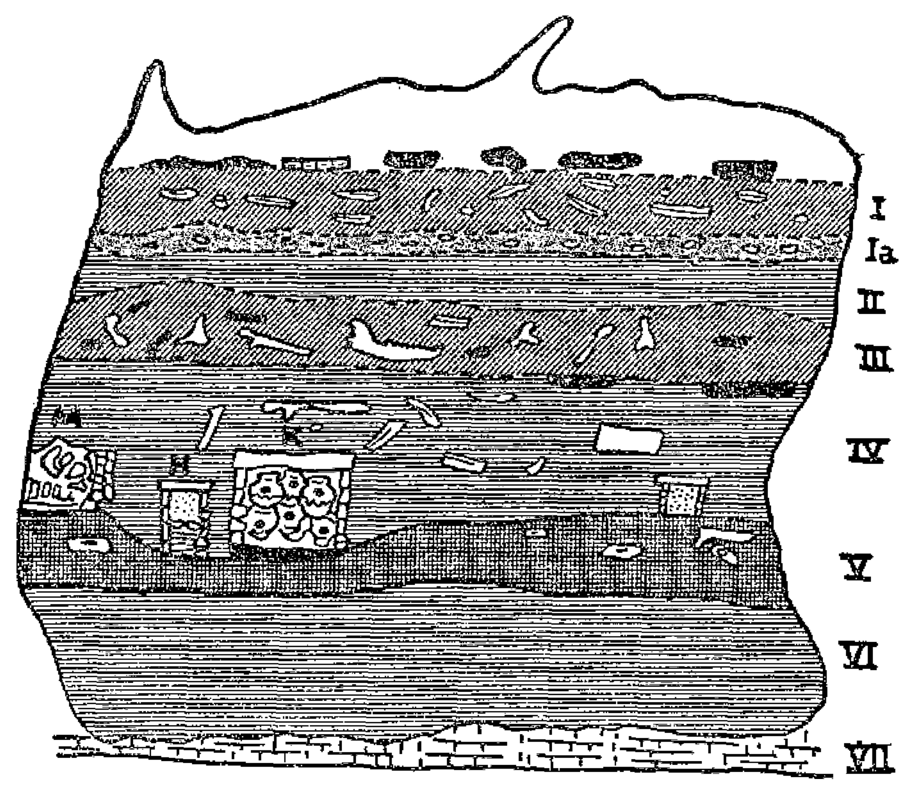


Fig. 6. Drachenloch. Corte estratigráfico en la galería existente entre las salas II y III. M, depósito de huesos; H, cista de piedra, hogares; K, cista conteniendo cráneos de oso. Los estratos III-V dieron hallazgos arqueológicos. De Bächler.

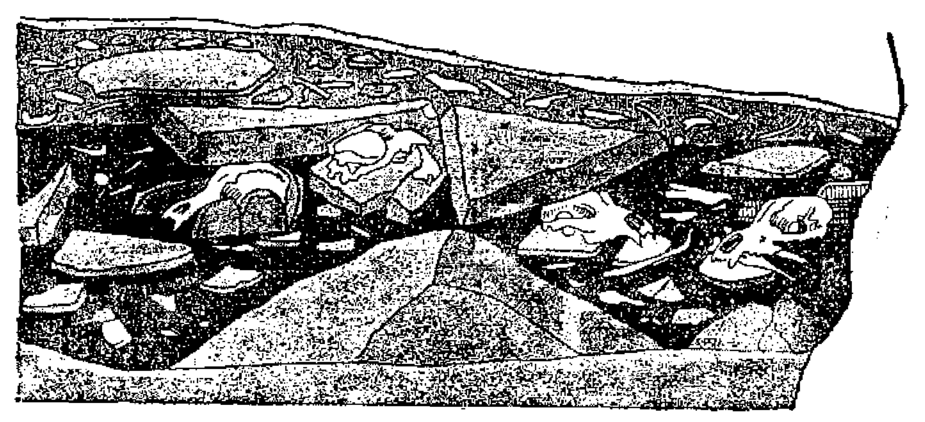


Fig. 7. Drachenloch. Depósito de cráneos de la sala III. De T. Nigg.

beradamente en un mismo depósito huesos de cuatro osos cavernarios diferentes.

Finalmente, ya al fondo de la caverna, Bächler descubrió todavía una serie de nueve cráneos protegidos por losas de piedra dispuestas oblicuamente contra la roca, lo que los había preservado de todo deterioro.

Bächler llevó a cabo descubrimientos semejantes, aun cuando no tan vastos ni tan variados, en otra cueva al este de Suiza, en la de Wildenmannlisloch (1.628 m de altura sobre el nivel del mar) durante los años 1923-1925. También en esta cueva, de forma tubular, de 150 metros de largo, los hallazgos tuvieron lugar en la cámara del fondo. En una grieta de la pared, precisamente detrás de la cámara que sirvió de morada al hombre del paleolítico inferior, encontró Bächler un cráneo de oso sin mandíbula inferior y tres huesos largos, todo ello cubierto por una losa protectora. El descubrimiento más importante, realizado a 130 metros de la entrada de la cueva, fue el de otros cinco cráneos de plantígrado, asimismo desprovistos de la mandíbula, pero también arrimados a varias extremidades.

Descubrimientos análogos no tuvieron lugar únicamente en la región suiza de los Alpes. También la cueva de Drachenhöhle, cerca de Mixnitz, encerraba una interesante colección de huesos. Su amplia dispersión es confirmada por el hallazgo realizado en la cueva de Mornova, en la región subalpina de Eslovenia. En la parte más profunda de esta cueva, cuya longitud alcanza unos 50 metros, se encontró, también detrás de la cámara donde vivían realmente los cazadores prehistóricos, e igualmente en un pequeño nicho en una grieta del muro, el cráneo intacto de un oso cavernario sin mandíbula, encima del cual se habían colocado algunos huesos largos enteros.

Particularmente abundantes fueron los hallazgos que deparó la cueva de Petershöhle, cerca de Velden, Franconia, en las faldas de los Alpes del sur de Alemania. Esta cueva, explorada entre 1914 y 1928 por K. Hörmann, se compone de varias salas principales y laterales. En una de estas últimas descubrió un montón imponente de huesos de osos cavernarios y, acomodado, un cráneo en casi cada hendidura de la parte inferior de la roca. Parecía como si la irrupción de las aguas los hubiese arrastrado del suelo donde se hallaban en un principio, empujándolos hacia el rincón e incrustándolos, por decirlo así, en las grietas. Pero luego, sin embargo, se descubrieron otros cinco cráneos de osos cavernarios en una hornacina situada a 1,20 m del suelo, enteramente cubiertos por una espesa capa de polvo que debió de acumularse durante

milenios. Habida cuenta de la altura a que se hallaba la hornacina, ya no era posible poner en duda que los cráneos que contenía habían sido colocados allí por hombres. Lo mismo resultaba plausible en el caso de las demás hornacinas.

Un nicho a 1,15 m de altura sobre el suelo contenía dos cráneos superpuestos y sobre una repisa bastante elevada de piedra apareció otro cráneo con el hocico y ambos caninos sobresaliendo del borde. En el centro de la sala más espaciosa dejó al descubierto nada menos que catorce cráneos que reposaban sobre un enlosado de 1,60 por 2,50 m, diez de los cuales íntegros. También se encontraron arrimados a la pared del fondo de la misma cámara tres montones de huesos, con algunos cráneos. Hörmann hizo todavía otro interesante descubrimiento en un pasillo angosto en cuyo suelo estaba hundido un enlosado irregular compuesto de planchas de piedra soportadas por cantos rodados de tamaño más que regular. Bajo una de dichas losas, de 12 cm de espesor, yacía un enorme cráneo de oso cavernario con el hocico orientado hacia el este. El hueso frontal presentaba un orificio del tamaño del puño, con esquirlas en todas direcciones y el occipital estaba fracturado. Delante del cráneo, al que faltaba la mandíbula, estaba colocado el fémur de otro oso. La tierra que cubría el enlosado y los huesos contenía mucho carbón vegetal, el cual había penetrado incluso en el interior del cráneo. Pero los huesos presentaban señales de calcinamiento, o sea que debieron de haber sido colocados en una capa de ceniza (figura 8).

Otras excavaciones análogas, más recientes, apoyan la evidencia de estos descubrimientos. Uno de los nuevos yacimientos se halla bastante lejos de la región de los Alpes. El año 1946 halló Leroi-Gourhan, a 1,50 m de la entrada de la gruta de Furtins, entre Mâcon y Cluny (Borgoña, Francia), siete cráneos de osos cavernarios dispuestos concéntricamente. Tres de ellos, de jóvenes plantígrados, ocupaban una losa alrededor de la cual estaban colocados los demás. Efectuados sondeos en la primera cámara, se descubrió, bajo un nivel arqueológico de la época romana, otro auriñaciense, y todavía a mayor profundidad, otro nivel principalmente con huesos de osos cavernarios, así como pedernales groseramente labrados, similares a los utensilios de piedra hallados en las grutas alpinas.

Especial mención merecen los descubrimientos efectuados en la Salzofenhöhle, a 2.000 m sobre el nivel del mar, en los Alpes austríacos (Totes Gebirge). La cueva empezó a ser explorada en 1924, pero hasta 1950 no se encontraron en ella vestigios que probasen que había servido de refugio a los cazadores de osos del paleolítico inferior.

Al igual que las otras cuevas de la región central de los Alpes, la de Salzofenhöle fue solamente accesible en los tiempos prehistóricos durante uno de los períodos interglaciares, estando, antes y después, incomunicada del resta del mundo de los vivos, enterrada bajo un mar de hielo. En cambio, mientras la mayoría de las grutas de los Alpes penetran más o menos horizontalmente en la montaña, la Petershöhle hace pendiente y es de reducidas dimensiones. Los descubrimientos que nos interesan principalmente fueron realizados en el verano de 1950 bajo la

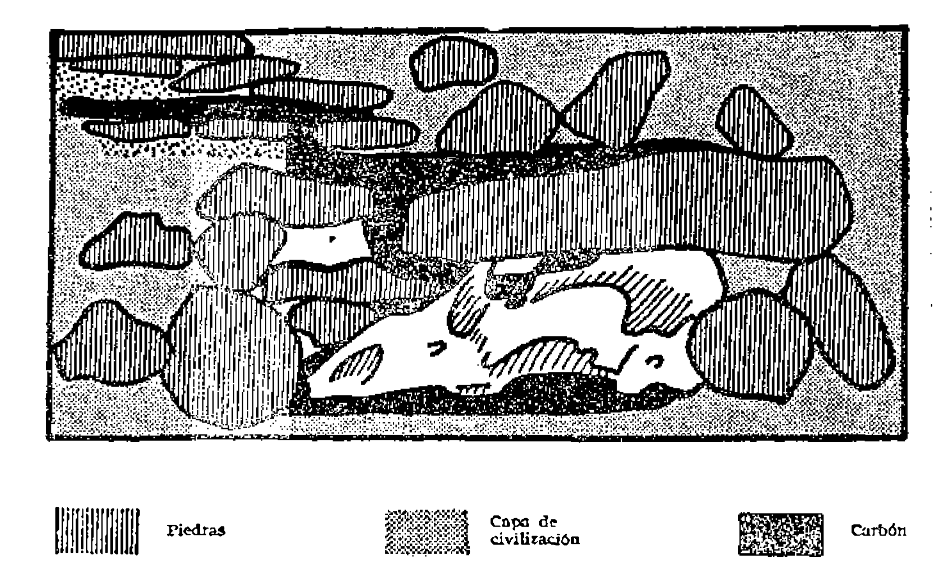


FIG. 8. Petershöhle. Lajas y piedras protegiendo un cráneo.

dirección de K. Ehrenberg, quien en un mismo estrato halló tres cráneos de osos cavernarios acomodados en otras tantas sinuosidades en forma de hornacinas de la pared; cada uno de ellos yacía sobre una piedra y otras los rodeaban completamente, mezcladas con carbón vegetal.

Al lado de cada cráneo había otros huesos de las mismas fieras, todos ellos orientados ordenadamente de este a oeste, lo cual excluye la posibilidad de que hubieran quedado depositados allí por alguna causa natural, como inundaciones o sedimentación. Junto a dos de los cráneos se recogieron un hueso en forma de pene y una falange de plantígrado, hallazgos que Ehrenberg considera interesantísimos por ser los primeros en su especie.

16. *Altamira (Santander). Bisonte, en negro.*

17. *Altamira (Santander). Cabeza de cierva y pequeño bisonte.*





18. Altamira (Santander). Bisonte.

Al penetrar en el último período interglaciar nos encontramos bruscamente ante un asombroso y extenso complejo de descubrimientos. Es un hecho que el hombre prehistórico situaba en lugares determinados y en condiciones especiales partes aisladas del animal a cuya caza se dedicaba principalmente. Esta costumbre, cuyo significado no aparece todavía bastante claro, no hemos visto hasta ahora que fuera practicada en otras regiones que las de los Alpes y sus aledaños.

Significado ritual de la caza. — Todos estos hallazgos demuestran que se trata de algo más que de restos de comilonas, pues la disposición en que han llegado hasta nosotros contrasta con el espectáculo de huesos rotos de animales con que tan a menudo topa el excavador, incluso en cavernas de los mismos Alpes. Tenemos evidentemente ante nosotros una selección de las partes de la presa que constituía la principal fuente de comida del cazador. Con frecuencia esos huesos — el cráneo y los largos —están intactos, o lo que es lo mismo, los cazadores prehistóricos no extrajeron el cerebro ni la medula a pesar de que, como se ha dicho ya, los consideraban como verdaderas golosinas. Estos huesos estaban depositados con evidente cariño, generalmente en las cámaras más profundas y oscuras de las cuevas, y en ciertas ocasiones se les da una orientación determinada. En todo caso, la solicitud del cazador prehistórico va encaminada a evitar el deterioro y la profanación de estos objetos.

No han faltado las interpretaciones de carácter puramente profano. Así, por ejemplo, hay quien ve en los arcones de Drachenloch una despensa, donde los antiguos habitantes de la cueva guardaban las reservas de carne. Otros creen que los cazadores almacenaban cerebro y tuétano como golosinas, o aún como agentes curtientes para preparar sus pieles, y tampoco falta quien sostiene que se trata simplemente de trofeos de caza.

Pero, según hizo observar Bächler, es poco probable que los hombres del paleolítico inferior guardasen sus trofeos precisamente en las partes menos visibles de las cuevas. Esta explicación es asimismo indicada para los cráneos colocados en los saledizos de las paredes. La teoría del acopio de cerebro y tuétano debe rechazarse porque son materias que se descomponen rápidamente. Los amontonamientos de huesos no son vestigios de provisiones de carne. En primer lugar, tal despensa hubiera estado expuesta al hambre de las fieras carniceras durante la ausencia de los habitantes de la cueva, siendo así que Bächler solamente encontró en los huesos de los arcones de piedra abiertos débiles trazas

de dientes de roedores, y luego, no hay intervalo entre los huesos superpuestos, prueba de que cuando los colocaron allí ya les habían quitado la carne.

Si consideramos en su totalidad los diversos hallazgos, y tenemos en cuenta cuanto acabamos de decir, no puede ponerse en duda su carácter ritual. Los arqueólogos Bächler y Hörmann, que los investigaron separadamente, coincidieron ambos en atribuirles un significado religioso, apoyando su teoría en comparaciones etnológicas basadas principalmente en los ritos observados actualmente por los pueblos cazadores de las regiones árticas, los cuales veneran la cabeza, el cráneo y otros huesos de ciertos animales. Para Hörmann es indiscutible que esos hallazgos paleolíticos deben considerarse, en parte, como un culto al oso y una magia de la caza y, en parte, como ofrendas propiciatorias. En cuanto a Bächler, concluye con estas palabras su informe: "Está fuera de duda que nos encontramos ante una especie de acumulación de trofeos de caza que encuadra perfectamente con los ritos de caza y de ofrendas de los primitivos". Se refería especialmente a las prácticas observadas entre los pueblos montañeses del Cáucaso, que viven en un paisaje similar al de los antiguos cazadores de osos cavernarios. Antes de que los chevsuros emprendan alguna expedición cinegética, cada uno de sus miembros promete al viejo dios de la caza algún fragmento de las piezas que cobre, y en las alturas que dominan los cazaderos se levantan en honor del dios de la caza construcciones circulares de piedra donde los cazadores afortunados depositan sus ofrendas: cráneos de osos, cuernos de ciervo o de cabra montés.

Los hallazgos de las grutas de los Alpes fueron objeto de particular atención, habiendo dado lugar a dos interpretaciones que corresponden a otras tantas formas del culto de los pueblos árticos.

En las regiones circumpolares, lo mismo en Eurasia que en América, tienen diversos pueblos la costumbre de ofrecer a un ser supremo el cráneo y los huesos largos de los animales cazados, y actualmente también los de los renos domésticos. Este ser supremo personifica en aquellas regiones la idea de un dios cósmico, cuyo nombre significa "universo" y "cielo" y a menudo su atributo de "promotor del éxito del cazador" se concibe como una divinidad autónoma.

Al historiador especializado en religiones antiguas, A. Gahs, de Zagreb, debemos el estudio completo sobre las ideas religiosas del grupo de pueblos que practican este rito de ofrendas. En nuestros días todavía, los samoyedos, pastores de renos de las estepas a orillas del río Petchora, sacrifican a veces renos de sus rebaños y los exponen en un tablón

de madera rectangular encima de una alta pica. Sus antepasados debieron de hacer lo propio con las mismas partes del cuerpo de los osos y otras fieras que cazaban. A lo largo de las costas de Siberia, entre la bahía de Petchora y el río Yenisei, fueron hallados numerosos sacrificadores antiguos, con montones de huesos de oso, de reno y de animales monteses, particularmente cráneos y huesos con tuétano. Sin ir más lejos, según P. G. Pallas, los *karagasos samoyedos* de la región de Sayán ofrecían en el siglo XVIII cabezas de osos sobre fragmentos de corteza. Se han observado supervivencias de tales sacrificios de osos en los pueblos tunguso y aino.

También los Yurak-samoyedos hacen sacrificios similares a un ser supremo que llaman "Num" y, según Venjamin, la ceremonia, que tiene lugar en la cumbre de una colina, con el sacrificio de un reno blanco, se desarrolla como sigue: "Se estrangula al animal con la cabeza de cara al este. Al pasarle la cuerda al cuello, el chamán le coge la pata izquierda trasera y dice en alta voz: "Num, te damos nuestro reno, tómalo". La carne se come cruda y luego se colocan los huesos, así como la cabeza, cuyo hocico se orienta hacia el este, sobre una alta plataforma. Entonces todos los presentes se vuelven hacia levante y se inclinan varias veces piadosamente, pues creen que Num desciende de lo alto para hacerse cargo del sacrificio".

Los ainos exponen los cráneos de las fieras que cazan contra la fachada este de sus cabañas, donde se hallan los sacrificaderos consagrados a su dios por excelencia: el sol. Los tungusos cuelgan de los árboles las piezas cobradas en la caza y hacen reverencias al sol al propio tiempo que le rezan fervorosos. Los tunguses cisbaicales ofrecen al "demonio" el primer animal que matan; se comen la carne, pero dejan los huesos expuestos sobre un caballete. Esta práctica tiene por objeto evitar que el "diablo", o sea el espíritu de la selva y de la caza, no perjudique el éxito de la cacería.

En su estudio sobre los esquimales centrales de América, pone Gahs claramente de manifiesto que las ceremonias de esta clase no son, en realidad, ofrendas de huesos. Y K. Rasmussen escribe lo que sigue de los esquimales de King-Williams Land: "No era permitido comer los huesos de tuétano, y nadie podía deleitarse saboreando el cerebro fresco de reno, sino que tan pronto como se había descarnado la cabeza, se sumergía cuidadosamente en una corriente de agua vecina, sin peces. El éxito futuro de las expediciones de caza dependía de la estricta observancia de estas normas". O sea que se consagra la intangibilidad, el

carácter sagrado del tuétano y del cerebro; en cierto modo, los huesos no son sino el receptáculo de las ofrendas.

En el caso que acabamos de mencionar, se trata en principio de una práctica tabú, asociada a la creencia en una deidad femenina, "la madre de los animales". A través de estudios comparativos llegó Gahs a la conclusión que esta divinidad, así como el mito correspondiente, la recibieron los esquimales de otros pueblos. Sin embargo, el papel que se le adscribe, y no solamente su denominación, corresponde al de un ser supremo, familiar a los esquimales primitivos, que era al propio tiempo el "favorecedor de la caza". En el fondo, el significado principal del ritual del sacrificio del reno por los esquimales radica en el hecho que su carácter de ofrenda de cerebro y de tuétano salta a la vista.

Gahs establece la asombrosa afinidad entre estos sacrificios contemporáneos de cabezas, cráneos y huesos largos, con los hallazgos de las cuevas alpinas. Consiguientemente, parece lógico suponer por lo menos que los cazadores de osos de las cavernas también sacrificaban ya a una divinidad, que ellos también se representaban como un "ser supremo" y cuyo atributo de "favorecedor de la suerte en la caza" es el más a menudo mencionado en este tipo de sacrificios.

Tanto W. Schmidt como W. Koppers, y asimismo otros sabios más, han aceptado esta conclusión, alguno de ellos, empero, con algunas salvedades. W. Schmidt ha declarado repetidas veces su convencimiento de que las ofrendas de cabezas o del cráneo y de los huesos largos de los pueblos de la civilización primitiva ártica representan un sacrificio al ser supremo. Él considera los hallazgos del Drachenloch y otros lugares como prueba fehaciente de que los cazadores de osos cavernarios del último interglaciar ya ofrendaban cráneos y huesos largos, con lo que queda patente su creencia en un ser supremo, o por lo menos en una divinidad de la caza y de la selva. Y argumenta que, puesto que esta divinidad de la caza es posterior en la historia humana — un desdoblamiento como si dijéramos del ser supremo — parecería natural suponer que los predecesores del cazador alpino de osos cavernarios ya creían en un ser supremo.

Aparentemente, sin embargo, los hallazgos de las estaciones de los Alpes presentan analogías no menos sorprendentes con otra serie de prácticas religiosas entre los pueblos circumpolares contemporáneos, en particular el culto del oso con todo su ceremonial. Según el excelente estudio de Alfred J. Hallowell, este culto del oso representa un fenómeno específico en la historia de las civilizaciones. Aun cuando no se celebre, ni con mucho, en todas las regiones donde se caza el oso, este

culto, cuyo origen, según Hallowell, debe buscarse en el viejo continente, está muy extendido, puesto que se le encuentra en el conjunto de la zona que comprende el norte de Europa (Laponia y Finlandia), pasando por el norte de Asia y penetra profundamente en América septentrional.

Entre los adheridos a este culto, el oso es objeto de veneración especial. Les inspira incluso un terror sagrado y no se atreven a pronunciar su nombre. Le llaman "el abuelo", "padre viejo", "padre de las pieles", o lo designan únicamente mediante el pronombre "él". A menudo, ven en él a una especie de intermediario entre el hombre y el espíritu de las montañas o de la selva. Las tribus paleosiberianas lo consideran como un hombre primitivo mítico y celebran su fiesta junto con la de los antepasados.

Entre estos pueblos se ha desarrollado un ceremonial bastante complicado en honor del oso muerto en el curso de una cacería. En primer lugar, tan pronto como los cazadores lo han atrapado, le piden perdón por el daño que van a inferirle, y las excusas son todavía mayores cuando ya le han causado la muerte. Los coriacos reciben en sus campamentos al oso muerto con danzas y blandiendo antorchas. Una vez tienen desollado al animal, una de las mujeres se toca la cabeza con la del oso, se envuelve en su piel y baila así disfrazada, exhortándole a que no esté ni enfadado ni triste. Luego se exponen la piel y la cabeza en lugar preferente y se invita al oso a que comparta con ellos el festín. Los comensales no paran de dirigirle bellas palabras y de presentarle sus más delicados bocados. En otras tribus, mientras las mujeres se lamentan como si llorasen a un ser querido, se adorna al oso que luego se instala sobre una alfombra, y se le ofrece de comer y de beber. Le hacen ofrendas, se le dirigen discursos cada vez más desenfrenados, hasta que se termina por despedazar el animal, y los asistentes al acto beben la sangre y se reparte la carne. Pero el momento más solemne del festín es cuando se comen la cabeza del oso, generalmente el cerebro incluido.

El último rito de la ceremonia consiste en colocar el cráneo en un lugar que consideran sagrado o se inhuma, casi siempre con los demás huesos. En las tribus de los tunguses y de los yacutas a los comensales no se les permite romper ni un solo hueso; los envuelven en corteza de árbol, o en algo por el estilo, y se colocan en los árboles. En las canciones de caza de la epopeya nacional finlandesa, *Kalevala*, se suplica respectuosamente al oso que consienta en hacer don de sí mismo al hombre, trozo a trozo; habiendo tenido que renunciar a todo cuanto era útil y agradable para él, se le invita, es decir, se invita a su cráneo, a insta-

larse en una morada segura, en la copa de un pino, donde podrá gozar de una vista espléndida. Los lapones entierran en tumbas y acolchan con ramas de abedul los restos de los osos cuya carne se han comido, cuidando de depositar todos los huesos por su orden anatómico; las vértebras se mantienen unidas mediante una varilla que atraviesa los agujeros se añade la nariz, los órganos genitales y la cola en sus lugares respectivos, y luego se cubre el conjunto con ramas y tierra.

Si los hombres rinden semejantes honores a los despojos del oso, aquellas tribus creen que el espíritu del bosque enviará a los cazadores otro nuevo oso al año siguiente, o bien los huesos del oso muerto volverán a cubrirse de carne y piel para poder ser cazado nuevamente.

Muchos autores, entre ellos C. Clemen, B. v. Richthofen, L. Franz y, finalmente, G. Kraft, relacionan los hallazgos prehistóricos con este culto contemporáneo del oso, haciendo observar que en ambos casos se trata de cazadores cuya presa principal es el oso, considerando los cuidados de que hacen objeto a sus huesos, sobre todo al cráneo, como una forma de magia para asegurar las reservas de caza en los años venideros.

En la preocupación que siente el cazador por tener siempre sus cazaderos provistos de caza abundante y nueva se basa seguramente el complejo ritual relacionado con el cráneo y los huesos. En muchos casos son de carácter mágico, siendo, en otros, producto de creencias animísticas en la reencarnación, y he aquí lo que sobre este particular escribe K. Birket-Smith en su estudio consagrado a los esquimales chugaches de Alaska:

"Tanto el hombre como el animal tienen alma, que es como su aliento. Cuando muere un hombre, su alma continúa viviendo en el país celestial, que se parece a la tierra, con sus montañas, bosques y mares. Las almas de los animales se reencarnan en otros animales a condición de que los cazadores que los abatieron hayan observado los ritos apropiados. El alma del oso se parece a un oso en miniatura y se encuentra en su cabeza, y por eso, cuando se mata a un oso, debe depositarse el cráneo en el lugar donde expiró, con el hocico cara a tierra, pues así su alma podrá reencarnarse en un nuevo animal, en bien de los hombres. Las almas de los peces están en sus entrañas, por cuyo motivo deben éstas tirarse al agua; pero si la corriente las arroja de nuevo a la orilla, el alma del pez muere."

En su reciente estudio *Griechische Opferbräuche* (1), publicado en 1945, observa K. Meuli que los ritos relacionados con el cráneo y los huesos, en el fondo, no representan sino una forma particular de una

costumbre muy extendida de la "inhumación de animales". Otros animales fueron objeto de ritos análogos. La finalidad de tal práctica no radica únicamente en la cariñosa conservación de los despojos de un animal, sino antes bien en la restitución de lo que el animal precisa para su resurrección.

Al ser preguntado un lapón por qué colocaba sobre una piedra la cabeza, los pies y las alas de un gallo silvestre, contestó: "Para que salgan otros pájaros que yo podré coger". Los lapones también colocan las espinas y las escamas de los peces en una piedra determinada, bajo la protección del dios de la pesca, el cual les devolverá la vida para que puedan seguir nadando. Para los Ten'a, de Alaska, todos los peces, así como la caza mayor, tienen su espíritu protector que exige estos ritos.

Meuli ve en esta "inhumación de los animales" el más antiguo de los ritos de caza y cree que, en un principio, no tenía relación alguna con la magia o el totemismo, ni en realidad con ninguna creencia en divinidad alguna. Ciertos pueblos primitivos la practican hoy como si acataran un mandamiento divino, mientras otras la relacionan con los espíritus protectores de los animales, pero para empezar no intervenían en ella más que el cazador y su presa.

Para Meuli, los depósitos de huesos de osos, o sea los verdaderos "osarios", encontrados en los Alpes, no son otra cosa sino sepulturas de animales, lo cual, de ser así, demostraría que el objetivo original no era conservar el esqueleto en su totalidad, sino que la preservación total como "ritual más completo y más sutil" era posterior a otra práctica más "antigua y grosera", que comprendía únicamente la inhumación de cráneos y de algunos otros huesos.

Lo que importa es averiguar, pues, cuál de los ritos mencionados es el más antiguo en la historia humana y corresponde, por consiguiente, a un nivel cultural que pueda realmente compararse con la cultura de los cazadores de osos cavernarios.

A primera vista parecería que el culto del oso y la inhumación del animal tienen precedencia, porque hoy día los practican los pueblos exclusivamente cazadores. Y como entre ellos los hay que son principalmente cazadores de osos, parece indicada su comparación con los cazadores de osos de las cavernas del último interglaciar. Por otra parte, no todos los grupos modernos que sacrifican la cabeza, el cráneo y los huesos largos son cazadores, y los que lo son persiguen sobre todo el reno salvaje, muy al contrario de los demás que se han convertido en pastores y se dedican a la cría de este animal. De ahí que los samoyedos, por ejemplo, no ofrezcan a sus dioses piezas cobradas en la caza,

sino animales procedentes de sus propios rebaños. L. Franz, que puso de manifiesto esta diferencia de niveles culturales, cree que la civilización de los pastores de renos es más reciente que la de los pueblos cazadores y que, por consiguiente, el rito de las ofrendas es muy posterior al culto del oso. Meuli, por su parte, abunda en la misma opinión, y hace observar que el querer interpretar los antiguos ritos de caza relacionándolos a los sacrificios de una sociedad pastoril muy posterior estaría en flagrante contradicción con el principio, con tanta razón y tan a menudo afirmado por W. Schmidt, según el cual solamente pueden compararse unas a otras civilizaciones de una misma naturaleza.

Quedaría por dilucidar si la civilización de los pastores de renos es realmente más reciente que la de los pueblos cazadores actuales, y en particular de la de los cazadores de osos cavernarios.

Los etnólogos sostienen que la civilización de los pastores de renos del Ártico difiere totalmente de la de los pueblos nómadas criadores de caballos del Asia Central, la cual, históricamente, sucedió, en efecto, a la de los cazadores. Aquéllos conservan muchas de las características de los antiguos pueblos cazadores, mientras que éstos se hallan en un estadio de transición cultural. Al propio tiempo, la civilización de las comunidades de cazadores árticos y subárticos, y en particular la de los cazadores de osos, es indudablemente mucho más adelantada que la de los cazadores *primitivos*, acusando, a veces, incluso influencias de las civilizaciones agrarias meridionales. Por otra parte, Meuli no hace mención alguna del hecho de que las ofrendas de cráneos y huesos largos, hechas a las divinidades respectivas, no se limiten únicamente a las culturas pastoriles, sino que el mismo rito se ha observado también entre las tribus indias más primitivas del norte de América, cuya civilización nada tiene que ver con la de los pastores.

Una prueba de que este rito es el más antiguo cree verla Gash en el hecho de que sus representantes, las tribus que practican este sacrificio, o sea los samoyedos y los esquimales de la parte central de América del Norte, ocupan dos regiones muy alejadas al este y al oeste del estrecho de Behring, que constituye el paso principal y la puerta de invasión entre Asia y América. Entre las dos, tal ciclópea cuña, y al sur bordeada por los bosques subárticos, se extiende la región que alberga a los que practican el culto al oso y demás ritos de caza. El mismo Gash puso de manifiesto, basándose en ciertas reminiscencias, que el rito del cráneo y de los huesos largos, junto con el culto a un ser supremo, fue practicado originariamente en esta región intermedia.

Los cazadores árticos que practicaban el culto del oso y el rito de la

inhumación ocuparon relativamente tarde el área del estrecho de Behring. A su llegada aniquilaron la unidad que debió de existir antes entre los pueblos cazadores indígenas más antiguos, habiendo llevado a cabo la empresa en parte expulsando a los esquimales y a los samoyedos hacia los extremos este y oeste respectivamente, y en parte asimilando e imponiendo su propia cultura a los que se quedaron.

De la evidencia recogida se desprende, pues, que debemos dar la prioridad a la práctica del sacrificio.

Dioses y ritos de los cazadores de osos de las cavernas. — Desde el punto de vista histórico-religioso tiene extraordinaria importancia la relación existente entre las civilizaciones árticas primitivas, con sus ritos de ofrendas y su concepto de un dios supremo, y la civilización de los cazadores de osos cavernarios del último interglaciar, pues ello implica nada menos que un rito y una idea de dios que se remontan al paleolítico inferior y han sobrevivido hasta nuestros días, aun cuando el eslabón histórico se nos escape. Es de suponer que este rito de sacrificio se practicara mucho más allá de la región de los Alpes, en el este, o puede que desde los Alpes se difundiera durante la época glaciar (última glaciación) en dirección este para mantenerse en el Ártico, pero convirtiéndose en un rito de pueblos pastores, mezclado a costumbres "tabús" atribuidas a una "madre de los animales". Por otra parte, nos hallamos, en todo caso, y por vez primera en la historia, con un grupo humano emergiendo de la noche de la prehistoria con creencias y prácticas religiosas: los cazadores de osos de las cavernas del último interglaciar, cuyas ofrendas de cráneos y de huesos largos prueban que creían en una divinidad. Y el hecho de que los pueblos circumpolares más primitivos profesen en el fondo las mismas creencias religiosas de otros pueblos etnológicos, aun cuando los ritos lleguen a variar muy considerablemente de la idea religiosa de los cazadores de osos cavernarios, podemos inferir que el resto de la humanidad de aquellos tiempos compartía creencias similares, sin por eso adoptar en todas partes el mismo ceremonial.

Que los antiguos cazadores de los Alpes y sus aledaños creían en un ser supremo y en su influencia sobre la vida diaria de los hombres y en sus actividades cinegéticas, lo atestiguan los hallazgos realizados. A esta divinidad le ofrecían sacrificios; esto parece probado, pero lo que ignoramos es si eran destinados a un ser supremo en su calidad de dispensador de la suerte en la caza o a un dios de la caza, un espíritu de los bosques y de la montaña, originario del primitivo ser supremo. En todo caso debía de tratarse, a sus ojos, claro, de un dios de los animales que,

por un lado, protegía a los cazadores y, por el otro, tenía por misión llenar los huecos que la caza intensiva no dejaría de producir en los cazaderos.

Tal vez antes de emprender sus expediciones se colocaban los cazadores bajo su protección y le prometían una determinada parte de la presa que esperaban cazar. La captura y muerte de un enorme oso cavernario representaba para ellos un acontecimiento extraordinario. La empresa era arriesgada, debían desplegar sagacidad y audacia para triunfar, y no siempre la fortuna estaría de su lado, pero debían probar la suerte, porque de su éxito dependía la continuidad de la comida durante cierto tiempo. Una vez habían dado muerte al oso y tan pronto los afortunados cazadores hacían su entrada en la caverna con el cuerpo de su víctima a cuestas, se preocupaban de cumplir la palabra empeñada, y en acción de gracias presentaban a la divinidad protectora la ofrenda prometida o tradicional.

La ceremonia, cuyo ritual desconocemos, naturalmente, se desarrollaba en la cueva alrededor de un buen fuego, y se ofrecían a la divinidad los manjares considerados en todos los tiempos como más exquisitos — el meollo y el cerebro —, a los que ellos renunciaban totalmente o en parte. De los hallazgos realizados en Drachenloch se desprende que los cazadores del último interglaciar sacrificaban a menudo toda la cabeza del oso, pero casi siempre se trataba únicamente del cráneo o de los huesos largos, ya sin carne alguna, seguramente porque se la habían comido en el curso de algún banquete ritual. En todo caso, el punto culminante de la ceremonia lo constituía indudablemente el acto solemne de la presentación de las ofrendas. Como se acaba de decir, los cazadores posiblemente ofrecieran tan sólo una parte del meollo y del cerebro, pues en las grutas de los Alpes jamás se han dado, junto a un cráneo determinado, todos los huesos largos de un mismo animal, sino que a veces los que aparecieron asociados a un cráneo pertenecían a otros animales. Por lo visto, los cazadores se contentaban a veces con la oferta del cráneo o de uno de los huesos largos, limitándose a colocarlos junto a cráneos ofrecidos en alguna otra circunstancia.

Los sacrificios parecen haber tomado incluso otras formas en el Drachenloch. Como sabemos, allí se descubrió, junto a la especie de tabernáculo donde aparecieron los siete cráneos, otra caja pétrea que debió de servir de hogar en el que el fuego ardía casi sin interrupción. La capa de 24 cm de espesor de carbón vegetal y ceniza grisácea contenía numerosos huesos calcinados de falanges, tarsos y carpos de osos cavernarios. ¿Era para comérselas por lo que los cazadores asaban las garras

de los osos? El hecho de hallarse al lado del tabernáculo nos induce más bien a creer que la incineración de las garras formaba parte integrante de algún rito propiciatorio.

En relación con la cueva de Salzofenhöhle ya se mencionó el hallazgo, al lado de dos cráneos, de una falange de oso y de un hueso en forma de pene. Difícilmente podría suponerse fruto del azar la colocación idéntica y reiterada de tales huesos. Probablemente no andamos desencaminados si consideramos a los huesos en forma de pene como signos de procreación. Y ahora sólo cabe preguntarse si su colocación en aquel lugar formaba parte de algún rito mágico, o si con ello deseaban los cazadores implorar del dios de la caza que llenara continuamente los vacíos que se originaban en los cazaderos. Ehrenberg ve en ello una práctica de magia. Por mi parte, soy del parecer que ambas interpretaciones son plausibles.

Los grandes arcones llenos de cráneos y de falanges calcinadas, los depósitos más pequeños conteniendo tan sólo un cráneo y algunos huesos, las hornacinas o nichos murales con su exhibición de ofrendas, y las grandes losas sobre las cuales se colocaban hasta catorce cráneos, debemos considerarlos como los altares más antiguos de la historia de la humanidad. Dicho sea de paso, O. Menghin supone que la gran caja mural descubierta en la parte habitada del Drachenloch pudo muy bien haber servido de vertedero de los huesos que iban sobrando de los distintos altares de la morada.

Según Hörmann, la Petershöhle sirvió exclusivamente de gruta-santuario para uno o más grupos de cazadores de la región durante el último interglaciar. En ella se encontraron ofrendas en cantidades realmente inusitadas, pero, en cambio, un número muy reducido de herramientas de piedra, sin que aparecieran indicios que pudieran hacer suponer que su fabricación hubiese tenido lugar en el interior de la cueva.

Por otra parte, la gran distancia de todo manantial la hacía inadecuada para vivienda humana. Por contra, Bächler cree que el Drachenloch sirvió a la vez de santuario — el más elevado del mundo, a 2.500 m sobre el nivel del mar — y de refugio a los hombres del paleolítico inferior, como lo atestiguan los numerosos hallazgos en ella realizados: hogares, desechos de carne y muchas huellas de actividades profanas.

III. LA RELIGIÓN DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR

1. Los cazadores artistas de la época glaciar

Transformación del ambiente y los nuevos hombres. — Hacia finales del último interglaciar empezaron a producirse profundos cambios en el mundo, sobre todo en Europa.

Los veranos devinieron progresivamente más fríos y los inviernos cada vez más largos. Enormes masas de nieve y de hielo se acumulaban en los Alpes y en las montañas escandinavas, formando una espesa coraza de hielo que llegó a cubrir estas regiones, a excepción de las cumbres más elevadas. Incontenibles, las masas de hielo alpinas se adueñaron de lo que hoy es Suiza, en tanto que los glaciares del Norte franqueaban el Báltico y nuevamente enterraron grandes extensiones de Europa septentrional.

Vientos gélidos y secos soplaban sin cesar, bajo cuya influencia cambió por completo el clima europeo. El hombre arcaico vio cómo la estepa fría reemplazaba gradualmente sus otrora frondosos bosques, que los animales que le eran familiares se retiraban hacia el mediodía y que especies enteras se extinguían. Para poder subsistir tuvo que abandonar, a su vez, las regiones que el hielo iba sepultando, viéndose obligado a seguir en pos de la caza, hasta que acabó sucumbiendo por no poder resistir al frío. Ocuparon su lugar otros hombres que le eran superiores y que, como la nueva fauna que con ellos penetró en Europa — el mamut y el rinoceronte peludo entre otros —, estaban adaptados a las nuevas condiciones climáticas de nuestro continente, y lo colonizaron.

Se da por descontado que durante la última gran glaciación apareció en Europa un nuevo tipo de hombre, incomparablemente superior a su predecesor autóctono — cuyo sitio vino a ocupar — tanto física como culturalmente. En oleadas sucesivas, los recién llegados del occidente asiático se esparcieron por el centro y el oeste de Europa, mientras otra inmigración, menos importante, avanzaba por el norte de África y penetraba en la Península Ibérica.

Gracias a los numerosos esqueletos que se han hallado en excelente estado de conservación, podemos hacernos idea cabal del aspecto físico de los invasores. Su tipo era muy similar al europeo actual y estaban ya divididos en varias razas, la más importante de las cuales es la de Crô-Magnon, así llamada por el lugar del sur de Francia donde se encontraron los esqueletos. Era ésta una raza de hombres de estatura regular o más que regular y fuertes, de cráneo alargado, con abombamiento de la región frontal, arcos superciliares poco aparentes, cara ancha y barbilla saliente.

Aparecieron luego más ejemplares casi por toda Europa, desde Moravia hasta el sur de Francia y desde el norte de Italia hasta Inglaterra e incluso Holanda, cuyo territorio acababa de emerger cuando otra raza apareció en Europa. Otra raza – la de Chancelade – estaba formada por hombres más pequeños. En Italia septentrional (Grimaldi) se hallaron dos esqueletos con rasgos "negroides", procedentes, quizá, de África y distintos de los anteriores.

Los primeros llegados aportaban con ellos una cultura mucho más rica y desarrollada, conocida bajo el nombre de auriñaciense, que fue seguida por otra muy diferente, la solutrense, a la cual sucedió luego la magdaleniense, mucho más parecida ésta a la auriñaciense. La civilización que se extendió por el norte de África y en parte también por la Península Ibérica durante los dos últimos períodos es la capsiense. Esta exposición da sólo una idea general de la evolución histórico-cultural, pues, según recientes investigaciones han puesto de manifiesto que una gran diversidad caracteriza todas esas culturas. Se aceptan generalmente las fechas siguientes para las culturas del paleolítico europeo: auriñaciense, de 30.000 a 25.000 a. de J. C.; solutrense, 25.000 a 20.000 a. de J. C.; magdaleniense, de 20.000 a 10.000 a. de J. C.

Al igual que sus predecesores, estos hombres, los hombres del paleolítico superior, vivían sobre todo de la caza, y en cuanto les era posible en las regiones frías donde se habían instalado, de raíces y frutos silvestres. Se pretende que llegaron a domesticar el reno y que no solamente conocieron, sino incluso cultivaron, ciertas gramíneas silvestres similares a nuestros cereales modernos, pero esto no ha podido probarse. En cambio, según nos confió un día personalmente el profesor H. Breuil, es muy probable que los habitantes de África del Norte comenzaran a cultivar el suelo y a domesticar ciertos animales a partir de una época contemporánea del solutrense europeo. Todo hace suponer que se produciría el mismo fenómeno, aun con anterioridad, en algún lugar del sur de Asia, donde, como es sabido, las glaciaciones nórdicas correspondían a

períodos pluviosos, durante los cuales los actuales desiertos eran oasis de vegetación exuberante, verdaderos paraísos de la humanidad. Aun cuando los europeos del paleolítico superior continuaran dedicándose exclusivamente a la caza durante todo el último período glaciar, no por eso dejaron de progresar considerablemente, según se desprende de los hallazgos arqueológicos correspondientes a la época.

Las armas y las herramientas ya son mucho más perfeccionadas, y más variadas también que las de sus predecesores, y reflejan mentalidades diferentes. Ya no se trata del hacha de mano o de lascas retocadas, sino de verdaderas cuchillas, y para labrarlas ya no empleaban solamente el sílex, sino también asta, huesos e incluso marfil, todo lo cual aprendieron a trabajar con habilidad creciente.

Estos hombres nuevos seguían siendo cazadores nómadas, pero debemos imaginarnos sus correrías dentro de límites relativamente reducidos, y en las regiones del oeste de Europa donde más abundan las grutas, casi podríamos hablar de poblaciones más o menos sedentarias. Como los hombres del Neandertal, cuyo lugar habían ocupado, constituían sus moradas preferidas las grutas y los abrigos rupestres, pero es muy probable que también dispusieran de tiendas sostenidas por postes, y que en los rigores del invierno levantaran cabañas semiesféricas que cubrían de tierra y nieve. En los campos de *loess* de los territorios del este se hallaron rastros de fosas que son los fundamentos de antiguas moradas, cuyas superestructuras estaban sin duda formadas de ramas secas y pieles de animales. Es gracias precisamente a estas moradas más estables que las de los habitantes que les precedieron, que a menudo ha sido posible hallar, en áreas reducidas, numerosos vestigios de sus civilizaciones. Además, como los muertos eran generalmente sepultados en espacios previamente habilitados al efecto, son más frecuentes los hallazgos de restos funerarios. La difusión física de los grupos de cultura es mucho menos vasta que en la época reciente, o sea que se reduce a medida que el hombre va sintiéndose más ligado a un espacio determinado.

El arte de los cazadores de la época glaciar. — Pero el testimonio más impresionante de los nuevos hombres del último glaciar lo constituyen, sin duda, sus creaciones artísticas. El arte de los cazadores de la edad glaciar carece de precursores. Aparece bruscamente rasgando las tinieblas de la prehistoria como radiante amanecer primaveral. Sus creadores eran hombres del auriñaciense, y luego los del período magdaleniense lo perfeccionaron. Sus creaciones se extienden sobre todo por el occi-

dente de Europa, pero llegan también, en dirección este, hasta Siberia y por el sur hasta África del Norte.

Se distinguen tres principales "provincias" artísticas. La más espléndida es la franco-cantábrica, que comprende las regiones con cavernas del norte de España y del oeste de Francia, desbordándolas a veces incluso. Aquí vemos a los artistas del paleolítico practicando, con sorprendente habilidad, casi todas las ramas de la técnica representativa: microescultura y escultura corriente, grabado sobre piedra, hueso y marfil, así como en las grandes paredes de sus cavernas. Sin olvidar la pintura en esas mismas paredes y en el suelo. Al principio se trata únicamente de simples incisos coloreados en la piedra, pero luego se convierten en verdaderas pinturas, monocromas y polícromas, incluso con sombreados, sirviéndose de procedimientos que se nos antojan modernos, como el del puntillado. A la luz de lámparas de sebo ahumantes o de flameantes antorchas, los artistas del paleolítico superior cubrieron literalmente las brillantes superficies calcáreas de innumerables cavernas con desconcertante e intrincada abundancia de figuraciones de animales. Grabados con útiles de sílex o pintados con colores térreos, pero también modelados en arcilla o tallados en hueso, asta o piedra, ante nosotros tenemos la imagen de toda la fauna de la época, sobre todo mamuts, rinocerontes, bisontes, renos, caballos salvajes, toros, en una palabra, el panorama del paraíso de los cazadores del último glaciar. En general, esos animales están representados individualmente, aun cuando a menudo las líneas de unos y otros se enmarañen. Los grupos y escenas de animales escasean. Lo mismo podemos decir de las figuraciones humanas, por lo menos en comparación con las de animales. El rasgo característico de muchos de estos dibujos es su maravilloso y sorprendente realismo.

El arte de la provincia española de Levante corresponde al área de las civilizaciones capsienses, y aun cuando sea en cierto modo su derivación, se distingue, sin embargo, por el estilo bien diferente de sus pinturas rupestres. En un principio se aprecian indicios de influencias mutuas, pero más tarde cada provincia fue evolucionando por su lado y las artes respectivas tomaron también rumbo peculiar. Es curioso que los artistas capsienses no parecen haberse sentido atraídos por las artes "miniatura", cuya materia prima eran asta, hueso, piedra o marfil. Pero sus pinturas murales, muy abundantes, siempre de reducidas dimensiones, y que se caracterizan por el uso frecuente de la silueta, revelan un extraordinario sentido del movimiento, con hombres y animales, en escenas a veces muy complicadas de caza y de guerra, así como de la vida cotidiana y religiosa (figura 9).

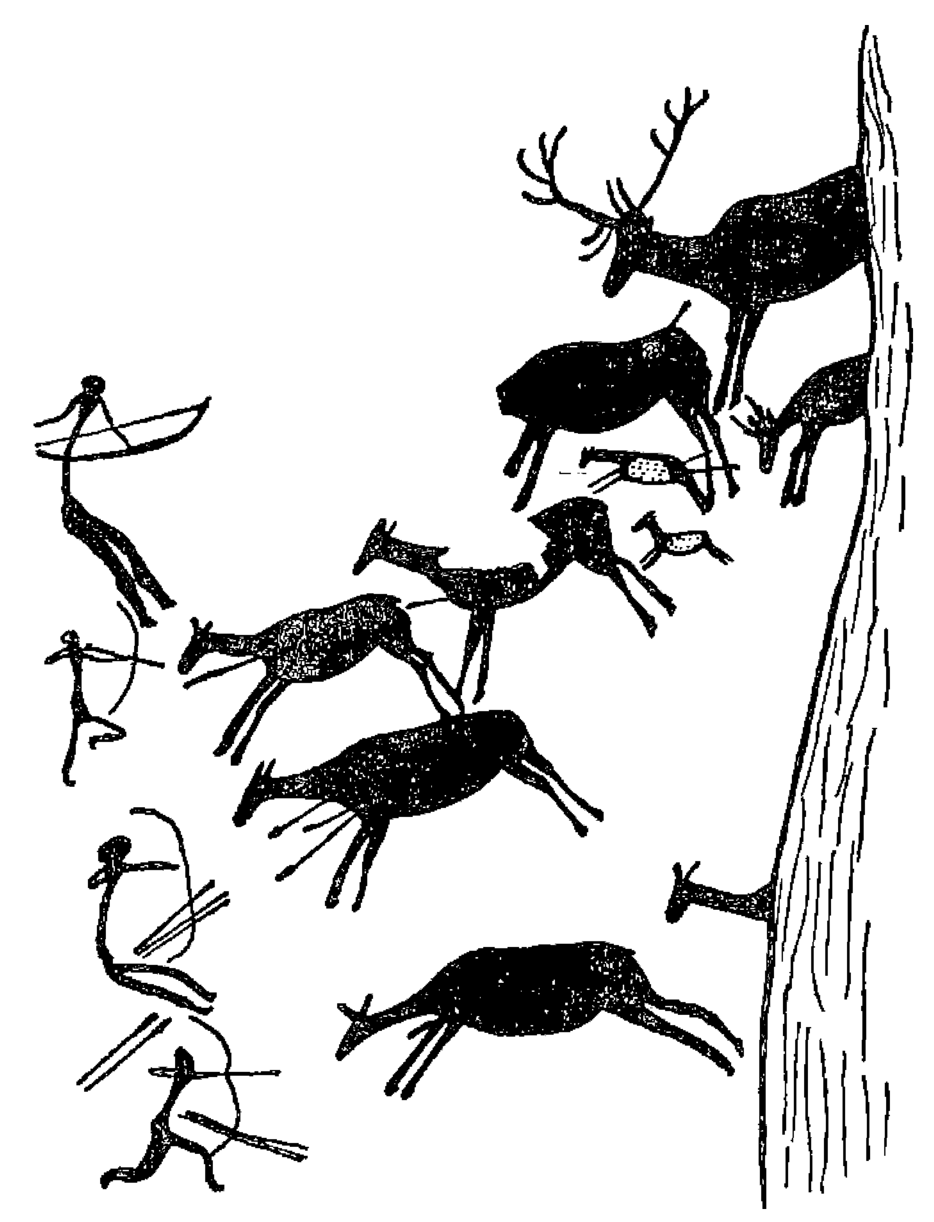


FIG. 9. Cueva de los Caballos (Valltorta). Cacería de ciervos pintados en rojo oscuro. Escala 1:5. De Obermaier y P. Wernert.

Este arte figurativo fue, evidentemente, cultivado profusamente por los capsienses europeos, extendiéndose luego por el África, incluso hasta el sur del continente negro. Este punto de vista ha sufrido modificaciones, y según nuevas teorías razonadas, si bien es verdad que el arte rupestre oriental español empezó a desarrollarse en el paleolítico, provenía de elementos franco-cantábricos con ciertas influencias africanas, habiendo llegado durante el mesolítico a su mayor florecimiento.

A las dos provincias artísticas del occidente de Europa hay que añadir una provincia oriental, que abarca el territorio comprendido desde Europa central hasta el oeste de Siberia. En esta tercera provincia se encuentran casi exclusivamente pequeñas esculturas de animales con un gran número de figuras femeninas. La ausencia absoluta de arte pictórico se explica, en parte, por la falta de grutas y de abrigos apropiados. En los límites de la provincia franco-cantábrica se hallaron algunas huellas de pintura en rocas, pero son debidas a la influencia de esta última. Todo parece indicar que las divergencias evidentes entre las artes de dichas tres provincias deben atribuirse a la diversidad de las respectivas capacidades artísticas.

Con la aparición del arte vemos al hombre del paleolítico superior bajo aspectos enteramente diferentes, pues surgió en su espíritu una nueva facultad, la de la creación artística.

Según H. Breuil y H. Obermaier, eminentes investigadores del arte de la época glaciar, es muy probable que los "juegos de manos" fueran la base del arte parietal de las cavernas, pues una mano embadurnada o embarrada de colores minerales dejaba en las paredes lisas de la gruta las huellas exactas y coloreadas que constituyeron las primeras manifestaciones pictóricas. O bien, habiendo observado otros habitantes de las cavernas las señales dejadas por las garras de los osos sobre la arcilla que cubría la dura roca para afilarse las uñas, quisieron imitarlos, y sobre la misma arcilla trazaron con sus tres dedos medios esas líneas que parecen "macarrones".

Pero los dedos del hombre, guiados por una visión superior al intentar reproducir las zarpadas del plantígrado, transformaron lo que en un principio eran simples trazos, en intrincadas líneas onduladas, espirales, círculos y meandros que se cruzan, interfieren y mezclan, hasta que de repente, como surgiendo detrás de un matorral, aparece una forma que tiene el aspecto de cabeza de animal. Y lo que empezó como pasatiempo pronto entró en la segunda fase creadora, la cual consistió en poner orden en aquel laberinto, eliminando todo lo superfluo hasta dejar constancia – si bien en un principio sólo por medio de simples esbozos – de

su genio creador. Superados los tanteos iniciales, se pusieron a dibujar, no ya al azar, sino premeditadamente, toda clase de animales, y luego llenaron la superficie dibujada con capas o simples fajas, primero de un solo color, más tarde polícromas, con hábiles matices y sombreados.

Ya sabemos que los artistas del paleolítico no se paraban en barras cuando carecían de espacio para sus creaciones, y no dudaban en sobreponer una pintura a la precedente, gracias a lo cual nos han legado una verdadera estratigrafía pictórica que nos permite poder seguir, exacta y objetivamente, los cambios de estilo y la sucesión de éstos en el arte prehistórico. Si sirviéndonos de tales palimpsestos remontamos hasta las representaciones más antiguas — que son indefectiblemente huellas de manos y líneas de "macarrones" —, observamos que el arte figurativo procede del período auriñaciense.

Quizá sea anterior aún. Recientemente expuso L. F. Zotz otra teoría sobre el origen del arte paleolítico. J. L. Baudet, discípulo de H. Breuil, descubrió hace algunos años, en pequeñas grutas y abrigos bajo peñas de la Ile-de-France, no lejos de París, innumerables grabados parietales representados en su gran mayoría por trazos y símbolos, los más sencillos de los cuales parecen ser todavía anteriores a los auriñacienses. Son simples surcos a veces casi paralelos, grabados en cuarcita dura. Incluso en la fase primitiva resulta aparente la intención de querer disponer los signos aislados en rítmica sucesión. Pero contrastando con la tendencia artística de la provincia franco-cantábrica y sus arabescos que fueron la base de sus pinturas naturalistas de animales, las características del arte de la Ile-de-France fueron siempre el simbolismo y la abstracción, hasta el mesolítico y el neolítico. Aun cuando sus retratos de animales se emparentan, tanto en el contenido como en la técnica de la ejecución, con las obras polícromas del magdaleniense de la provincia franco-cantábrica, difieren de ellas por su estilo esquemático. O sea que en la Ile-de-France parece haberse desarrollado una corriente original del arte del último glaciar, surgida del signo y de los símbolos, que proceden del instinto de abstracción, en el cual, según W. Worringer, radica el origen de todo el arte.

Que este arte remonta a la humanidad del paleolítico superior lo prueba el hecho que nos muestra animales de especies desaparecidas o emigradas cuyos restos han sido hallados en las capas geológicas correspondientes a dicha época. Pero existen más pruebas aún, pues se han exhumado en capas arqueológicas que remontan al paleolítico superior placas desprendidas del techo o de las paredes de las cavernas, con dibujos o pinturas o sea que son contemporáneos de los estratos que las con-

tenían, si es que no son más antiguas aún. Incluso se han dado también casos de haberse encontrado obras parietales debajo de las capas correspondientes a las postrimerías del paleolítico, lo que atestigua su edad diluvial. De modo que hoy todo el mundo admite que estas obras fueron ejecutadas por hombres de la edad glaciar.

El arte diluvial de los cazadores, sobre todo el de la región franco-cantábrica, constituye uno de los fenómenos más brillantes en la historia de la humanidad, y es verdaderamente único en su especie. Sin embargo, en esta ocasión no nos interesa el valor artístico de las obras en sí, sino únicamente su carácter documental. Como veremos más adelante son la clave de toda la vida religiosa y espiritual del hombre en la postrimeria glaciar.

2. El culto a los antepasados en el paleolítico superior

Prácticas funerarias. — Las excavaciones ponen de manifiesto que la práctica de la inhumación era muy extendida en el paleolítico superior, sin que pueda decirse que fuera exclusiva de los hombres nuevos, puesto que, como hemos visto, ya era observada por el hombre del Neandertal, y sus orígenes deben probablemente buscarse en una cultura común a los antepasados de ambos pueblos. Pero los centros en los que esa cultura alcanzó su máximo desarrollo debieron de encontrarse fuera de Europa, en aquellas regiones asiáticas cuna de los hombres del paleolítico superior, pues las inhumaciones más antiguas de que se tiene noticia proceden de la zona fronteriza del continente europeo.

Cuando el hombre del último glaciar enterraba a sus muertos creía en una especie de supervivencia corporal. Ya hemos utilizado anteriormente la expresión de "cadáver viviente". Como en tiempos anteriores, los difuntos eran a menudo enterrados en las mismas grutas que les sirvieron de morada en vida, de modo que seguían permaneciendo en los lugares que les eran familiares. Con el mayor cuidado se excavaban las fosas en las que se colocaban los cadáveres, unas veces en "posición durmiente", otras estirados de espaldas o en posición acurrucada, y luego se protegían rodeándolas y cubriéndolas con losas de piedra. Los cadáveres eran enterrados aisladamente o por pares, e incluso tres juntos. En Prédmost, Checoslovaquia, se encontró una tumba colectiva en la que aparecieron catorce esqueletos protegidos por una capa de piedras. Para que no se encontraran tan solos, probablemente. Para devolver a los cuerpos el calor que les había abandonado con la vida, pero

no para incinerarlos, acostumbraban a acostarlos sobre capas de ceniza todavía ardiente. En Solutré se halló un esqueleto encima de una capa de ceniza de unos 20 cm de espesor, cubierta por otra más delgada. Según Arcelin y Wernert, la primera procedía de fuego encendido en la fosa antes de la colocación del cadáver y la segunda hace pensar en la capa de ceniza de la sepultura neandertaliana de Spy, Bélgica, o sea que procedía seguramente de un fuego mantenido sobre el cadáver. A menudo aparecen los esqueletos reposando sobre espesas capas de ocre encarnado. No se trataba de ninguna ofrenda, sino que esta materia debieron de asimilarla los hombres del paleolítico a la sangre. El ocre estaba probablemente destinado a proveer al cuerpo pálido con una apariencia externa de la sangre, savia de la vida. Se adornaba generalmente a los cadáveres y a su alcance se colocaban armas y provisiones. Los hallazgos han sido tan numerosos que no cabe la menor duda sobre el carácter de tales ofrendas.

Sorprende que los esqueletos masculinos lleven más adornos que los femeninos. Puede muy bien ser que, debido al desarrollo de una estructura social más compleja entonces que en épocas anteriores, el hombre desempeñara un papel preponderante en la vida colectiva, ya sea en las fiestas tribales o en las ceremonias de caza. A semejanza de lo que sucede en los primitivos actuales, esta primacía masculina se traducía, entre otras cosas, en adornos más abundantes y mejores que los del otro sexo. El cráneo y el cuello de los esqueletos masculinos hallados en las tumbas del paleolítico superior estaban rodeados de conchas agujereadas, dientes de ciervo, vértebras de pescado y pequeños discos de huesos; probablemente restos de collares y de adornos de gorros ornamentales y diademas. Hallazgos similares a la altura de la nuca hacen suponer la existencia de collares. En el pecho llevan a menudo estos esqueletos saquitos que recuerdan las "bolsas de médico" que los primitivos modernos atiborran de amuletos y fetiches. Otros adornos pendían, además, de todo el cuerpo: codos, antebrazos, muñecas, la región ilíaca, los muslos, rodillas y pies. Todo parece indicar que se adornaba a los cadáveres como para una ceremonia antes del entierro.

Muchas de esas tumbas están literalmente sembradas o rodeadas de huesos rotos de animales, pero es imposible determinar si estas reliquias proceden de ágapes funerarios o de festines celebrados posteriormente para honrar la memoria de los difuntos, o bien se trata simplemente de restos de ofrendas alimenticias o propiciatorias.

Apoya la teoría que estos huesos eran reliquias de ofrendas votivas, el hecho de haberse descubierto cráneos de animales, especialmente de

reno, ciervo o mamut, completos con su valiosa cornamenta y colmillos de marfil. Como atinadamente hace observar P. Wernert, no deben ser considerados como trofeos de caza, en primer lugar porque los paleolíticos no acostumbraban a colocar trofeos de caza cerca de las tumbas, y sobre todo porque estos cráneos, a diferencia de los adornos y objetos personales de los difuntos, no se encuentran sobre los esqueletos o junto a ellos, sino antes bien al borde de las sepulturas. Así, por ejemplo, el esqueleto de una tumba de la estación de Solutré, en el sur de Francia, fue hallado en una especie de cabaña cuyas paredes tenían 1,70 m de altura. Al lado de su mano derecha se hallaban hermosas puntas de lanza de sílex — características de aquella civilización— y conchas procedentes de la lejana costa atlántica, que pertenecían seguramente al difunto, mientras que en el exterior de la sepultura propiamente dicha se hallaron un cráneo de reno, unas ochenta astas del mismo animal y fragmentos de mamut. La tumba descubierta en la cueva de Saint Germain-la-Rivière (Gironda, Francia), ofrece un aspecto similar, y como en este caso es un esqueleto de mujer, no es probable que se tratara de trofeos de caza. Otros huesos de animales encontrados a la altura del pecho puede que procedan de ofrendas alimenticias.

Sorprende la frecuencia con que el mamut aparece asociado a las tumbas paleolíticas. Se han encontrado fragmentos de cráneo de este animal, con sus correspondientes defensas, en sepulturas en Moravia (Brünn), en Alemania meridional (Klause), en Francia (Solutré) y en Inglaterra (Paviland).

En Prédmost cubrían mandíbulas y paletillas una tumba colectiva y un omoplato del paquidermo ocultaba una mandíbula inferior humana, mientras que en Wisternitz otro omoplato de mamut cubría la tumba de un niño. ¿Debemos sacar la conclusión de que los paleolíticos ponían a sus muertos bajo la protección del gigantesco animal cuya sola apariencia debía bastar para alejar a los malos espíritus? Según P. Wernert, los hombres de la edad glaciar consideraban al animal gigante como a su espíritu protector, o sea que el suyo era un papel análogo al que desempeña el elefante entre los pigmeos del África Ecuatorial, que lo consideran incluso como una de las encarnaciones míticas de una deidad suprema.

En esas tumbas nada hace sospechar que los muertos infundiesen terror, aun cuando cree P. Wernert que si se les hacían tales ofrendas era porque se les temía, cuando dice: "Debía darse caza al bisonte, a los caballos y a renos y ciervos para complacer a los muertos, cuyo espí-

ritu exigía inexorablemente ofrendas abundantes. El duelo de los supervivientes cesaba con el cercenamiento de los cráneos". En lo que a nosotros respecta, tal abundancia de ofrendas puede más bien explicarse por el hecho de que se sentían solidarios de los difuntos ya que, en su opinión, éstos no cesaban en modo alguno de pertenecer a la comunidad de los vivos.

Sin embargo, el miedo a los difuntos es evidente en algunas tumbas. De algunos muertos se temía el regreso a la vida. Esos esqueletos hallados en cuclillas con el mentón rozando casi las rodillas, y los talones a la altura de las posaderas, fueron seguramente atados siguiendo algún rito especial. Otros esqueletos yacen sobre el vientre o con la cara hacia el suelo, lo que parece ser una medida radical para impedir el regreso de ciertos difuntos a los que de este modo se intenta sustraer el sentido de la orientación.

Los hombres de Grimaldi, en la costa mediterránea, idearon un procedimiento, por demás curioso, para confinar a un muerto en la tumba para siempre jamás. En una de las cuevas que les servían de morada, entre las cenizas de los hogares extinguidos, inhumaron a un adolescente como de unos 17 ó 18 años, colocando en su regazo, rodeándolo con los brazos, a una anciana. Las piernas del muerto estaban violentamente dobladas y los talones le alcanzaban las asentaderas. El brazo izquierdo estaba ligeramente doblado a lo largo del cuerpo, en tanto que el derecho se apoyaba en la pelvis de la mujer. Los brazos y las piernas de esta última estaban sujetas al cuerpo y la cara orientada hacia tierra. Debieron de ser enterrados juntos por haber fallecido simultáneamente o casi. Esta curiosa disposición de los esqueletos es una prueba más de que los hombres de la época creían en el "cadáver viviente", o sea que, en su opinión, los muertos continuaban viviendo en cierta manera. En este último caso es evidente que la difunta infundía pánico, y que por todos los medios posibles habían tratado de retenerla en la tumba amorrada, con el rostro hacia abajo, y sobre todo colocándole en el regazo a su compañero de tumba. Nada da pie para suponer que el adolescente — tal vez su nieto — fuera inmolado para aplacar a la anciana. Sólo sabemos de sacrificios humanos a partir del neolítico superior.

Culto del cráneo y magia del esqueleto. — Aparte de las muchas tumbas enteras en estratos del paleolítico superior, en muchos lugares se han hallado fragmentos de esqueletos, sobre todo cráneos. Si en su gran mayoría no tienen aspecto de proceder de tumbas posteriormente destruidas, en cambio, por las circunstancias que concurren en otros hallazgos

parece desprenderse que estos huesos aislados fueron objeto de algún rito especial.

Dos clases de cráneos merecen capítulo aparte, En la *Grotte des Hommes,* cerca de Arcy-sur-Cure (Yonne-Francia) se hallaron cuidadosamente colocados sobre una losa tres cráneos magdalenienses. A la izquierda de la entrada de la *Grotte du Placard* (Charente-Francia) se descubrió en estratos del magdaleniense medio un único cráneo de mujer, con mandíbula inferior, rodeado de abundantes adornos de concha. También se hallaron en la misma gruta otros cráneos que en su especie no guardan analogía con ningún otro del paleolítico superior. En los depósitos que acabamos de mencionar empezaron por aparecer dos fragmentos de cráneo y luego, a cierta mayor profundidad, en capas pertenecientes al primitivo magdaleniense, otros cinco casquetes craneanos, cuatro de los cuales habían sido colocados juntos intencionadamente, con sólo un húmero y un fémur. En un nivel inferior todavía, en una capa del solutrense tardío, salieron otros dos fragmentos de cráneo y una mandíbula inferior.

Mucho tiempo después, H. Breuil y H. Obermaier volvieron a investigar en la gruta, esta vez a conciencia, llegando a la conclusión que estos fragmentos de cráneo habían sido convertidos en "copas de crá-

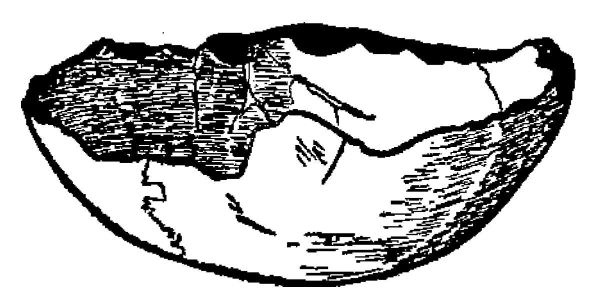


Fig. 10. Cráneo humano convertido en copa, procedente de la cueva de Placard (Charente). Escala 1:2. De Breuil y H. Obermaier.

neo". En efecto, las numerosas huellas de incisiones demuestran que, después de la decapitación, se había sometido el cráneo a una hábil preparación para habilitarlo como vaso o copa, a cuyo efecto se había procedido a desprender el cuero cabelludo, la piel y la musculatura, raspando con un cuchillo de sílex. Luego de cortar la porción inferior y de retocar los bordes para igualarlos, quedó formada una copa bien proporcionada y poco profunda. (Figura 10.) Precisamente las huellas de esta operación, de estos últimos retoques, constituyen a nuestros ojos

la mejor prueba de que no se trata de una casualidad, sino de recipientes labrados a propósito. En cambio, las trazas de incisiones probarían todo lo más, que se habían desprendido violentamente las partes blandas, pero nunca la intención de que se había querido utilizar los cráneos como vasos.

La gran difusión alcanzada por tales "vasos craneanos" en numerosas estaciones del paleolítico superior — pues aparecieron en el norte de España (cueva del Castillo) hasta Moravia (gruta de Unter-Wisternitz) — demuestra que las creencias que a ellos se referían estuvieron muy extendidas durante cierto período del último glaciar. La asociación de los vasos craneanos de la *Grotte du Placard* con un depósito de fragmentos de cráneos, induce a creer que existía cierta relación entre aquéllos y el culto del cráneo que ya se practicaba en tiempos anteriores. Es curioso que la mayoría de estos hallazgos pertenezcan al magdaleniense.

Su carácter ritual se refleja especialmente en los descubrimientos realizados en la *Grotte du Placard* que remontan al magdaleniense temprano. Cuatro de los vasos craneanos se hallaron al final de un pequeño corredor, cuidadosamente dispuestos uno junto a otro, apoyados en la parte convexa, y uno de los vasos mejor labrados contenía todavía rastros de ocre. A poca distancia aparecieron, muy juntos, los dos huesos largos. Por la naturaleza de estos hallazgos, así como por su posición, se supone que esta parte de la gruta debió de servir de santuario a los moradores del paleolítico superior. Los solutrenses, y después de ellos los magdalenienses, habían practicado allí el culto del cráneo, cuyo ceremonial comportaba también ofrendas de ocre, análogas a las que se depositaban en las sepulturas.

La historia y la etnografía ponen de manifiesto que la utilización de los vasos craneanos se halla asociada a creencias muy diversas e incluso antagónicas. Angas nos habla de una muchacha sudaustraliana de diez años de edad que para no olvidarse de su madre llevaba continuamente su cráneo transformado en vaso. Según Herodoto, los isedones bebían en los cráneos, con monturas de oro, de sus antepasados, precisamente también para no olvidarlos. La misma práctica fue observada el siglo XII por el misionero Ruysbroek en el Tíbet. Rennell vio en Bengala cráneos primorosamente laqueados convertidos en copas, que los indígenas utilizaban para beber a la memoria de sus deudos desaparecidos. También se sabe con certeza que en la Edad Media se conservaban en santuarios los cráneos, magníficamente decorados, de algunos santos, sirviéndose de ellos para beber a su memoria. Según otras fuentes informativas, en ciertos pueblos se transformaban en copas los cráneos de los enemigos



19. Venus de Savignano.



20. *Venus de Lespugue (Alto Garona).*





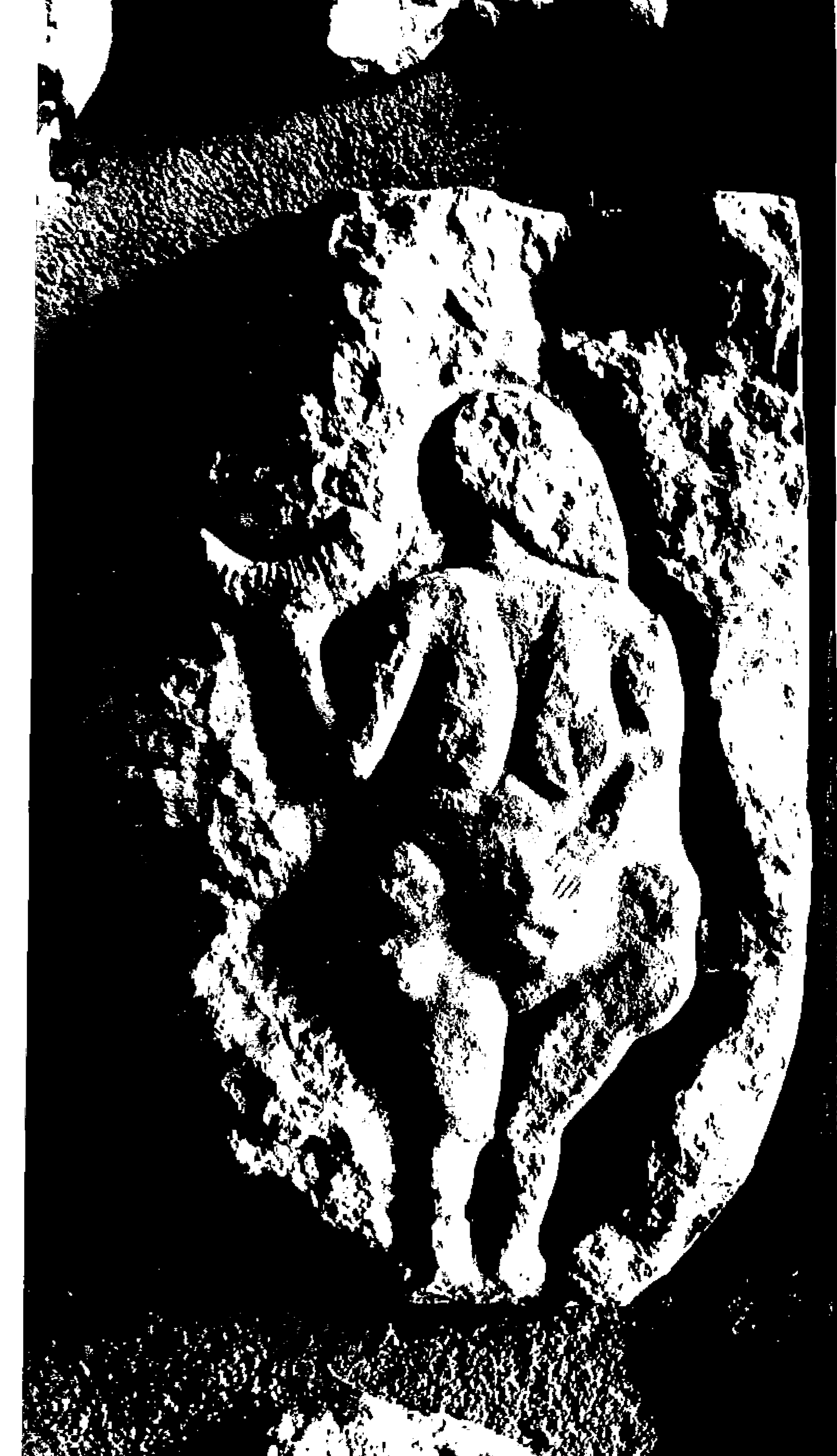
20. Venus de Lespugue (Alto Garona).



21. Venus de Willendorf (Baja Austria).

23. *Brassempouy (Landes). Cabeza femenina.*

24. *Venus de Laussel (Dordoña).*



derrotados. Lo propio hacían los escitas con los cráneos de sus más encarnizados enemigos y con los de los parientes con los cuales se habían enemistado. De todos ellos hacían ostentación delante de sus invitados o visitantes. Cuenta Pablo Diácono que en el curso de un festín, el rey lombardo Alboin obligó a su esposa Rosamunda a que bebiera en el cráneo de su padre Kunimund, rey de los gépidos. Esta humillación infligida a su mujer hubo de costarle la vida, pues ella le hizo asesinar más tarde. En el año 811 el príncipe búlgaro Krum mandó transformar en velicomen el cráneo del emperador bizantino Nicéforo I. Según Plutarco, los antiguos teutones bebían en los cráneos de sus enemigos, muertos heroicamente en combate, convencidos de que asimilarían su valerosidad. En Pompeya se descubrió el año 1875 un vaso craneano adornado con un círculo de metal precioso y provisto de la siguiente inscripción: *¡Bibe, vivas, multos annos!*

Desde el punto de vista de la historia de las civilizaciones, todos esos ejemplos, dejando aparte el caso de la muchacha australiana, son indudablemente recientes, y por consiguiente poca luz pueden arrojar sobre creencias relacionadas con cráneos convertidos en vasos del paleolítico superior. P. Wernert estudió los hallazgos relacionándolos con otros no menos curiosos del mismo período, entre ellos un diente molar humano procedente de la capa auriñaciense de la *Grotte de la Combe* (Dordoña-Francia). Esta muela estaba agujereada para poder ser llevada colgada y tenía una flecha grabada encima del agujero. (Figura 11.) Wernert cree que se trata de un trofeo y recuerdo que M. de Maret, quien a partir de 1880 realizó excavaciones en la *Grotte du Placard*, halló esparcidos en los niveles de habitación otros huesos humanos,

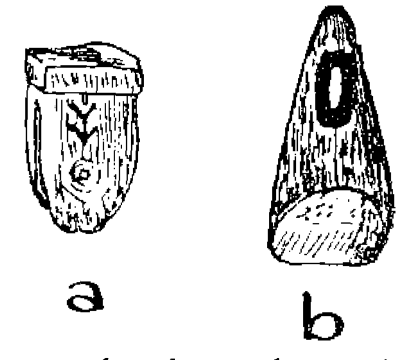


FIG. 11. Dientes humanos transformados en colgantes: *a*) molar procedente de la cueva de la Combe (Dordoña) con una flecha grabada. De P. Wernert; *b*) incisivo de la estación de cazadores de mamut de Unter-Wisternitz (Moravia). De K. Absolon.

lo que le sugerió la idea que sus ocupantes practicaron el canibalismo. También menciona el descubrimiento, llevado a cabo el año 1928 por K. Absolon, en Prédmost, no lejos de la sepultura colectiva anteriormente citada, de 54 huesos pertenecientes a un mismo individuo, dispersos entre las cenizas de un hogar auriñaciense, con huesos de mamut, y el fémur de la pierna izquierda presentaba 26 huellas de cortes. Tanto Wernert como Absolon opinan que estos vestigios humanos son los restos de festines caníbales y, además, que la cabeza de la víctima debieron de utilizarla para fines rituales. Wernert cree poder apoyar tal suposición en las observaciones por él realizadas en la tumba colectiva vecina, según las cuales, los antiguos cazadores de mamut inhumaban a sus propios muertos, mientras que a los que no pertenecían a su tribu se los comían y luego rendían algún culto especial a los cráneos de sus víctimas o a los vasos que elaboraban con sus cráneos.

Como ya se ha hecho observar en relación con la estación de Krapina, es casi imposible distinguir a ciencia fija, en el caso de huesos humanos dispersos de esqueletos prehistóricos, si son restos de festines de antropófagos o si se trata simplemente de tumbas destruidas, sobretodo si se tiene en cuenta que los hombres del paleolítico superior envolvían a menudo a sus muertos entre las cenizas de sus hogares. A la luz de la historia de las civilizaciones la hipótesis de canibalismo y de cazadores de cabezas no puede descartarse sin más ni más, sobre todo si se tiene en cuenta que en aquel entonces algunos pueblos fuera de Europa se habían convertido ya en agricultores y habían sufrido la metamórfosis psíquicas y sociales que acompañaban esta transformación económica en la historia de la civilización. Pues, según nos enseña la etnografía, el canibalismo y la caza de cabezas no los practican ni los pueblos exclusivamente cazadores ni los que son exclusivamente agricultores, sino que son productos típicos de la mezcla de ambas culturas y son el resultado de la convergencia entre el animismo de éstos y la "magia material" de aquéllos.

En nuestra opinión es muy posible que estos cráneos aislados trabajados en forma de vasos sean fruto de un culto a la memoria de los muertos, por lo menos en parte. La antigua costumbre de llevar colgados consigo ciertos huesos humanos, especialmente cráneos y mandíbulas, no se ha extinguido del todo. Nada hay tan duradero como el culto a lo viejo y a lo antiguo. En la cueva de Trois Frères halló el conde Bégouën el fragmento de maxilar inferior, artificialmente perforado, que había pertenecido a un joven de entre 12 y 18 años. La lisura de los bordes del orificio indica que éstos fueron sometidos durante bastante

tiempo a fricción constante, según pudimos comprobar por nuestros propios ojos en 1946 en casa del conde. No cabe duda de que el objeto en cuestión había sido llevado durante mucho tiempo ensartado, como el molar hallado en La Combe. Absolon descubrió asimismo otro diente, también perforado artificialmente, en la estación de cazadores del mamut de Unter-Wisternitz (figura 11), y tanto él como Wernert están convencidos de que se trata de un trofeo.

Cabe preguntarse ahora si estos fragmentos de esqueleto, desde los cráneos convertidos en vasos, hasta los dientes utilizados como colgantes, no eran considerados y utilizados en el paleolítico superior como objetos mágicos. R. Battaglia demostró que durante dicho período se utilizaron en Italia huesos humanos para fabricar con ellos toda clase de útiles. Habida cuenta de la tendencia aparente del arte en el último glaciar, para interpretar el mundo en términos de magia, no parece desencaminado imaginar que los hombres de entonces practicaban una especie de magia del esqueleto. Es muy posible que el hecho de utilizar los cráneos como objetos mágicos les llevara a convertirlos en vasos. En todo caso es de suponer que en la vida práctica se mezclarían a menudo la magia y el culto a la memoria de los muertos.

Representación de la muerte y culto de los antepasados. — La memoria de un cazador paleolítico de Lascaux (Dordoña-Francia), muerto en el curso de una cacería, fue conmemorada de un modo singular, aunque no pueda averiguarse qué es lo que indujo a los miembros de su tribu a inmortalizar la escena en el santuario subterráneo de Lascaux; quizás alguna circunstancia especial del acontecimiento, o tal vez porque el interesado gozara de gran reputación entre sus semejantes. Sea como sea, esta pintura parietal es, hasta ahora, única en su género en el arte franco-cantábrico. H. Breuil sugiere que la tumba del cazador se halla inmediatamente debajo de la pintura. Hasta ahora no han podido emprenderse excavaciones en aquel lugar poco menos que inaccesible, pero en el curso de unos sondeos el mismo prehistoriador hizo un notable descubrimiento que parece abonar su teoría. Debajo de las actuales acumulaciones, entre las grietas, tropezó con una especie de caja hecha de piedras que habían sido aportadas en cantidades considerables desde el exterior. Este depósito artificial contenía lámparas formadas de lositas de piedra, cuyas concavidades conservaban huellas inequívocas de carbón vegetal, agujas y moharras, casi todas rotas, una moharra de 45 cm de largo en muy buen estado, fragmentos de cornamenta de ciervos y cuchillas de sílex. A primera vista parece tratarse de objetos depositados

como ofrendas y quebrados de acuerdo con algún rito especial, a los cuales se añadieron "linternas mortuorias", y si la suposición resultare correcta, entonces es que estaban destinados al muerto representado por la pintura mural, el esqueleto del cual recibió tal vez sepultura debajo de alguna hendidura de la peña.

La cueva de Lascaux no se descubrió hasta el año 1940 y es una de las estaciones de arte rupestre más importantes de Occidente. El estilo de Lascaux destaca por la policromía y el movimiento dado a los animales, lo que demuestra una madurez artística notabilísima. Por la gran variedad, el sorprendente realismo y el excelente estado de conservación de las figuraciones murales que encierra, se la considera como la más hermosa de las cuevas adornadas de la edad glaciar. Se ensanchó la entrada para que los visitantes pudieran tener acceso a las salas que se hallan a 6 m bajo el suelo, las cuales, como se verá más adelante, fueron marco ideal de diversas ceremonias de magia de la caza. Se atraviesa primeramente una sala ovalada de 30 m de largo por 10 m de ancho, cuyas paredes calcáreas, con reflejos cristalinos, están cubiertas de magníficas pinturas de animales enigmáticos del período glaciar. Al extremo derecho de la sala, un corto pasadizo conduce a otra más pequeña, cuyas paredes están asimismo repletas de innumerables dibujos de animales, a menudo los más recientes, superpuestos a los primitivos. Al fondo se abre una especie de pozo de 6,90 m de profundidad, al que se baja por una escalera de cuerda hasta las salas inferiores que todavía no han sido exploradas en su totalidad. Es allí donde se encuentra la curiosa representación de la "Tragedia de caza".

Un bisonte herido está figurado con extraordinario realismo. Tiene el vientre horriblemente desgarrado, por la herida abierta se le escapan las tripas y agita furiosamente la cola. Vuelve la cabeza hacia atrás como para observarse la herida y sus cuernos formidables apuntan hacia el cazador que yace muerto a sus pies. El arma del cazador, una especie de pica provista de mortífero gancho, está todavía apoyada contra la herida. En primer término hay otra parecida, pero más corta, probablemente una jabalina que habría servido ya. A la izquierda, pero no visible en nuestro grabado, aparece un rinoceronte que se aleja pesadamente. H. Breuil cree que también pertenece a la escena que abandona después de haber destrozado al bisonte, y que el cazador debió de sucumbir durante el combate que sostuvieron ambas fieras. Al cazador se le representa esquemáticamente, casi como dibujado por la mano de un niño inexperimentado, a pesar de ser obra del mismo artista. ¿Fracasó éste en su intento de hacer un retrato humano o quiso adrede dejar una es-

pecie de caricatura dibujando un cuerpo desnudo, flaco, con la cabeza en forma de pico? Ninguna de ambas explicaciones es satisfactoria. Lo más probable es que el artista aspirara a representar al cazador en su "estado muerto" como "cadáver viviente". De ser así, enfrentado con la tarea de convertir en abstracción una imagen, el éxito no le acompañó. Pintaba de memoria a los animales y sus creaciones eran fruto de constantes observaciones en los cazadores, y raramente se dejaba llevar por la imaginación. Precisamente para representar al cazador muerto apeló a su fantasía todavía muy rudimentaria.

También es curiosa la interpretación del pájaro aselado en la percha cuyo extremo inferior termina en gancho. Podría tratarse de una jabalina al revés o de un lanzador de dardos, puesto que como es sabido, los artistas a menudo adornaban estas armas arrojadizas con artísticas esculturas de animales. Pero en el caso que nos ocupa más bien parece tratarse de una especie de emblema o estandarte con algún significado especial en las ceremonias de inhumación o durante las consagradas al culto de los muertos. Puede que el pájaro aselado represente al "pájaro de los muertos", pero, por otra parte, su parecido sorprendente con el cazador muerto hace sospechar si nos hallamos ante un animal totémico y el antepasado mítico de la tribu se le hubiese asimilado en la otra vida.

Se supone generalmente que los cazadores artistas de la época glaciar eran totemistas, o sea que creían que los hombres descendían de algunas plantas o de ciertos animales, o bien que a ellos les unía cierto parentesco. Semejante teoría carece de base firme, según expuso Th. Mainage en su libro citado. El totemismo es, en primer lugar, un fenómeno sociológico, pero tiene asimismo su aspecto religioso que se traduce por la veneración del tótem o por un culto correspondiente a los antepasados.

Sea lo que fuere, quizá profesaran realmente creencias de esta especie los hombres del último glaciar que decoraban sus armas y útiles con esculturas de animales — casi siempre cabezas — al igual que lo hacen todavía los cazadores totemistas de nuestros días. El curioso descubrimiento realizado en una capa magdaleniense de la gruta de La Roche (Dordoña-Francia) parece estar relacionado con el culto de los antepasados. Aquí tenemos una tablilla oval de unos 15 cm de largo tallada en un mogote de reno, con un ojete y profusamente decorada con dibujos lineales. Este objeto presenta gran semejanza con las bramaderas que los indígenas australianos hacen girar con fuerza en el aire, atadas al extremo de una cuerda, produciendo una especie de bramido que para algunas tribus es la voz de los antepasados, mientras otras creen que procede del ser supremo. (Figura 12.) Cuando se descubrió la tablilla

en cuestión, todavía eran claramente visibles los restos de una espesa capa de ocre. Esta peculiaridad denota su carácter latréutico, y es, a no dudar, una bramadera mediante la cual los cazadores del magdaleniense esperaban oír resonar en el curso de sus ceremonias la voz de sus antepasados.

Durante cierto tiempo supuso H. Breuil que los llamados "signos tectiformes" de la edad glaciar representaban tiendas y cabañas, pero luego cambió de parecer y creía que se trataba de trampas, hasta que optó definitivamente por la primera interpretación. Se basa en que tales signos tectiformes casi nunca son contemporáneos de los animales que

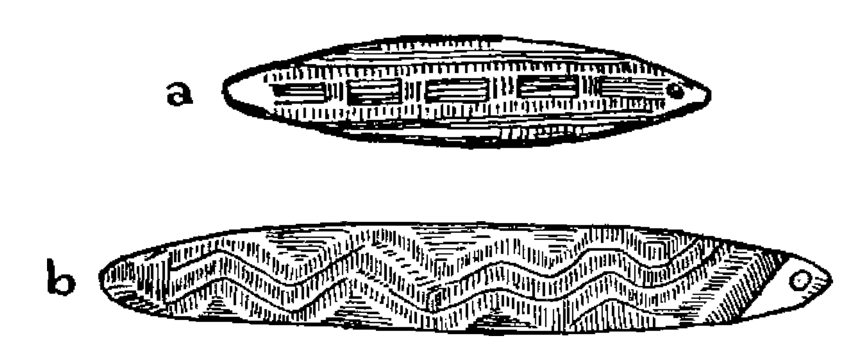


FIG. 12. Bramaderas de hueso: *a*) procedente de La Roche (Dordoña), y *b*) de Australia, representadas a escala 1:2. De Peyrony.

tienen al lado o superpuestos, y también en que, por regla general, se les encuentra en lo más remoto de las cuevas, y a menudo en hornacinas angostas. Cree, por consiguiente, que representan a los espíritus de los antepasados, en los cuales se retenía a éstos, manteniéndolos así apartados de su propia morada, cerca de la entrada de la cueva.

De lo anteriormente expuesto sobre el comportamiento de los hombres del paleolítico superior para con sus muertos, se desprende que éstos desempeñaban un papel de primer plano en la vida de los vivos. La multiplicidad de creencias y de ritos hace verosímil que la existencia de los paleolíticos estuviere llena de conceptos y prácticas religiosas.

H. Kirchner dio a conocer hace poco, basándose en diversas analogías antropológicas y prehistóricas, una interpretación diferente de la "Tragedia de caza", de Lascaux, que, según él, es una conjuración chamanista. El hombre extendido en el suelo, un chamán con máscara de pájaro, se halla en éxtasis ante un bisonte sacrificado, mientras su "alma" escapa rumbo a ultratumba. El pájaro sobre la percha es su espí-

ritu tutelar. El propósito de la escena pintada, según esta teoría, no se limitaba a fijar gráficamente el recuerdo de ella, sino que debía, por decirlo así, perpetuar su eficacia, o sea que tenía por objeto asegurar mágicamente el éxito de la caza, pues tal era, como veremos más adelante, el objetivo primordial del arte del último glaciar. Aun cuando esta curiosa interpretación de Kirchner sea muy sugestiva, no es sino un intento como otro para explicar un fenómeno que continúa siendo un misterio. Existen, ciertamente, analogías sorprendentes entre la escena pintada en Lascaux y las prácticas chamanistas de los pueblos cazadores circumpolares modernos, cuyas creencias nos ayudan a veces a comprender ciertos aspectos de la mentalidad religiosa o mágica de los hombres del paleolítico superior.

3. Sacrificios rituales de los nuevos cazadores

Supervivencia de las ofrendas rituales entre los antiguos cazadores de osos de las cavernas. — Gracias a diversos descubrimientos se ha venido en conocimiento que el rito de sacrificar cabezas, cráneos y huesos largos de animales sobrevivió hasta el paleolítico superior, lo cual no debe ser motivo de extrañeza, por cuanto, cuando los nuevos hombres empezaron a desarrollar su propia civilización en las regiones orientales, de las que eran originarios, se encontraban poco más o menos en la misma etapa cultural que los primitivos habitantes de Europa.

Se hallaron huellas de este rito, primeramente en la cueva de Reyersdorf, en la región montañosa de Glatz (Silesia-Alemania) que antaño sirviera de refugio a los cazadores del primitivo auriñaciense. Según L. Zotz se descubrieron allí varios cráneos de osos sobre un banco natural de roca, amén de otro aislado en una hendidura parietal que una losa cerraba. Desgraciadamente las excavaciones se llevaron a cabo sin orden ni concierto, y así a Zotz ya no le fue posible comprobar la exactitud de los datos que le habían sido comunicados. Pero, con todo, en 1935 tuvo la suerte de hacer por su cuenta un descubrimiento que los confirmó.

No lejos del supuesto emplazamiento de los hallazgos precedentes, atrajo su atención una gran losa calcárea colocada oblicuamente sobre la pared de la gruta. Detrás encontró un cráneo de osa adulta. Con infinitas precauciones procedió a sacarlo del escondite, observando entonces otras dos grandes losas que mantenían el cráneo contra el lado anterior abierto de la hornacina o cista. El cráneo se hallaba en posi-

ción normal y del hecho que poseyera las primeras vértebras cervicales parece desprenderse que la cabeza de la fiera debió de ser introducida en la cista después de haber sido cercenada. Detalle sorprendente: a este cráneo, por otra parte bien conservado, le faltaba la mitad derecha superior.

Que el cráneo fuera deliberadamente colocado en aquel lugar por manos humanas, está fuera de toda duda, pues concurrían las mismas circunstancias que en las cuevas de *Drachenloch* y *Petershöhle,* incluso el detalle de la losa protectora. Lo que no puede ponerse en claro es si el hueco en la cubierta del cráneo proviene de una herida que le produjo la muerte o bien si se la infligieron los cazadores para extraerle el cerebro. No se hallaron otros huesos.

Este hallazgo confirma en todo caso que los hombres del período paleolítico superior continuaron ofreciendo sacrificios rituales, ni más ni menos que los cazadores alpinos del paleolítico inferior, lo cual no debe sorprendernos, por cuanto la distancia, ni cronológicamente ni geográficamente era muy grande después de todo. Estos cazadores silesianos de osos pertenecían a las primeras oleadas de los nuevos moradores de Europa, y es de suponer que entrarían en contacto con los primitivos cazadores de osos cavernarios de los Alpes, aun cuando lo más probable es que ya conocieran ritos similares por haberlos practicados sus antecesores orientales.

Se han observado ciertos indicios de reminiscencias del mismo rito en las excavaciones realizadas en la estación de cazadores de mamut a orillas del Desna (Ucrania), donde K. Polikarpovitch descubrió en 1935 treinta cráneos de mamut y diez colmillos, dispuestos en círculo entre los restos de dos chozas de barro de la época glaciar. Los objetos siguientes, encontrados en la misma estación, confirman el carácter ritual de este depósito: diez laminillas ovales de marfil, de 15 a 25 cm de largo, decoradas con incisiones geométricas, que recuerdan la bramadera de La Roche. También se halló una estatuilla de mujer, igualmente de marfil. Todo hace suponer que los cazadores de aquella estación practicaban una religión en la que diversos ritos contemporáneos del paleolítico superior coexistían con el mucho más antiguo de las ofrendas de cráneos de animales.

Otros descubrimientos en suelo francés ponen de manifiesto que también en Europa occidental los cazadores observaban el viejo rito, aunque modificado. Así por ejemplo, en 1924 tropezó A. Lemozi en una recóndita sala de la cueva de Pech-Merle, cerca de Cabrerets (Lot-Francia) con una fosa cavada por mano humana y que contenía cuatro



Página anterior. 25. *Saint-Sernin (Aveyron). Estatua menhir.*

26. *Cueva del Castillo (Santander). Caballo herido por flechas.*

27. *Cueva del Castillo (Santander). Punteados.*



maxilares inferiores y varias costillas y huesos largos de oso, todos muy bien conservados. Llamó a esta sala el "osario" por la gran cantidad de huesos de plantígrados, felinos y hienas esparcidos por los suelos. A cierta distancia, pero siempre dentro de la misma sala, se hallaron luego los cráneos de los osos, también en buen estado, bajo pequeños montones de tierra, que quizá sea todo lo que queda de modelados de osos en arcilla. Hace observar Lemozi que esos cráneos se hallaron completamente intactos sin la menor huella de fractura, o sea que ni antes por los hombres, ni después por bestia alguna se extrajo ningún cerebro. Los hallazgos de Pech-Merle ofrecen grandes analogías con los de las cuevas alpinas y se trata seguramente de ofrendas rituales.

Una prueba de que así es en efecto la tenemos en un pinjante de hueso hallado en capas magdalenienses de la gruta de Raymondon, cerca de Chancelade, entre un sin fin de objetos de arte. Lo adorna un grabado que parece representar una escena de ofrenda ritual de cabeza y huesos largos. Delante de la gran cabeza de bisonte están dos patas cortadas y figuras humanas ocupan ambos lados del espinazo: 4 arriba y 3 abajo, y una de las últimas sostiene una especie de paloma, y a su lado hay otros objetos que muy bien pudieran ser arcos.

La mayoría de los prehistoriadores, y nosotros con ellos, creemos ver en esta representación una ceremonia de ofrenda. Se ha querido ver en ella una escena de magia relativa a una cacería con trampa, o una escena de inhumación ritual de un animal, pero nada justifica tales interpretaciones. En los hombres alineados a ambos lados de la espina dorsal, debemos ver, a no dudar, a los asistentes a la ceremonia. Además, la composición es una reminiscencia sorprendente del ritual anteriormente descrito, de los samoyedos, en el que la cabeza y los miembros del reno sacrificado se colocan sobre una especie de plataforma, encima de un poste, la cabeza con el hocico dirigida hacia Oriente, "mientras todos los presentes se vuelven hacia Levante inclinándose varias veces piadosamente, convencidos de que Num desciende del cielo para hacerse cargo de la ofrenda". El grabado del pinjante de hueso de Raymondon parece representar una escena análoga, quizás idéntica.

Es casi seguro que el rito de las ofrendas de cabezas y de huesos de animales sobrevivió al último glaciar y estaba muy extendido en aquella época, aunque posiblemente mezclado con ritos nuevos. Todo hace suponer que en el pinjante debemos ver algo más que el mero "recuerdo" gráfico de una ofrenda ritual. Para su dueño era sin duda un amuleto cuyos mágicos poderes darían buena suerte a su hogar.

Ritos de los cazadores siberianos del paleolítico superior.— Los ritos de caza del período paleolítico superior no eran más uniformes que los de los tiempos más remotos. De entre las muchas pruebas que ponen de relieve tal diversidad citaremos la curiosa serie de hallazgos de la estación de cazadores auriñacienses de Malta, en la región siberiana de Irkutsk.

El año 1932 fueron hallados al extremo sur de dicha estación cinco esqueletos de reno, cuyos huesos habían sido depositados en el orden anatómico. Dos estaban juntos, y los tres restantes aislados separadamente, pero ninguno de ellos estaba completo, pues a todos les faltaba la parte posterior del cuerpo. La cabeza, el cuello, la parte anterior del tórax y las patas delanteras estaban intactas, pero los cráneos carecían de mogote, lo que hace suponer que los desollaron antes de enterrarlos. En parte alguna aparecieron los fragmentos que faltaban.

También se realizaron sorprendentes descubrimientos en el extremo norte de la misma estación, donde, bajo una capa estéril de tierra negra dieron los investigadores con catorce fosas ovales de paredes empinadas, de 15 a 80 cm de largo y de 5 a 20 cm de profundidad. Excavadas en una capa calcárea glaciar, estas fosas estaban dispuestas irregularmente. Una de ellas estaba vacía, otras cuatro contenían esqueletos de zorros azules a los que solamente faltaban las patas y las restantes contenían, en parte restos de un solo animal, como un pie de mamut, en parte restos asociados de diversos animales, entre los cuales un esqueleto casi completo de zorro azul, costillas de rinoceronte, una rótula de mamut, tres vértebras torácicas y un fragmento de pata delantera de reno, amén de algunos útiles de sílex.

Es evidente que en este caso no puede hablarse de desperdicios de cocina ni de que las fosas sirvieran de despensa de carne. En lo que se refiere a los esqueletos de zorros azules, la ausencia de patas hace suponer que éstas se quedaron con las pieles cuando desollaron las fieras. Pero entonces ¿cómo explicarnos que se enterraran cuidadosamente restos sin valor de animales en fosas cavadas exprofeso? Tal vez podamos considerar como respuesta plausible la costumbre de los actuales yacutas de Siberia, que envuelven en hierba o heno a los lobos o zorros que han desollado — y eso hace las veces de piel— y luego los cuelgan de los árboles o los entierran. Creen que tratados de ese modo volverá a crecerles otra piel con la que el cazador podrá de nuevo ampararse al año siguiente. Sin miedo de errar creemos poder atribuir a los cazadores siberianos de Malta de la época glaciar este rito funerario con su manifiesta creencia en la regeneración mágica de la presa sacrificada.

Con todo, los demás objetos encontrados piden otra explicación. Así, por ejemplo, ¿qué relación tendrían los útiles de sílex en tales sepulturas de valiosos animales comestibles precisamente? Con toda probabilidad, entre los cazadores de Malta existiría la costumbre de renunciar a ciertas partes del botín, que luego enterraban para evitar que fueran robadas o profanadas. Su intención era ofrecer sacrificios a los espíritus de la caza y probablemente a los espíritus de la tierra. Incluso los útiles y armas de sílex entraban en cuenta. La finalidad de tales ofrendas es la misma de siempre: asegurarse el éxito de la caza.

Ritos por inmersión, de los cazadores de renos de Alemania septentrional. — La diversidad de que hemos hablado, de los ritos de caza de la época queda ilustrada por dos magníficos descubrimientos realizados entre 1933 y 1935 en el norte de Alemania, en Meiendorf, y en Stellmoor, no lejos de Hamburgo, por A. Rust, en el curso de unas excavaciones ejemplares.

En ambos lugares existieron estaciones de cazadores de renos del magdaleniense tardío; estaban situadas en unas alturas arenosas y distaban cosa de un kilómetro una de otra. A proximidad de cada una, poco más o menos hacia la mitad del valle, en un antiguo surco de aguas de deshielo, observó Rust el contorno de las orillas de un pequeño lago, o estanque, cegado por el aluvión. Y fue precisamente en el emplazamiento de estos antiguos estanques que descubrió Rust el rico y sorprendente legado de la civilización de aquellos cazadores de renos que comprende también restos de ofrendas rituales que han devenido famosos. Stellmoor es algo menos antigua que Meiendorf y el arqueólogo empezó por encontrar allí una capa mesolítica con depósitos no menos importantes, de los cuales nos ocuparemos más adelante.

Las excavaciones pusieron de manifiesto que en la época del máximum de la última glaciación y luego, cuando empezó el deshielo, penetraban periódicamente grupos de cazadores por las llanuras del norte de Alemania, donde encontraban un mínimo de protección contra el frío y perseguían la caza hasta las mismas fronteras infranqueables del hielo. Una fauna abundante, compuesta especialmente de inmensos rebaños de renos poblaba en verano las tundras que se extendían ante los glaciares. Al empezar los calores estos animales emigraban en masa hacia el norte, como sucede hoy día en América y en Asia septentrionales, para escapar a la plaga de insectos. En pos de ellos dejaban los cazadores sus cuarteles de invierno, lo más alejados posibles de los hielos, hasta que, después de un brevísimo verano, empezaban las tempestades otoñales

a barrer la zona sub-ártica y hombres y bestias abandonaban las regiones de la muerte fría y refluían hacia el sur. A juzgar por el estado de los huesos recogidos, especialmente por la edad de los cuernos de los cérvidos y por la ausencia de cráneos con indicios de nacimiento de mogote, resulta evidente que tanto Meiendorf como Stellmoor solamente eran habitadas desde julio a octubre, o sea durante el verano ártico del último glaciar.

Los primeros restos de ofrendas rituales se descubrieron en Meiendorf en 1934, poco antes de darse por terminada la campaña de las excavaciones. Hasta entonces no se habían recogido más que huesos rotos. Luego apareció un esqueleto completo de reno, de una hembra de unos dos años, con la particularidad que su caja torácica contenía un bloque de gneis que pesaba 8,25 kg. (Figura 13.) Contrariamente a lo

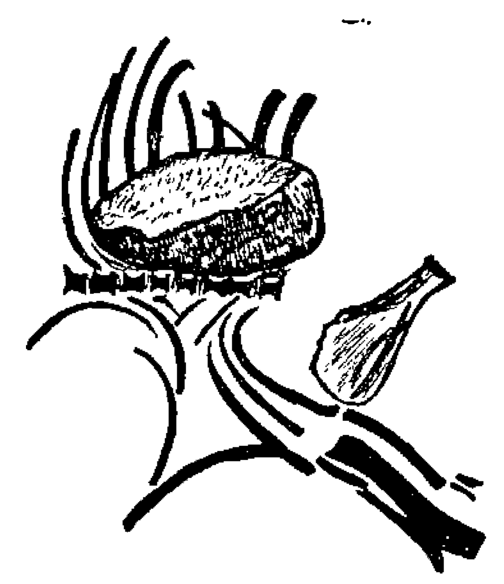


Fig. 13. Ofrenda ritual. Esqueleto de reno conteniendo una voluminosa piedra en el interior de su caja torácica. Según A. Rust. Hallazgo de Meiendorf (Alemania).

observado tan a menudo, las cañas medulares no habían sido quebradas y el cráneo, con las astas enteras todavía pegadas a él, estaba intacto también. A juzgar por el estrato en que yacía, por el hecho de que el esqueleto estaba entero y también por la enorme piedra alojada en su interior, puede afirmarse, sin ningún género de dudas, que el cadáver del animal había sido inmergido.

Al año siguiente se hicieron en Stellmoor otros dos descubrimientos

idénticos. También aquí se trataba de hembras de dos años que fueron depositadas en el fondo del lago con piedras en la cavidad torácica o en la abdominal. Una de ellas debió de sucumbir en el curso de una cacería pues se le apreció un orificio de flecha en un omoplato.

La frecuencia de tales hallazgos y las circunstancias especiales que en ellas concurren, no dejan lugar a dudas que se trata de ofrendas de caza, y por los datos que poseemos, puede reconstruirse, en términos generales, como se procedía con ellas. Tan pronto como los cazadores habían abatido una pieza apropiada, en este caso una hembra de dos años, la trasladaban a su campamento, y allí, uno de ellos, quizás un chamán, con un cuchillo de sílex le abría el pecho o el abdomen, y después de rellenarle el cuerpo con una o más piedras de las que había en abundancia en los canchales vecinos, le cosían el corte probablemente con un tendón.

Luego, en medio de ceremonias y plegarias cuyo detalle jamás conoceremos, se inmergía a la víctima en presencia de la horda. Lo que sí ha podido precisarse es la época del año en que tales sacrificios tenían lugar, lo cual no deja de tener su importancia. En efecto, por el estado de la cornamenta de los tres renos hembras, se deduce que éstas fueron sacrificadas entre mayo y junio, es decir, durante la temporada en que los cazadores se instalaban en sus cuarteles de verano, o sea que inauguraban la temporada veraniega en los nuevos cazaderos septentrionales ofreciendo a una divinidad el sacrificio solemne de las primeras piezas cobradas.

Dos puntos merecen especial atención. En primer lugar, la víctima era siempre un animal hembra, como si con ello quisieran los cazadores poner de manifiesto sus esperanzas en la fecundidad de la especie y en la subsiguiente multiplicación de los rebaños, puesto que, como se sabe, los renos nacen durante la estancia de los rebaños en el norte. Puede, empero, que también entraran en consideración otras creencias o intenciones mágicas. En segundo lugar, es un papel muy importante en los cultos de la fecundidad en épocas posteriores a las de los cazadores glaciares, tal vez pueda inferirse que ya entonces se le atribuía al líquido elemento virtudes especiales análogas. En todo caso, al inmergir a la víctima se la sustraía a toda eventual profanación. Pero puede asimismo que los cazadores prehistóricos de renos se imaginaran que la divinidad a la que iban destinados los sacrificios moraba en las entrañas de la tierra, en cuyo caso se explicaría el hundimiento de las ofrendas en el fondo de los lagos, para hacérselas llegar hasta ella.

Pueden seguirse las huellas de los cazadores de Alemania septen-

trional hasta Holanda, Bélgica e incluso Inglaterra. Probablemente posteriores excavaciones en cenagales de tales países pongan un buen día al descubierto nueva evidencia del culto en cuestión. Es posible igualmente que enterraran a las víctimas en lugar de sumergirlas. Ya se vio que así procedían los cazadores de mamuts siberianos de la estación de Malta. Como también pueden haber practicado otros ritos de los que hasta ahora no tenemos ni la menor idea.

Lo que en todo caso sí parece evidente es la gran diversidad del culto y de los ritos de los cazadores glaciares. Pero sean cuales fueren estos ritos, y en cualquiera de sus formas exteriores, su único objetivo era la abundancia en la caza. Muchas tribus del paleolítico superior creían todavía en una divinidad, verdadera providencia de los cazadores, aun cuando el nombre y el carácter de tal divinidad puedan haber variado considerablemente desde los tiempos del paleolítico inferior. En todo caso, es evidente, según veremos más adelante, que las antiguas creencias religiosas fueron asociadas, con el tiempo, a nuevas formas rituales que las reemplazaron gradualmente.

4. Vestigios del culto de los osos

Descubrimiento de la caverna de Hellmich. — Según se mencionó anteriormente, sitúa A. J. Hallowell los orígenes del culto del oso — practicado todavía por muchos pueblos primitivos del ártico — en el paleolítico inferior. En todo caso, del curioso hallazgo realizado en la *Hellmichhöhle* parece desprenderse que semejante culto era practicado en el último glaciar.

En un banco intacto de arcilla, no lejos de la entrada de la *Hellmichhöhle* — que se encuentra a unos 25 m de la cúspide de Kitzelberg, desenterró L. Zotz el año 1936 el cráneo fósil de un oso pardo, así como algunos huesos de oso de las cavernas. Confirma la antigüedad glaciar del hallazgo la presencia en la tierra que llenaba el cráneo de una lasca de sílex y un fragmento de cuarzo, que presentan analogías evidentes con los útiles de piedra del nivel arqueológico del auriñaciense temprano.

Despertó particular interés la dentadura del oso pardo, pues así como los molares parecían haber sido poco usados y estaban por consiguiente en excelente estado de conservación, los caninos, por contra, así como los dientes incisivos de ambos maxilares aparecían muy deteriorados y de las coronas quedaba sólo la base con los alvéolos al descubierto. Ade-

más, los canales de las raíces se habían cubierto parcialmente de nueva dentina, o sea que se cerraron todavía en vida de la fiera. Es sabido que los caninos y los incisivos de los osos ni de los otros carniceros se desgastan de esta manera. Se sabe de casos en que el relieve de los dientes sufrió deformaciones patológicas y se observaron casos de desmoche por degeneración en los caninos de osos cavernarios. En cambio, en los restos de las coronas de los caninos y de los incisivos del oso pardo de la *Hellmichhöhle* se distinguen surcos regulares análogos a los que se producirían por limadura, o lo que es lo mismo, es evidente que fueron rebajadas deliberadamente. Además, a juzgar por el incompleto recubrimiento de dentina, no debió de transcurrir mucho tiempo entre el momento del rebaje artificial y la muerte del animal.

Que la operación dental fue llevada a cabo por el hombre del período glaciar no cabe la menor duda. Sólo falta dar el motivo. En principio podría parecer que le movió a mutilarles el deseo de poder divertirse con ellos, metiéndoles sin peligro las manos en la boca. Podría muy bien ser, claro, que nos hallásemos en *Hellmichhöhle* ante un caso único o aislado de pasatiempo, pero, por otra parte, ciertos hechos etnológicos de sorprendente similitud nos llevan a interpretar el hallazgo en un sentido totalmente opuesto y a ver en él una manifestación peculiar del culto al oso.

El mismo Zotz había ya hecho alusión a ciertos aspectos conocidos de los cultos del oso en nuestros días, en particular a las matanzas rituales de plantígrados que practican algunos pueblos cazadores del norte de Asia. Pero fue el conocido etnólogo W. Koppers quien, partiendo de viejas descripciones del culto del oso publicadas por Siebold en 1835 y por Schrenk en 1881, dio a conocer la explicación exacta. Según esos autores, entre los giliacos de la isla de Sajalin y los aínos de Yeso, la ceremonia más importante del culto en cuestión culminaba con el sacrificio de un oso, acto que tenía lugar con toda solemnidad. Dichos pueblos echan mano para ello de un plantígrado de dos o tres años, capturado joven, cuyos caninos e incisivos le fueron cortados con una especie de sierra para que en su día, llegada la ocasión del holocausto, no pudiera morder a nadie.

También en el caso del oso de la cueva de *Hellmich* se trata de un animal joven, a juzgar por el insignificante desgaste de los molares. Esta circunstancia, unida al fenómeno del amolamiento a que fueron sometidos molares e incisivos, y habida cuenta finalmente de que los aínos y los giliacos se encuentran aproximadamente en la misma fase cultural de los cazadores del último glaciar, permite a Koppers sacar la

siguiente conclusión: "Fenómenos culturales tan singulares no pudieron ocurrir independientemente uno de otro. En todo caso, al investigador que piensa y trabaja en el contexto de la historia, ha de ocurrírsele forzosamente que existe relación entre ellos. Una práctica que se observaba en Europa central durante el paleolítico superior, sobrevive actualmente en los pueblos marginales del Asia septentrional".

Entra, por consiguiente en lo posible que los cazadores del último glaciar, o por lo menos algunas de aquellas tribus, así por ejemplo la que utilizó como refugio la gruta de *Hellmich*, tuvieran las mismas creencias que hoy día se relacionan con el culto del oso practicado por los primitivos modernos. Los giliacos y los aínos consideran al oso cautivo como al espíritu protector del campamento, al que trae suerte, y cuando se sacrifica durante la gran fiesta de invierno se convierte en su embajador ante el poderoso espíritu de la selva y de las montañas, del que para ellos impetra el éxito en la caza.

El arte durante la época glaciar. — También en el arte del paleolítico superior hallamos indicios del culto al oso.

Entre las numerosas representaciones de la fauna de la época glaciar no podían faltar las de los plantígrados, aun cuando las de éstos sean más bien raras en relación con la abundancia de dibujos de otros animales. Además hay en ellos algo que sorprende, como el hecho de que a veces se les añadan rasgos característicos de otros animales, con cabeza de lobo o cola de un bisonte (figura 14), como si los cazadores no se hubiesen atrevido a representarlo tal cual era, a menos que hubieran querido retratar hombres disfrazados de oso. Ésa parece haber sido la intención en algunos casos por lo menos. A veces se dibuja solamente la cabeza del plantígrado. El temor, o la aversión, a llamar al animal por su nombre, el artificio de disfrazarse con la cabeza y la piel del oso, la misma danza ritual con tales atavíos y, finalmente, las solemnes ceremonias dedicadas a la cabeza del oso, así como la especial veneración de que se le hacía objeto, todo ello es característico del culto al oso.

Todavía son más sintomáticas las alusiones a dicho culto contenidas en otras representaciones (figura 15), que pueden interpretarse como escenas de sacrificio en el transcurso de la fiesta dedicada a los osos. Los actuales giliacos, por ejemplo, amarran al oso, y los asistentes al acto provocan su furor por todos los medios a su alcance antes de ser inmolado por el flechazo que le asesta un arquero escogido. Según Schrenk, empiezan los niños por dispararle flechas y de las numerosas heridas



28. *Las Chimeneas (Santander). Ciervo.*

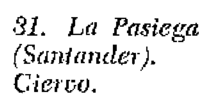
Página siguiente. 29. *Las Chimeneas (Santander). Ciervo.*







30. Las Chimeneas (Santander). Signos geométricos.



31. La Pasiega (Santander). Ciervo.

mana la sangre en abundancia. Luego recibe el golpe de gracia. Si comparamos esta descripción con la representación del oso del paleolítico de cuyo hocico fluye a chorros la sangre, mientras cubre literalmente su cuerpo la granizada de piedras y flechas, llegaremos a la conclusión que la pintura rupestre es una escena del sacrificio ritual de un oso realizada de manera similar.

No obstante, como se verá más adelante, cabe otra interpretación a esas figuraciones prehistóricas. Si tenemos en cuenta que se las encuentra en cavernas donde abundan las obras de arte relativas a la magia

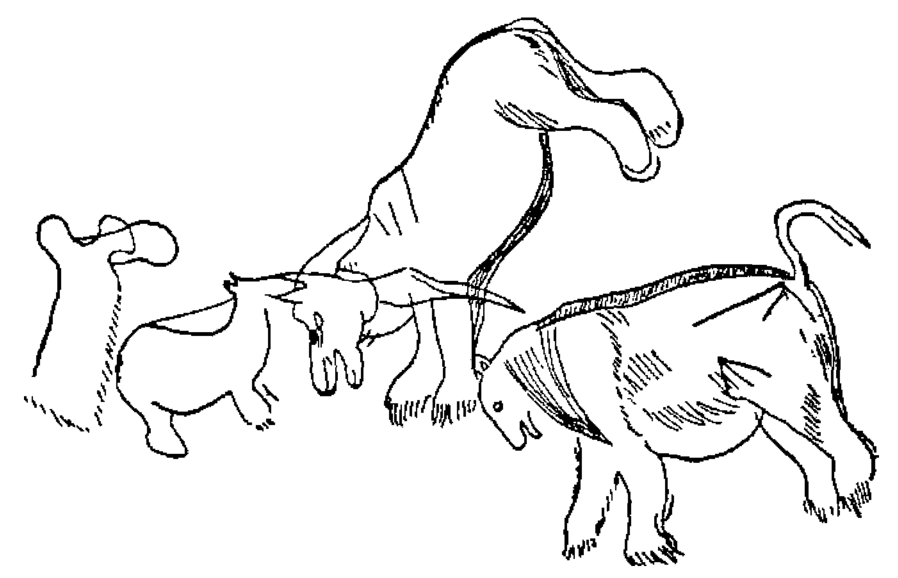


FIG. 14. Trois-Frères (Francia). Escena en que las figuras de oso aparecen caracterizadas con cabeza de lobo y cola de bisonte. De H. Breuil.

de la caza, puede que, en el fondo, no se trate más que de la representación del sacrificio "mágico" del oso antes de que la horda inicie sus incursiones por los cazaderos.

Al propio tiempo, el arte de los cazadores paleolíticos del sudoeste de Francia nos induce a suponer que veían en el oso a una especie de ser superior, al que dedicaban un verdadero culto, uno de cuyos ritos era precisamente su final inmolación. A este respecto sería interesante que pudiera procederse a un nuevo examen de los cráneos y de las dentaduras de los plantígrados hallados en los yacimientos del oeste de Europa, ya que podría darse el caso que algunos presenten las mismas particularidades que los de la *Hellmichhöhle*, pero que hayan pasado

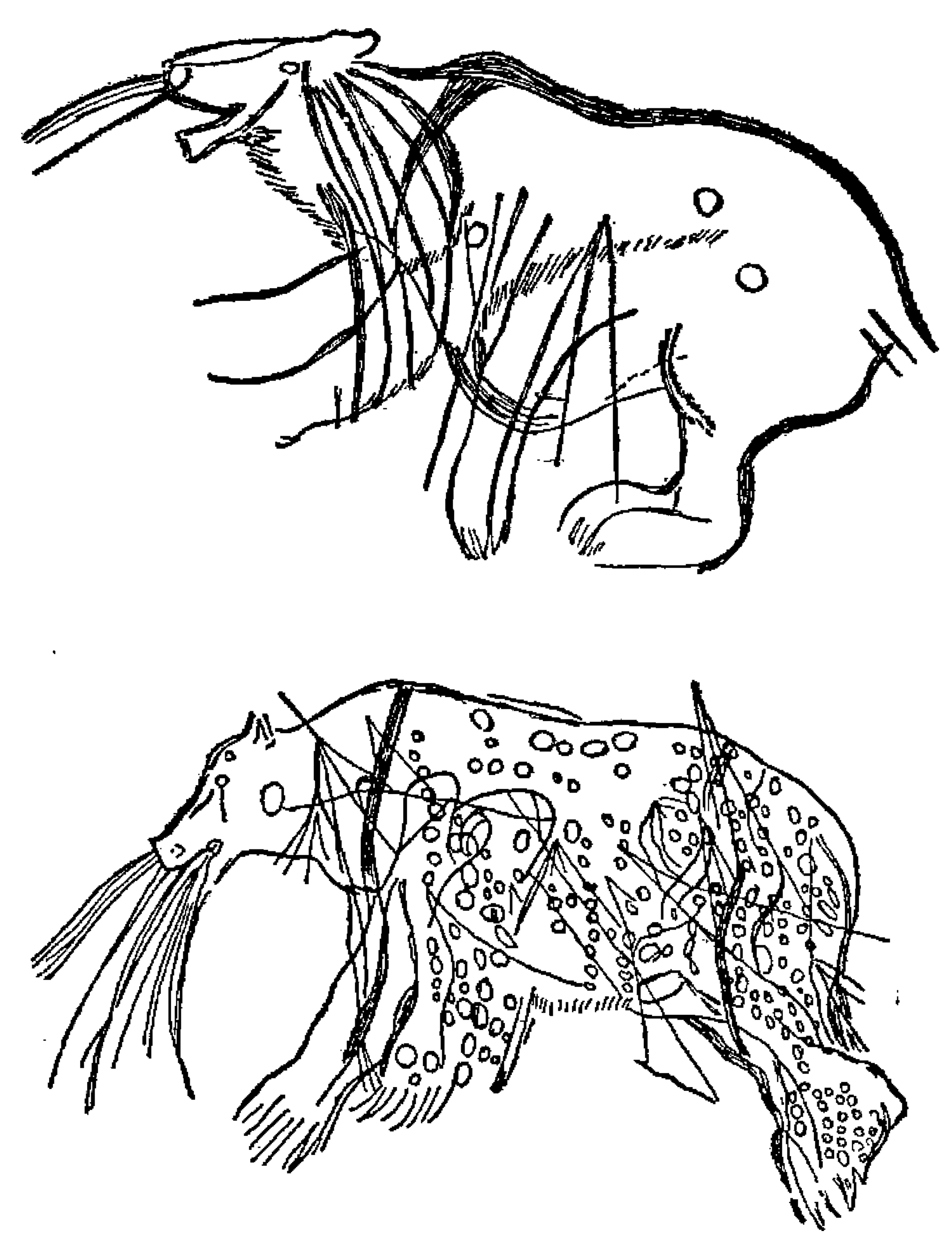


FIG. 15. Trois-Frères (Francia). Osos heridos con flechas y pedradas, sangrando. Grabados en la pared de dicha cueva. De H. Breuil.

inadvertidas a los investigadores. En lo sucesivo será preciso investigar desde este punto de vista los cráneos de osos que aparezcan en esta región.

Es casi seguro, en todo caso, que el culto del oso ya era practicado en el último glaciar, de lo que se puede inferir que la religión de los europeos de entonces había perdido ya la uniformidad que parece haber caracterizado la del paleolítico inferior. La validez de tal interferencia es todavía más aparente si consideramos el gran papel que la magia desempeñaba en la vida de los pueblos cazadores del paleolítico superior.

5. Influencia de la magia en la vida de los cazadores-artistas

El arte al servicio de la magia. — El arte de la edad glaciar, especialmente el de la región franco-cantábrica, no podemos juzgarlo desde un punto de vista puramente estético. Sin duda una verdadera emoción estética debió guiar a menudo las manos de los que adornaban las armas y otros útiles, y cubrían las peñas y las paredes de las cavernas con profusión de figuraciones de la fauna que poblaban los cazaderos, verdaderos paraísos de la época. Pero, al propio tiempo, este arte presenta innumerables rasgos que le confieren un carácter religioso, y muestra, en una palabra, que estaba al servicio de la magia.

Los lugares donde han aparecido estas obras, especialmente las murales, demuestra claramente que no fueron ejecutadas para embellecer las viviendas ni para solaz de los ojos de los espectadores. Generalmente no se encuentran a la entrada de las cavernas, donde los cazadores solían vivir y en cuyo subsuelo se han desenterrado innumerables vestigios de la rutina diaria del paleolítico reciente, sino en lo más profundo de las oscuras cavidades. En realidad, la mayoría de las representaciones, y las más importantes también, se encuentran siempre precisamente en los lugares más inaccesibles, en salas, corredores o nichos. En la caverna de Font-de-Gaume, que mide 124 m de longitud (figura 16), las primeras pinturas murales empiezan a 65 m de la entrada.

Para que la inmensa caverna de Niaux (figura 17), que mide 1.400 m y debe su formación a la acción del agua y de un glaciar subterráneo, empiece a revelar su secreto, es preciso, antes, penetrar 460 m en el seno de la tierra, andando más de media hora por una interminable sucesión de salas y corredores antes de llegar al lugar donde se encuentran las superficie adornadas. La gruta de Cabrerets es un verdadero laberinto por el que es preciso gatear o encaramarse durante horas

y más horas si se quiere llegar a contemplar los innumerables vestigios artísticos que contiene. El hecho que las obras parietales y las esculturas prehistóricas se encuentren en los rincones más apartados de las cavernas, prueba su carácter secreto, pero sin afinidades profanas, sino religiosas y mágicas únicamente.

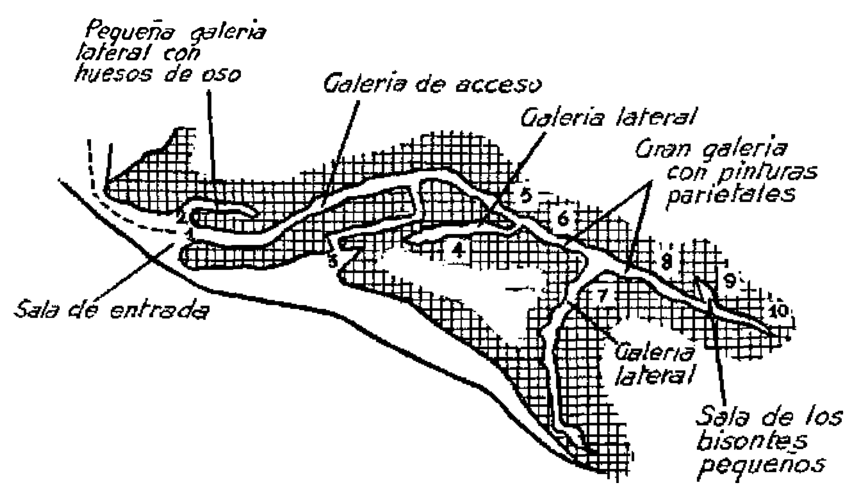


Fig. 16. Plano de la cueva de Font-de-Gaume (Dordoña, Francia). Según D. Capitan. 1. Entrada principal. 2. Pequeña galería lateral. 3. Entrada lateral. 4. Galería lateral. 5. Pasadizo angosto. 6. Gran galería con pinturas parietales. 7. Corredor lateral. 8. Galería principal, con pinturas parietales. 9. Sala de los bisontes pequeños. 10. Fondo de la cueva situado a 124 m. de la entrada.

A cuanto llevamos dicho cabe añadir que muchas de tales grutas eran inhabitables para el hombre. Así, por ejemplo, es posible que a la de Lascaux solamente pudiera accederse ya en la época glaciar por un angosto pozo de seis metros de profundidad que constituía la entrada natural cuando fue descubierta. Por otra parte, hacía en ella demasiado calor en invierno y excesivo frío en verano para que pudiera ser habitada. En realidad no se ha hallado en ella traza alguna de haber sido habitada por el hombre. De modo que debió de ser ante todo un santuario.

Se ha observado que en algunas cavernas las pinturas murales no son contemporáneas de sus niveles de habitación. Las de la gruta de Marsoulas pertenecen al magdaleniense medio y superior, en tanto que el nivel de habitación de la entrada contiene solamente huellas del magdaleniense inferior. Las pinturas más fabulosas y admiradas de la cueva de Altamira datan de un período en que la primera sala era ya inhabitable hacía tiempo, porque del techo, que se dislocaba, se desprendían

continuamente pedazos de roca. Cuando los artistas paleolíticos iniciaron sus obras maestras en una sala lateral, a unos 30 m de la entrada, reinaba ya en la cueva una atmósfera de terror sagrado y era ciertamente arriesgado penetrar en ella.

Esta atmósfera de terror reinaba prácticamente en todos los lugares donde se hallaban estas obras de arte, pues allí, ocultas en la profundidad más absoluta, solamente podrían ser vistas por los hombres de la época glaciar a la luz vacilante de antorchas o a la débil claridad de rudimentarias lámparas de sebo, únicos medios de iluminación de que disponían a la sazón. A menudo tales obras de arte se ejecutaban en lugares poco menos que inaccesibles, por encima de cornisas, por las que era peligroso aventurarse, en rincones completamente escondidos o en nichos en grietas angostas. De modo que no estando destinadas a dar placer visual a los espectadores, sus autores desplegaron sobre ellas un velo de misterio.

La admisión a los santuarios, o por lo menos a las salas donde se encontraban las obras de arte, estaría probablemente reservada a los iniciados. El acceso era a menudo difícil, y además fácil de obstruir. La entrada pociforme de la cueva de Lascaux podía disimularse fácilmente. La cueva de Pindal, en el norte de España, se abre en un lugar completamente desierto del acantilado sobre el Atlántico. El acceso a la cueva de Tuc d'Audoubert está incluso protegido por una febrera subterránea de 60 m de largo que debe cruzarse en barca antes de pisar nuevamente tierra firme. E incluso si esta barrera líquida no hubiese existido ya en la época glaciar, era preciso trepar por una chimenea de 10 m para alcanzar la parte superior de la cueva, sede del santuario propiamente dicho, con sus extraordinarios tesoros artísticos, a los cuales solamente

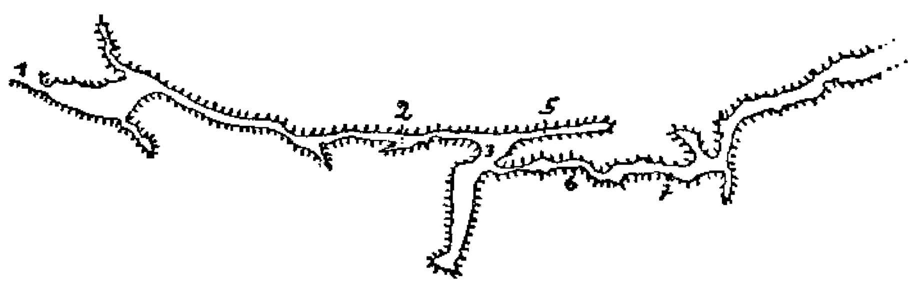


Fig. 17. Plano de la Cueva de Niaux (Ariège, Francia), según Molard. 1. Entrada. 2. Zona en donde aparecen los primeros signos sobre las paredes. 3. Pintura de bisonte localizada a 611 m de la entrada. 5. El llamado "salón negro" con innumerables pinturas parietales y grabados en la arcilla del suelo. 6 y 7. Localización de diferentes pinturas parietales.

podía llegarse después de haber recorrido una interminable serie de corredores tortuosos bajos de techo, a 700 m de la entrada. Se concibe que el descubrimiento y el estudio de muchas de estas cuevas sea una aventura por demás emocionante y no del todo exenta de peligros.

Las representaciones no cuadran en muchos aspectos con nuestras actuales concepciones estéticas. En primer lugar por el sitio donde radican. Los artistas paleolíticos las esculpieron o las trazaron en la arcilla del suelo, las grabaron o pintaron por las paredes, lo mismo a ras de suelo que tocando el techo, o sea que sus autores no tuvieron lo más mínimo en cuenta que sus obras quedaran a la vista para poder ser fácilmente admiradas. En la cueva de Altamira, debido al reducido espacio entre suelo y techo, es casi imposible abarcar de una ojeada los animales pintados, algunos de los cuales no mide menos de dos metros de largo. En Combarelles cubren los grabados ambos lados de un pasillo que no tiene sino un metro de ancho. No es raro que haya que hacer equilibrios para poder contemplarlas. Pero es mucho peor todavía cuando las figuraciones están superpuestas. A primera vista nos hallamos entonces ante un verdadero embrollo de líneas y de planos, o salpicaduras coloreadas, casi imposibles de distinguir, pero, en realidad, no se trata ni de bosquejos ni de torpes intersecciones o de enmiendas del artista en pos de la perfección.

La clave para penetrar en el secreto de este arte y de su curioso emplazamiento nos la facilitan sobre todo las obras que representan animales — en todo caso, los animales que cazaban los hombres de la edad glaciar —, sobre los cuales aparecen dibujadas flechas y heridas (figura 18). Algunas veces vense acercarse flechas disparadas por manos invisibles (figura 20). En la cueva de Montespan (Francia) se hallaron incluso figuras de arcilla de osos y leones con numerosos agujeros redondos y profundos que pudieron muy bien haber sido producidos por lanzas y flechas (figura 21), cual si se tratara de verdaderos animales. ¿Qué explicación puede darse al hecho que tales figuras fueran perforadas de tal modo por los cazadores y que se las encuentre en sitios semejantes, recónditos e inaccesibles? ¿Con qué propósito se marcaban, qué objeto se perseguía dibujando tales flechas y heridas?

Es evidente que las obras del arte paleolítico superior se relacionan estrechamente con la magia de la caza y que los lugares donde se encuentran eran los escenarios donde se celebraban los ritos de esta magia. Los artistas de aquellos remotos tiempos estaban convencidos — y lo mismo puede observarse todavía en numerosos pueblos cazadores de nuestros días — de que gracias a la imagen se tiene influencia sobre lo

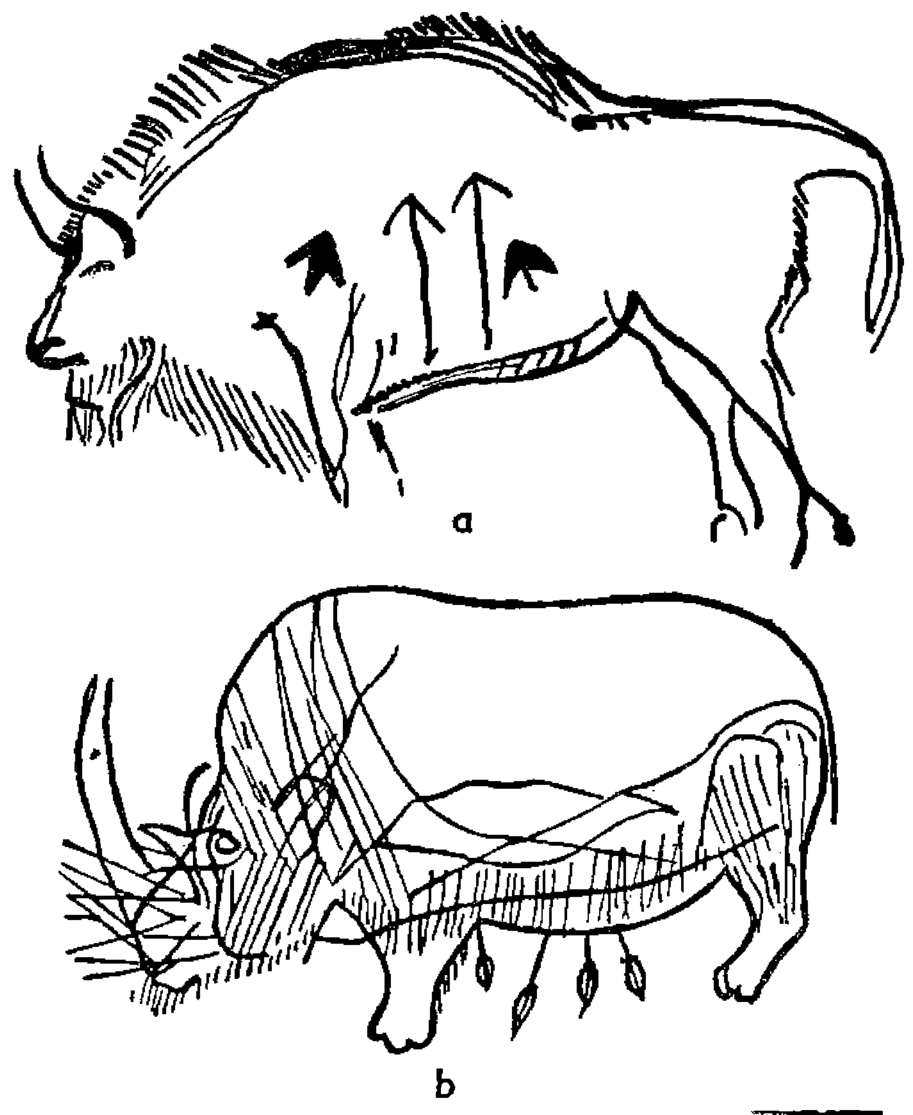


FIG. 18. Figuras de animales en que aparecen las flechas clavadas en su cuerpo. *a*) el bisonte está pintado en trazo negro mientras las flechas lo han sido en rojo. De H. Breuil; *b*) rinoceronte de La Colombière, grabado en piedra. De Mayet.

que ella reproduce. De ahí que representasen a la futura presa para embrujarla, y si la dibujaban alcanzada por flechas y azagayas que le acarreaban la muerte, ya creían tener el éxito asegurado de antemano. Más adelante veremos que utilizaban asimismo otros sortilegios pictóricos

para lograr el mismo objetivo. También tendían, por medio de figuraciones apropiadas, a la multiplicación de la caza o bien procuraban atraer a los rebaños errantes hacia sus cazaderos habituales.

De modo que, en su opinión por lo menos, el artista cazador de la época glaciar disponía de un poder tremendo que ignoramos si se utilizaba también contra los mismos hombres. Sorprende que las figuraciones humanas sean generalmente muy raras y que, además, en comparación con las de animales, tengan aspecto de caricaturas grotescas. En todo caso carecen casi siempre del realismo que caracteriza a las imágenes de los animales. La razón es obvia: el miedo de ser víctima de brujería. Este temor, que perdura actualmente en muchos pueblos etnológicos,

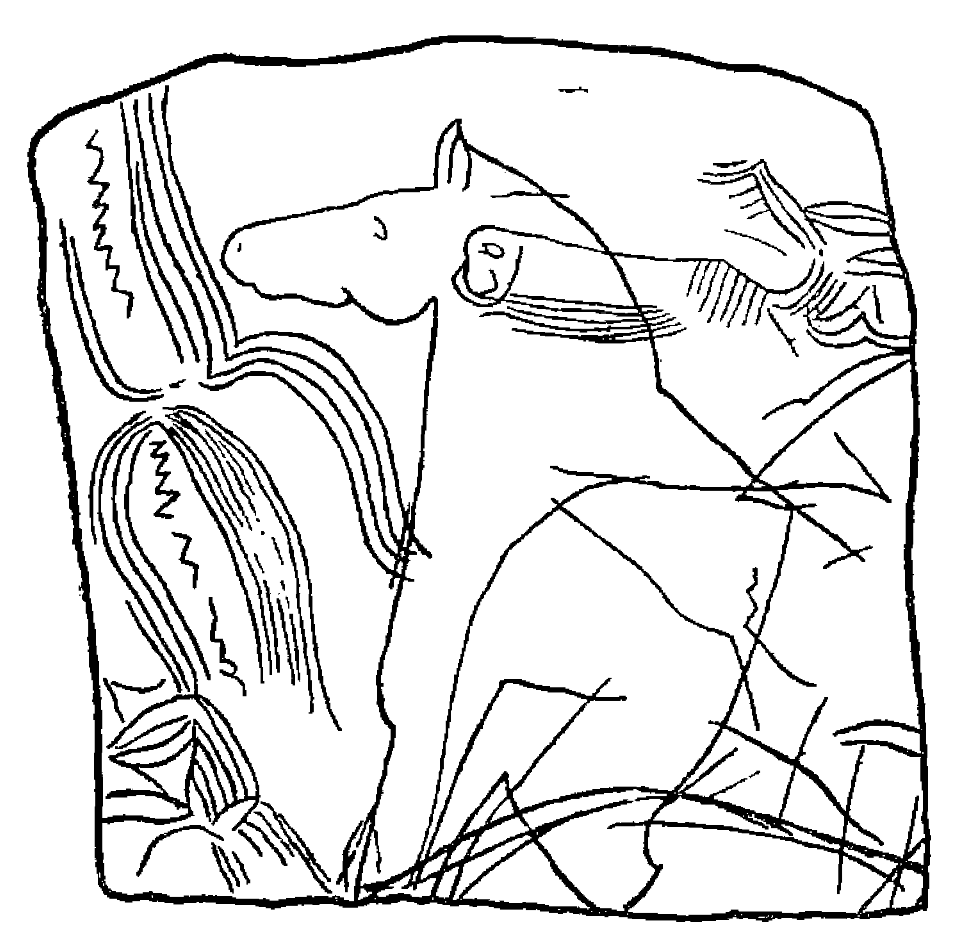


FIG. 19. Parpalló (Valencia). Plaqueta con representación de distintos animales. Cortesía de Luis Pericot.



32. *Covalanas (Santander). Ciervo.*




33. Laugerie Basse (Dordoña). Grabados en hueso.

era la causa de que el artista de la época glaciar suprimiera de sus obras cualquier rasgo humano demasiado fiel, complaciéndose, en cambio, en caricaturas y disfraces. Más tarde nos extenderemos en las figuraciones humanas.



Fig. 20. Pez y flecha grabados en un fragmento de asta de reno procedente de Fontarnaud (Gironda). De H. Breuil.

Se comprende que si el arte de los pueblos cazadores de la edad glaciar puede sobre todo situarse — no decimos en su totalidad — bajo el signo y al servicio de la magia, en lo cual están de acuerdo los mejores prehistoriadores modernos, tampoco hay duda, y en este estudio cree-

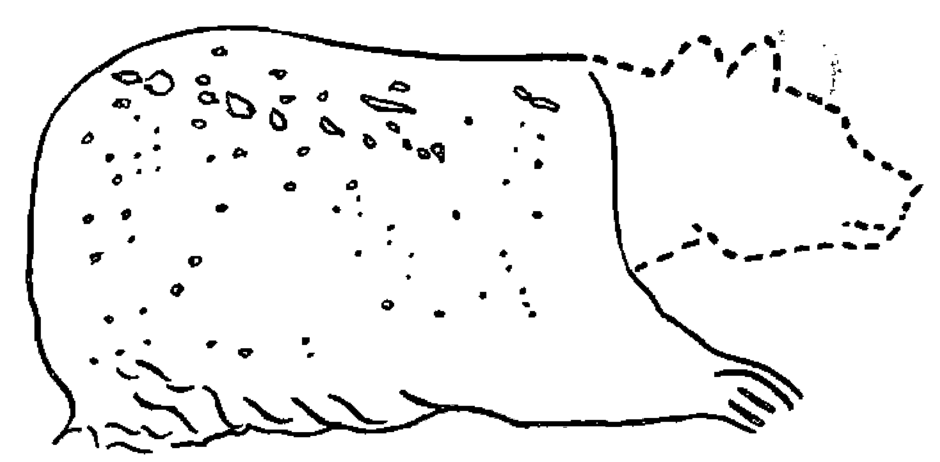


Fig. 21. Escultura de un oso, en arcilla. Está falto de la cabeza y presenta el cuerpo con numerosas señales de heridas rituales con que fue castigado. Montespan (Alto Garona). De Casteret.

mos poder probarlo, que sirvió igualmente de vehículo para la expresión de sus verdaderos conceptos religiosos.

En primer lugar no está probado que el arte de las regiones eurásicas y el del oriente español estuvieran inspirados por la magia, como era el caso del arte franco-cantábrico. Los vestigios típicos del arte eurá-

sico son casi exclusivamente de tamaño reducido, figuras de animales y estatuillas de mujeres. Podría ser muy bien que los cazadores orientales dibujasen en el suelo los animales sobre los cuales deseaban echar un maleficio, puesto que en sus territorios escaseaban las cuevas. Esta práctica existía incluso en la provincia franco-cantábrica, donde abundan las cuevas, en el suelo de algunas de las cuales han quedado varios ejem-

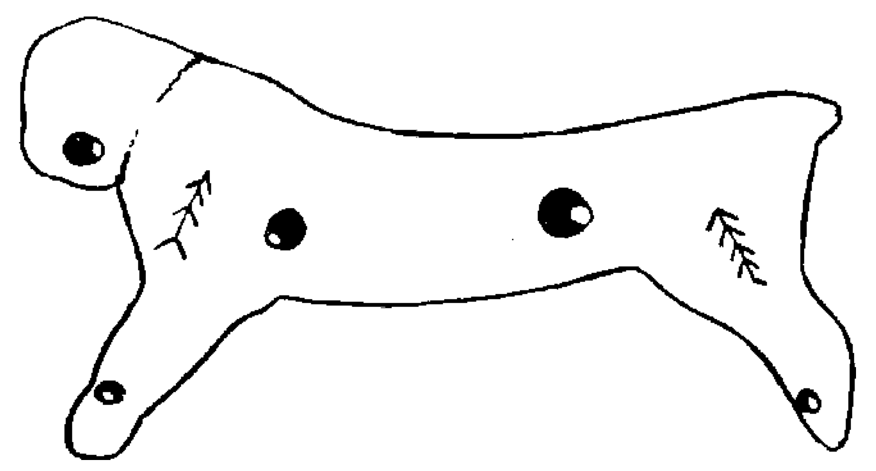


FIG. 22. Isturitz (Francia). Figura de felino herido, en asta de ciervo. Según Passemard.

plares que confirman que la costumbre estaba, en todo caso, muy extendida y arraigada. Y habida cuenta de que en dicha provincia se hallaron tanto esculturas de animales de tamaños corrientes como microesculturas (figura 22) de significado mágico indiscutible, es probable que las obras de arte eurásico se hallen en el mismo caso.

Del arte levantino español conocemos exclusivamente las pinturas rupestres. Por lo menos, este arte nos es conocido bajo esta única forma. Debieron de existir igualmente utensilios adornados con grabados y esculturas, pero nada ha llegado hasta nosotros, debido probablemente a la poca consistencia de los materiales empleados. Aun cuando, en opinión de los entendidos, el arte de los cazadores españoles de Levante tuviera sus orígenes en el paleolítico superior, conoció su máximo desarrollo en el mesolítico. Contrariamente a sus contemporáneos franco-cantábricos, los cazadores que a la sazón vivían en el este de España no ocultaban sus creaciones artísticas en la oscuridad de las cuevas, sino que las pintaban en peñas escarpadas al aire libre. Pero, con todo,

el carácter sagrado de sus pinturas queda de manifiesto por el interés en tenerlas fuera del alcance de los profanos. Así sus pinturas rupestres se encuentran en desfiladeros angostos, poco menos que inaccesibles, y el hecho que no aparezca traza alguna de vida humana en la base de las escarpaduras abona la suposición de que el lugar era considerado como santuario.

Tanto por la técnica como por el contenido, estas pinturas españolas que representan siluetas de hombres y animales, agrupados en escenas llenas de vida y de movimiento, difieren mucho de las del arte franco-cantábrico vecino. Sin embargo, también ellas debieron de tener algún significado religioso y mágico, como lo prueba la manifiesta preferencia del artista por ciertos emplazamientos cuando, precisamente no lejos de allí, existían superficies rocosas más adecuadas; también el hecho que representan casi siempre escenas de caza con animales heridos por flechas y lanzas, la extraña costumbre de pintar sobre pinturas anteriores (figura 23) y, por fin, las transformaciones sucesivas de una clase de animal en otro, por ejemplo de bóvidos en ciervos.



FIG. 23. Cueva del Queso (Alpera, Albacete). Sobre la figura pintada en rojo aparece superpuesta la representación de una cabra. De Breuil.

O sea que, en su conjunto, el arte de la época glaciar estaba al servicio de la magia, pero si era sobre todo una magia de encantamiento por la imagen, utilizaba también otros procedimientos tales como la mímica y el movimiento (danza). No podemos saber, naturalmente, cuándo empezaría a desempeñar este papel el arte, pero debió de ser en época muy temprana. En todo caso, el arte tuvo influencia decisiva en el

desarrollo de las creencias mágicas de los cazadores de la época glaciar y quién sabe si contribuyó considerablemente en su formación.

De los resultados de las investigaciones de la etnología comparada sobre el origen y el desarrollo de la magia se desprende que ésta desempeñó un papel bastante limitado en las sociedades más primitivas, en las que dominaba la creencia en un ser supremo del que los hombres de aquellas culturas confiaban obtener suerte en la caza y, en general, todo cuanto necesitaban para vivir. Más tarde, según se vio, este ser supremo se "desdobla", por decirlo así, en el "dios protector de los cazadores", y el hombre primitivo expresa con plegarias y ofrendas, sobre todo de primicias, su dependencia hacia el ser supremo. La magia aparece bajo una forma precisa y empieza a desarrollarse solamente, a partir de las culturas primarias, entre los cazadores más avanzados y los agricultores, con la metamórfosis de la creencia en un dios supremo y de su decadencia. La mezcla de ambas culturas llevó la magia a su máximo desarrollo. Dos son, según W. Schmidt, los factores que favorecieron la aparición y la paulatina propagación de la magia entre los cazadores modernos, que son los verdaderos practicantes de una magia activa, en tanto que los agricultores matriarcales eran los adictos de la magia pasiva de los (malos) augurios. En primer lugar, la arrogancia viril cada vez mayor como consecuencia de los numerosos progresos técnicos (perfeccionamiento de las armas y de los métodos de la caza, etc.), que al permitirles dominar casi a su antojo el mundo exterior visible debilitaron su confianza en un dios supremo, de cuya eficacia ya no estaban tan seguros, y, por otra parte, la aparición de la estructura tribal, en la cual el individuo y la tribu quedan subordinados a la comunidad, cuya influencia, enajenadora e inhibitoria, se ejerció a partir de entonces sobre los juicios, los sentimientos y los actos todos de los hombres.

Sabemos que ambos factores intervinieron ya en las civilizaciones del último glaciar, mientras que las civilizaciones y las formas de organización social del paleolítico inferior eran mucho más simples que las suyas. Como se ha visto, los cazadores del paleolítico inferior (por lo menos los cazadores de osos cavernarios de las postrimerías de dicho período) practicaban una especie de rito de ofrenda de primicias. Entre los primitivos este rito se relaciona siempre con la noción de un ser supremo que tiene en la mano la suerte de la caza. Puede que también a los cazadores del paleolítico inferior les fuera familiar la magia en alguna de sus formas o aspectos, pero no fue hasta mucho más tarde, como consecuencia de las transformaciones del paleolítico superior, que la magia

devino una fuerza real en el pensamiento y en la vida de los nuevos habitantes de Europa. La aparición del arte desempeñó, sin duda, un importante papel en estimular la creencia de los cazadores en las fuerzas misteriosas. En el arte creyeron encontrar ante todo el medio de poder disponer de poderes ocultos. Porque la magia no es otra cosa. Se comprende que el ejercicio de tales poderes corriera a cargo de los hechiceros de la tribu, que dirigían las ceremonias rituales en las cavernas donde grababan, pintaban o esculpían sus obras. En el supuesto de que tales ceremonias diesen a menudo lugar a festejos colectivos de tribus, la mayoría de las cavernas decoradas eran, sin duda, santuarios tribales.

Santuarios subterráneos. — Abundan las cuevas y las peñas adornadas por los artistas prehistóricos. Según datos aportados por H. Kühn, solamente en Francia se habían descubierto hasta el año 1952 nada menos que 71 cavernas, la mayoría de ellas en los departamentos de Dordoña, Ariège y Lot. Deben añadirse a ellas otras 34 en España, sobre todo en el Norte. En el este de la Península Ibérica se conocen 29 grupos de abrigos rocosos, uno de los cuales contiene hasta quinientos grabados, si no más. Desde dicho año se han hecho nuevos descubrimientos y no cabe duda de que seguirán aún muchos más.

El hallazgo más importante realizado en Francia es el de las pinturas de Rouffignac, cuya autenticidad sólo fue admitida después de un largo y sensacional proceso. En España los hallazgos han revestido menos importancia, citamos los de la cueva de Nerja (Málaga) y Maltravieso (Badajoz).

Tal abundancia de obras artísticas pone de relieve la intensa vida religiosa de las tribus de cazadores del último glaciar. Vamos a visitar en detalle algunos de sus santuarios antes de pasar a la descripción de la magia, de sus ritos y del chamanismo de la época.

La cueva de Altamira, en el norte de España, fue no solamente la primera cueva-santuario que se descubrió, sino que durante muchos años fue considerada como el ejemplo más espléndido del arte de la época glaciar.

La autenticidad de estas pinturas sólo se admitió después del hallazgo de arte parietal en Francia; tal era el escepticismo que inspiraba la riqueza de las mismas, muestras de un arte totalmente desconocido. Luego, en el año 1940, se dio con la cueva de Lascaux, en Francia, cuyas pinturas son tanto o más bellas aún.

La cueva de Altamira se halla situada entre colinas a unos 35 km al oeste de Santander, no lejos del pueblo de Santillana del Mar, o sea

en una región en la que durante el último glaciar abundaba extraordinariamente la caza.

Un día del año 1868, hallándose de caza por aquellos parajes un caballero de Santillana, vio cómo su perro desaparecía por una grieta, y al intentar dar con él observó que conducía a una gruta cuya entrada principal estaba casi completamente obstruida. Siete años más tarde iniciaba las excavaciones en aquel mismo lugar el amigo entusiasta y apasionado de la prehistoria don Marcelino de Sautuola, el cual pronto halló pruebas de que la cueva había sido habitada por hombres de la época glaciar. Las figuras pintadas no fueron descubiertas hasta el año 1879. El señor Sautuola había llevado consigo a su hijita y penetró hacia el interior de la cueva. De repente, la muchacha, que por su reducida estatura podía contemplar a placer el techo de la cueva, dio un grito de sorpresa al divisar, a la luz vacilante de la lámpara que le había prestado su padre, un animal pintado. Luego se sucedieron los grandes descubrimientos, por las paredes y el techo, de gran número de pinturas y grabados, la mayoría de los cuales se hallan en una pequeña sala, a unos 30 m de la entrada y al fondo de la cueva, que mide 270 m de largo.

Es un hecho probado que desde época muy remota y por haberse hundido el techo de la primera sala, nadie pudo haber entrado jamás en la cueva hasta su relativamente reciente descubrimiento en el pasado siglo. Los cazadores de la época glaciar, a partir del auriñaciense, sentaron sus reales en la primera sala, habiendo confirmado también las excavaciones realizadas en el suelo el paso del hombre en el solutrense y en el magdaleniense.

Durante todos esos períodos, los moradores que se alojaban en la parte delantera de la cueva fueron penetrando hacia el interior, y en rincones y grietas disimuladas, sobre todo a lo largo de la galería más angosta del fondo, fueron trazando signos misteriosos que figuraban los animales de sus cazaderos: bisontes, caballos salvajes, ciervos, jabalíes, cabras monteses y toros.

Los cada vez más frecuentes desprendimientos de piedras acabaron por hacer inhabitable la parte anterior de la cueva, donde los niveles de ocupación cesan a mediados del magdaleniense. Y, sin embargo, fue durante el magdaleniense superior, o sea precisamente cuando la cueva ya no estaba habitada, que en ella se pintaron, en la bóveda de una sala baja, distante unos 30 m de la entrada, las más bellas obras.

Esta "galería de pinturas" y principal santuario de esta artística cueva, mide 18 m de largo por 8 y 9 de ancho. La altura del techo, que es

de 2 m en el umbral, queda reducida a 1,10 m en el extremo opuesto. No solamente las paredes, sino también el techo están literalmente cubiertos de figuras, entre las que sobresalen magníficas policromías. El techo de la sala es tan bajo que el artista del paleolítico podía fácilmente alcanzarlo, pero el lugar se escogió seguramente también porque las paredes presentan ciertos salientes rocosos, pues condición esencial para la eficacia de la magia de encantamiento por la imagen es el parecido. El hechicero o chamán aprovechaba hábilmente tales convexidades para pintar sobre ellas figuras de animales en relieve y llenos de vida. Son pinturas de grandes bisontes, galopando o en reposo, con la cabeza gacha y los pies tocando el cuerpo. Tampoco faltan jabalíes, toros e incluso un caballo superpuesto a una figura de corza en rojo que había sido pintada anteriormente. Sólo el techo, con su horda de animales pintados en negro, pardo, rojo y amarillo claro es un fresco único de la fauna contemporánea del artista. Como el modelo preferido de éste es el bisonte, es de suponer que los magdalenienses de Altamira eran grandes cazadores de este bóvido, que seguramente abundaría en el país.

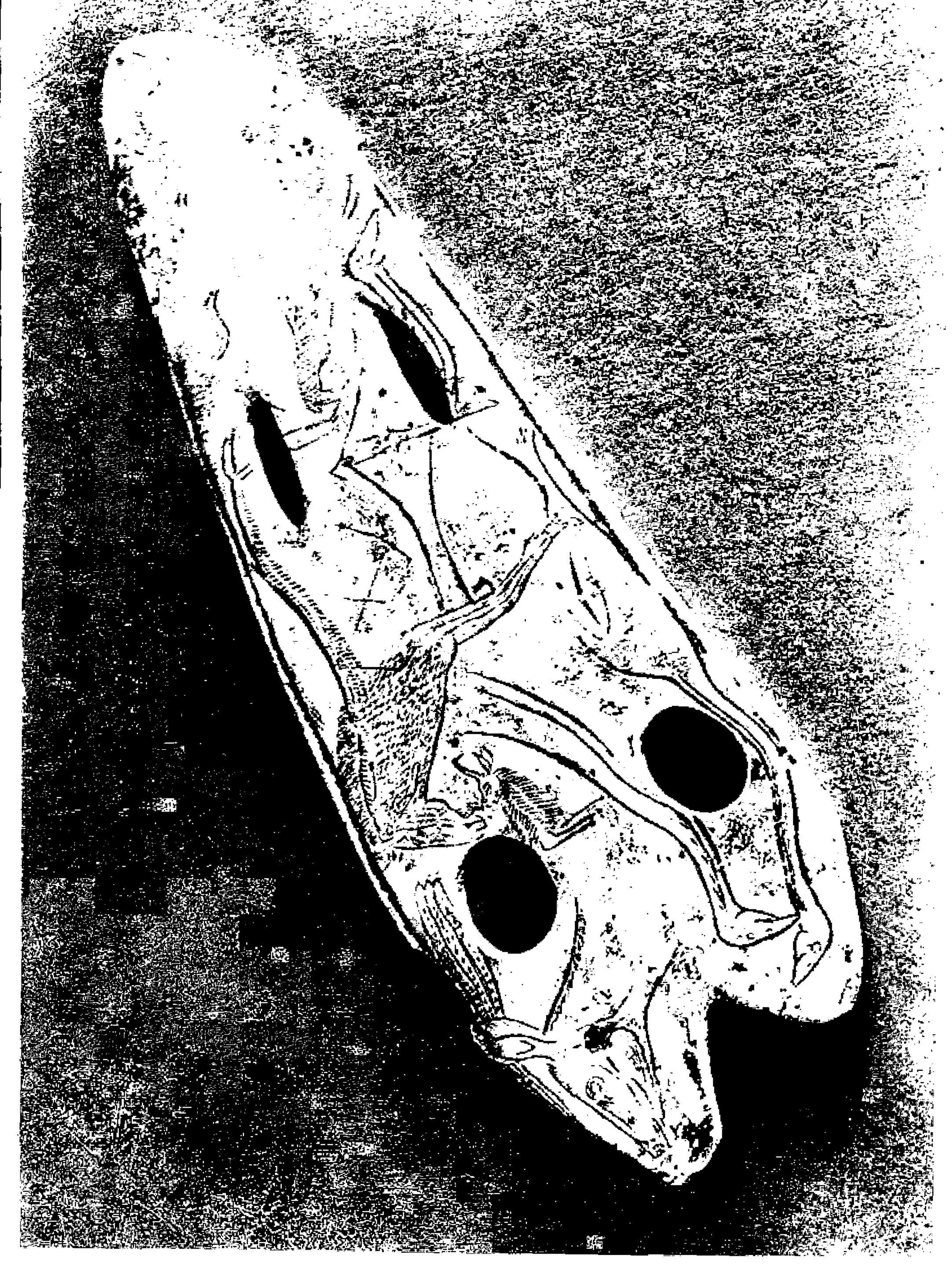
Es muy probable que en la época en que fueron pintadas tales obras fuese la cueva de Altamira un santuario tribal. Sus autores no eran solamente maestros consumados en el oficio, sino también los magos de la tribu que presidían y dirigían las ceremonias rituales y se transmitían los conocimientos y la influencia de generación en generación.

De la recién descubierta cueva de Lascaux – rival de la de Altamira – ya nos hemos ocupado brevemente en la descripción de la "Tragedia del cazador" o "Escena de los conjuros de los chamanes". También debió de ser un santuario, puesto que, al igual que en Altamira, tampoco aquí aparecieron restos de ocupación. Contiene centenares de pinturas y grabados, a menudo superpuestos, que representan la fauna paleolítica contemporánea, sobre todo toros, caballos salvajes, cérvidos y bisontes, algunas veces en grupos o alineados, siendo asombroso su gran tamaño. Un toro mide 5,50 m de largo. Muchos animales llevan innumerables signos en forma de rejas y flechazos, y varias hembras están representadas en avanzado estado de gestación. Tan pronto se entra en la primera sala se divisa en la pared izquierda una extraña figura de animal que preside la grandiosa galería pictórica subterránea. El contorno está indicado con brochazos negros y el visitante queda anonadado por el monstruo de 3 m de largo, de una especie que jamás existió. Merece el nombre que se le ha dado de "animal fabuloso", pues combina en sí rasgos de diversos animales ¡e incluso del hombre! Cola de cérvido y lomo de toro, mientras la giba recuerda la del bisonte; la cabeza

tiene algo de humano, y cuernos rectos como los que tiene plantados sobre los ojos jamás se han visto en bestia alguna; las patas delanteras son enormes y pesadas como las de elefante o de mamut, en tanto que las traseras podrían pasar por las de un équido. El misterioso animal tiene el vientre hinchado, de hembra a punto de dar a luz, y su cuerpo presenta grandes manchas contorneadas de negro, semejando enormes heridas. Más adelante intentaremos avanzar una interpretación de esta misteriosa criatura polimórfica.

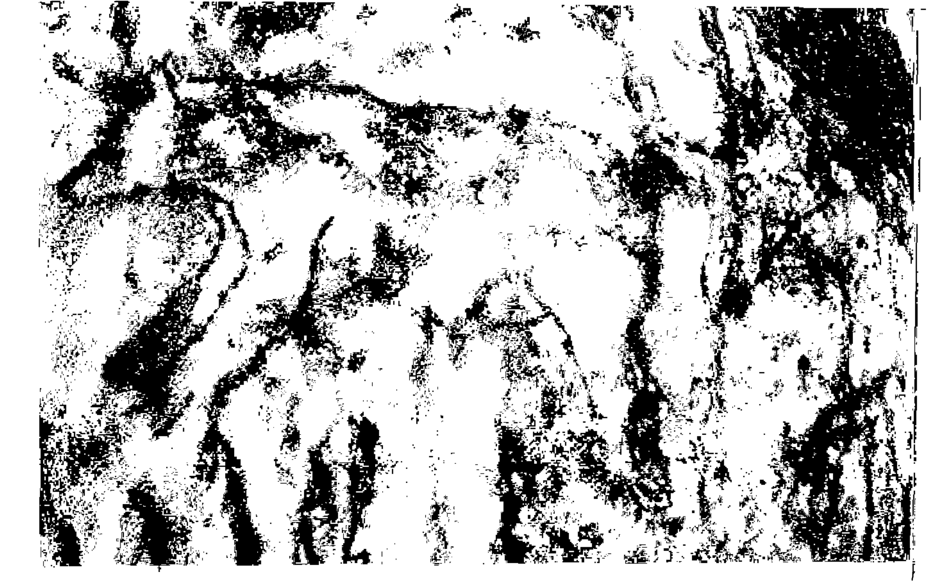
La cueva de Niaux, precisamente por su emplazamiento en el corazón de una comarca donde abundan extraordinariamente las cuevas de habitación del hombre de la época glaciar, es posible que fuese un "santuario central". Aun cuando se hayan descubierto numerosos vestigios artísticos y mágicos del paleolítico en otras cuevas de la región, las hay en tanta abundancia en la de Niaux, que esto solo bastaría para demostrar que debió de servir de santuario tribal. El subterráneo es inmenso (figura 17) y el acceso está bastante bien oculto. Se halla en el flanco de una colina sobre una pendiente sembrada de rocalla, pero la apertura que atrae la mirada cuando se llega no es más que un abrigo poco profundo. La verdadera entrada de la cueva está al lado, en una grieta de la roca detrás de un montón de pedruscos. Una galería alta y estrecha conduce hasta una sala de proporciones gigantescas donde el intruso se siente sobrecogido de terror. La blanda capa arcillosa que cubre el suelo amortigua, como espesa alfombra, todo ruido de pasos, y el triángulo de la lámpara ilumina solamente una reducida superficie, detrás de la cual se presienten espacios misteriosos envueltos en las tinieblas. Es de suponer que los hombres de la época glaciar serían presas de la misma emoción que embarga a los actuales. Después de haber andado más de 460 m bajo tierra y de atravesar altas salas con fantásticas concreciones calcáreas, estalactitas y estalagmitas, se llega a donde están los primeros dibujos, que son signos enigmáticos trazados en las paredes. Luego, a unos 611 m de la entrada, damos con una primera figura de bisonte. Nos encontramos en una inmensa sala, de la que parten varias galerías, en las cuales los artistas-chamanes ejecutaron la mayoría de sus obras. En el suelo arcilloso de la galería que conduce a la salida hay dibujos de animales, pero el santuario propiamente dicho se encuentra al término de la grandiosa galería que empieza a la derecha de la precedente, donde se forma una gigantesca rotonda de casi 60 m de altura, literalmente cubierta de figuras de animales al nivel del ojo: bisontes de velludas gibas e hirsutas barbas, caballos lanudos alargando el cuello como si con los ollares pretendieran ventear el aire





Página anterior. 34. *La Madeleine (Dordoña). Bisonte en asta de ciervo Talla de hiena en marfil.*

35. *Teyjat (Dordoña). Animales grabados en hueso.*



36. Santimamiñe (Vizcaya). Figura de oso y cabeza de ciervo.

37. Santimamiñe (Vizcaya). Caballo y bisonte.



38. *Pindal (Oviedo). Bisonte, armas y puntillado.*

39. *Pindal (Oviedo). Elefante, en pintura roja.*

glacial de la estepa, rebecos y ciervos, entrelazados y a veces superpuestos, todos con dibujos de flechas y manchas de heridas rojizas en los flancos.

Hemos mencionado que la exploración de algunos de estos santuarios comportaba riesgos considerables. Un buen ejemplo lo tenemos en el descubrimiento de la cueva de Montespan, en los Pirineos, realizado por N. Casteret en 1922 y 1923.

Se penetra en ella por una grieta angosta de la montaña en el lugar donde fluye una corriente subterránea. La grieta era lo bastante ancha para que Casteret pudiera colarse por ella, hasta llegar a una galería de 3 a 4 m de ancho por unos 2-3 m de alto. Avanzó unos 60 m vadeando la corriente, pero poco a poco el cauce del agua devino más profundo mientras la bóveda de la gruta empezaba a hundirse hasta alcanzar el nivel del agua. Parecía empresa temeraria seguir adelante, pero después de haberlo considerado bien, se dijo Casteret que seguramente se encontraba ante un sifón en cuyo otro extremo continuaba, sin duda, la gruta. Decidió, pues, proseguir la aventura y he aquí las propias palabras con que la describe:

"Coloqué la vela en un saliente de la pared, aspiré aire para una inmersión de dos minutos y me zambullí, extendiendo una mano hacia delante y manteniendo la otra en contacto con la bóveda, para tantear cuidadosamente las asperezas y salientes de la bóveda rocosa, pues iba a ciegas, con los ojos en las puntas de los dedos. No bastaba avanzar, sino que no debía perder de vista el regreso. Mientras así seguía adelante, de repente emergió mi cabeza del agua y pude volver a respirar. ¿Dónde estaba? Ni la más remota idea, pues la oscuridad era absoluta. Sólo sabía que había logrado atravesar un sifón natural. Me zambullí de nuevo y di media vuelta inmediatamente, pues nada es tan peligroso en tales casos como perder la orientación. De nuevo en la entrada del sifón, donde la luz de la vela continuaba reflejándose en el agua oscura, pude considerar a mis anchas esta bóveda hasta entonces inexpugnada que acababa de revelarme su secreto."

Al día siguiente volvió Casteret a la cueva, esta vez mejor equipado con velas y fósforos dentro de una bolsa de goma. Luego de franqueado el sifón descubierto el día anterior, encendió una vela y observó el techo llano y bajo sobre cabeza. Avanzó nadando como unos cien metros aprovechando alguno que otro reducido hueco en las rocas para meter la boca y respirar. De súbito se encontró en la entrada de una espaciosa caverna. La atravesó y siguió avanzando por un corredor que terminaba en otro sifón, que también hubo de franquear del mismo

modo que el anterior. Luego de avanzar penosamente por un angosto túnel llegó a otra caverna mucho mayor que la anterior, cuyo suelo estaba cubierto de gigantescos peñascos desprendidos de la techumbre. Al otro extremo empezaba otro corredor, por el que Casteret caminó durante varias horas, hasta que finalmente divisó una tenue claridad procedente de una pequeña grieta por la que un arroyuelo penetraba en la cueva. ¡Casteret había atravesado la montaña!

Al año siguiente volvió a explorar la cueva y fue entonces cuando tuvieron lugar allí los grandes descubrimientos prehistóricos. A pocos metros del segundo sifón empieza una galería no inundada que al principio mide 5 m de ancho por 4 de alto y penetra 200 m en la montaña, pero los últimos 30 m tuvo Casteret que recorrerlos a rastras. En un lugar donde todavía podía ponerse de pie descubrió Casteret el primer indicio del hombre prehistórico: un utensilio de sílex. A partir de entonces, siempre a la luz vacilante de su iluminación rudimentaria, empezó la búsqueda febril de otros vestigios por el suelo y por las paredes. Y, como no podía ser menos, pronto aparecieron en las paredes figuras grabadas con buril de sílex sobre la piedra calcárea representando mamuts, caballos, bisontes, cérvidos, rebecos, gamuzas, hienas y otros animales, muchos de ellos con heridas de flechas y con signos incomprensibles por el cuerpo. Sobre el cuello de un caballo estaba marcado el contorno de una mano izquierda abierta con los dedos separados.

Pero no sólo no habían terminado las sorpresas, sino que faltaba todavía la mayor. En un recodo de la galería tropezó Casteret con un montón de terruños. Estuvo a punto de seguir adelante sin hacer caso, pero habiéndolos observado de cerca, ¡cuál no sería su asombro al ver que se trataba en realidad de fragmentos de tres esculturas apoyadas en fila contra la pared! La primera de ellas, de 1,70 m de largo por 0,70 m de alto, representaba un enorme felino en actitud de brincar hacia la salida de la galería. La arcilla blanda en la que había sido modelada en bajorrelieve de 40 cm de profundidad se había desprendido a trozos, pero por los fragmentos amontonados en el suelo pudieron, sin embargo, identificarse las distintas partes del cuerpo. Un detalle: por el mechón al extremo de la cola se llegó a la conclusión de que se trataba de un *león*. Las otras dos figuras representan, asimismo, sendos leones y todo el grupo estaba orientado en la misma dirección.

Unos pasos más y la galería se ensanchaba hasta formar una sala pequeña y baja que resultó ser la parte más interesante de toda la cueva. En un radio de unos 10 m aparecieron esparcidas por los suelos numerosas esculturas de arcilla, siendo la principal el oso flechado anterior-

mente mencionado (figura 22), cuya actitud recuerda la de la esfinge de Gizeh. Tiene 1,10 m de largo por 0,50 m de alto y, como los leones, hace frente a la salida, pero no se apoya en la pared, sino que descansa sobre un pequeño pedestal propio, a un metro de distancia. La estatua es maciza, el cuarto trasero bien redondeado, con las patas posteriores replegadas hacia el vientre, la pata delantera derecha, cuyos cinco dedos se distinguen bien, extendida hacia delante, y la cruz prominente, que es una característica especial de los plantígrados. Pero no solamente le falta la cabeza, sino que jamás parece haberla tenido, por lo menos de arcilla, pues el corte del cuello está tan corroído por la acción del tiempo como el resto del cuerpo, y, contrariamente al cuello del león, el de este oso no presenta traza alguna de cercenamiento. Sin embargo, Casteret descubrió entre las zarpas delanteras el cráneo fósil de un osito que en un principio debió de estar unido por medio de un tarugo de madera al cuello del oso; al pudrirse con el tiempo y la humedad rodó el aditamento por los suelos, pero al desprenderse quedaron trazas de la antigua posición del cráneo fósil. De modo que los hombres de la cueva de Montespan habían completado la figura del oso de arcilla con una verdadera cabeza. El cuerpo del oso presentaba, además, numerosas mutilaciones, abundantes agujeros redondos causados, al parecer, por potentes golpes de jabalina o de lanza asestados en sus partes vitales. Ya hemos dado la interpretación; más adelante añadiremos unos comentarios.

A un metro detrás del oso hay en el suelo el dibujo de un caballo, cuyo cuello, adornado de misteriosos símbolos, parece como si en un principio hubiera estado cubierto por larga y ondulante melena. Todo el suelo de la "sala del oso" está cubierto de relieves, unos treinta en total, de 30 a 50 cm de largo por 10 a 15 cm de espesor. Lástima que la mayoría estén muy deteriorados debido a que durante ciertas épocas la sala quedaba totalmente inundada.

Por lo que de muchas figuras queda es imposible decir exactamente qué es lo que representan, pero a juzgar por los fragmentos de algunas que no fueron alcanzadas por las aguas, vemos que quizá se trate de una manada de caballos, sobre cuyos cuerpos — como en los de otros animales de Montespan — habíanse trazado signos ininteligibles.

De cuán esencial era para los cazadores de la época glacial el celebrar sus misteriosas ceremonias en lugares apartados o escondidos tenemos una buena prueba en el abrigo de *La Madeleine*, que ha dado su nombre a un período del paleolítico superior europeo. Una y otra vez, en épocas diversas, habíanse instalado en este vasto abrigo, cubierto por

un enorme peñasco, grupos de cazadores del paleolítico. Sus últimos moradores habían barrido hacia el rincón interior más apartado las acumulaciones de desechos, residuos de cocina y de la economía de sus predecesores, formándose así una sala artificial que por medio de tabiques separaron de la parte por ellos habitada. De este modo quedó una especie de capilla de 4,5 m de anchura.

Todas las paredes del abrigo están cubiertas de grabados de animales, pero las pinturas que datan de la época de los últimos ocupantes se encuentran únicamente en la pared de esta "capilla". Según D. Peyrony, descubridor del lugar, en las cercanías no existe ninguna otra cueva más profunda. Es probable, por lo tanto, que en esta sala interior, que debieron de cerrar completamente con pieles de fieras o con ramas de árbol, se entregaran a sus prácticas rituales.

Ritos y sortilegios de los cazadores. — Los ritos que en tales santuarios o en las profundidades de la tierra se celebraban eran, ante todo, manifestaciones de magia destinadas a asegurar el éxito de las batidas de caza. En otras palabras: rico botín y cazaderos cuyas "existencias" no sufrieran merma apreciable habían sido desde siempre la obsesión del hombre arcaico, que vivía exclusivamente del producto de la caza. Sobre todo en el último glaciar, período seco y frío, en que durante los cortos veranos subárticos la vegetación era escasa y raquítica. Los cazadores prehistóricos del oso de las cavernas, lo mismo que grupos de cazadores del paleolítico superior, como hemos visto con los cazadores de renos del norte de Alemania, imploraban y esperaban alcanzar caza abundante a cambio de ofrendas, tal vez también con plegarias, de un dios "señor de los animales" de quien todo dependía. En cambio, los cazadores artistas pensaban de otro modo, puesto que confiaban en sus propios medios para lograr el mismo fin, para lo cual les bastaba disponer de la imagen de la pieza que deseaban cobrar, ante la cual celebraban los ritos apropiados.

Así vemos cómo los cazadores de la tendencia artística (tardía) del Levante español buscaban en parajes desiertos y apartados superficies rocosas que cubrían con pinturas de escenas de caza (figura 9), convencidos como estaban de que estas imágenes, que interpretaban mágicamente sus aspiraciones, poseían una eficacia oculta. Por su parte, los cazadores euroasiáticos tallaban en hueso, piedra o marfil ídolos de animales, o los moldeaban con una especie de arcilla, para embrujar a sus futuras víctimas y tenerlas a su merced. Los franco-cantábricos empleaban ambos procedimientos, pequeñas imágenes y pinturas en las pa-

redes de cuevas tenebrosas, y es en el arte de estos cazadores donde más claramente se pone de manifiesto la magia en sus distintas formas. Debe distinguirse, sin embargo, entre la práctica de los ritos mágicos tal como eran practicados por los cazadores individuales e incluso por grupos reducidos de cazadores y las ceremonias colectivas solemnes de las tribus, que se celebraban en los lugares que consideramos como santuarios suyos. Esta distinción es más evidente en el caso de Altamira, que no se convirtió en santuario tribal hasta el magdaleniense tardío. *La Madeleine* tampoco fue un foco general e ininterrumpido de ceremonias tribales, sino que, antes bien, parece haber servido de sede mágica solamente para las gentes que en diversas épocas de la historia buscaron refugio en ella.

Es lógico que no se emprendiera ninguna expedición de caza, tanto individual como colectiva, sin que antes tuviera lugar la celebración de los consabidos ritos de encantamiento. Si en ella tomaba parte toda la tribu, como, por ejemplo, cuando grandes manadas de bisontes transhumantes atravesaban sus territorios, la ceremonia era colectiva. Probablemente se inauguraba siempre así la temporada de caza.

Era ante todo preciso ejecutar figuraciones de los animales a los que se deseaba abatir. De las imágenes que han llegado hasta nosotros, las hay que son verdaderas obras maestras, mientras que otras no alcanzan ni al parecido con los originales; no todos los cazadores podían ser al mismo tiempo verdaderos artistas, pero cada uno de ellos debía dibujar o pintar *su* presa favorita antes de emprender sus incursiones. Es muy probable que los pequeños modelos o grabados hallados de animales sean en su mayoría ídolos utilizados por cazadores sin talento artístico, a los cuales debía de bastar, antes de ponerse en camino, practicar ciertos ritos mágicos con tales diminutas imágenes de hueso, asta o marfil. M. L. Movius halló en la cueva de *La Colombière* (Ain, Francia) un ejemplar particularmente interesante de piedra mágica o de encantamiento: un canto rodado cubierto de varios grabados superpuestos de animales, a primera vista un verdadero fárrago de líneas para el ojo inexperto. El dueño del guijarro se entretenía seguramente en dibujar un nuevo animal cada vez que partía de caza, repitiendo el procedimiento de superposición, del que tan numerosos ejemplos se hallan en las paredes de las cuevas. Los cazadores prehistóricos utilizaban, además, otro medio para salirse con la suya, evitando al propio tiempo el tener que reproducir cada vez una nueva imagen. Así vemos que a menudo se limitaban a modificar ligeramente los dibujos o las pinturas ya existentes, y ahí está explicado el porqué de esos frecuentes cambios de unos

animales en otros. Más adelante veremos un ejemplo curioso del uso repetido de una misma imagen, cada vez con ligeras variaciones, en la cueva de *Trois Frères*. Los cazadores artistas indudablemente se sentían atraídos hacia ciertos lugares y por algunas paredes subterráneas, quizá porque los creían dotados de mayor eficacia mágica. De otro modo no se explicaría por qué razón trazaban sus obras en superficies reducidas, a menudo superponiéndolas, cuando a poca distancia existía espacio más que suficiente para situarlas unas al lado de las otras. En Lascaux, por ejemplo, tenemos la pintura mural de un toro negro, de unos 3 m de largo, debajo de la cual se distinguen claramente otras tres pinturas diferentes; la del fondo, de tonos amarillos, representa una serie de cabezas de novillos, cuyos cuernos surgen por encima del lomo del toro; la segunda capa figura un toro negro, y todavía por encima hay dos policromías más de bóvidos, una sobre la otra, reconociéndose bien los contornos. Incluso resaltan las cabezas a través de la capa de color negro del último toro pintado. Finalmente, entre la cabeza y la pata derecha de este último se discierne todavía bastante bien, un caballo pardo de estilo arcaico. Cuando de grabados se trata, el resultado de tales superposiciones es, en la mayoría de los casos, un caos de trazos poco menos que indescifrable. El conde Bégouën es del parecer que antes de grabar en una superficie ya utilizada la cubrían los cazadores paleolíticos con una capa de sangre o de pintura para hacer desaparecer las imágenes anteriores, pero éstas reaparecían con el tiempo.

Los cazadores artistas estaban convencidos, al parecer, de que bastaba dibujar la imagen de su futura presa para tener a ésta embrujada, y entonces recurrían a prácticas diversas para someterlas a su voluntad.

Ya hemos visto cómo sobre el cuerpo de las presuntas víctimas figuraban heridas mortales y las armas que se las provocaban, en la creencia de que en la montería se convertirían en realidad sus deseos. El explorador L. Frobenius tuvo ocasión de observar en 1905 un caso sorprendente de superstición cinegética contemporánea, análogo a los de la Edad de Piedra, en el curso de una expedición por el interior de África. Cuatro pigmeos, tres hombres y una mujer, le acompañaron durante una semana por la selva. Como empezaran a escasear las provisiones, pidió un día a los enanos que se procuraran un antílope. Los pigmeos movieron negativamente la cabeza alegando que ya no les era posible aquel día, por ser ya demasiado tarde para poder llevar a cabo los preparativos necesarios, pero que trabajarían en ello antes de la próxima salida del sol. Luego, los tres hombrecitos se dirigieron a la cumbre de una colina, donde procedieron a examinar el terreno hasta que, a su juicio,

debieron de dar con un lugar a propósito. Intrigado les siguió antes de despuntar el día, ocultándose detrás de unos arbustos. Poco antes del alba volvieron los salvajes y los tres hombres limpiaron de maleza un espacio reducido. Luego uno de ellos se inclinó para dibujar algo en la arena del suelo. Mientras tanto, todos ellos, incluida la mujer, murmuraban alguna fórmula ritual. Después se callaron y amaneció. Entonces uno de ellos armó el arco y se acercó al lugar preparado en la víspera. Unos minutos más tarde, al incidir los rayos del sol en el dibujo, la escena siguiente se desarrolló como por ensalmo: la mujer alzó las manos hacia el sol como para apresar los rayos que llegaban, mientras lanzaba exclamaciones incomprensibles para el único espectador, el hombre soltó la flecha, la mujer chilló todavía más fuerte, después de lo cual los hombres desaparecieron de un brinco con las armas a cuestas por la selva. La mujer se quedó todavía unos minutos antes de regresar al campamento. Abandonó Frobenius el escondite y vio que en el suelo allanado habían dibujado un antílope de cuatro palmos de largo, cuyo cuello estaba atravesado por la flecha. Por la tarde regresaron los cazadores con un auténtico antílope muerto de un flechazo en plena yugular. Según Frobenius averiguó más tarde, al día siguiente, antes de que amaneciera, los pigmeos volvieron a la cumbre de la colina con mechones de pelo del antílope y una copa de su sangre; aplicaron una capa de sangre, sirviéndose de los mechones por pinceles, sobre la imagen del antílope, retiraron la flecha y borraron el dibujo.

He aquí un caso clarísimo de "sortilegio pictórico". Si bien es cierto que ignoramos ciertos elementos que son evidentemente más recientes, observamos analogías sorprendentes entre las prácticas de encantamiento por la imagen de los pigmeos de nuestros días y de los trogloditas prehistóricos. Evoquemos, para convencernos de ello, los animales dibujados en la arcilla del suelo de la cueva de Montespan y más aún la de Niaux, donde los hoyitos representan las heridas causadas por cazadores de la época.

En los hallazgos de Montespan tenemos una prueba más notable todavía de esta clase de prácticas: los relieves de león y sobre todo la estatua del oso, con no menos de sesenta flechazos o lanzadas. Aparentemente, mientras se desarrollaban las ceremonias mágicas en la "sala del oso", los hombres de las cavernas no solamente adaptaban al cuerpo de arcilla una verdadera cabeza de plantígrado muerto, sino que cubrían al temible enemigo con una piel de oso, también de verdad, sobre la cual arrojaban un verdadero diluvio de lanzas o azagayas. ¿Qué mejor marco en el que poder confundirse las fronteras entre lo real y lo imaginario

que las entrañas de la tierra, mientras la luz espectral de las antorchas penetraba, danzando por las sinuosidades del techo de la profunda cueva, y proyectaba sobre la pared la sombra negra del enorme animal?

En 1926 descubrieron dos audaces arqueólogos, en una galería lateral de la cueva de Montespan, a unos 800 m de la entrada, una nueva sala en la que sin duda se practicaban también ritos mágicos. Después de una serie de zambullidas en la corriente glacial subterránea, de innumerables resbalones con caídas peligrosas y de haber tenido que salvar penosamente ingentes montones de bloques llanos y escarpados desprendidos del techo, se abrió de repente ante ellos una galería cuyas paredes estaban cubiertas de grabados de bisontes y caballos. Donde parecía que se terminaba la galería dieron con una especie de gatera como de 35 cm de altura, que resultó ser la entrada, difícil de adivinar, de un túnel de 2 m de largo que conducía a la cámara mágica. ¡Cuál no sería entonces la sorpresa de los jóvenes G. Duduc y F. Trombe, que tales eran sus nombres, al descubrir en el suelo del otro lado una gran cantidad de huellas de rodillas y de pies humanos que, bajo delgada capa estalagmítica transparente, se conservaban como en archivo sellado por la naturaleza. En la pequeña sala, sobre la capa de arcilla con que se había revestido la pared del fondo, vieron una composición de tres metros de largo representando una curiosa escena de caza: caballos con numerosos orificios de heridas producidas por lanzas o jabalinas, encabritándose furiosamente contra la empalizada que rodea una zanja hacia la cual son empujados. El caballo delantero se vuelve, con el cuello tieso y los ollares abiertos. Para H. Bégouën es este grabado una de las obras maestras del arte paleolítico. Las figuras de los caballos restantes son ya de menor calidad, y los contornos están ejecutados con los dedos, lo mismo que la empalizada. Esta composición nos hace evocar y comprender lo que hace muchos milenios tenía lugar en el misterioso rincón de esta sala apartada, cuyo acceso podía obstruirse fácilmente, en lo más recóndito del corazón de la montaña, cuyo silencio rompía solamente el monótono murmullo del arroyo subterráneo: aquí practicaban los cazadores de la época glaciar sus ritos mágicos, y sus elementos principales eran la mímica y la danza, como preámbulo de las expediciones para la caza del caballo salvaje.

El cazador no apelaba solamente al encantamiento por medio de la magia para lograr el éxito apetecido como fuente de aprovisionamiento, sino también para protegerse contra sus propios semejantes y contra los animales carniceros que de un modo o de otro le amenazaban. Es posible que detrás del grupo de los tres leones de Montespan pudiera re-



II. — Cabeza de bisonte. Altamira, Santillana del Mar, Santander.

constituirse la historia de las luchas que tuvieron lugar entre hombres y fieras por la posesión de la cueva. La otra estatua de león de la cueva de *Trois Frères* es interesante porque sirvió varias veces.

Las huellas de retoques sucesivos, así como las "heridas" dibujadas en la piel, sugirieron al descubridor de la cueva, conde de Bégouën, la plausible interpretación siguiente: en los cazaderos de *Trois Frères* apareció un buen día un enorme felino y los cazadores decidieron seguirle el rastro y acabar con él. Pero semejante empresa sólo era posible acometerla después de haberse entregado a los ritos mágicos del caso, y por lo que se ve, dieron con una idea original. En una pequeña sala lateral de *Trois Frères* existía una gran concreción calcárea, la base de una estalagmita que utilizaron para modelar la impresionante estatua mágica que debía asegurar el éxito de la operación. Con mano hábil, alguno de los cazadores, probablemente el hechicero, empezaría por esculpir la cabeza, las garras y la cola del león y con un trazo negro quedó separada la espalda del vientre, cuyo color más claro se obtuvo raspando, con un instrumento de sílex, la capa amarillenta que recubría la estalagmita. Luego el artista decoró los flancos de la fiera con proyectiles, en parte grabados con buril y en parte aplicando pintura negra, mientras que de pie, o agachados, los cazadores presenciaban la escena conmovidos y esperanzados. Las dimensiones de la cueva permitían la asistencia de un reducido número de espectadores; en otros lugares donde era menor el espacio es de creer que oficiara un solo cazador o el mismo mago. Una vez terminadas las ceremonias rituales corrían en pos de la presa que suponían ya embrujada. Pero la primera expedición debió de constituir un fracaso, si se tiene en cuenta que las principales características de la primera estatua fueron suprimidas. El artista puso nuevamente manos a la obra, esculpió otro león, siempre con la misma materia prima, pero esta vez com la cola enrollada en lugar de estirada como era antes, sin olvidar, tanto en un caso como en otro, el pelluzgón al extremo de la cola para dejar bien sentado que se trataba de un león y no de un tigre. Todo hace suponer que tampoco esta vez estaría de su lado la suerte, y vuelta a empezar. Nuevamente asistimos a la "refundición" de la estatua, pero ahora, con la experiencia anterior, y quien sabe si por haberse atenido más estrictamente a las prescripciones del ceremonial mágico establecido al efecto, el éxito debió de sonreírles, puesto que ya no hubo más modificaciones.

En la figuraciones de animales aparecen a menudo otros símbolos mágicos cuyo significado a primera vista no es menos claro. Así, por ejemplo, las manos humanas. Al dibujarlas sobre animales el cazador

paleolítico deseaba dejar constancia de que los había hechizado y de que en la próxima batida serían suyos. En la cueva de Lascaux aparece reiteradamente un signo parecido a un peine. Según H. Breuil puede tratarse de una mano muy estilizada, o bien de una empalizada. Los cazadores del último glaciar no solamente daban batidas para acosar la caza mayor hasta escarpados peñascos sin escape posible, como prueban los montones de huesos de caballo hallados en Solutré, sino que también los acorralaban en estacadas inmensas. Sabemos de grabados de empalizadas semejantes, la finalidad de las cuales era seguramente asegurar el éxito de las batidas por medio de preparaciones mágicas. El artista empezaba por dibujar la cerca y en su interior huellas de pasos y también cabezas de animales (figura 24), incluso algunas veces simple-

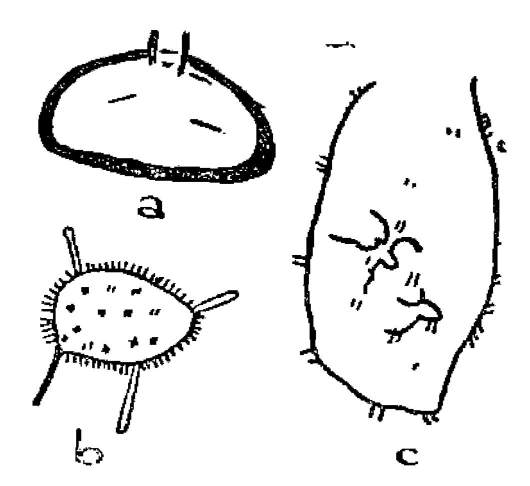


FIG. 24. Trampas destinadas a la captura de la caza en las que aparecen trazadas las huellas y, en una ocasión, las cabezas: *a*) Font-de-Gaume; *b*) y *c*) La Pileta (Málaga). De H. Breuil

mente pistas. Evidentemente los cazadores deseaban atraer con estos símbolos mágicos a la presa hacia un sitio determinado. No otra sería seguramente la finalidad de las pinturas de grupos de animales que suelen figurar en el arte franco-cantábrico, en el que generalmente aparecen animales aislados. Una de las pinturas de Lascaux representa una manada de ciervos que parece atravesar una corriente. Probablemente existiría un vado en las cercanías, por el que el ganado solía atravesar el Vézère, y los cazadores se pondrían allí al acecho. Otro artista talló maravillosamente toda una serie de renos en un hueso, un radio de águila

(figura 25). ¿Nos hallamos ante uno de tantos objetos mágicos destinados a atraer hacia sus cazaderos de Teyjat a los rebaños de renos errantes, o con esta joya quiso conmemorar simplemente el artista el recuerdo de una escena que le habría impresionado, el recuerdo de una cacería particularmente fructuosa por ejemplo? Otros signos que se dan a menudo recuerdan a primera vista tiendas o cabañas, por lo que reciben el nombre de "grabados tectiformes". Ahora bien, si se tienen en



Fig. 25. Cueva de La Mairie, Teyjat (Dordoña). Rebaño de renos grabados en hueso. De H. Breuil.

cuenta los "contextos históricos", se trata más bien de trampas hacia las cuales se obligaba a dirigirse al ganado (figura 26). Sin embargo, según hemos visto anteriormente, H. Breuil sostiene que tales signos representan las moradas de los espíritus de los antepasados. También debemos mencionar otros signos que semejan armas. En la cueva de Pindal, en el norte de España, se descubrieron unos cuantos objetos en

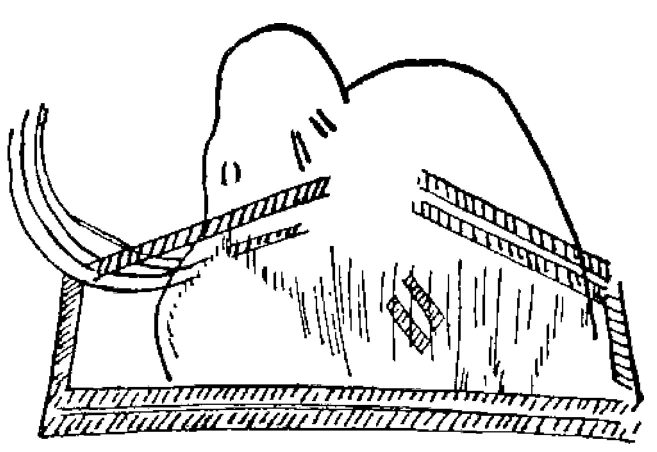


Fig. 26. Mamut capturado en una trampa. Font-de-Gaume. De H. Breuil.

forma de maza, debajo de un bisonte herido. Puede que tuvieran por misión representar las armas con que el cazador confiaba matar a su presa.

Los cazadores paleolíticos sabían muy bien los huecos que sus batidas dejaban entre la fauna ya diezmada por las fieras carniceras o que perecía en masa víctima de epizootias. Las consecuencias no podían ser más desastrosas; menos caza, escasez de alimentos y perspectivas de hambre. De modo que, tanto o más importante que el éxito de sus expediciones cinegéticas era la multiplicación de la caza. Para esto estaba la magia.

No es de sorprender, pues, que se encuentren tantas imágenes de animales hembras seguidas o acosadas por machos en celo, y que abunden asimismo las hembras grávidas. Una yegua de arcilla de la cueva de Montespan tiene las ubres desmesuradamente grandes. El objetivo del artista es obvio: Las hembras debían ser fecundadas para poder engendrar innumerables cachorros con que llenar los huecos que se iban produciendo en los cazadores año tras otro.

H. Martin descubrió el año 1927 en Roc-de-Sers (Charente-Francia) un santuario solutrense en el que se practicaban asíduamente diversos ritos destinados a la multiplicación de la caza. En la zona media de un muro calcáreo de 15 m de altura, entre dos cuevas de habitación prehistóricas, le llamó la atención una plataforma semicircular de 7 m de diámetro. Al despejarla descubrió en el extremo posterior una hilera de bloques calcáreos, dispuestos en semicírculo, con otros bloques semejantes enfrente. Al darles la vuelta observó que contenían esculturas en relieve en la parte inferior. Las había también en varias rocas, con caballos, bisontes, jabalíes, cabras monteses e incluso figuras humanas. Examinando detenidamente las circunstancias del descubrimiento, sacó H. Martin la conclusión que los bloques habían estado colocados antiguamente sobre zócalos dispuestos en hemiciclo contra la pared, en forma de friso.

Es evidente que les obsesionaba la idea de la reproducción de las reses útiles. En uno de los bloques se representa a un caballo que parece cubrir a una yegua, y en otro a una yegua preñada aprovechando los restos de un bloque que representaba otro animal, todavía visible en parte, y posteriormente destruido por el artista. Las figuras humanas parecen disfrazadas. No existe la menor duda de que los cazadores solutrenses utilizaron con frecuencia este lugar para sus ritos mágicos de reproducción de la caza. El hecho que los bloques de piedra estuvieran no solamente derrocados y parcialmente dispersos, sino que algunos fueran mutilados incluso, podría dar pie para suponer que el santuario

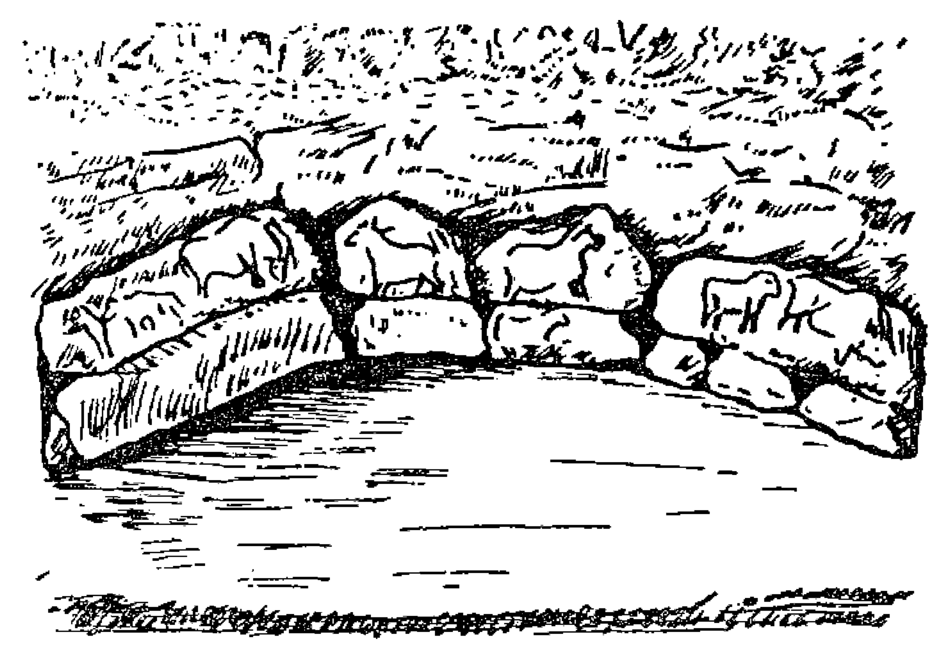


FIG. 27. Roc de Sers, Charente. Reconstrucción ideal del friso con figuras de animales.

fue destruido violentamente, quien sabe si por enemigos de los cazadores que habitaban la región. Si estamos en lo cierto, el acto sacrílego habría tenido por objetivo el asolamiento de los cazadores, de los dueños del santuario. Puede también que los cazadores decidieran un buen día abandonar aquellos parajes y que previamente destruyeran sistemáticamente sus ídolos para despojarlos de su fuerza mágica, la cual creerían poder llevar consigo a su nueva residencia y que, en todo caso, no caería en poder de sus eventuales sucesores.

Algunos hallazgos, particularmente los de la cueva de Labastide, en los Pirineos, hacen plausible tal suposición, o sea que los hombres del paleolítico superior solían destruir los ídolos que por un motivo u otro se veían precisados a abandonar. En la misma cueva de Labastide descubrió Casteret, sobre un banco de piedra, a unos 400 m de la entrada, dos grandes círculos de piedras que contenían carbón vegetal, mandíbulas, dientes de caballos, huesos calcinados, utensilios de sílex y varias losas calcáreas con grabados de caballos, renos, bisontes, mamuts y osos. Lo curioso del caso es que tales losas, en su mayoría rotas, estuvieron todas sin excepción con la cara ilustrada hacia abajo.

Los vestigios más impresionantes de los ritos mágicos relativos a la fecundidad aparecieron en la cueva de Tuc d'Audoubert. En una reducida sala, a 700 m de la entrada, o sea en el extremo opuesto, se descubrió un alto relieve que representa a dos bisontes, una hembra seguida por un macho. Aun cuando las dimensiones de ambos animales en modo alguno correspondan a la realidad, pues miden, respectivamente, 61 y 63 cm de largo, sus rasgos característicos están modelados con sorprendente fidelidad. La hembra, cuyo trazo es más delicado, tiende el cuello y levanta la cola, exactamente como la vaca esperando la embestida del toro. El macho se acerca a ella, más corpulento, macizo, en actitud de hizarse sobre las patas traseras y con el esfuerzo aprieta la cola entre las piernas. A fin de darle exactamente la postura adecuada para montar a la hembra, el artista sustituyó por piedra la arcilla de la parte inferior de la figura.

Hay que repetir que éste no es más que un ejemplo que ilustra la obsesión de los cazadores prehistóricos de provocar por todos los medios a su alcance, incluso mágicamente, la cópula de los bisontes de la región para que no llegaran a faltarles estos animales de los que su alimentación dependía. También en diversas manifestaciones del arte rupestre se halla representado el acto de la cubrición de las hembras. Un grabado de Teyjat figura a un toro detrás de una vaca (figura 28). Los

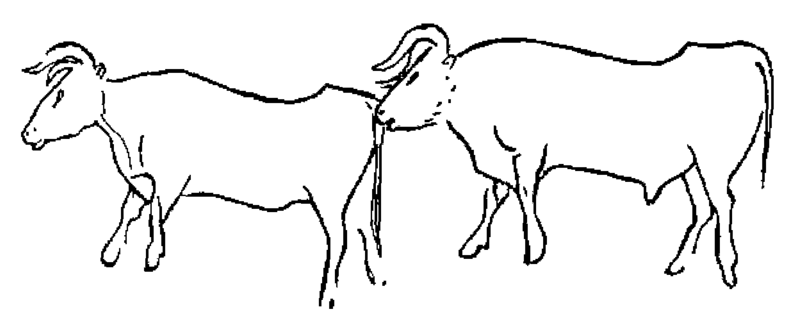


FIG. 28. Toro siguiendo a su pareja. Representación de Teyjat, Dordoña. Longitud total de la escena: 1,05 m. De H. Breuil.

símbolos sexuales hallados en diversas cuevas se utilizaban seguramente para los mismos usos mágicos que estas imágenes, de las que tal vez eran simplificaciones. Esto parece desprenderse de los hallazgos de Tuc d'Audoubert. Cerca de la entrada de la sala del bisonte se hallaron pequeñas figuraciones fálicas y, lo que es verdaderamente raro, las huellas de talones humanos dirigidos, en cinco hileras, hacia esos sím-

bolos sexuales. Según resulta de las investigaciones antropológicas realizadas, esas huellas fueron dejadas por niños, como si delante del relieve del bisonte hubiera tenido lugar alguna marcha solemne o una danza extraña sobre los talones. Tal vez estas huellas en el suelo de la cueva sea todo cuanto queda de los pasados ritos para iniciar a los jóvenes en el secreto de los cazadores. En todo caso no hay duda que las ceremonias que aquí se celebraban, en el seno de la tierra, tenían relación con la magia de la fecundidad.

Otra muy interesante evidencia de fecundidad mágica, y al propio tiempo también de ceremonias de iniciación, se descubrió no ha mucho en el techo del abrigo de Bourdois, cerca de Angles-sur-l'Anglin, en Francia. Se trata de un bajo relieve, perteneciente al magdaleniense, de tres mujeres desnudas con los distintivos del sexo bien aparentes. Las cubría casi totalmente una capa arqueológica del paleolítico que tuvo que ser escombrada. Una de dichas mujeres tiene las caderas estrechas de la adolescencia, pero las dos restantes están manifiestamente en cinta. Mientras que estas dos están muy juntas, la muchacha se halla algo apartada, exactamente encima del lomo de un bisonte cuya cola levantada indica que está en celo. Si tenemos en cuenta que la composición de este bajo relieve en su totalidad no es en modo alguno fruto de un azar, y que las características sexuales de cada una de las mujeres están tan claramente marcadas, el significado del conjunto no puede ser más claro.

Probablemente estaremos en lo cierto si damos por seguro que a menudo estos ritos eran realmente mucho más variados y dramáticos de lo que parecen sugerir las obras de arte que los representan: invocaciones, cánticos, música, disfraces y trucos mágicos. Tendrían, en una palabra, grandes analogías con las prácticas del chamanismo moderno. La mayor parte de las reses son representadas sin flechas, sin armas, ni heridas ni otra clase de símbolos, lo que hace suponer que en este caso, las intenciones o los deseos de los cazadores se expresan de algún otro modo. Aparentemente lo eran en Tuc d'Audoubert por medio de las danzas juveniles. Asimismo, como lo hacen suponer ciertas comparaciones etnológicas, quizá también resonasen durante las ceremonias mágicas los cánticos embrujadores de hechiceros y cazadores bajo las bóvedas pétreas de las cuevas. Cuando los actuales indios de Ojibwa se disponen a emprender alguna expedición de caza, el mago de la tribu suele bosquejar en el suelo o en una corteza de abedul el contorno del animal que desean matar, él pinta luego de rojo el corazón, desde donde tra-

zan una línea de vida hasta la boca. En el corazón clava una flecha mientras canta:

Te disparo al corazón, te doy en el corazón
¡oh! animal, en el corazón te alcanzo.

Así soy yo, así soy, amigos míos;
no fallaré animal alguno.

En diversas cuevas se han encontrado repetidamente silbatos y flautas de huesillos huecos. Si, como parece, tales instrumentos se empleaban durante las ceremonias mágicas, entonces es que los magos de las tribus de la época glaciar acompañaban con música sus invocaciones. Eso parece corroborarlo el interesante hallazgo efectuado en la cueva de *Trois Frères* (figura 29) de un grabado en el que aparecen, a la iz-

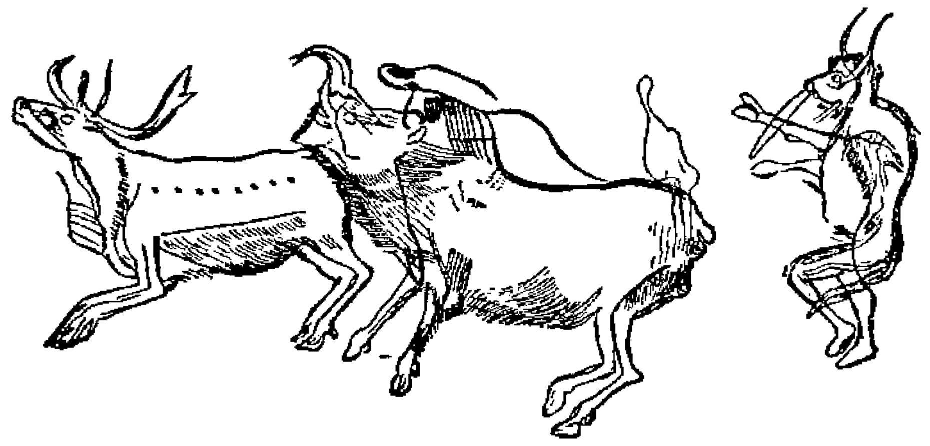


FIG. 29. Trois Frères, Ariège. Hechicero tocando una flauta y marcando pasos de baile marchando detrás de unos bisontes. De H. Breuil.

quierda, un bailarín disfrazado de bisonte, tañiendo un instrumento que muy bien pudiera ser una flauta, y, a la derecha, dos animales huyendo a la desbandada. En estos animales hay algo raro. El primero pudiera ser un reno hembra, pero sus patas delanteras semejan las de un hombre. El otro es todavía más fantástico. En su huida se vuelve hacia el hechicero como cautivado por su música. La mitad anterior de su cuerpo es de bisonte y la posterior de reno. ¿Qué otra cosa puede representar este grabado sino una escena de magia en la que tanto el hechicero como ambos "animales" son cazadores disfrazados?

Estos conjuros eran seguramente más eficaces cuando los cazadores o el hechicero tomaban la misma apariencia exterior de las reses, como se disfrazarían también durante la caza para poder mejor acercarse a la presa sin ahuyentarla, hasta tenerla al alcance de su arco. Los artistas de la época glaciar dibujaron animales sin ojos, sin orejas y eventualmente también sin cuernos. No sería por pura casualidad sino que debe tratarse de omisiones deliberadas. La clave del misterio quizá se halle en el papiro egipcio, que también se ocupa de magia, donde se explica en detalle de qué manera debe procederse para hacer inofensivos a los animales. Basta dibujarlos sin las partes peligrosas de sus cuerpos. Así, por ejemplo, la cabeza en las serpientes y la cola en los escorpiones. El cazador de la época glaciar seguiría la misma lógica de causa y efecto omitiendo los cuernos de ciertos dibujos para que ni bisontes ni toros pudiesen cornearlo. De ser así, cuando suprimía los ojos y las orejas era seguramente para que pudiera acercarse sin ser visto ni oído de las futuras víctimas.

El éxito de la caza exige que el cazador se envuelva en la piel del animal para mejor imitarle; solamente así puede seguir con provecho, para abatirlos más fácilmente, el rastro de aquellos tímidos animales ligeros como alípedos. Pero si quiere aprovechar el disfraz al máximo, el cazador debe identificarse todo lo posible con su futura víctima. Al confirmarle el feliz término de la expedición en su creencia de la metamórfosis, es posible que el cazador llegase a identificar esta práctica de disfraz como una forma mágica tanto o más eficaz que las figuraciones artísticas. En efecto, disfrazado de bestia se compenetra con ella, remeda su sonido, simula sus manejos amorosos, y gracias a tal ardid la sorprenden, la hechizan y la matan. La misma superstición perdura en los pueblos cazadores de hoy, convencidos como están de la eficacia mágica de las danzas con las cuales tratan de imitar los movimientos propios del ganado.

Entre las obras de arte paleolítico descubiertas hasta la fecha se conocen 55 figuraciones de hombres disfrazados de bestia, en su mayoría bailarines. Uno de los grabados más bellos es el asta de ciervo de la cueva de Teyjat que representa a tres bailarines disfrazados de gamuzas machos (figura 30); bailan con el cuerpo erguido y se agitan tan frenéticamente que se erizan los pelos de las pieles que los cubren y parecen arremolinarse dejando piernas humanas al descubierto. En una piedra labrada de La Madeleine se describe con igual airosidad a dos elegantes bailarines, uno de ellos, arrebujado en una piel de buey almizclero, levanta los brazos. También los jóvenes bailarines de Tuc d'Audoubert

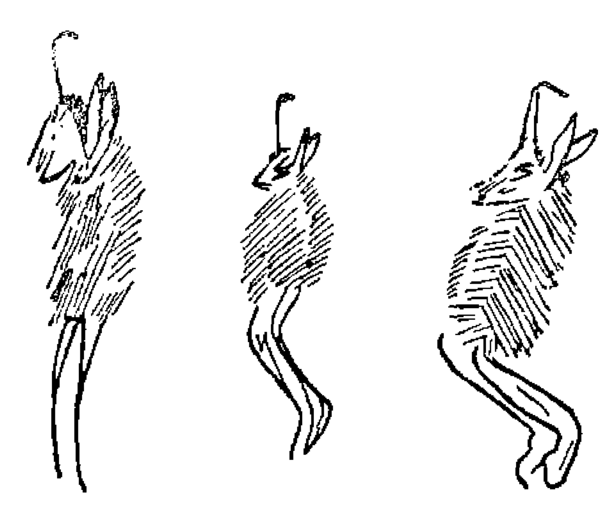


FIG. 30. Probable hechicero caracterizado con disfraz de gamuza que figura grabado sobre un asta de ciervo hallada en Teyjat (Francia). Véase también la lámina 35.

irían disfrazados, en este caso probablemente de bisonte. En Lourdes (Pirineos) se descubrió en una capa magdaleniense una plancha de pizarra con el grabado de un hechicero, disfrazado de ciervo (figura 31). Es un adulto que ejecuta pesadamente un paso de baile, cuernos de ciervo ornan su cabeza y por detrás le cuelga una larga cola de caballo. En Les Combarelles evoca las atenciones que se prodigan mutuamente los animales de uno y otro sexo, un grabado que debió de ser utilizado en los ritos de la reproducción. Representa a un hombre, disfrazado de bestia, provisto de un enorme falo y persiguiendo a una mujer disfrazada como él.

En paredes de cavernas y en microesculturas se hallaron innumerables figuraciones de bailarines disfrazados que corresponden a todos los períodos del paleolítico superior y demuestran la gran importancia que daban a la danza mímica los hombres de la época glaciar.

Fueron principalmente los cazadores de las provincias franco-cantábricas los que acostumbraban a disfrazarse para la celebración de las ceremonios mágicas, siendo así que, a juzgar por los vestigios encontrados era práctica casi desconocida entre los cazadores del Levante español. De esta última procedencia no se conocen más que muy raras obras de esta clase, dos de ellas descubiertas en el barranco de La Gasulla (figura 32). En cambio, esos meridionales de sangre ardiente parecen haber gustado extraordinariamente de la danza, que practicaban mucho más que sus vecinos del norte, para dominar a las fieras (figura 33).

Los retratos paleolíticos de hombre con máscara de bestia ponen claramente en evidencia el papel asignado al hechicero. Ya hemos dicho que éste era no solamente el artista de la tribu, sino también su maestro

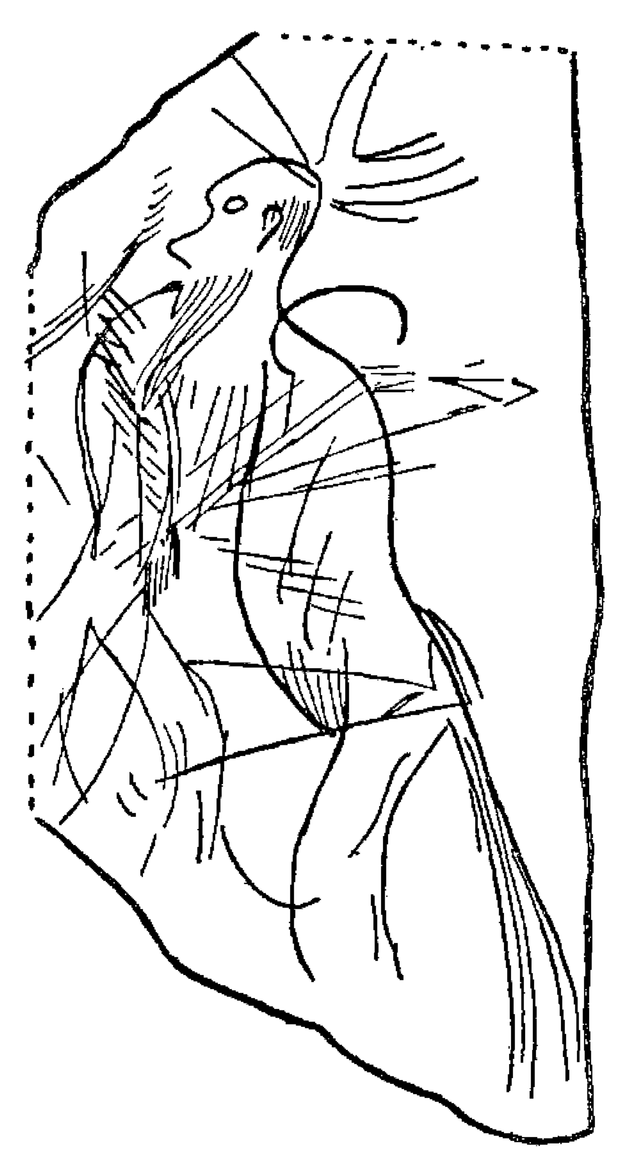


Fig. 31. Espélugues (Altos Pirineos). Hechicero caracterizado de animal; en la cabeza lleva astas de ciervo y en el cuerpo una cola de caballo. Representación grabada en placas de pizarra. De H. Breuil.

de ceremonias. En dos lugares, en Limeuil, Francia, y en Parpalló, España, se encontraron grandes cantidades de grabados sobre placas de piedra en las más diversas fases de ejecución e incluso con correcciones. Eran tal vez "talleres artísticos" prehistóricos, especies de "academias" para el adiestramiento de los futuros artistas, o quizá también "seminarios de hechiceros".

La representación más acabada e impresionante del hechicero paleolítico, con todos los ornamentos y en plena acción del ejercicio de su cargo, se encontró en lo más profundo de la cueva de *Trois Frères*, por



Fig. 32. Cazadores disfrazados del arte levantino español. La Gasulla. De H. Obermaier.



Fig. 33. Arquero en pintura roja oscura, de la Cueva de la Vieja, Alpera (Albacete). Junto a él aparece la figura de un cáprido. De H. Breuil.

cuyas paredes desfila la más extraordinaria colección de animales que comprende a la mayoría de la variada fauna que era familiar al hombre del pleistoceno. Miles de siluetas hablan de reiterados ritmos mágicos y este extraño desfile hállase presidido por una figura todavía más rara, situada a unos tres metros y medio del suelo, en una especie de púlpito de piedra al que se accede por un pasaje estrecho y disimulado que se eleva en espiral. Es el brujo o chamán, que mide 75 cm de altura y en el curso de una misteriosa ceremonia ejecuta una danza mágica mientras domina a las fieras con mirada imperiosa y fascinante. El grabado trazado profundamente en la roca lo representa con cabeza de ciervo, sin olvidar la poderosa cornamenta, con la cara de lechuza, orejas de lobo y barbas de gamuza. Los brazos, medio levantados, acaban en garras de oso, y para redondear la curiosa imagen va provisto de cola de ca-

ballo. De humano no tiene sino las extremidades inferiores, los atributos del sexo y la posición de bailarín. Es de suponer que cada uno de los elementos del disfraz conferían a este peregrino personaje, según las creencias de la época, las fuerzas peculiares a cada uno de los animales en cuestión. Quizá desde la elevada posición en que se encuentra su imagen no figurara a ningún hombre, sino antes bien a un "maestro sobrenatural y primordial de la magia", cuyo representante de turno, el hechicero en carne y hueso, asumía ante los viejos de la tribu la dirección de las ceremonias conducientes a asegurar el éxito de la caza y la consiguiente reproducción de la fauna.

Hay una figuración encontrada en Lascaux que recuerda al "gran brujo" de *Trois Frères*: la del misterioso animal híbrido que parece capitanear la fabulosa reunión de fieras. En 1949 se descubrió, también en Lascaux, otro grabado de 70 cm que representa, a no dudar, a un hechicero, y está tallado en la roca en un lugar cubierto de pinturas de color castaño casi borradas por el tiempo. El personaje está cubierto de pies a cabeza con una suerte de abrigo de hierba seca muy parecido al tipo de disfraz adoptado por los actuales hechiceros de la Guinea francesa. En ciertos aspectos recuerda al brujo de Lourdes disfrazado de ciervo (figura 31).

No está plenamente demostrado que con tales imágenes se intentara realmente representar a seres humanos. De ser así, ¿por qué motivo habrían figurado los artistas paleolíticos a sus hechiceros, o escenas de magia, en las paredes de las cuevas? ¿Nos hallamos tal vez simplemente ante escenas conmemorativas, ante reproducciones de actos que tuvieron realmente lugar? No parece ello verosímil, por lo menos en lo tocante al arte franco-cantábrico. Es mucho más probable que figuren espíritus, que representen a un ser divino, al "señor primordial y sobrenatural de la magia", que a los ojos de los hombres de la época glacial disponía de todas las fuerzas mágicas y de todos los poderes ocultos; divinidad bastante parecida al "señor de los animales" del que se ha hecho ya mención. En opinión de H. Breuil, al "gran brujo" de la cueva de *Trois Frères* debería en realidad llamársele "el dios" de los cazadores de la región, figurado bajo el aspecto peculiar de los hechiceros paleolíticos y adornado con todos los emblemas de la profesión. Por su parte A. C. Blanc lo relaciona con la figura análoga de los pueblos etnológicos actuales, de un genio fantástico marítimo melanesio con cabeza, pies y manos de pescado (figura 34), que es el protector de la fauna marina y llena las redes del pescador, pero que también puede perjudicarle.

Al fin y al cabo, ¿no podría darse el caso que esas imágenes del arte paleolítico superior representaran a seres de categoría superior, quizá incluso a un genio tutelar fáunico? Tal vez fueran considerados como espíritus brujos primevos, un hecho oscurecido por la exuberante difusión de los ritos mágicos. Pero recientemente los etnólogos han puesto en entredicho antiguas interpretaciones puramente pan-mágicas del arte paleolítico. Así, por ejemplo, hace observar A. E. Jenssen que muchas prácticas características de pueblos cazadores, hasta ahora consideradas

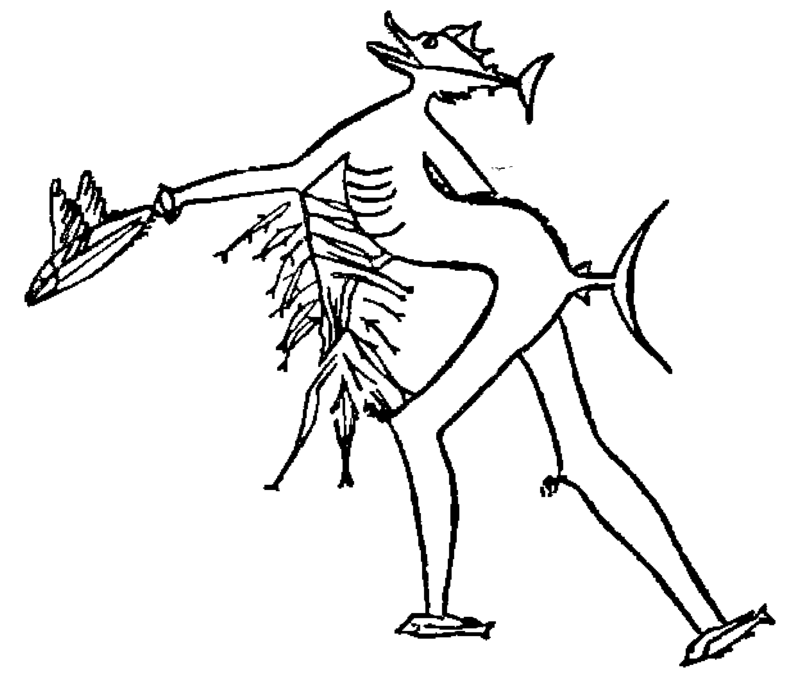


Fig. 34. Divinidad marina de Melanesia. De R.-H. Codrington.

como mágicas, "nada tienen que ver con la magia, sino que son puramente religiosas". Es más, años atrás sugirió H. Obermaier que los grabados de la época glaciar, que radican casi exclusivamente en lugares apenas visibles, no estaban destinados a ser contemplados por los hombres, sino que habían sido ejecutados para solaz de una divinidad o de varias. El respeto y la veneración debidos a tales divinidades implicaba sin duda la práctica de ritos mágicos. Puede que algunos depósitos de objetos, evidentemente de carácter secreto, tales como utiles de hueso o de sílex, en grietas o en nichos naturales, tuvieran alguna relación con

este culto. Podrían ser simplemente ofrendas. Casteret descubrió en Montespan un gran número de pequeños plásticos de arcilla: fajas y bolas pegadas a la pared y perforados con agujeros redondos, algunos de los cuales contenían utensilios diversos. En la pared de la "sala del oso" observó un saliente en el que se formaba un hueco, semejante a una pila del agua bendita, llena de sílexs tallados. En otra roca halló una serie de trazos concéntricos e inmediatamente debajo unas cuantas estalactitas pequeñas amontonadas como un paquete de lápices. Hugo Obermaier comunica la existencia en la cueva de La Pasiega, en Santander, de una especie de trono sobre el que se había colocado un instrumento de sílex en la misma posición que si fuera una ofrenda. También las huellas misteriosas de manos mutiladas descubiertas en la cueva de Gargas — en la que no se hallan asociadas a ninguna figuración de animales, contrariamente a lo que sucede en otros lugares — pueden seguramente interpretarse como otros tantos símbolos de consagración a una divinidad. En la misma cueva aparecen a menudo dibujos de manos mutilados (figura 35). ¿Puede inferirse de ello que los ritos de ciertos

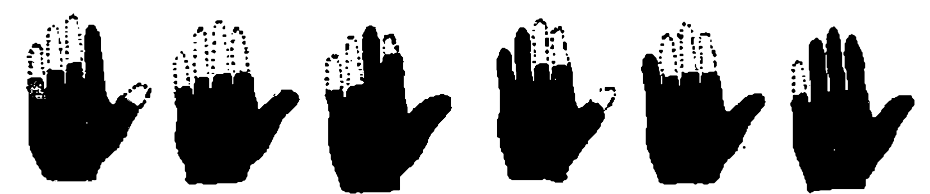


FIG. 35. Manos mutiladas. Tabla de las que con más frecuencia aparecen representadas en la cueva de Gargas (Altos Pirineos). De Casteret.

sacrificios exigieran tales auto-mutilaciones? Como en tantas otras ocasiones, también esta pregunta queda sin respuesta. Solamente podemos avanzar suposiciones. Pero lo que sí podemos afirmar es que para los cazadores del paleolítico superior había seres sobrenaturales, espíritus o demonios, detrás de sus creencias y de sus prácticas mágicas.

6. El culto a las "diosas madres"

Las estatuas femeninas auriñacienses. — Entre las obras de arte de los cazadores del último período glaciar del que nos hemos ocupado hasta ahora, y en cuyo punto central aparece siempre el animal en sus diversas formas, hay un grupo que debe estudiarse completamente aparte. Nos referimos a las pequeñas figuraciones de mujeres, a veces en relieves, pero casi siempre en miniaturas enteras.

Su área de difusión abarca una extensión considerable, desde el sur de Francia hasta Siberia (Malta, a orillas del lago Baikal), y desde el norte de Italia hasta el Rhin medio, sin que, al parecer, este arte plástico traspasara los Pirineos, lo cual no deja de ser algo raro.

Estas estatuas de mujer están talladas en piedra, hueso o marfil, oscilando su tamaño entre 5 y 25 cm. Las primeras se descubrieron en Europa Central, y generalmente se trata de mujeres desnudas, raramente con vestigios de adornos, y casi sin excepción representadas en plena madurez. Todos los rasgos individuales se suprimieron deliberadamente de los retratos, pero en cambio las características sexuales femeninas están siempre muy acentuadas, cuando no exageradas. Entre las figurillas encontradas en el norte de Europa y en Rusia las hay vestidas o cubiertas con un velo.

El ejemplar mejor acabado que de ellas se tiene noticia es la estatuilla de marfil, de 14,7 cm de altura conocida por "La Venus de Lespugue", obra del arte plástico cuaternario, que estaría completamente desnuda a no ser por el faldellín que pende de la parte posterior de su cuerpo. El artista no quiso lucirse ni en la cabeza ni en los pies. La misma peculiaridad llama la atención en la "Venus de Savignano" (Italia septentrional), una figurilla de forma serpentina, de 22,5 de altura, que por el estilo se aparenta a la precedente. Pero por su realismo y vigor plástico eclipsa a todas las demás la "Venus de Willendorf" (Austria), figurilla de 11 cm que aún conserva algunas trazas de pintura.

La tendencia artística de la época glaciar se orienta decididamente hacia lo abstracto. Este proceso es más acentuado en las regiones del este, donde las figurillas toman forma de pájaros con grabados de figuras geométricas, pero quedando siempre bien aparente el triángulo que representa el sexo femenino (figura 36). En un grabado sobre marfil procedente de Prédmost (Moravia) la forma femenina se resuelve en ele-

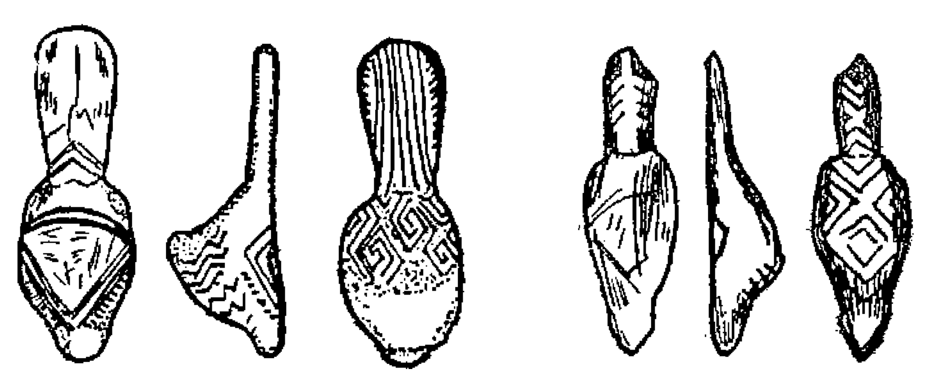


FIG. 36. Figuras femeninas esquematizadas, en forma de pájaro, procedentes de Mezine (Rusia). De H. Golomshtok.

mentos puramente geométricos que nada tienen que ver con la realidad (figura 37).

Además de las estatuillas, los paleolíticos representaron a mujeres en relieves de dimensiones relativamente grandes, de los cuales se des-

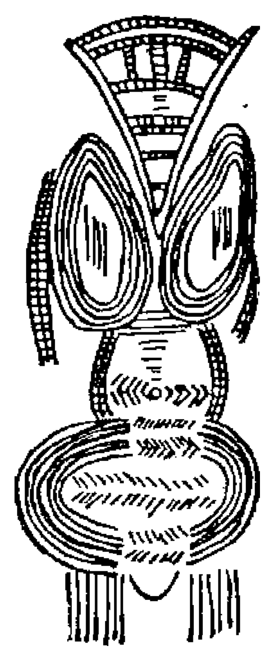


FIG. 37. Figura femenina esquematizada, grabada en marfil. Predmost (Moravia). De H. Obermaier.

cubrieron seis en los depósitos auriñacienses de Laussel (Dordoña-Francia), y las figuras femeninas en ellas esculpidas son del mismo tipo que aquéllas. Uno de los relieves plasma un parto o quizás el acto de la fecundación. También existe una figura masculina. No es que las figuras masculinas estén completamente ausentes en el arte plástico del último glaciar, pero tampoco abundan; podríamos decir que son excepcionales. Ya hemos mencionado las otras tres representaciones femeninas en un abrigo de Angles-sur-l'Anglin que pertenecen al magdaleniense, pero cuyo estilo acusa sorprendente parecido con las estatuillas del auriñaciense-perigordiense y con los relieves de Laussel.

Las figuraciones plásticas femeninas que se conocen datan casi todas del auriñaciense. También las hay del magdaleniense, pero éstas son poco numerosas y generalmente de una estilización extremada.

Carácter religioso de las imágenes femeninas de la época glaciar. — A pesar de ciertas diferencias o peculiaridades, todas esas obras del arte paleolítico constituyen indudablemente una unidad claramente delimitada y de apariencia fácilmente definible. Esta unidad externa sólo puede explicarse por una mentalidad y una espiritualidad comunes a los hombres euroasiáticos del último período glaciar.

No escasean las teorías tendentes a explicar el significado de estas curiosas creaciones plásticas, siendo una de las más en boga la de que representan algún ideal erótico. De ahí la designación de "venus" con que se las conoce. Debe, empero, hacerse observar que en lo tocante a erotismo esas estatuillas se quedan muy atrás en relación con las similares posteriores de la edad de los metales. Además, no se trata de adolescentes, sino casi exclusivamente de madres, de mujeres maduras en una palabra. La mayoría de los investigadores, por consiguiente, atribuyen a estas estatuillas un carácter religioso y tienden a considerarlas como imágenes de diosas-madres o de ídolos de la fecundidad.

Es, con todo, evidente que tales interpretaciones quedaban en meras hipótesis mientras se desconocían, o no se tenían suficientemente en cuenta, las condiciones exactas de su descubrimiento y las del medio cultural a que corresponden. Gracias a los hallazgos realizados en Rusia y en el oeste de Siberia fue posible abordar otra vez la cuestión bajo un nuevo aspecto.

Se ha demostrado que las figurillas femeninas provienen de niveles de habitación. Todas se encontraban cerca de las antiguas paredes de cabañas ahondadas en el suelo. En Gagarino (Ucrania) se recogieron siete figurillas en ambas paredes laterales de una choza, algunas debie-

ron de estar colocadas en nichos o cavidades todavía visibles, o sea que algún papel debieron de desempeñar en la vida de los auriñacienses. Eran seguramente ídolos y algunas de sus particularidades parecen confirmar este punto de vista. A menudo acaban en punta, de modo que podían mantenerse firmes en el suelo o en altares sin necesidad de zócalo alguno. Unos tienen los pies perforados como para poder ir colgados de otro objeto y en otros quedan todavía trazas de color, tal vez restos de decoración aplicada por sus fieles en determinadas circunstancias. Que se ataviaba a los ídolos parecen existir pocas dudas a juzgar por los agujeros de algunas figurillas en los cuales podían colocarse flores u otros adornos. Mencionemos de paso, por curiosidad, que los artistas tenían especial esmero en el peinado.

En vista de su apariencia y de la naturaleza del yacimiento de donde proceden, creemos poder ratificarnos en la suposición que los hombres de la época glaciar practicaban alguna especie de culto a los espíritus tutelares domésticos. Corrobora semejante opinión el hallazgo de figuras rotas realizado en Rusia, en Kostjenki, a orillas del Don. Por lo visto, las rústicas moradas tuvieron que ser abandonadas a la fuerza y sus ocupantes habían querido destruir, antes de la huida, a sus espíritus protectores, a los cuales seguramente no les era posible llevarse consigo.

Comunica F. Hancar que ciertas tribus de cazadores del norte de Asia producen todavía estatuillas en forma humana. Las llaman *dzuli*, pero no las tallan en piedra o en marfil como los paleolíticos, sino en madera. Los ídolos de una de esas tribus son femeninos y representan a la primera antepasada mítica, de la que creen que descienden todos los miembros de la tribu. Estos *dzuli* son también los espíritus protectores de la familia y de la tribu, y sus poseedores los legan a sus descendientes de generación en generación. Se les confía el cuidado del hogar cuando salen para la caza y al regreso les ofrecen avena y grasa.

De modo semejante las figurillas paleolíticas parecen haber hecho las veces de espíritus tutelares domésticos y de símbolos del origen de la familia y de toda la tribu, o sea que representaban a la "diosa madre". Hancar cree poder explicar este fenómeno por una especie de sedentarismo que tuvo sus inicios en el auriñaciense, durante el cual la mujer desempeñaba un papel importante en la vida de la comunidad.

En todo caso es un hecho que tales estatuitas proceden siempre de lugares de habitación, lo que implica que los hombres ya no iban de un sitio a otro como antes, sino que en cierto modo habían escogido algún lugar determinado que les parecería adecuado para fijar en él su residencia. Este sedentarismo de los auriñacienses de Rusia se pone de ma-

nifiesto por los restos de chozas hundidas y por los a menudo ingentes montones de huesos de animales comestibles encontrados en las proximidades. La razón de que no se hayan hallado, sino muy excepcionalmente, estatuillas femeninas en el magdaleniense europeo occidental se debe sin duda al hecho que por su condición de cazadores de renos seguían a los rebaños en sus migraciones anuales sin poder echar raíces en sitio alguno.

La transición del nomadismo al sedentarismo depende de condiciones económicas favorables y apropiadas, lo cual para los cazadores se traduce en abundancia de caza. Los auriñacienses no vivían precisamente en un paraíso de la caza, pero los que ocupaban los vastos territorios del este (Europa oriental y Siberia occidental) podían establecerse de manera poco menos que permanente a orillas de los ríos a lo largo de los cuales pasaban las pistas de migración del ganado que les proveía de carne, sobre todo el mamut. Otro factor contribuyó a dicha transición. Las tempestades de nieve durante los inviernos interminables interrumpían sus cacerías obligándoles a constituir depósitos de provisiones, a sacar el máximo partido posible de la caza y por ende a ejercer actividades no compatibles con el nomadismo. La abundancia de caza y el clima riguroso de la época glaciar, pues, fueron otras tantas causas que determinaron la nueva tendencia sedentaria de los cazadores auriñacienses.

Consecuencia de semejante estabilidad fue que aumentara la importancia de la mujer en la vida económica de la tribu, pues, con motivo de la división del trabajo, a ella le incumbía sacar el máximo partido y provecho posible del botín de los hombres no solamente preparando la comida, sino constituyendo reservas alimenticias, curtiendo las pieles con que se vestían y protegiendo las chozas en ausencia de los varones. O sea que en el terrible período glaciar la existencia misma de la horda de cazadores dependía menos de la abundancia de la caza que de su calculada utilización.

El estatuto social de la mujer mejoró también con el cambio, pues con la vida sedentaria la cohesión de la tribu derivaba de la creencia en un origen común de todos sus miembros, unidos por lazos de consanguinidad, ya que todos descendían de la misma antepasada mítica. Las imágenes de esta "diosa-madre" como símbolo de la unión íntima de las hordas cazadoras sedentarias tienen su equivalente en las estatuitas femeninas de la comunidad totémica de cazadores nómadas (Hancar). Según este mismo autor, la mujer auriñaciense tomaba parte en las ceremonias mágicas de la caza.

En Malta (Siberia) se hallaron dos figurillas femeninas decoradas con fajas transversales por todo el cuerpo, a excepción de la cabeza y parte del pecho. V. I. Gromov está seguramente en lo cierto cuando afirma que se trata de mujeres cubiertas con pieles de animales. A juzgar por la relación entre la longitud de la piel y la talla del cuerpo humano, así como también por la forma de la cola, muy exactamente figurada, es la piel de un gran felino, y basándose en la apariencia atigrada de dicha piel, cree Gromov que procede del león de las cavernas, de cuyos huesos se han encontrado grandes montones en Malta. Es muy probable que en ambos casos las pieles sirvieran únicamente de abrigo, pero puede también que debamos ver en ellas algo más que vestidos para cubrirse, pues sabemos de otras composiciones paleolíticas representando ritos de la magia de la reproducción en las que mujeres toman parte activa disfrazadas de animales. De modo que, por analogía, estas estatuillas de Malta tal vez representen a hechiceras o que sean incluso efigies de la "madre primeva" en su calidad de "gran hechicera".

Es posible que tengamos un santuario de esta gran hechicera en la caverna de Laussel donde se descubrieron los curiosos relieves anteriormente mencionados. Recordaremos que uno de tales relieves representa una escena de parto o de concúbito. A través de todo el auriñaciense son corrientes las figuraciones del sexo femenino y del masculino. En cambio, en las épocas siguientes del paleolítico superior son tan raras como las estatuas mismas. Tal contemporaneidad es significativa. En el arte paleolítico no se consideraban los órganos sexuales como objetos eróticos u obscenos, sino antes bien como símbolos materializados de la fuerza generadora y fecundadora gracias a la cual se aseguraba la existencia y la continuidad de la tribu. Luego, como encarnación de esta potencia que tenía en ella su verdadero origen, apareció la "madre primeva". Los curiosos relieves de Angles-sur-l'Anglin podrían ser indicios de que el culto a la "madre primeva" lo practicaban ya, en una forma u otra los magdalenienses.

De modo que, muy probablemente, las estatuitas en cuestión eran ídolos del culto a una "diosa madre" o "madre primeva" practicado por los cazadores de mamut que durante el auriñaciense poblaban el inmenso territorio euroasiático que se extiende desde el sur de Francia hasta el lago Baikal en Siberia. En esta "diosa madre" los cazadores veneraban a la fuerza primordial que había engendrado a los hombres, a la protectora de la vida sexual gracias a la cual la tribu se perpetuaba y multiplicaba, a una divinidad del hogar, a una divinidad en fin que contribuía con su protección al éxito de la caza. Pero este culto, que es-

taba ligado a condiciones de vida relativamente sedentarias no pudo prosperar en las civilizaciones paleolíticas del período magdaleniense cuando la vida nómada suplantó la existencia más estable del auriñaciense, y las estatuitas de la "diosa madre" perdieron su significado.

O sea que el culto de esa "diosa madre" en la primera mitad del paleolítico superior parece no haber sido más que un simple episodio aislado, pero ya prefiguraba el culto a la diosa madre en el neolítico, cuando vemos reaparecer las imágenes de mujeres en sus más variadas formas.

IV. LA RELIGIÓN EN EL MESOLÍTICO

1. Período de transición

Período de transición. — El mesolítico se sitúa entre la época glaciar y el presente geológico. Durante ese período intermedio tuvieron lugar profundas transformaciones en el clima, en el paisaje y en la fauna del hemisferio norte que afectaron, naturalmente, la vida de los hombres, y tanto la economía de éstos como sus civilizaciones, acusan un carácter transitorio muy acentuado.

A fines del pleistoceno los glaciares acabaron por retirarse de Europa donde empezó a disfrutarse de un clima bastante parecido al de hoy. Las regiones libres de hielo, o ya no azotadas por el viento terrible de los glaciares, fueron cubriéndose de bosques, estepas y pantanos. Las especies fáunicas adaptadas al frío se extinguieron, a excepción de los renos que emigraron hacia el norte.

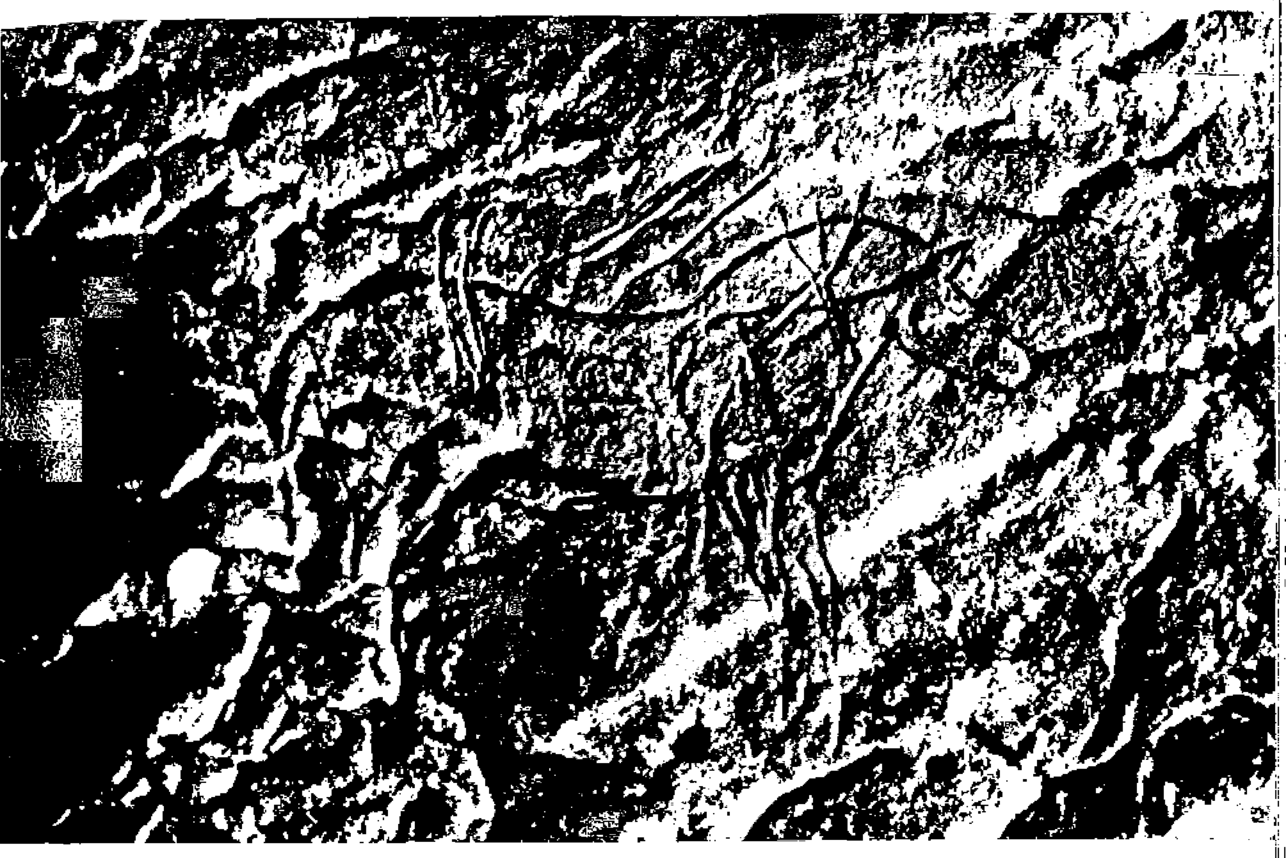
La mayor transformación geológica se produjo en el norte de Europa. Después de que los glaciares se hubieron retirado de Escandinavia, esta región quedó aislada del resto de Europa por un mar de hielo, cuyas orillas, sin embargo, no correspondían con las actuales del mar Báltico, puesto que este mar cubría entonces grandes extensiones de lo que es ahora Finlandia y sur de Suecia. A lo largo de la costa meridional de este mar de hielo, desde Finlandia a través de los estados bálticos, el norte de Alemania hasta los Países Bajos, se extendía una zona de tundras árticas con la vegetación característica de las latitudes altas. Pero tan pronto se hubo fundido la capa de hielo que cubría las montañas de Escandinavia se elevó tan considerablemente el nivel de las costas de Noruega, Suecia, Dinamarca y Finlandia que el Báltico quedó convertido en un mar interior. Hacia el fin del mesolítico tomó definitivamente la forma actual al abrirse un canal que lo puso en comunicación con el mar del Norte.

Mientras tenían lugar estas transformaciones geológicas, es decir, a lo largo de varios milenios, el bosque iba ganando lentamente terreno a las estepas árticas. El suelo de la tundra se deshelaba sólo superficial-

mente durante la corta temporada de verano, cuando musgos y líquenes luchaban por la existencia y acá y acullá aparecían tímidamente fanerógamas, hierbas, raquíticos sauces polares o abedules enanos que sacaban nuevos brotes. Entonces el hombre y el reno se aventuraron por las inhóspitas regiones septentrionales por donde, bajo un clima en un principio frío y seco, luego seco y templado, avanzaban ya decididamente plantas y bosques, premisa indispensable para la subsistencia de hombres y animales.

A raíz de este cambio iniciáronse por doquier en Europa grandes migraciones que duraron varios milenios. La paulatina rarificación de la caza y sobre todo la retirada de las manadas de renos obligó a los antiguos cazadores a abandonar las regiones en cuyas cuevas habían vivido hasta entonces, y su vida económica sufrió una metamórfosis completa. Mientras que al principio muchos habitantes de Europa continuaban vegetando con el producto cada día menos abundante de la caza, que trataban de suplir con otros recursos alimenticios de algunas especies vegetales, pues la vegetación era cada día más exuberante, hordas cada vez más numerosas errando de un sitio para otro, a lo largo del litoral de los mares, desde la Península Ibérica hasta muy adentro por el norte de Asia acabaron por instalarse a orillas de lagos y ríos, donde a partir de entonces vivieron de la pesca. Más tarde, hacia el fin del mesolítico, junto a esas mediocres culturas de cazadores y pescadores prosperaron civilizaciones de agricultores y ganaderos, en las que se nota la influencia de nuevos grupos humanos procedentes del Asia Occidental.

Civilizaciones mesolíticas. – Aunque parezca paradójico, en realidad, las civilizaciones mesolíticas nos son menos familiares que las paleolíticas. Hasta hace poco se distinguían principalmente las tres siguientes: aziliense, tardenoisiense y campiñense, por más que las dos últimas se consideren ahora pertenecientes al neolítico inferior. En el norte de Europa las civilizaciones correspondientes y emparentadas eran la maglemoisiense y la de *kjoekkenmoedding* (denominación usada por los arqueólogos para designar el paradero o conchero, y, en general las acumulaciones de basuras de las viviendas prehistóricas). Se distinguen, además, otras dos fases culturales, de las cuales únicamente la ahrensburguense nos importa por su relación con lo que sigue. Aun cuando, según opiniones expuestas recientemente, podría considerársela con más propiedad como perteneciente todavía al paleolítico, tanto por el ambiente en que se constituyó como por su economía y el modo de vida de sus representantes.



40. El Buxu (Oviedo). Caballo grabado en la roca.



45. La Pileta (Málaga). Figura animal en período de estilización.

Períodos culturales en: Europa central y occidental	Europa septentrional	Cronología absoluta aproximada
Magdaleniense tardío	Hamburguense	15.000 – 10.000
Aziliense Tardenoisiense inferior	Ahrensburguense Maglemoisiense	10.000 – 5.000
Tardenoisiense superior Campiñense (neolítico precoz)	Cultura de kjoekkenmoedding	5.000 – 3.500
Neolítico	Neolítico	3.500 – 2.000

Esta tabla muestra la relación entre las culturas mesolíticas, las precedentes y las posteriores, con su cronología aproximada.

Enclavadas entre las brillantes culturas de los pastores del magdaleniense y las más prósperas aun de los agricultores neolíticos, las del mesolítico parecen bien pobres. Injusto sería, sin embargo, atribuir por ello a los hombres del mesolítico menor capacidad cultural. Si consideramos la posición del hombre del mesolítico en el grandioso marco de la historia de la civilización, y no perdemos de vista los problemas con que tuvo que enfrentarse, comprenderemos su aparente decadencia y que su cultura debiera forzosamente de tener la sencillez que la caracteriza. Su papel en la transición postglaciar no fue el de un heredero o guardián de los logros de la era precedente, sino el de un precursor e iniciador de nuevos progresos culturales. En muchos terrenos tuvo que adquirir conocimientos e inventar técnicas para poder hacer frente a problemas diversos en situaciones completamente nuevas. En una palabra, el hombre mesolítico creó las bases de las culturas que florecieron luego en el neolítico y en la Edad de los Metales, de las que finalmente surgieron nuestras civilizaciones históricas.

2. Prácticas religiosas de los cazadores de renos de Europa Septentrional

Ritos propiciatorios. — Desde principios del período postglaciar los renos se habían retirado hacia el norte de Europa seguidos por sus cazadores. Estos cazadores de renos vivieron varios milenios más tarde que los del hamburguense, cuyos descendientes directos no eran, y con todo no deja de ser muy extraño que practicaran un rito propiciatorio idéntico al suyo. También ellos ofrecían a sus dioses renos jóvenes, hembras de dos años, que inmergían en los lagos.

En los estratos del yacimiento lacustre de Stellmoor quedó constancia de dicha práctica en ambos períodos.

El lago a cuyas orillas habían sentado sus reales se cegó probablemente hacia finales de la época glaciar, a juzgar por la turba oscura que ocupa ahora su lugar. Cuando el hielo acumulado en el fondo empezó a derritirse, ya sea en el postglaciar, ya sea, según teorías más recientes, a finales de la misma época glaciar, la depresión se inundó de nuevo, formándose un nuevo estanque en el emplazamiento del anterior. Y, como anteriormente, otros cazadores de renos se instalaron en sus orillas. Los análisis de polen demuestran sin lugar a dudas que la estación remonta al postglaciar, y su descubridor A. Rust atribuye a su nivel arqueológico unos 8.500 años. Bajo el punto de vista de la historia de las civilizaciones es tanto como decir que data del mesolítico inferior y Rust le ha dado el nombre de etapa ahrensburguense.

En la capa de limo que cubre la turba parduscа encontró Rust nada menos que doce renos enteros que los cazadores ofrecieron a sus dioses. Todos habían sido inmergidos con piedras en las cavidades torácica o abdominal. En la caja torácica de uno de los esqueletos se halló un fragmento de flecha de madera con la correspondiente punta de sílex, o sea que aquellos animales provenían del botín de caza. Si se tiene en cuenta que en la misma capa de légamo se hallaron unos 30 cráneos de animales jóvenes y fragmentos de huesos torácicos asociados de modo característico a grandes piedras, y que la capa arqueológica no ha sido aún investigada a fondo, podemos muy bien hacer nuestra la conclusión a que llega Rust, según el cual los ahrensburguenses inmergieron en las aguas de su lago a unos 45 renos. No debe inferirse de esta elevada cifra que los sentimientos religiosos de los mesolíticos de Stellmoor estuviesen más desarrollados que los de sus predecesores hamburguenses.

Lo que sucede es que aquéllos ocuparon la estación mucho más tiempo. Rust calcula en unos 1.000 los renos cazados por ellos.

El hecho indiscutible, que un rito propiciatorio cuyas primeras manifestaciones datan de los primeros tiempos paleolíticos, reapareciera milenios más tarde en el mesolítico y en idéntica forma, es por lo menos asombroso. Prueba, si otra cosa no, que las prácticas religiosas tienen un extraordinario poder de supervivencia. De ello se deduce que las creencias religiosas asociadas a tales ritos fueron compartidas, desde el paleolítico inferior, por sucesivas generaciones de cazadores de renos.

En opinión del mismo Rust, tanto en el caso de la fase hamburguense como en la ahrensburguense se trata de civilizaciones "emigradas", derivadas de otras más antiguas originarias del este europeo. De ser así debería buscarse en el este el origen de los ritos de caza. Esta hipótesis parece dar la razón a los que afirman que las antiguas religiones del este difieren extraordinariamente de las del oeste. Desde siempre, el elemento principal de las prácticas religiosas era, en el este, el sacrificio de una víctima que se ofrecía como tributo a un ser supremo que disponía del éxito de la caza; una divinidad cuya naturaleza sufrió diversas alteraciones con el transcurso del tiempo. En el oeste de Europa domina, en cambio, la magia. Tal vez el arte espléndido de los cazadores, la función mágica del cual no debe pasarse por alto, deslumbrara de tal modo a los investigadores que les incitara a no ver sino magia en épocas durante las cuales se profesaban sin duda *simultáneamente* otras creencias.

Ciertos indicios nos hacen suponer que además de los sacrificios de animales por inmersión que hemos mencionado, los antiguos cazadores ahrensburguenses de renos practicaban otros ritos. Algunos hallazgos realizados en Stellmoor hacen plausible tal hipótesis por su gran analogía con las ofrendas que los indígenas del norte de Asia depositan en ciertos lugares sagrados. Según cuentan viajeros, allí se encuentran todos los objetos imaginables: viejos cuchillos, hachas rotas, bolas de plomo y fragmentos de loza. También en la capa arqueológica de Stellmoor se encontró de todo un poco: hachas talladas en cornamenta de ciervo, flechas de madera y útiles de hueso. En un principio se les tomó, sin razón, por desperdicios, cuando muy bien puede tratarse de ofrendas, en cuyo caso el estanque era sagrado para ellos. Sabemos ya de utensilios de sílex hallados en la estación paleolítica de Malta (Siberia) que fueron depositados con las ofrendas. Por lo tanto no sería nada del otro mundo que también los cazadores de renos hubieran arrojado al lago sagrado algunos de sus objetos personales, ya sea para transmitir sus de-

seos a las altas esferas, ya sea en acción de gracias. Muchos años más tarde, durante las Edades de Bronce y de Hierro, se extendió considerablemente la costumbre de esta clase de ofrendas.

El poste del culto. — El nivel arqueológico mesolítico de Stellmoor ha proporcionado también otros documentos de carácter religioso. Rust descubrió, junto a la orilla de un antiguo lago postglaciar, un palo de madera de pino de 2,11 m de largo por casi 12 cm de grueso. Yacía en un ángulo de 45º en relación al lago, la extremidad dirigida hacia la orilla era afilada, en tanto que la opuesta no, y estaba coronada por casi la totalidad de la parte anterior de un cráneo de reno. El resto se habría desprendido seguramente con el tiempo. A juzgar por el desgaste de los dientes, era de un animal de unos 15 años, o sea uno de los dos renos más viejos que jamás se hayan encontrado.

A lo que parece, este cráneo, o la cabeza con el hocico, había sido montado sobre el poste de tal manera que las cuernas del reno, que son casi paralelas al cuerpo, apuntaban al cielo (figura 38). La ausencia del occipital puede ser debida a que, después de la descomposición de los tejidos, cedieran con el peso de la cornamenta las suturas óseas, y las tempestades habían hecho lo demás. También entra en lo posible que el cráneo no se rompiera hasta que se cayó el poste. No lejos de éste se hallaron varios occipitales completos, pero no hubo manera de hacer coincidir ninguno de ellos con el fragmento de cráneo del poste.

El lugar escogido para plantar el poste en cuestión contribuye en gran manera a aclarar su finalidad. En vez de erigirlo bien a la vista en una altura del collado cercano al borde del valle, los cazadores lo colocaron a orillas del lago, precisamente en un lugar donde éste formaba una pequeña bahía. Sabemos que los cazadores inmergían a sus víctimas desde la orilla de los lagos. La relación con el lugar del sacrificio parece ser, pues, evidente.

Se trata sin duda alguna de un "poste de culto", pero que no debió de servir únicamente para indicar con su macabro remate el emplazamiento del sacrificadero. También lo utilizarían para exponer ofrendas, pues Rust hizo asimismo el hallazgo característico de doce grandes cráneos de reno, dos de ellos con los occipitales intactos, lo que prueba que los cráneos no fueron abiertos para extraerles el cerebro, sino que se utilizaron para fines religiosos, habiendo probablemente adornado también el poste del culto antes de acabar en el lago.

Estos cráneos no fracturados y especialmente el que estaba sobre el

poste recuerdan las ofrendas, mencionadas anteriormente, de cabezas o cráneos y huesos largos. También existe semejanza manifiesta con ciertos lugares en que se hacen las ofrendas en el norte de Asia. Vemos, pues, que los cazadores de renos del mesolítico perseveraban también en un culto muy antiguo. La coexistencia en su civilización de varios tipos de

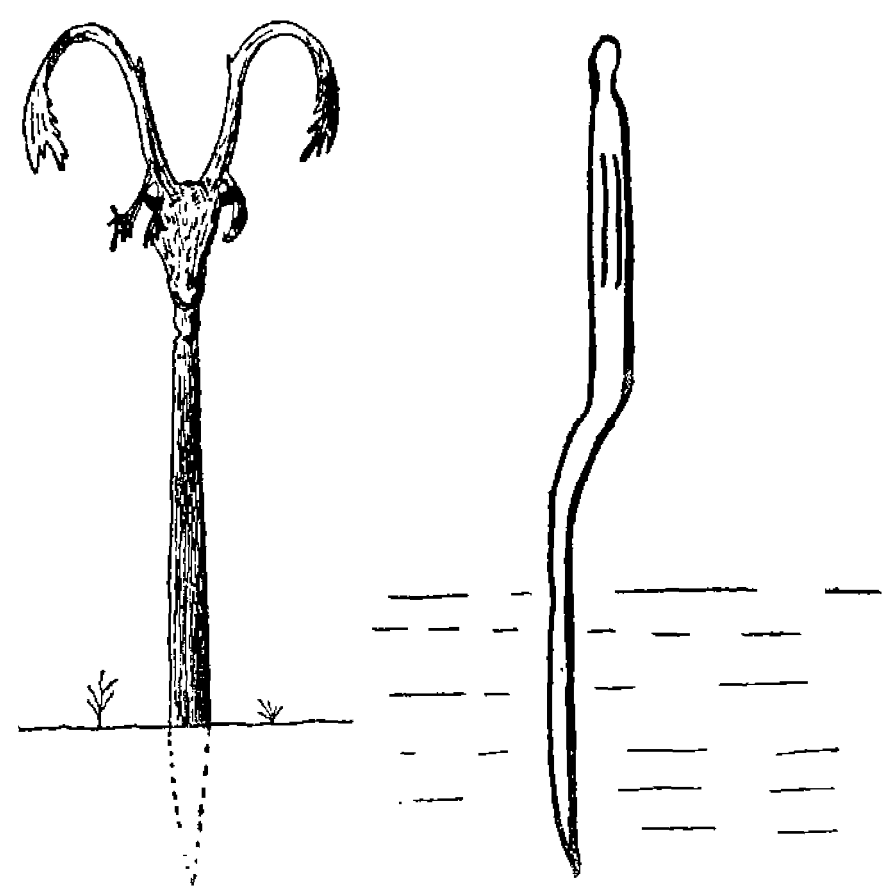


Fig. 38. Reconstrucción del poste de Stellmoor. Según Rust.

Fig. 39. "Idolo" de madera de Ahrensburg-Hopfenbach, de 3,5 m. de longitud. Según Rust.

ofrendas puede ser debida a igual diversidad de circunstancias. No cabe duda de que los animales inmergidos eran ofrendas de primicias al iniciarse la temporada de verano. En cuanto a las demás ofrendas, a las expuestas en el poste, los hallazgos no revelan su secreto. En este último

caso parece que se utilizaron siempre animales viejos, cuya carne se comerían en algún banquete ritual, mientras que la cabeza, con el cerebro intacto, se ofrecía luego al espíritu de la caza o a un ser supremo.

A este respecto mencionaremos brevemente el hallazgo de un hueso pulido de 13,3 cm de longitud, en forma de hoja de laurel, perforado en la base. Tal vez se trate de un colgante, o quizá también de una bramadera. Rust observó que si se le hace oscilar atado a una guita produce un ruido estridente, pero sólo cuando oscila en dirección contraria a las agujas del reloj.

Hemos visto anteriormente que en depósitos magdalenienses de la cueva de La Roche se descubrió una paleta decorada de hueso de forma muy parecida a las bramaderas de los aborígenes australianos. Si la paleta de Stellmoor fuese un objeto análogo, entonces es que los cazadores la utilizaban tal vez para imitar la voz de la divinidad a la que consagraban las ofrendas.

La interpretación religiosa de los hallazgos de Hamburgo y Ahrensburg ha sido recientemente impugnada por H. Pohlhausen basándose en que todavía hoy, algunos lapones y esquimales suelen conservar las provisiones de carne en el agua helada de los ríos o de los lagos. Acepta, con todo, que en algún caso pueda tratarse, efectivamente, del esqueleto de alguna víctima propiciatoria.

Por más que difieran las opiniones en lo tocante a los ritos que se atribuyen a los mesolíticos, no puede ponerse en duda el carácter sagrado de los antiguos estanques de Meiendorf y de Stellmoor, según resulta de las periódicas inmersiones de renos hembras con que se abría la temporada de caza.

El "Ídolo". — En 1947 hizo A. Rust un hallazgo, único en su especie, en una estación mesolítica a orillas de un antiguo estanque en los alrededores de Ahrensburg-Hopfenbach. Los análisis de polen le asignan una edad de 10.000 años.

En la capa de légamo acumulada delante de esta estación halló Rust un tronco de sauce, torpemente esculpido, de 3,50 m de largo por 5 cm de diámetro (figura 39) cuya redondeada extremidad superior tiene forma de cabeza. Un cuello alargado la separa de los hombros, debajo de los cuales hay dos grandes trazos de 1,05 m de largo por 4 mm de ancho, entallados con un instrumento de sílex. Según Rust representan los brazos. A 1,65 de la cabeza la parte posterior está representada por una curva natural de la madera. La parte superior, que corresponde a la cabeza, había sido partida en dos para así formar una

superficie plana de espesor decreciente, hasta llegar a las "manos". Esto era la parte superior del "cuerpo" y puede que originariamente estuviera revestido de una capa de pintura.

La parte inferior de la escultura, de 50 cm de longitud, había sido plantada verticalmente, en tanto que el resto yacía en posición horizontal en el barro. A los pies de la figura se encontró una flecha rota de madera, y un poco más apartado aparecieron algunos troncos lisos de árbol, descortezados y escamondados, el mayor de los cuales medía 2,75 m. Quizá sirvieran para exponer obsequios u ofrendas.

El "ídolo" había sido erigido en su día a 15 m de la orilla del antiguo lago, y éste difiere de los anteriormente mencionados de Meiendorf y Stellmoor en que su lecho no contenía ni huesos ni objetos de otras clases, y en cambio Rust los descubrió en grandes cantidades en la arena de lo que había sido orilla.

Este palo, torpemente esculpido, era probablemente la figuración del dios o del espíritu venerado por los cazadores de renos de la estación, los cuales no parece hubieran practicado en cambio el rito de la inmersión. Las ofrendas quedarían expuestas en los postes plantados alrededor del "ídolo". En realidad, ni las aspiraciones de aquellos hombres ni su concepto del dios al cual veneraban y exponían sus deseos podía diferir radicalmente de los de sus contemporáneos de otras estaciones.

A pesar de ello, es natural que entre los cazadores de renos que poblaban el norte de Europa durante el principio del mesolítico coexistieran prácticas religiosas diversas. Rust sostiene que ello era debido a la convergencia de corrientes culturales distintas. Entra en lo posible que el "ídolo" de Ahrensburg-Hopfenbach fuese venerado por un grupo cuya civilización provenía de la de los cazadores de renos magdalenienses que vivían en Francia, en Suiza y en el Sur de Alemania en el paleolítico superior.

3. El culto a los antepasados y a los espíritus de los muertos en Europa occidental

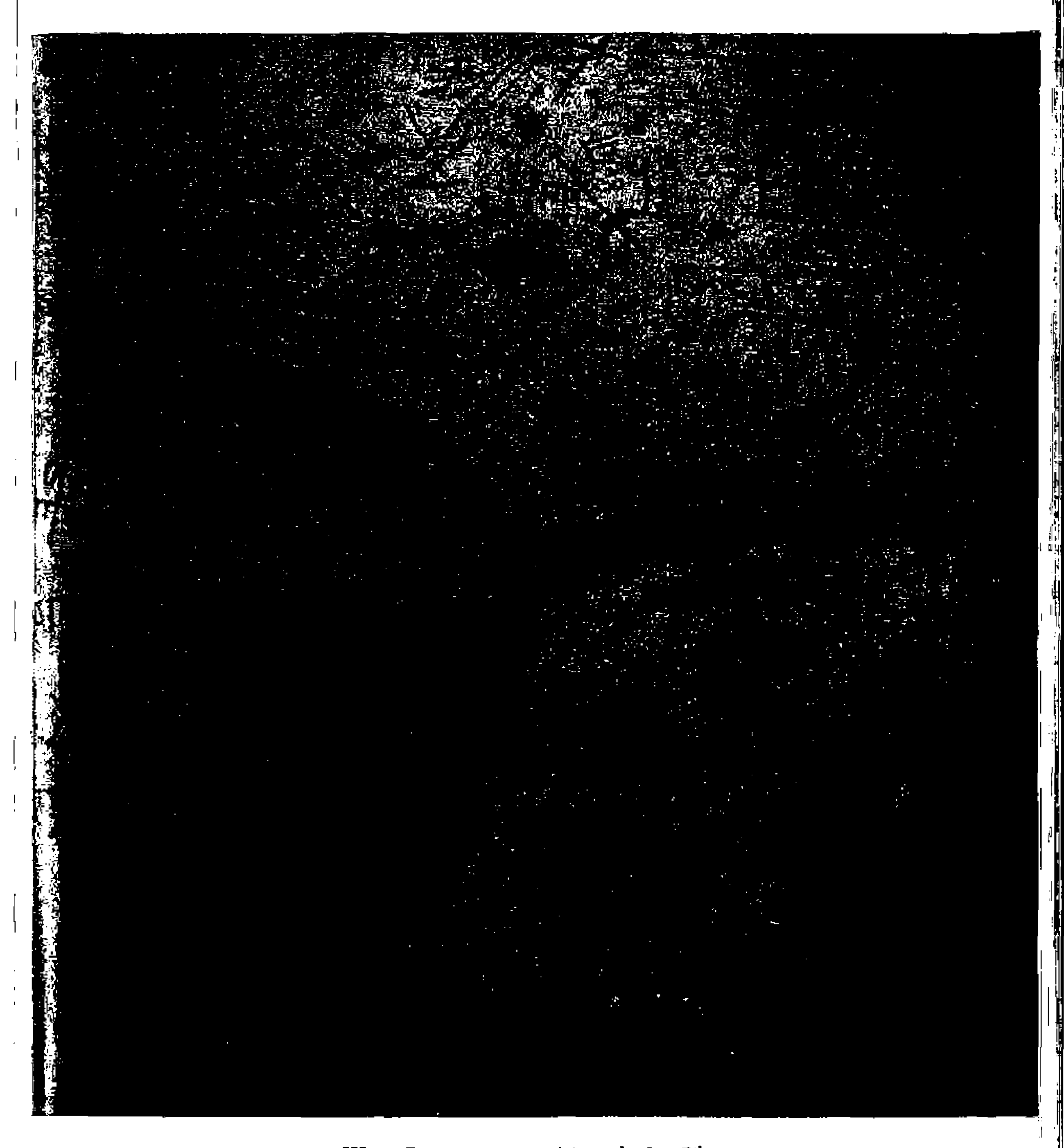
Pinturas rupestres esquemáticas del Sur de Francia y los guijarros pintados de Mas d'Azil. — Las indigentes comunidades de cazadores y de pescadores que durante el mesolítico poblaban la mayor parte de Europa dejaron solamente testimonios aislados de su vida religiosa. Todo aquel mundo de la magia de la caza, magníficamente plasmado en el arte

del paleolítico superior había casi desaparecido. Solamente en algunas regiones periféricas de Europa, donde las condiciones físicas continuaban siendo las mismas desde la época glaciar o donde se produjo un medio semejante, subsistió el arte de dicha última época. Era una de estas regiones la zona costera oriental de la Península Ibérica, cuyo clima había variado poco desde el paleolítico, y allí fue justamente donde alcanzó su máximo esplendor el llamado "arte del Levante español" y precisamente en el mesolítico. Las otras zonas marginales eran Escandinavia, Siberia y Rusia. Más adelante hablaremos del arte de esas regiones árticas, de las cuales los glaciares no se retiraron hasta más tarde. En cuanto a los hombres del resto de la Europa mesolítica, cuyo universo sufrió cambios físicos progresivos pero profundos, es seguro que acabarían por adoptar creencias y costumbres hasta entonces poco extendidas o completamente distintas de las de sus predecesores.

La ilustración más clara de este período de transición se halla tal vez en el sur de la Península Ibérica, donde el viejo arte rupestre naturalista se transformó completamente en esquemático, rígido y formalista.

El centro principal de este nuevo arte abstracto fue Sierra Morena, donde los habitantes de la región de la cordillera decoraron numerosas cavidades y superficies rocosas con pinturas rojas, a veces superpuestas a las dejadas por artistas anteriores. Son figuraciones de hombres reducidas a su más mínima expresión, dibujos de animales — las más de las veces ciervos y cabras montés — abstractos y sin movimiento, y a menudo en unas mismas superficies con multitud de signos que son especies de cintas onduladas, círculos, puntos y modelos de soles y de estrellas (figura 40).

Ya no se trata de imágenes cargadas de fuerzas ocultas para que los deseos que expresen se conviertan en realidad, o aún destinadas a ejercer alguna acción mágica a distancia. Más bien parecen símbolos pero de alcance profundo a los ojos de los que los trazaron. La forma humana predomina en todos los grados de la estilización. Otros hallazgos, tales los de los guijarros pintados de Mas d'Azil, adornados con esquemas análogos, nos permiten interpretarlos. El aziliense, que debe su nombre a la estación de *Mas d'Azil,* cueva en forma de túnel situada en las estribaciones del Pirineo francés, estaba asociado a una civilización de cazadores y de pescadores que desde el Norte de España se difundió por Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Suiza. Apenas si los hombres de esta cultura nos han dejado otras muestras de su arte, aparte de esos cantos rodados pintados.



III. — Pinturas esquemáticas de La Pileta.

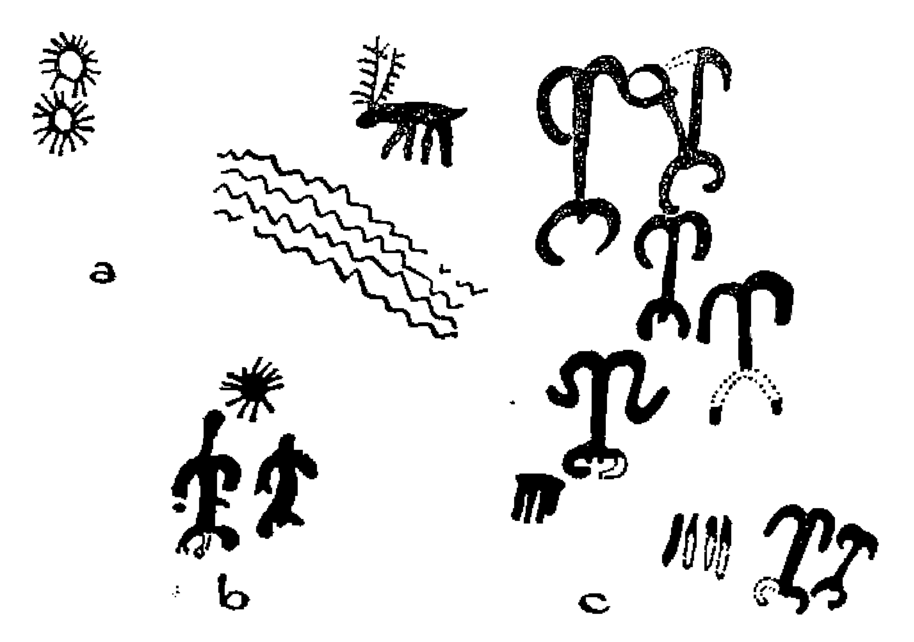


FIG. 40. Pinturas esquemáticas con representaciones de astros: *a*) de la provincia de Almería; *b*) de Peñarrubia, y *c*) de La Batanera.

En Mas d'Azil, al igual que en otros muchos yacimientos del Norte de España, de los Pirineos, de Francia y de Suiza, se encontraron guijarros adornados con pintura roja o con grabados, generalmente puntos, círculos o líneas, y alguna que otra figura humana estilizada hasta la exageración (figura 41).

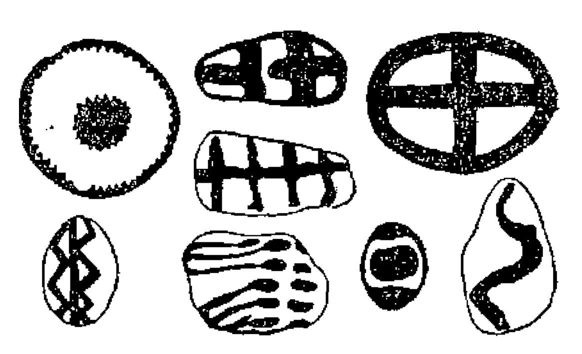


FIG. 41. Cantos pintados azilienses. De E. Piette.

H. Obermaier, uno de los mejores conocedores del arte paleolítico y mesolítico de Europa occidental, hizo observar que tanto históricamente como "ideológicamente" existe relación evidente entre las figuraciones humanas del aziliense y las pinturas rupestres del Sur de España (figura 42). Confirma esta teoría el hecho de que la civilización de los artistas españoles penetrase en Francia, desde donde, bajo la nueva denominación tardenoisiense, probablemente sin el arte rupestre, pero manteniendo las ideas religiosas asociadas a aquel arte, se extendió, como consecuencia de los grandes movimientos migratorios, por el resto de Europa, central y occidental, cruzándose a menudo con el aziliense.

Como ya no es el primer caso, una comparación etnológica nos ayuda a comprender el mensaje de los guijarros azilienses, que por la forma y adornos tienen sorprendente analogía con los *churingas* de los actuales habitantes de Australia y de Tasmania, los cuales, sin embargo, también los tienen de madera. Se guardan los *churingas* en grutas, pues aquellos indígenas creen que en ellos residen las almas de sus antepasados. Geoffroy Smith cuenta que unos misioneros vieron un día cómo una tasmania colocaba cuidadosamente una al lado de otra unas cuantas piedras planas, diversamente decoradas con líneas negras y rojas. Al ser preguntada sobre el significado de aquellas piedras, respondió la mujer que "eran los suyos que se habían alejado", o sea los difuntos de su familia. Entre los aruntas de Australia central cada tribu posee su propio depósito de *churingas*, en una cueva donde descansan sus antepasados de uno y otro sexo, cuyos espíritus y virtudes se transmiten a los actuales poseedores. En otras palabras, los *churingas* están directamente asociados con el culto de los muertos, puesto que tales objetos son para esos pueblos primitivos contemporáneos materializaciones de sus predecesores. Es muy posible que creencias similares se inspirasen en los guijarros del aziliense.

En estos últimos, como en los *churingas*, hay dos grupos de dibujos; por una parte figuras humanas muy estilizadas y por la otra signos simbólicos, biomorfos o geométricos. Entre los primitivos actuales el uso de estos signos se basa en la creencia de que los antepasados de los cuales desciende la tribu, y por los cuales se sienten protegidos, pueden ser hombres, lo mismo que ciertos animales y plantas o los signos que los expresan. Es por lo tanto probable que los guijarros mesolíticos coloreados sean también símbolos que representan a los antepasados. Esta teoría es mucho más plausible que otras por las que se pretende interpretar los guijarros de Mas d'Azil como elementos de alguna escritura

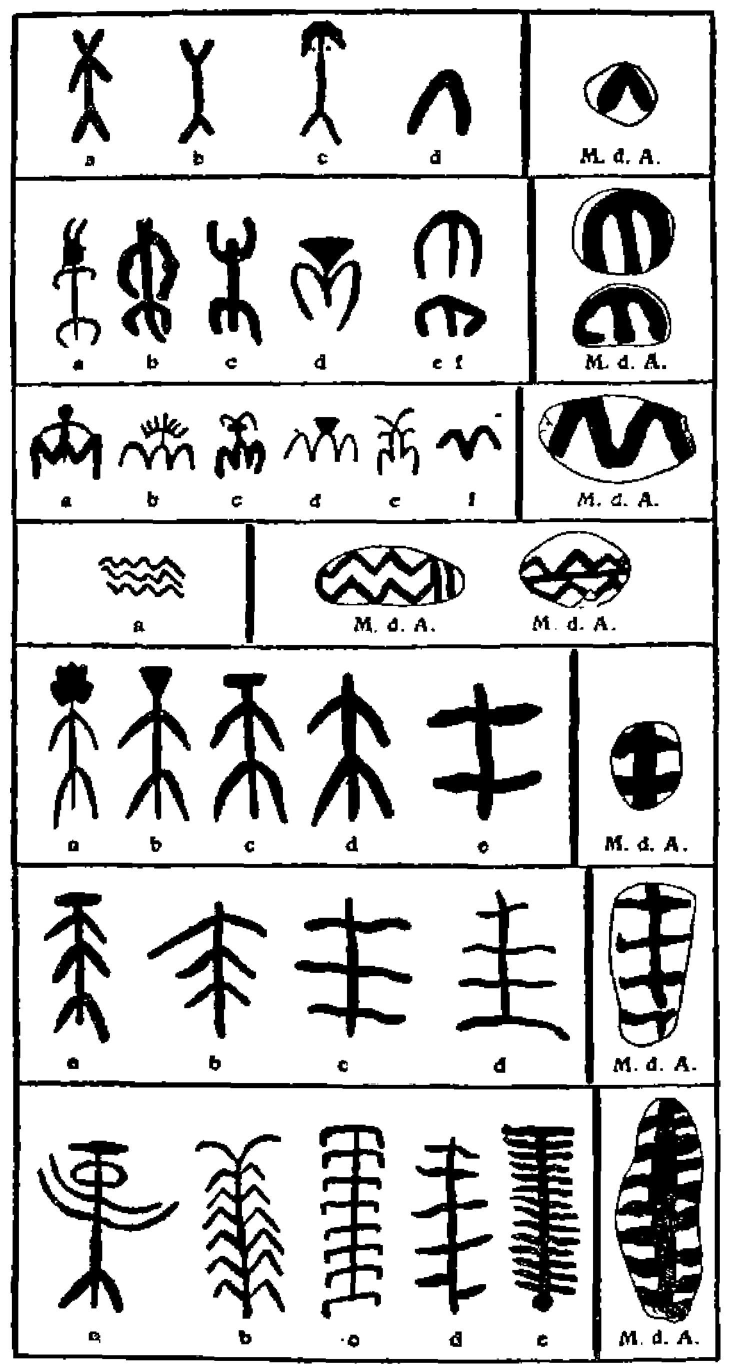


FIG. 42. Petroglifos de España y sus paralelos con los cantos pintados de Mas d'Azil, situados a la derecha. De H. Obermaier.

primitiva, símbolos fálicos, piedras mágicas utilizadas por los adivinos, o simplemente adornos fruto de la imaginación de aquellas gentes.

Viene al caso mencionar a este respecto el descubrimiento realizado en la cueva de Birseck (Suiza) de 133 guijarros pintados, con la particularidad de que todos, hasta el último, estaban rotos. Como es poco probable que los azilienses tuviesen preferencia por las piedras rotas, es de suponer, como apunta su descubridor F. Sarasin, que los ocupantes neolíticos creyeron así destruir las reliquias sagradas de sus predecesores cuyas creencias seguramente no compartían. Pero también entra en lo posible que lo que a primera vista parece un acto de vandalismo iconoclasta no fuera sino un acto de venganza por parte de alguna tribu mesolítica hostil que deseara de este modo despojar a los moradores de Birseck de la protección de sus antepasados. De una hipótesis parecida nos hemos ocupado al tratar del relieve destruido del santuario de Le Roc-de-Sers.

Ahora que generalmente se admite que las mejores producciones del arte del Levante español pertenecen al mesolítico (aunque hiciera su aparición en la época precedente) se pretende incluir en el neolítico el arte abstracto del sur de España. Puede objetarse que figuraciones análogas aparecen en los guijarros pintados azilienses del mesolítico de forma todavía más esquematizada, y por si esto no bastara, también tienen gran semejanza con éstos — según precisa P. Wernert — las estilizaciones de los colgantes de ámbar del maglemoisiense de los países nórdicos. Además, como según H. Breuil, al pie de las rocas decoradas con pinturas esquemáticas de la cueva Negra de Méca (Albacete), aparecieron vestigios de la civilización tardenoisiense, no puede negarse que el arte abstracto del sur de España procede del mesolítico. En el neolítico tardío se dan asimismo dibujos esquemáticos de ídolos y dólmenes, pero son contemporáneos de un renacimiento del arte rupestre, debido tal vez, como se verá, a influencias extraeuropeas.

La forma expuesta del culto de los antepasados en el mesolítico tuvo sus orígenes ya en el paleolítico superior. En todo caso se conocen piedras pintadas y grabadas descubiertas en estratos magdalenienses, y puede que perteneciera al mismo culto la bramadera de La Roche.

De cuanto antecede parece desprenderse, pues, que las pinturas rupestres de la Península Ibérica eran representaciones de los antepasados, y que las cuevas que las contienen eran probablemente sus santuarios. Los artistas ejecutaban sus obras en lugares apartados que infundían pavor a las mentes primitivas, y allí, no solamente rendían culto a sus antepasados, sino a los espíritus de los muertos en general. Sobre las ro-

cas pintadas aparecen a menudo, junto a figuraciones antropomorfas estilizadas, signos en forma de círculo o parecidos a rayos concéntricos. ¿Querían imitar con ellos a las constelaciones? Algunos pueblos etnológicos modernos siguen creyendo que sus antepasados primeros se transforman en astros, que crean estrellas, habitan en los soles y cuya vida astral ejerce influencia misteriosa sobre el porvenir de la tribu y en la vida de los individuos. Por otra parte, el hecho de haberse descubierto en Australia dibujos rupestres bastante parecidos a las pinturas rupestres ibéricas, hace suponer que también éstas fuesen tal vez especies de pictogramas con los cuales se deseaba reproducir los mitos de los antepasados creadores y de los espíritus de los muertos.

¿Qué puede haber dado lugar a la portentosa aparición y a la expansión rápida del culto de los antepasados y de los espíritus de los muertos en el mesolítico? Sus raíces hay que buscarlas, naturalmente, en épocas mucho más remotas. Quizá los pescadores y los cazadores, los cuales, llanamente hablando, podemos decir que habían venido a menos, conservaban el recuerdo de la época glaciar durante la cual sus abuelos habían vivido en la abundancia, y se los imaginaban gozando todavía en aquel mundo antiguo de una vida póstuma en condiciones análogas. que los cazadores mesolíticos adornaban con mitos variados. Como consecuencia lógica creerían también que sus propios muertos se reunirían a ellos en aquel paraíso donde a su vez se convertirían en espíritus potentes que podrían proteger y ayudar a los vivos.

Los depósitos de cráneos de Ofnet. — En el sur de Alemania se descubrieron otra clase de indicios de un sorprendente culto a los muertos.

No lejos de Nördlingen, en Baviera, existen dos cuevas, la grande de Ofnet y la pequeña de Ofnet que penetran en estratificaciones calcáreas y donde durante las excavaciones realizadas en 1908 se encontraron, tanto en la una como en la otra, niveles arqueológicos superpuestos que contenían vestigios de estaciones auriñaciense, solutrense y magdaleniense. En la grande de Ofnet una delgada capa de aziliense-tardenoisiense que recubría aquellos niveles contenía dos depósitos de cráneos humanos, uno con 27 y el otro, a un metro de distancia, otros 6. Estaban dispuestos concéntricamente en fosas poco profundas, orientados hacia poniente. Como los del centro estaban algo más hundidos en el suelo que los restantes se deduce que no todos fueron inhumados simultáneamente, sino sucesivamente. Muchos estaban con las vértebras cervicales señaladas con cortes. Por lo tanto no hay duda de que se enterraron allí las cabezas recién cortadas. Veinte cráneos eran de niños, nueve de muje-

res de menos de 30 años y solamente había cuatro de hombres. Los de las mujeres y de los niños llevaban elaborados adornos de dientes de ciervo y conchas de caracol; junto a los de los hombres había diversos útiles pequeños de sílex. Debió de tratarse de un entierro solemne porque los cráneos yacían en una espesa capa de polvo ocre.

Si antes había creído poder atribuirse a estos depósitos de cráneos el carácter de "entierros parciales", en sepulturas donde los miembros de una tribu prehistórica enterraban a sus muertos, actualmente, después de haber sometido los cráneos a minucioso examen, puede interpretarse de otro modo el hallazgo, puesto que Th. Mollison descubrió que por lo menos cinco de tales cráneos, y posiblemente otros dieciséis también, muestran fracturas provocadas por hachazos. Si de los restantes no se tienen datos exactos es porque estaban en bastante mal estado y no fueron reconstruidos convenientemente. De lo que no parece existir la menor duda es de que en conjunto pertenecen los cráneos a gente que pereció de muerte violenta.

La misma observación se hizo en otras excavaciones realizadas el año 1939 a la entrada de la cueva de Hohlenstein, de Lonetal (Württemberg, Alemania) donde, en una capa de almagra se halló otro depósito que contenía el cráneo de un hombre de 25 a 30 años, el de una mujer de la misma edad y el de un niño de 1 a 2 años. Las sienes izquierdas de los dos primeros tienen perforaciones trapezoidales alrededor de las cuales se aprecian fracturas circulares y radiales, producidas con toda seguridad por tremendos golpes de maza de madera o con algún arma contundente de sílex. La presencia de las primeras vértebras cervicales, asimismo con señales de tajos, nos permite nuevamente asegurar que también estas cabezas, orientadas hacia el sudoeste fueron enterradas recién cercenadas. Únicamente el cráneo de la mujer llevaba por todo adorno un collar formado por una docena de dientes de pescado. Como no se descubrieron otros objetos, resulta difícil fechar el hallazgo, pero a juzgar por su nivel estratigráfico remonta al período postglaciar.

En Kaufertsberg, no lejos de Ofnet, se descubrió un cráneo aislado con las mismas características, pero por la ausencia de otros objetos su edad es también incierta. Yacía en un nivel magdaleniense, pero precisamente debajo de una capa mesolítica-neolítica. Es muy posible, pues, que los ocupantes posteriores de la cueva lo enterraran en la capa más antigua.

Está fuera de duda en todo caso que tanto los cráneos de Ofnet como los de Hohlenstein pertenecían a personas que perecieron de muerte violenta. Si atribuimos los hechos a los cazadores de cabezas, entonces

es que en Hohlenstein se asesinó a toda una familia en tanto que en Ofnet los cráneos de las víctimas fueron enterrados en épocas distintas a lo largo de un período de tiempo considerable. La ausencia de las restantes partes del cuerpo podría explicarse porque a los cazadores de cabezas no les interesaba el tronco, que dejaban insepulto. A semejanza de los primitivos cazadores de cabezas de hoy, los cazadores mesolíticos del sur de Alemania creían también que al cortar la cabeza a sus adversarios se apropiaban su alma o su espíritu y que ello les traería suerte. Pero quién sabe también si aquellos mesolíticos eran simplemente caníbales que enterraban solemnemente las cabezas de sus víctimas para desenojar sus manes.

En relación con ambas teorías, cazadores de cabezas o caníbales, no es posible determinar fijamente a qué época remontan los tres depósitos de cráneos de Ofnet, Hohlenstein y Kaufertsberg. Aun cuando hasta ahora se les haya considerado como pertenecientes al mesolítico, hay, sin embargo, un hecho – las fracturas lenticulares de los cráneos de Ofnet – que nos inducen a situarlos en la época posterior, puesto que las hachas capaces de producir tales fracturas no aparecieron hasta el neolítico. Si los yacimientos carecen en absoluto de objetos neolíticos es probablemente debido a que los depósitos de cráneos se encontraban en santuarios tribales apartados, visitados solamente en ocasión de ciertas ceremonias religiosas.

O sea, que estos curiosos hallazgos de Alemania meridional, probablemente reminiscencias de la caza de cabezas o de canibalismo, proceden del neolítico o de período muy cercano a él. Esta suposición es tanto más justificada cuanto que es la que mejor concuerda con la fase antropológicamente establecida de tales fenómenos.

V. LA RELIGIÓN EN EL NEOLÍTICO

1. La era de los agricultores

Nuevos conceptos en la economía y en las costumbres. — Se ha visto que el mesolítico fue una época de tanteos y de búsqueda de nuevas bases de subsistencia. Comparadas a las del paleolítico, las mediocres civilizaciones de los cazadores y de los pescadores del mesolítico parecen decadentes, y esta aparente regresión no pueden explicarla únicamente los cambios físicos que tuvieron lugar en Europa, cuyo clima había variado completamente, pues no era la primera vez que a un período frío le había seguido otro templado. Este proceso se había repetido ya varias veces sin que la base económica de la vida humana hubiera conocido ninguna transformación tan radical. Los grandes animales característicos de las épocas frías desaparecían simplemente al principio de los interglaciares, ocupando periódicamente su lugar especies vecinas que podían subsistir en climas más cálidos y seguían suministrando carne abundante a los cazadores prehistóricos. Pero la completa extinción de la fauna gigante a finales del último glaciar obligó a los hombres a idear una economía completamente distinta si querían subsistir.

La solución tuvo sus inicios fuera de Europa, en Asia, donde los hombres pasaron por primera vez de la economía recolectora a la economía productora. No solamente recogían la fruta, sino que ya sembraban ciertas gramíneas en terrenos preparados al efecto. Simultáneamente, es decir, sin abandonar la caza, empezaron a domesticar a los animales.

El período exacto de esta magna revolución económica y el lugar donde se iniciara son todavía objeto de controversias; pero se cree que tuvo efecto mucho antes de lo que generalmente se suponía. Así, en lugar de la fecha de 5.000 años antes de J. C., se habla ahora de diez milenios, habiendo incluso quien afirma que la agricultura ya se practicaba en Asia en una época que corresponde al último glaciar de nuestro continente.

Los primeros indicios de civilización europea fundada en la agricultura y en la cría de animales datan del campiñense. El empuje principal llegó a Europa desde el este, afectando primeramente a las regiones meridionales, para alcanzar luego latitudes más elevadas, de modo que hacia el año 3.500 a. de J. C. la nueva economía se había extendido a toda Europa. Esta fecha marca el principio del neolítico propiamente dicho, el cual durante su primer período, que duró casi mil quinientos años, se había caracterizado por una preponderancia de la influencia mesolítica.

La separación entre civilizaciones de pastores y civilizaciones agrarias jamás fue tan marcada en Europa como en las inmensidades de Asia, pero puede decirse que la casi totalidad de los europeos se dedicaron al cultivo del suelo.

La concepción que del mundo tenían los agricultores neolíticos difería radicalmente de la de cazadores y pescadores. En la vida de los primeros eran los dos polos esenciales la siembra y la cosecha, siendo el éxito de ésta el patrón con que medían todo lo demás. Los fenómenos que contribuían al desarrollo de las plantas — sol, lluvia, viento y tierra — cobraron cada día mayor importancia, y porque les era indispensable conocerlos perfectamente, y por ende influenciarlos a su favor, les hicieron objeto de las ofrendas que presentaban a sus divinidades. No tenían otra finalidad sus prácticas mágicas, y su religión tendía a favorecer no solamente la fertilidad de las plantas, sino también la fecundidad de los animales y la de los hombres.

El desarrollo cultural. — La revolución económica del neolítico transformó completamente la vida de los hombres. En el Próximo Oriente, la aparición de la agricultura y del modo de vida correspondiente fueron seguidos de un rápido florecimiento de la cultura, y a partir del quinto milenio antes de J. C. entran Mesopotamia, Egipto y la India en la órbita de la historia escrita (protohistoria). Un milenio más tarde empezó en aquellos países la historia propiamente dicha, con sus avanzadas civilizaciones, mientras Europa permanecía todavía en la oscuridad de la prehistoria durante todo el neolítico, aun cuando por el litoral mediterráneo comenzaran a dejarse sentir progresivamente poderosas influencias orientales.

El mesolítico persistió incluso durante mucho tiempo en las regiones árticas y en vastos territorios del este, pero en el resto de Europa, y ello a pesar de que las civilizaciones son en general agrícolas, existen considerables diferencias entre ellas, por lo que los historiadores dis-

tinguen varios aspectos culturales en la Europa neolítica. Estas diferencias se observan asimismo, naturalmente, en la religión y en sus manifestaciones, de manera que es mejor dedicarles capítulo aparte.

2. La religión de los cazadores y pescadores de Eurasia septentrional

El arte religioso rupestre. — El círculo cultural de los pueblos cazadores y pescadores de Eurasia septentrional comprendía Escandinavia, Finlandia, los países bálticos, el norte de Rusia y parte de Siberia. No es que sepamos gran cosa de la vida religiosa de aquellos hombres, pero poseemos, con todo, algunos vestigios importantes, y muy especialmente el magnífico arte rupestre del norte de Escandinavia.

Las representaciones más antiguas que de este arte se conocen fueron descubiertas en Noruega, en el círculo polar e incluso más allá. Su estilo es verdaderamente admirable y los motivos que expresan son bastante uniformes, comprendiendo únicamente animales, casi siempre muy grandes, tales como ciervos, osos, focas y ballenas, y sobre todo alces, y en las latitudes árticas más elevadas también renos. En una palabra: la caza principal de la época.

En general estas figuraciones son de tamaño natural, fueron ejecutadas en gigantescos espacios graníticos pulidos por los elementos — lo que explica sus vastas proporciones — y se distinguen por su realismo.

Más tarde se extendió la esfera de influencia de este arte, primeramente hacia Suecia y luego por el este hasta el lago Onega, habiéndose descubierto asimismo representaciones de animales análogos en Siberia y en Asia central. Pero aquí el tamaño se reduce y la técnica de ejecución difiere, pues en lugar del grabado por talla continua se componen los contornos de sucesiones de trazos punteados. Luego aparece la pintura con figuraciones monocromas, siempre con pigmento rojo. Ahora bien, según el estado actual de nuestros conocimientos, esta pintura no llegó a franquear los límites de la región del arte rupestre escandinavo que se había difundido hacia el sur y englobaba toda Noruega. Muchas obras han desaparecido en el transcurso de los milenios y la mayoría de las que subsisten se hallan en superficies rocosas perpendiculares protegidas por enormes salientes. Las pocas que fueron ejecutadas en paredes oblicuas sin protección han desaparecido completamente.

Los artistas nórdicos introdujeron posteriormente variaciones en sus

temas y empezaron a figurar también hombres, y como en el arte de los esquimales de ahora, motivos ornamentales y embarcaciones. A los hombres se les representa generalmente con el falo y se conoce una escena de apareamiento. En las paredes de la caverna de Solsem, en la oscuridad más profunda, se encontraron veinte figuras muy sencillas de hombre, en parte también con los atributos de la especie bien a la vista, y una gran cruz, todo ello de la Edad de Piedra, sin duda alguna.

En tanto que los ejemplares más antiguos de estas pinturas son todavía muy naturalistas, se observa ya una marcada tendencia a la abstracción, tendencia que va afirmándose cada vez más y desembocará en el arte rupestre de finales del neolítico y de la Edad de Bronce, en un estilo rigurosamente esquemático y convencional.

En su conjunto, el arte del norte de Europa y de las regiones circumpolares comprende un período alrededor de 4.000 años, desde finales del sexto milenio hasta el segundo milenio antes de J. C.

Queda por aclarar satisfactoriamente si el arte nórdico estuvo relacionado, en su desarrollo e inspiración, con el arte paleolítico del oeste de Europa. Tanto el estilo como los temas escogidos sugieren un resurgimiento de las tradiciones artísticas del arte de la época glaciar. Con este último comparte el estilo naturalista que alcanzó su punto culminante en la composición de animales de Leignes, donde vemos a éstos mirando hacia atrás. Marcó también preferencia por las representaciones de los grandes animales de caza. Sería difícil afirmar si esta uniformidad era deliberada, o bien si el horizonte mental del artista era demasiado cerrado para escoger libremente otros temas. Por otra parte, como estos artistas vivieron en las mismas condiciones materiales que los cazadores artistas paleolíticos y en un ambiente similar, y que su arte, al igual del de la edad glaciar, evolucionó del naturalismo a lo abstracto, no parece descabellado suponer que el arte circumpolar pueda ser considerado como un fenómeno independiente, pero sin por ello negar la existencia de afinidades espirituales con aquél. No debe, con todo, rechazarse la posibilidad de que el arte europeo circumpolar hubiera sido influenciado por tradiciones de la época glaciar, por más que sea poco aparente la conexión entre el naturalismo extremado de las primeras figuraciones rupestres nórdicas y el esquematismo de las obras convencionales de la última fase de la época paleolítica. Pero lo que no puede negarse es cierta analogía entre el arte primitivo norteño y el naturalismo del auriñaciense superior. La civilización del auriñaciense tardío cubrió no solamente Europa occidental, sino que se extendió también por el centro y el este del continente y hasta Siberia, donde los auriñacien-

ses produjeron casi exclusivamente microesculturas representando figuras de animales y hombres. Por lo menos eso es todo cuanto de ellos se ha descubierto. De modo que quizá tenga razón H. G. Bandi cuando afirma que el arte nórdico fue influenciado por el oriental. El auriñaciense tardío del este no fue seguido, como sucedió en otros lugares, por el magdaleniense, sino que duró hasta finales de la época glaciar y contribuyó evidentemente a la formación de las culturas mesolíticas. Si se tiene en cuenta que la civilización *komsa* (a la que se atribuyen a menudo las primeras obras rupestres de Noruega septentrional) proviene casi seguramente de Eurasia, entonces la hipótesis del origen oriental del arte ártico entra, por lo menos, en lo posible.

Según la mayoría de autoridades en la materia, debe buscarse en la mentalidad mágica el origen de este arte. También en el norte, pero no en tal abundancia, tenemos grabados de armas y trampas como los que en el arte paleolítico tenían por finalidad matar, capturar o influenciar mágicamente la caza antes de iniciarse las batidas. En Evenhus, península de Frosta, en el fiordo noruego de Trondheim, se descubrió la rarísima figuración de una flecha disparada contra un alce fugitivo (figura 43). El arma más corriente en los grabados rupestres del norte es

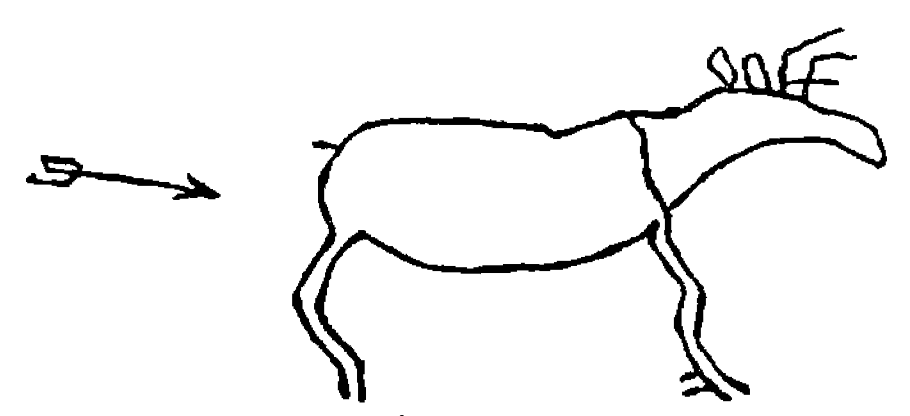


FIG. 43. Flecha lanzada contra un alce que huye. Una de las más raras representaciones del arte ártico; Evenhus (fiordo de Trondheim), de *Ipek*, 1931.

el bumerang. En los de Vingen, por ejemplo, se ven animales a punto de ser alcanzados por bumerangs falciformes. Proyectiles de esta clase, hechos de piedra, se han encontrado en Escandinavia y pertenecen, como los grabados, al neolítico. En muchas composiciones rupestres, en Sletjord, en Strand, en Vingen y en Ekeberg se representan trampas y empalizadas para capturar y acorralar a la caza. En Ekeberg se conduce

a un animal a la trampa, y en Sporanes varios están a punto de caer en una de ellas.

El carácter mágico del arte circumpolar queda también de manifiesto por la "línea de vida" en muchos grabados de animales; una línea trazada desde las fauces de la bestia a través del cuello hasta el

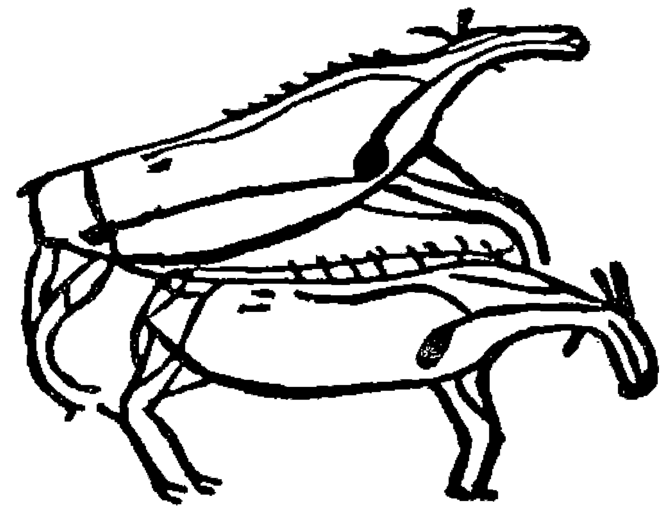


FIG. 44. *Animales representados en una escena de apareamiento, grabados en la piedra.* Buskerud (Noruega).

final del tórax y terminando en una forma que tanto puede querer representar el corazón como los pulmones (figura 44). Ya se mencionó anteriormente que los hechiceros de los indios de Ojibwa, todavía en la última década del siglo pasado, trazaban asimismo una especie de línea de vida en sus dibujos de animales al entregarse a sus ritos de magia de la caza. Este símbolo era también conocido por muchas otras tribus de indios. H. Kühn lo vio en los pueblos, de Nueva Méjico, y en Arizona, donde le aclararon el significado. También figura la línea de vida en representaciones rupestres de América del Norte, en grabados de Siberia y en el arte lapón. Es muy posible, como sugiere H. Kühn, que este símbolo de la vida hubiese sido transmitido a los lapones por los escandinavos del neolítico y de la Edad de Bronce y que a través del norte de Asia penetrara finalmente en América.

De las muchas composiciones rupestres árticas que representan escenas de apareamiento de animales se infiere que eran adictos a la magia de la fecundidad o de la reproducción. Tal es el caso de la pareja de alces de Buskerud, Noruega (figura 44).

En opinión de H. Kühn, la mejor prueba del carácter cinegético-mágico radica en la costumbre que tienen hoy todavía algunos pueblos circumpolares, en especial los lapones, de dibujar animales para asegurarse una buena caza. Es característico a este respecto la descripción publicada en 1933 por la etnógrafa Frederika de Laguna, quien vio en el islote de Cook, en el sudoeste de Alaska, así como también en el archipiélago de Kodiak, pinturas de esquimales que tenían gran semejanza con las figuraciones rupestres del último período del arte escandinavo. A sus preguntas respondieron los indígenas que solamente determinadas personas, es decir, los hechiceros de la tribu, componían aquellas figuras que tenían por objeto maleficiar a la caza. El sobrino del hechicero añadió que las pinturas eran obra de su tío, pero que otros esquimales, miembros de una sociedad secreta, habían colaborado con él. Todas las imágenes eran empleadas para los ritos de la magia de la caza, según se desprende de los arpones que figuran en algunas escenas.

A otro aspecto del arte rupestre circumpolar se refiere un informe de G. Hallström, quien el año 1910 fue testigo de cómo los lapones depositaban ofrendas ante una pintura rupestre prehistórica de Seitjaur, en la península de Kola. Las fronteras entre magia y religión, entre sortilegios y ritos propiciatorios a las divinidades que gobernaban el mundo animal, parecen haber sido bastante imprecisas incluso ya entre los cazadores paleolíticos. Lo mismo debió de suceder entre los cazadores árticos neolíticos, sólo que para ellos la religión tenía más importancia que las creencias mágicas. O sea que, en mi opinión, su preponderancia debe aparecer en sus obras rupestres, como, por otra parte, nos fue confirmado hace unos años por G. Gjessing, uno de los mejores conocedores del arte circumpolar. Es curioso que las representaciones se encuentren a menudo muy cerca del agua: de cascadas, en acantilados alrededor de lagos, en fiordos o en bahías, a una altura que, aproximadamente, corresponde a lo que se han elevado las tierras desde el último período de la edad de piedra, o sea que en un principio debieron de estar cerca de la superficie del agua. A veces se encuentran grabados o pinturas de la Edad de Bronce en una misma pared, pero a niveles inferiores, donde solamente pudieron haber sido ejecutados después de que se hubieron retirado las aguas.

El hecho que las obras rupestres se encuentren por regla general a orillas del agua, contribuye sin duda a revelarnos su significado, por cuanto se trata quizá de la supervivencia de la tradición de los cazadores de renos de Europa septentrional, que durante milenios, tanto en el paleolítico como en el mesolítico, inmergían en estanques y lagos sus

ofrendas a las divinidades. Las obras en cuestión se encuentran, a menudo, en parajes desiertos y salvajes, lejos de los cazaderos, es decir, en lugares donde, en opinión de aquellos hombres, moraban las potencias misteriosas que dominaban a su antojo la vida animal. De modo que, al parecer, los artistas expresaban sus deseos y plegarias en "lenguaje" pictórico.

Por consiguiente, los lugares donde se encuentran tales pinturas pueden ser considerados como santuarios de los cazadores neolíticos de las regiones norteñas, donde se congregaban para implorar de los dioses caza abundante. El ejemplo de los lagos de Meiendorf y de Stellmoor permite suponer que también ellos hacían ofrendas de varias clases a un espíritu de la caza que vivía bajo el agua. En todo caso los vestigios no faltan.

Sacrificios de los cazadores. — Un curioso descubrimiento realizado en Finlandia quizá nos lleve a esclarecer en cierto modo, gracias a las condiciones del yacimiento, algunos aspectos de los ritos de ofrendas del neolítico, pues recuerda determinadas prácticas de los actuales cazadores y pescadores del Gran Norte.

Al explorar un pantano cerca de Laukas observaron los investigadores, a varios metros de la orilla y a un metro de profundidad, una superficie de algunos metros cuadrados cubierta de arena blanca gruesa sobre la que descansaban varias piedras enormes. Tanto éstas como la arena misma habían sido llevadas allí adrede, como lo confirma el hecho de haberse encontrado también una cuchara de madera cuyo mango terminaba en forma de cabeza de oso.

En diversas ocasiones se han encontrado en pantanos de Finlandia, como también en los de Escandinavia, objetos que debieron de ser en su día ofrendas rituales. No será, pues, disparatado suponer que Laukas era también una especie de santuario donde se celebraban ritos propiciatorios, y las descripciones de los ritos que practican ciertos pueblos árticos contemporáneos nos inician en el secreto de los antiguos. He aquí, como ejemplo, de qué manera se desarrolla un rito observado en la región de Suojärvi, en Carelia. El lugar donde los cazadores celebraban el culto estaba situado en un islote en medio de una turbera, y franqueando una balsa de árboles cortados al efecto se llegaba hasta una choza que en realidad carecía de suelo. En un rincón había un montón de piedras formando un hogar en el que se cocía sopa de carne en una olla colectiva, de la que cada cual llenaba su escudilla de madera y comía utilizando cucharas de corteza. Terminado el ágape, ponían un

poco de carne en una escudilla y algo de caldo en otra para ofrecerlos al espíritu de la selva, conjurándole para que aceptara la ofrenda y, en justa compensación, se dignara favorecer sus empresas de caza. Las cucharas quedaban probablemente al lado de las escudillas.

Ignoramos si la cuchara con cabeza de oso encontrada en Laukas era un objeto de culto relacionado con las ceremonias rituales, o si debe atribuírsele algún significado mágico. El descubrimiento de otras dos cucharas de madera adornadas con cabezas de animales nos hace suponer que algo habría de ello, pues hasta ahora son los únicos objetos de madera del neolítico nórdico que se han encontrado en pantanos, aparte, naturalmente, de raquetas para andar por la nieve. Es muy posible que los cazadores neolíticos se sirvieran de tales cucharas en sus ofrendas de alimentos al espíritu del bosque, que era al propio tiempo una divinidad de la caza.

Supersticiones y amuletos. — Otros hallazgos, además de aquellos de los que ya se trató, parecen dar la razón a los que creen que los cazadores y los pescadores neolíticos de Eurasia septentrional se entregaban a diversas prácticas de magia.

Dijimos ya que las obras rupestres del último período del arte nórdico comprenden a menudo figuras de hombres con el atributo del sexo bien en evidencia. Por otra parte, en estaciones neolíticas de Finlandia y de Carelia del Sur se han encontrado especies de amuletos de arcilla de forma fálica. Tanto estos objetos como las figuras antropomorfas presuponen en nuestra opinión la existencia de creencias y prácticas probablemente relacionadas con la magia de la reproducción de la caza.

Generalmente se atribuye también significado mágico a las armas de piedra neolíticas de los cazadores prehistóricos carelianos y finlandeses: hachas y martillos perforados para proveerlas de mangos, y cuya extremidad roma está esculpida en forma de cabeza de animal. Asimismo se descubrieron en aquellas regiones esculturas que representan también cabezas de animales, pero que no eran armas, aun cuando estén también provistas de agujeros para insertarles mangos (figura 45). A juzgar por la abundancia de los hallazgos, tales objetos fueron fabricados en su mayoría por los hombres de Olonez, Carelia, pero aparecen también a menudo en Finlandia y excepcionalmente en el norte de Suecia. Objetos de forma análoga se descubrieron en los Urales.

Estas esculturas de animales son, en ciertos casos, muy realistas, pero, en general, bastante estilizadas; incluso las hay francamente mal hechas; pero esto es debido a la resistencia del material empleado, como el gneis.





Página anterior. 46. *Alpera (Albacete). Escena de caza.*

47. *Prado del Navazo (Albarracín). Toros y escena de caza.*

48. *Cogul (Lérida). Danza ritual*





49. Peña Tu (Asturias). Idolo pintado junto con un puñal y otras representaciones esquemáticas.

Ocupan lugar preferente los animales más codiciados de los bosques septentrionales: el alce y el oso, siendo esta limitación en la selección de los modelos un fenómeno común tanto al arte rupestre circumpolar como al del período precedente.

Los neolíticos creían seguramente que la ornamentación de hachas y martillos les confería alguna virtud mágica especial sobre los animales figurados en tales armas. Y cuando no se trataba de armas les pondrían un mango y las colocaban sobre postes o estacas para ser utilizadas en ceremonias religiosas o mágicas. Mencionaremos de paso que los lapones tienen la costumbre de enterrar armas decoradas semejantes para impetrar de sus dioses el éxito en la caza. De ser cierto que también los cazadores neolíticos enterraban sus armas esculpidas, quedaría toda-

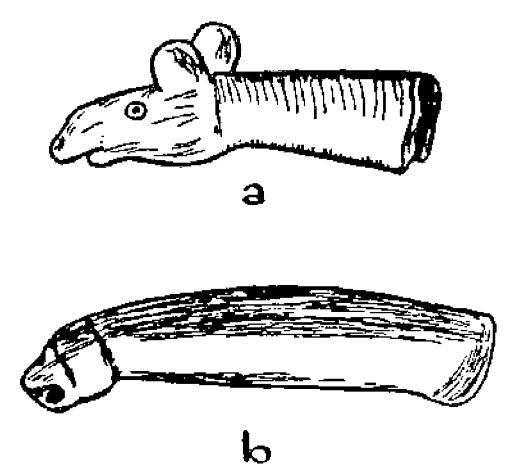


FIG. 45. Cabezas animales en el remate de armas: *a*) de alce, hallada en Säkkijärvi y *b*) de oso, procedente de Antrea (Carelia). De O. Almgren.

vía por esclarecer si esas armas eran consideradas entonces como ofrendas dirigidas a un dios ctoniano, que era al propio tiempo el dueño y señor de los cazaderos, o bien si a las cabezas de animales se les atribuía algún poder mágico capaz de hechizar al animal cuya forma les habían dado.

Parece no haber lugar a dudas sobre el significado mágico de las piedras pisciformes neolíticas descubiertas principalmente en capas de rocas sedimentarias blandas de Siberia, pues algunos autóctonos de aquellas regiones esculpen todavía figuras pisciformes de madera y hueso. Las llevan como amuletos para que les ayuden en la pesca y por la misma razón las cuelgan también de las redes o las arrojan al agua.

A la serie de pequeños plásticos neolíticos de Eurasia septentrional pertenecen también numerosas esculturas figurando animales y hombres, y en las que debemos ver pinjantes porque tienen agujeros. Los de los países bálticos y de la Prusia oriental son de ámbar, en tanto que más al este son de hueso y de piedras de clases diversas. Durante mucho tiempo se los tomó por accesorios de hechicería y tal interpretación no es disparatada si se observa su parecido con ciertos atavíos del equipo de los actuales chamanes siberianos. Otros accesorios de los hechiceros neolíticos parecen ser los objetos de esquisto en forma de T, que tanto abundan en el norte de Suecia y Finlandia, y tienen gran semejanza con los llamados "martillos" de los tambores mágicos de los lapones modernos.

3. La religión de los agricultores danubianos

Los ídolos danubianos. — En la época de los cazadores y pescadores neolíticos del Gran Norte, en el resto de Europa habían ido surgiendo civilizaciones de carácter agrícola más o menos pronunciado, empezando por el sudeste de Europa, en el inmenso territorio del Danubio comprendido entre el Rhin y el Dniéster. Este tipo de cultura, que no formaba un todo uniforme, se difundió profundamente en corrientes diversas por el centro de Europa.

Se tiene noticia de numerosos establecimientos de los agricultores danubianos, compuestos de sólidas chozas y anexos adecuados, todo lo cual formaba a veces grandes poblados.

Con todo, los hallazgos realizados apenas nos ilustran sobre los conceptos espirituales de los agricultores más antiguos, tal vez porque el culto de aquellas gentes fuera de tal naturaleza como para no dejar rastro alguno. Los primeros indicios — los ídolos danubianos — gracias a los cuales es posible columbrar el universo religioso de los neolíticos danubianos, proceden del tercer milenio antes de J. C. y aclaran algunos aspectos de los cultos primitivos de su civilización.

En el inmenso territorio danubiano se han descubierto infinidad de figurillas de hombres y animales, de arcilla la mayoría, pero las hay también de hueso e incluso de mármol. Las estatuillas antropomorfas representan mujeres desnudas, casi siempre de pie, raramente sentadas. De valor artístico escaso, no son sino simples cilindros en los que apenas se distingue el cuerpo y la cabeza, habiéndoseles marcado con el pulgar y el índice los rasgos de la cara en arcilla blanda. Los ojos están indicados por agujeros o puntos. Destacan, en cambio, los atributos sexua-

les femeninos. Las líneas de puntos en el cuello de alguna figura señalan quizá collares o quién sabe si tatuajes. Los brazos son meros muñones y apenas si están indicadas las piernas. Pero junto a ese tipo de estatuas cilíndricas bastante esbeltas hay otro que representa a mujeres de anchas caderas y prominentes nalgas.

En los Balcanes orientales los plásticos son generalmente mejor modelados, sobre todo las cabecitas, con magníficas decoraciones de espirales grabadas o pintadas. En las regiones donde el arte muestra claras tendencias naturalistas, los brazos de las mujeres descansan sobre los pechos, o bien tienen un brazo sobre un pecho y el otro sobre el sexo. Pero en los lugares donde se descubrieron figurillas de esta clase relativamente realistas también aparecieron otras — sobre todo en depósitos superiores, o sea que son más recientes que aquéllas — muy estilizadas.

En los Balcanes se encuentran asimismo ídolos tallados en tablillas de hueso, raramente de piedra. Son también muy estilizadas, pero se les distingue perfectamente la cabeza, el tronco y las piernas. El cuello, el abdomen y en particular las piernas están punteadas, y el triángulo sexual femenino está indicado con líneas muy marcadas (figura 46). Como

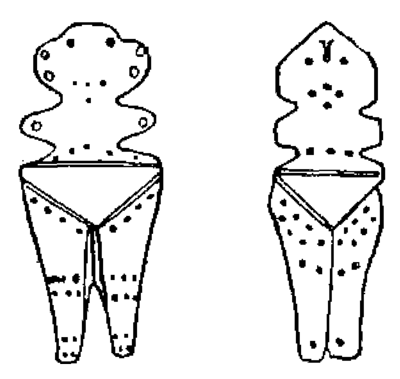


FIG. 46. Idolos tallados en placas de hueso. Bulgaria. De Ebert.

se conoce un caso en que este triángulo está pintado y probablemente representa una pampanilla, quizá sea también este el caso de los triángulos grabados en los otros.

Otro tipo especial de ídolo hallado en la región danubiana se compone de un ancho zócalo, cuya parte agujereada presenta dos prolongamientos laterales en forma de ala, y una suerte de espiga tronco-cónica muy alargada (figura 47). Esta espiga figura la cabeza, los ojos y la nariz no están ni grabados ni esculpidos, sino pintados, el zócalo o base es el

cuerpo y los prolongamientos los brazos. Tampoco faltan ídolos todavía más esquemáticos, reducidos a espigas o troncos sin pintar que se adaptan a zócalos cúbicos.

El colmo de la esquematización lo tenemos en los ídolos "anicónicos", que tienen la forma piramidal, generalmente sin perforar, de las pesas de los telares mecánicos. Que son realmente ídolos lo prueban suficientemente los adornos que imitan collares y pinjantes; además, en ciertos ejemplares se distingue muy bien la cabeza.

Los agricultores danubianos dejaron también constancia de su arte peculiar en figuraciones de animales, ora en estatuillas, ora en forma de

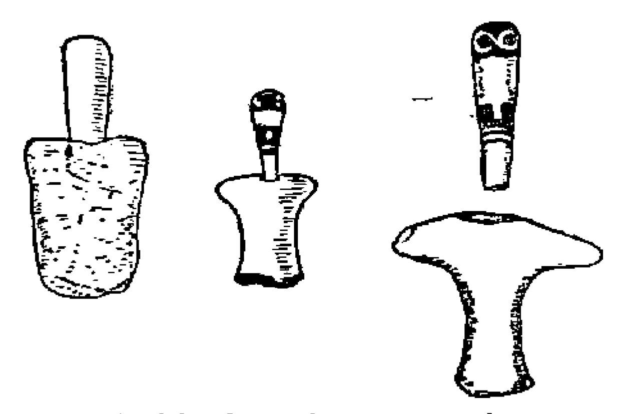


FIG. 47. Idolos de Tesalia. De Wace-Thompson.

adornos grabados en vasos y vasijas, algunas veces incluso con dibujos abstractos en tablillas de hueso. Lo que más abunda son las estatuillas de arcilla, sobre todo en algunos yacimientos, como en el de "Priesterhügel", en los alrededores de Cronstadt (Transilvania), una colina en cuyas cimas se pusieron al descubierto vestigios de un gran poblado neolítico. Las figurillas de arcilla procedentes de los niveles de habitación neolíticos representan en general bueyes, carneros, cabras y cerdos, no muy acabados y de patas muy cortas. También abundan en Hungría, a veces adornadas con la cruz gamada. Las de Bohemia-Moravia están, de cuando en cuando, pintadas. Su campo de difusión septentrional comprende Polonia y el centro de Alemania hasta Suiza.

A primera vista, a la estatuaria danubiana le falta sabor local, pues su forma esquemática, a menudo tosca y poco hábil, da la impresión de imitaciones poco logradas de modelos extranjeros. No parece quepa la menor duda de que tiene sus orígenes en el Próximo Oriente, con el

que los neolíticos del sudeste de Europa mantenían estrechas relaciones, en parte debido a la situación geográfica de los respectivos territorios y luego también porque habían adoptado la agricultura que, como hemos dicho, empezó en esta parte del mundo. Es un hecho que las regiones en las que se han descubierto ídolos son efectivamente aquellas en las que las civilizaciones orientales ejercieron influencia, y es evidente que la variada estatuaria danubiana tiene muchos puntos de contacto con las microesculturas del sur y del sudeste europeos, aun cuando no esté, ni con mucho, tan bien acabada. Es notorio que cuanto más se aleja de su lugar de origen, hacia el norte o al oeste en dirección a Europa central, tanto más se relaja la corriente artística.

En la interpretación de la estatuaria del neolítico danubiano no hay que perder de vista que jamás se han encontrado ejemplares en tumbas, sino solamente en lugares de habitación. Por consiguiente, podemos descartar la teoría según la cual esos objetos eran figuraciones en miniatura de seres humanos o de animales que los moribundos deseasen llevarse consigo a la tumba. Según tal hipótesis se trataría en el fondo de un subterfugio piadoso, pues en vez de sacrificar a la mujer y al ganado del difunto, se enterrarían con él imitaciones plásticas. Sabemos que no era así. A pesar de su aspecto rudimentario tampoco eran juguetes, pues en verdad no se concibe que objetos semejantes, tales como las estatuillas de mujeres desnudas, con los atributos del sexo tan exagerados, pudieran haber sido puestos en manos de los niños para entretenerlos.

La mayoría de los prehistoriadores están de acuerdo en el carácter religioso del arte plástico danubiano, y son sobre todo sus acusadas influencias orientales las que más justifican este punto de vista. No puede afirmarse, naturalmente, que todas las estatuillas encontradas sean ídolos, en particular cuando se trata de representaciones de animales, pero incluso estas últimas puede que tuvieran más relación con la religión de lo que generalmente se supone, según parece desprenderse del descubrimiento realizado en un antiguo poblado neolítico de la colina de Sultan, al norte de Bulgaria. Los arqueólogos que exploraron la estación encontraron fragmentos de un revoque de pared que había sido cuidadosamente allanado, y sobre cuyo fondo blanco se distinguían espirales decorativas pintadas en rojo. Pero entre los fragmentos yacían una gran cantidad de figurillas de animales. En vista de ello es muy posible que nos hallemos ante un santuario o un lugar sagrado donde se exponían ídolos zoomorfos o donde se guardaban las ofrendas.

Imagen y culto de una diosa de la fecundidad. — Los hombres debieron de relacionar muy pronto la analogía entre la fecundidad de la mujer y la fertilidad del suelo, y por esto, cuando hicieron su aparición las estatuitas femeninas del Danubio hacía ya tiempo que el principio procreador había sido comprendido y en las culturas superiores de Oriente era venerado como divinidad femenina.

A este respecto es muy significativo el descubrimiento realizado en Assur, donde, durante las excavaciones en el templo de Ischtar, consagrado a la diosa de la fecundidad, aparecieron en depósitos del tercer milenio antes de J. C. numerosas estatuillas de dos clases: unas, de caliza, eran de hombres vestidos, y probablemente representaban a donantes o sacerdotes, distinguiéndose de las otras por su talla, por la materia plástica y por el aspecto naturalista que se intentó darles. Componen el segundo grupo figuras de mujeres de pie y desnudas, también aquí con las manos en los pechos o bien una en el pecho y otra en el sexo. Es seguro que tales figurillas eran efigies de la divinidad a la que estaba consagrado el templo de Assur, o sea Ischtar, diosa de la fecundidad.

De modo que en la época a que remontan las estatuitas de mujeres de los neolíticos danubianos, los orientales representaban la fecundidad bajo la forma de una divinidad femenina. Su culto — el culto del principio de la fecundidad— debían de rendírselo en un santuario seguramente presidido por una estatua suya del tamaño de un ser humano, o mayor todavía. Es de suponer que sus "fieles" adorarían también en sus hogares a esta poderosa diosa de la que dependían la fertilidad de los campos y la fecundidad del ganado y la de la mujer. Las figurillas de arcilla encontradas en Assur eran otros tantos objetos piadosos que los sacerdotes vendían a los visitantes del templo. Así se explica que los fabricasen en serie sirviéndose de moldes que también se han encontrado...

Sería erróneo atribuir a las comunidades neolíticas danubianas una religión tan perfeccionada, con sus templos y la producción de efigies al por mayor como la de los orientales, mucho más civilizados. Pero no por eso debe negarse a esas estatuitas de mujeres su condición de ídolos de una religión de la fecundidad. Por otra parte, no debe sorprendernos su aspecto grosero, pues probablemente no eran ningún trabajo de artesanía, sino que las modelaban los mismos adoradores cuando estaban destinadas al culto doméstico.

Eso no quiere decir que los neolíticos danubianos no dispusieran también de santuarios tribales, probablemente con imágenes de gran tamaño. Si ninguna de esas imágenes se ha conservado es porque se tallaban o modelaban en materias poco resistentes, como arcilla y madera, y

debido al hecho de que los santuarios estaban seguramente a la intemperie, el tiempo ha borrado hasta el menor rastro de éstos con todo lo que contenían. A lo mejor aparecen un buen día vestigios de alguno, como permite esperarlo un interesante descubrimiento realizado poco ha en Moravia.

En 1934 se encontraron en Hluboké Masufky, en la región de Znaim, en tres restos de chozas situadas casi juntas, fragmentos de un ídolo extraño que, a juzgar por los objetos de cerámica del mismo depósito, data de finales de la Edad de Piedra (cerámica policroma). Se distingue de los demás ídolos danubianos porque es el mayor que se conoce hasta ahora (36 cm) y por su cuidadosa elaboración.

Después de juntar los fragmentos y de completarlos en parte, se obtuvo una figura femenina desnuda, de piernas inusitadamente gordas y muy juntas. La cabeza y los miembros, los pies, las manos y los dedos estaban trazados con cierto realismo. Tenía las orejas agujereadas, seguramente para llevar pendientes, y debajo del cuello se había modelado un collar con su correspondiente colgante. Lo verdaderamente curioso de la estatua era que sus brazos, relativamente endebles, estaban ligeramente doblados y extendidos hacia adelante con las palmas abiertas.

Se trata indudablemente de una figurilla de carácter religioso, y dado su tamaño no es imposible que fuese un ídolo al que rindiesen homenaje todos los habitantes del lugar, y no un simple ídolo doméstico. Es difícil explicarse por qué motivo estaban los fragmentos repartidos en tres fondos de chozas, pero lo que parece evidente es que la posición de los brazos y de las manos simboliza menos la actitud de una adoradora que la de una diosa distribuyendo sus dones. Uno se pregunta si los brazos en forma de muñones de los otros ídolos hallados no tendrían también el mismo significado.

De lo que antecede se desprende que las estatuillas femeninas de los territorios del Danubio eran realmente efigies — todo lo toscas y primitivas que se quiera — de una diosa de la fecundidad que se encontraba en todos los hogares, y a cuyo culto se dedicaban probablemente santuarios para la tribu en general o en cada poblado en particular. Tanto en el culto practicado en esos santuarios, a los que tal vez acudían en procesión, como en la adoración en la intimidad del hogar, el agricultor danubiano impetraba la bendición de tan elevado personaje para sus campos y el ganado. Muchos ídolos tienen perforadas las perillas de las orejas, para los pendientes seguramente, y como a menudo tienen también pequeños agujeros en la cabeza, es probable que los ataviaran con aderezos que renovaban de vez en cuando.

Hasta qué extremo la noción de una analogía entre la fecundidad de la mujer y la de la naturaleza constituía la base de aquella religión lo demuestra el hecho que tanto los senos como los órganos sexuales de los ídolos fueran modelados con tanto realismo y precisión. Asimismo se encontraron ídolos danubianos, aunque muy pocos, sin duda efigies de la pareja de la diosa de la fecundidad. También en Oriente tenía esposo esta diosa, pero su importancia en el culto era secundaria, por cuyo motivo se explica que tampoco de allí se conozcan muchos ejemplares.

Este elemento masculino desempeñaba sobre todo un papel en las creencias en que se basaban ciertos ritos nupciales relativos al culto de la fecundidad. Ritos semejantes, pero muy asociados a prácticas de magia — que han sobrevivido hasta nuestros días en las costumbres del campo, si bien considerablemente metamorfoseadas —, fueron muy probablemente practicados por los neolíticos danubianos, a juzgar por un descubrimiento realizado en Transilvania. En un yacimiento de aquella región se encontraron, uno al lado de otro, dos ídolos, uno masculino y otro femenino, y los detalles anatómicos de ambas estatuillas se adaptaban perfectamente para el acto de la unión sexual. Es manifiesto que el agricultor danubiano intentaba provocar la fertilidad del campo y la fecundidad del ganado invocando la magia de la analogía.

Si observamos ciertas costumbres rurales europeas de hoy, así como la ingente evidencia de ritos nupciales en la prehistoria, llegaremos a la conclusión que también los neolíticos danubianos celebraban ritos nupciales en ceremonias colectivas estacionales, en las que algunos asistentes escogidos hacían las veces de divinidades.

También le pedirían sin duda a la diosa la fecundidad del hogar para asegurarse la descendencia, como parece demostrarlo un ídolo que la representa como "madre y niño". De éstos se han encontrado muy pocos en las regiones del Danubio, en tanto que son bastante numerosos en Oriente y en Grecia. Se descubrieron muchas estatuitas análogas en Egina, en el templo de Afaya, diosa de los nacimientos. Se trataba, como es natural, de ofrendas propiciatorias o votivas para pedirle hijos a la diosa, o bien para agradecerle los que ya tenían.

El culto a los animales. — Admitido el carácter de ídolos de las figuras neolíticas femeninas, no es descabellada la suposición que quizá también lo fueran los que representan animales y que tanto abundan. Su sencillez y rusticidad no debe engañarnos; lo cierto es que algunos están muy bien trabajados. Por otra parte, los hombres debían hacer

caso omiso de su calidad artística, con tal de que dispusiera de una imagen del objeto de su veneración.

Que también aquí se trataba de imitaciones de estatuas mayores que se guardaban en los santuarios tribales parece confirmarlo el hallazgo de una figura mayor, un carnero de 33 cm, en Jordansmühl, Silesia. En todo caso no cabe duda del carácter ritual de las figurillas en las que aparece grabada una cruz gamada, que entonces no era ningún motivo decorativo, sino un símbolo religioso. También vasos en forma de animales parecen haber sido objeto de culto, en tanto que tablillas de hueso decoradas con cabezas estilizadas de toro (figura 48), como las que se descubrieron también en una cueva al este de Galitzia (Polonia), hacen pensar en emblemas religiosos o amuletos.

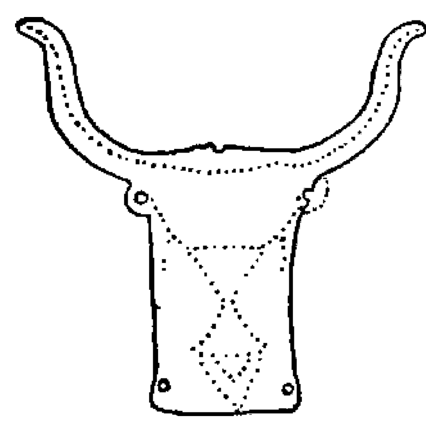


FIG. 48. Cabeza estilizada de toro en una plaqueta de hueso. Cueva de Bilcze Zlote (Galitzia). De Hadaczek.

Tanto las estatuillas como las tablillas grabadas y los vasos de cerámica reproducen generalmente animales machos, toros, jabalíes y moruecos.

Los agricultores neolíticos del Danubio practicaron con toda seguridad el culto del toro, y así se comprende que la efigie de este animal sea la que más abunda, tanto en forma de estatuas sueltas como en relieves de vasos. Este culto es manifiestamente de origen oriental y egeo. No debe olvidarse que las regiones del Danubio eran limítrofes del inmenso territorio que se extendía desde el mar Egeo hasta la India, en el cual aquel culto se había generalizado.

Sobre todo en las culturas superiores del valle del Indo y en Creta alcanzó este culto el máximo desarrollo en sus manifestaciones exter-

nas. Los sellos reproducen a menudo escenas de este culto y gracias a estos documentos de la época pueden distinguirse tres fases de su historia: la de la lucha para capturar el toro; la de los juegos tauromáquicos y la del sacrificio de la res. La frecuencia de las representaciones de luchas con toros y su ulterior sacrificio en los documentos de la civilización protoindia de Harappa (3000-2000 a. de J. C.), mientras que lo que caracteriza los monumentos cretenses son escenas de juegos tauromáquicos, hace suponer que estas especies de "rodeos", en los que vemos a hombres y mujeres galopando montados a lomo de toro, pertenecen a fechas muy posteriores, cuando el culto en cuestión ya había degenerado.

La práctica de la inmolación del toro, que figura en los sellos, la confirman los hallazgos de esqueletos realizados en Creta, Chipre y Egipto. También se encontraron cuernos de toro – seguramente – ofrendas – en un altar del palacio de Cnosos, en Chipre.

El culto del toro es todavía más antiguo en el norte de Siria y en las tierras altas de Persia, donde ya se practicaba a principios del período de la cerámica polícroma (4000-3000 a. de J. C.), según atestiguan las terracotas y los pequeños amuletos que reproducen su cabeza. Numerosos vasos de la misma época llevan bucranios como adorno principal, figuraciones de cabezas de toro reducidas linealmente a su más mínima expresión.

Este culto parece haberse introducido en el valle del Indo y en Creta con la cerámica polícroma, como debió de penetrar también con ésta en la región danubiana, pues las figuraciones de toros que se descubrieron corresponden, en efecto, a las civilizaciones del neolítico reciente, o sea las que habían adoptado esa clase de cerámica.

Hasta ahora no se ha dado con evidencia alguna del rito del sacrificio del toro. Los hombres de esas civilizaciones, mucho más primitivas que las de Oriente, no parecen haber producido obras de arte representando sacrificios o escenas similares de culto, como las que se conocen de Creta o del valle del Indo. Pero no sería extraño que los agricultores neolíticos danubianos practicaran algunos ritos parecidos a los de los orientales, muy simplicados, naturalmente, entre ellos el de la inmolación del toro. En todo caso, con una u otra ceremonia de sacrificio, la cabeza del toro parece haber sido objeto de especial veneración, a juzgar por la abundancia de reproducciones de bucranios en vasos tallados, amuletos y tablillas.

La clave del culto del toro nos lo da Oriente, en cuyas obras de arte se figura a este animal asociado a la gran diosa de la fecundidad y es su

pareja que simboliza el principio viril de la procreación y de la fuerza indomable. La conocida leyenda griega de la diosa Europa, a la que Zeus convertido en toro rapta en Fenicia para llevársela a Creta, es como un eco tardío de este culto.

El símbolo del dios-toro, dios de la fecundidad, era el falo, y en todas las regiones donde se practicaba el culto al toro se han encontrado indicios del culto del falo. Demuestran la existencia de este culto en la región danubiana los descubrimientos, realizados en Tesalia, de estatuillas de personas sentadas, provistas de falo, y que son seguramente efigies del dios de la fecundidad. Son raras las reproducciones de falos aislados, pero puede que también existieran y que sencillamente no se haya dado con ellas, o quizás que no se hayan conservado porque estaban hechas con materias perecederas, madera por ejemplo. Lo que sí es seguro es que este símbolo desempeñó destacado papel en los ritos de los agricultores neolíticos y danubianos.

También parecen haber tenido relación con el culto de la fecundidad las figuraciones de verracos y moruecos, pero sin que tuvieran el mismo origen que las de los toros, pues las estatuillas de moruecos acusan probables influencias de una civilización de pastores. Mucho más tarde veremos que el verraco era el animal simbólico de la divinidad que otorgaba la prosperidad y la fecundidad, y las ofrendas que se le dedicaban eran generalmente inmergidas en lagos o en manantiales. Respalda la existencia de tal creencia el descubrimiento, realizado en Alemania central, donde en un lago cegado de los alrededores de Greussen (Turingia), se hallaron, entre otros objetos, un vaso de arcilla en forma de verraco con ojos de bronce incrustados, y otro decorado con tres cabezas del mismo animal. Se trataba, evidentemente, de ofrendas que habían sido inmergidas en el agua.

Supersticiones. — La totalidad de la escultura danubiana, con su panteón antropomorfo y zoomorfo de fuerzas fecundadoras, pertenece, sin lugar a dudas, al último período del neolítico. También puede asegurarse que este arte, al igual que los conceptos religiosos que lo inspiraban, era de origen oriental.

Tales creencias se habían desarrollado en Oriente bajo la influencia de culturas anteriores más avanzadas, que veneraban el cielo, la tierra, el sol y las fuerzas elementales de la naturaleza.

En los períodos anteriores del neolítico, las creencias de los agricultores danubianos fueron probablemente semejantes a las de esta religión de la naturaleza, pues, con la introducción de la agricultura de las

civilizaciones orientales, también se adoptaron algunas de sus ideas religiosas. Pero de su culto de las fuerzas naturales apenas nos dicen nada las excavaciones.

Y, sin embargo, no puede desecharse la idea que tal vez una buena parte de esas viejas creencias las expresaran en los símbolos que aparecen en los objetos de cerámica y en muchos ídolos. Las espirales y los meandros eran evidentemente adornos, pero los demás signos, círculos, ruedas y cruces gamadas, tenían a buen seguro algún significado más o menos religioso, y debieron de representar sobre todo símbolos del cielo, del sol, de la tierra y de los fenómenos naturales que tan importante papel desempeñaban en las primitivas creencias del campo, formas de expresión convencionales, complejos mitológicos incomprensibles para nuestras mentalidades modernas.

Los símbolos mejor desarrollados y mejor ejecutados parecen ser los del grupo de estatuitas de arcilla que se conocen bajo el nombre de "'dolos dentados". Son figurillas con cuatro o seis puntas en forma de cruces o estrellas, o aun de pequeños pilares de arcilla que se ahorquillan hacia arriba terminando a veces en cabeza de animal. Estas imágenes están horadadas, seguramente para que pudieran suspenderlas de una cinta.

Antropofagia y culto del cráneo. — En la cuenca danubiana se llevaron a cabo otros descubrimientos que dan pie para pensar que el canibalismo y el culto del cráneo fueron practicados durante el neolítico al norte de los territorios de las antiguas civilizaciones agrícolas danubianas.

En Alemania meridional, en la baja Austria, en Bohemia y en Hungría aparecen a menudo en niveles de habitación, y en ciertos casos en la proximidad inmediata de los hogares, huesos humanos rotos, mezclados con huesos de animales. Descubrimientos similares se hicieron ya en cuevas, por ejemplo en la Höhlestein, en el valle del Lone; en Höhlenstein, en los alrededores de Nördlingen, en Hansele Hohl, en el Michelsberg, cerca de Tronhofen, las tres en el sur de Alemania, y en Istállóköer, en Hungría. La naturaleza de los hallazgos denota que, muy probablemente, allí se practicó el canibalismo, por lo que tales cavernas deben ser consideradas como santuarios o bien lugares donde tenían lugar sacrificios humanos.

Son a este respecto todavía más significativos los descubrimientos realizados en Schässburg, Transilvania, donde se encontró un hogar de arcilla con una tapadera de 80 cm de diámetro, ennegrecida por el

fuego, y a su alrededor muchos fragmentos de cerámica, algunos vasos enteros y gran número de huesos de animales domésticos, con algunos huesos humanos. Una urna contenía el esqueleto completo de un niño y otra tan sólo un cráneo.

No podemos por menos de relacionar con estos indicios de canibalismo, o tal vez de sacrificios humanos, la gran cantidad de cráneos hallados en el territorio de las civilizaciones neolíticas danubianas. Con frecuencia se han encontrado cráneos sin mandíbula en capas completamente intactas, bajo fondos de antiguas chozas donde sólo pudieron ser colocados para servir alguna finalidad ritual. Y como proceden casi todos de regiones en las que se descubrieron indicios de canibalismo prehistórico, es de suponer que se trata de trofeos de los cazadores de cabezas neolíticos, y no de cráneos de sus antepasados. Al igual que los primitivos actuales cazadores de cabezas, los neolíticos danubianos del norte creían probablemente que el espíritu que habitaba en el cráneo que se enterraba bajo su cabaña se convertía en su espíritu protector, garante como tal del bienestar y de la fecundidad de sus moradores. La existencia de estas diversas prácticas — canibalismo, sacrificios humanos y caza de cabezas — en las fronteras septentrionales de la cuenca del Danubio se explica por la proximidad de las antiguas civilizaciones de cazadores y por el hecho de haberse producido una síntesis entre esas últimas y las civilizaciones agrarias del sur.

4. La religión en el Mediterráneo

Los santuarios de Malta y de Gozo. — Mucho más aún que por la Europa danubiana se dejó sentir la influencia de Oriente por el litoral recortado y por las innumerables islas del Mediterráneo. Esta influencia se ejerció principalmente a lo largo de la mitad oriental, pero en este capítulo no nos ocuparemos ni de Creta ni de las islas del mar Egeo, porque, desde el punto de vista religioso, en el período que nos interesa, sus habitantes habían entrado ya en la fase de la protohistoria.

Dos islas del Mediterráneo occidental — la de Malta y su vecina de Gozo — llaman sobre todo la atención por los curiosos vestigios de monumentos arquitectónicos que remontan a los tiempos neolíticos.

Por los hallazgos realizados hasta el presente, la isla de Malta no empezó a ser habitada hasta el neolítico. La cerámica más antigua descubiertaa en la cueva de Dalam es idéntica a la de los neolíticos de Sicilia. Parece, pues, que Malta fue ocupada por los primitivos agricul-

tores sicilianos a últimos del tercer milenio antes de J. C. Acaso sufriera la influencia de la civilización megalítica de la que posteriormente trataremos. Los testimonios más impresionantes de la civilización de los antiguos habitantes de Malta y de los de Gozo — emigrantes procedentes de la primera — son vastas construcciones de piedra.

La opinión general ve ahora en estas construcciones santuarios prehistóricos, pero antes se les tomó por templos fenicios de los siglos VII o VI antes de J. C. Pero la cerámica que en ellos se ha encontrado data de por lo menos mil años antes. No hay duda, pues, que esas estructuras representan un progreso al que sus constructores — cuya civilización era todavía muy primitiva en sus orígenes — no pudieron llegar sino después de siglos y siglos de trabajo y de evolución, y después de haber sufrido las influencias de Egipto y del Próximo Oriente. Esos santuarios fueron construidos y utilizados durante un período de unos cinco siglos, desde poco antes del año 2000 al 1500 antes de J.C.

La mayor parte de las estructuras maltesas se encuentran a ras del suelo, no habiéndose descubierto hasta ahora más que un santuario subterráneo: el hipogeo de Hal-Saflieni. La planta de todas ellas es típica, componiéndose en general de dos cámaras ovales, situadas una detrás de la otra, de tal modo que sus ejes longitudinales son paralelos. Las une por el medio un pasillo frente al cual se encuentra la entrada de la primera y una especie de ábside al fondo de la segunda. Rodea el conjunto un muro en forma de semicírculo doblado de fuera a dentro ante la entrada. Los muros de los santuarios son de losas macizas verticales, sobre las cuales se amontonaron bloques de piedra que a veces sobresalen. Por lo que se ve, la entrada y el pasillo estaban cubiertos con losas planas horizontales. Las construcciones ovales estaban al descubierto y delimitaban por consiguiente patios al aire libre. En cuanto al ábside, por la inclinación de las paredes se deduce que tenía un techo abovedado.

Un ejemplo característico de estas construcciones lo tenemos en un santuario de la isla de Gozo, al que se ha dado el nombre de Gigantia (figura 49). No se compone, como los otros, de una cámara oval, sino de dos, y tan juntas que sus fachadas son casi continuas. Las rodea un muro común y según parece, delante del santuario debió de existir un gran patio.

Diversos edificios prehistóricos de la isla de Malta, tales como la Mnaidra, en la costa sur, son exponentes de su evolución arquitectónica. Más tarde fue modificada la segunda cámara oval del santuario, dividiéndose en una serie de compartimientos y hornacinas o nichos. Poste-

riormente aún se le añadió otro edificio en el lado norte, y luego un tercero, pero con cámaras menos espaciosas.

El grupo de edificios de Hal-Tarxien, que se levanta en una eminencia cerca de La Valetta, ilustra todavía más esta evolución. Se aprecian tres estructuras separadas, y todas ellas tenían originariamente la forma de dos cámaras ovales. El edificio del sur es el más antiguo y consiste únicamente en estas dos cámaras. El edificio al este es del mismo período y se compone asimismo de dos cámaras semejantes sin adorno

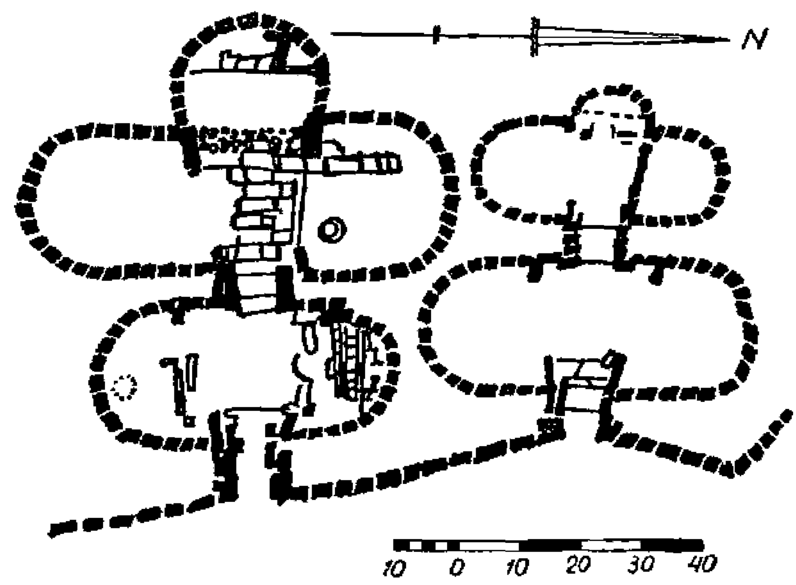


FIG. 49. Plano del santuario doble de Gigantia, en la isla de Gozo. De T. Zammit.

alguno. Entre ambos edificios se erigió más tarde un tercero, pero esta vez con tres cámaras ovales.

Por su cuidada construcción, según un plan muy regular, constituye sin duda la cumbre de la arquitectura sagrada de los malteses neolíticos. El edificio sur fue transformado en el curso de un tercer período, siendo también dividido en pequeños compartimientos o capilletas, algunas de ellas magníficamente decoradas.

Las diversas modificaciones, así como la yuxtaposición de dos o más estructuras, revelan una larga evolución y una expresión cada vez más compleja del culto de los habitantes neolíticos.

Exepto Carl Schuchhardt, quien sostiene que eran palacios, todo el mundo está de acuerdo en que aquellos edificios eran templos, pues

no puede haber duda de que el mobiliario, del que se han hallado numerosos elementos, sólo era adecuado para fines religiosos.

En la época más antigua, el gran ábside del fondo debió de constituir el lugar sagrado por excelencia del santuario, y a él se llegaba solamente después de haber franqueado el portal monumental del pasillo que separaban las cámaras ovales. Pero también los ábsides laterales tenían seguramente carácter sagrado. En las excavaciones realizadas en Gigantia se encontró en uno de ellos un pilar troncocónico, aproximadamente de un metro de altura, al lado de una especie de mesa de piedra.

Los nichos y los compartimientos laterales en que más tarde se dividió la gran cámara oval, también debieron de desempeñar papel importante en un culto más avanzado. En un nicho del santuario de Hagiar-Kim se encuentra un pilar de piedra toscamente labrado, de unos dos metros de altura, detrás del altar que se ha reconstruido en el mismo lugar que ocupara originariamente. En varios santuarios los compartimientos laterales, que tenían aberturas en forma de ventanas y a veces también portales muy bien construidos, contenían a menudo grandes losas colocadas como mesas. En los de Hal-Tarxien se encontraron también huesos y cuernos de animales, seguramente restos de ofrendas.

Las mesas de piedra eran seguramente altares, pero se conocen altares de otra clase, bloques de piedra cúbicos, a veces con adornos en relieve. En el hueco interior de uno de ellos, descubierto en el santuario de Hal-Tarxien, se encontraron huesos de animales y útiles de piedra tallada. Otros contenían fragmentos de vasijas, utensilios de piedra, huesos, conchas o cantos rodados, que también serían colocados allí por razones relacionadas con el culto.

A los pilares se les atribuye importancia religiosa especial, puesto que de ellos se han descubierto imitaciones de tamaño reducido.

Posteriormente surgieron esculturas religiosas antropomorfas. En las excavaciones llevadas a cabo en una sección de Hal-Tarxien que data del último período, se descubrió la parte inferior de una estatua de mujer de tamaño mayor del natural. En las caras anterior y posterior de un bloque de piedra cúbico con adornos en relieve, también procedente de Hal-Tarxien, se reconocen todavía la parte inferior de dos figuras sentadas.

Además de estas imágenes de gran tamaño se han encontrado también estatuas pequeñas de piedra y de arcilla, generalmente de mujeres desnudas, corpulentas y deformes. Su pesada obesidad y las exageraciones esteatopígicas se ponen especialmente de manifiesto en un grupo de desnudos sentados. Otras figuras son de mujeres desnudas de pie,

con una mano colgando y la otra, como casi siempre, apoyada en medio del vientre. Una serie de estatuitas pertenecientes al último período figuran mujeres con faldas acompañadas de diversos dobleces.

El culto de las potencias ctonianas y de la madre tierra. – Los tesoros arquitectónicos descubiertos en Malta y en Gozo, y especialmente la monumentalidad de los santuarios, son buena prueba de que los habitantes neolíticos de ambas islas del Mediterráneo central practicaban una religión muy avanzada que alcanzó su mayor esplendor en el período final. En sus templos relativamente vastos podrían fácilmente celebrarse grandes festivales públicos y procesiones. Al propio tiempo, el hecho que se dividieran entonces los templos en una serie de nichos y capilletas puede indicar cierto relajamiento del culto originariamente severo, estricto y puritano, que luego se dividió en prácticas diversas, quizá de carácter más individualista.

Lo que más sorprende en los neolíticos de ambas islas es su aparente gran "energía religiosa", pues mientras ellos moraban en cabañas miserables, de las que no ha quedado el menor rastro, edificaban, para satisfacer sus sentimientos religiosos, templos ciclópeos que al cabo de 4.000 años están todavía de pie.

¿Qué conclusiones pueden sacarse de sus creencias y del contenido de su religión?

En primer lugar, los templos de Malta y de Gozo tienen cierto parecido, tanto por el plano como por la construcción, con diversos edificios funerarios del oeste de Europa y del norte de África. Por si esto no fuera bastante, algunos de sus rasgos característicos, así los pilares monolíticos, y las mesas de piedra que proceden del primer período de la cultura neolítica maltesa, tienen grandes afinidades con las prácticas sepulcrales de la cultura megalítica. Como hemos dicho anteriormente, los primitivos pobladores de Malta recibieron de un modo o de otro influencias megalíticas.

Eso significaría que sus templos estaban principalmente consagrados a las potencias ctonianas, del averno. Históricamente, esta religión se halla estrechamente relacionada con el culto de los muertos, que era un culto más avanzado de las almas de los difuntos y de las divinidades subterráneas. Al igual que los obeliscos de los egipcios, los pilares monolíticos de los neolíticos isleños que desempeñaron tan importante papel durante la primera fase de su religión, parecen haber sido tronos de las almas y de los dioses. Las mesas de piedra junto a ellos debieron de servir para depositar en ellas las ofrendas. Creerían seguramente los

fieles que alguna divinidad, o el espíritu de los muertos, se posaba en los pilares para recibir las ofrendas a ellos destinadas.

¿No podría también ser que los vasos de cerámica, los útiles de piedra, los huesos y las conchas que yacían bajo las losas en varios santuarios fuesen igualmente ofrendas para los espíritus, o para las divinidades que se suponía habitaban bajo tierra? Por otra parte, la curiosa forma observada en las aberturas de algunos de los nichos y cámaras secundarias de un período posterior la relacionan algunos arqueólogos con la emisión de oráculos. De estar en lo cierto, entonces es que también se acudía a los santuarios para consultar a los muertos o a los ctonianos, y no solamente para ofrecerles sacrificios o plegarias.

A partir de determinado período surge, junto a este culto ctoniano, el de una divinidad femenina que pronto tomó gran incremento, aportando una nota alegre y aspectos artísticos a lo que hasta entonces había sido religiosidad severa y rigurosa. Esta transformación se refleja mayormente en la relajación del culto y en la exuberante ampliación de los santuarios, y en esta última fase alcanzó la vida religiosa su punto culminante.

Según se desprende del arte plástico que se desarrolló entonces, el origen del nuevo culto hay que buscarlo al este de la cuenca del Mediterráneo, y creemos estar en lo cierto si añadimos que vemos en él una emanación del culto de la diosa de la fecundidad de Oriente. Las íntimas afinidades entre el culto de esta *Magna mater* y los viejos cultos ctonianos facilitó sin duda su síntesis en las islas de Malta y de Gozo.

El hipogeo de Hal-Saflieni. — El carácter originariamente ctoniano de la religión neolítica maltesa queda claramente de manifiesto en el único santuario subterráneo del que se tiene noticia hasta hoy: el hipogeo de Hal-Saflieni.

Esta estructura, en forma de catacumba, se encuentra cerca de la aldea de Hal-Tarxien, debajo de un antiguo templo que todavía subsiste en parte. Para bajar hasta el hipogeo se pasa primeramente por unas cámaras de forma irregular vaciadas en la roca calcárea, hasta llegar a otras cámaras que son antiguas cavernas naturales provistas ahora de pórticos, entablamientos salientes, pilares en forma de pilones y ábsides abovedados.

La parte principal del hipogeo comprende dos pisos. El superior se compone de dos antecámaras y de una serie de cámaras cuya arquitectura y decoración indican que eran las principales. Una ancha escalera con peldaños de piedra calcárea conduce a la parte inferior, pero de

repente se interrumpe bruscamente delante de una excavación de tres metros de profundidad. Existía para los iniciados, a la derecha del último peldaño, un estrecho pasadizo que desembocaba en una serie de pequeñas estancias, que a juzgar por su pequeñez, quizá sirvieran de tesoro. Pero los profanos que ignoraban la disposición del lugar corrían riesgo de perder pie en la oscuridad y precipitarse en el hoyo del que no había escape posible.

El hipogeo no fue edificado siguiendo un plano único. En las cámaras, en su mayoría ovales o redondas, pero siempre de forma bastante irregular, así como la ornamentación, se nota que sus constructores se esforzaron en imitar la arquitectura de los otros templos a flor de tierra.

Parece como si el hipogeo hubiera tenido afectaciones diversas en dos períodos diferentes. El primero fue santuario. Algunas de sus estancias, cuidadosamente arregladas, son, por decirlo así, la contrapartida de las de los edificios normales sobre el nivel del suelo. El hecho de haber sido construido bajo tierra confirma que este santuario estaba dedicado al culto de los dioses ctonianos.

En una cámara del piso superior que corresponde acústicamente con otra, debían de darse oráculos. Ya se trajo a colación la misma hipótesis en relación con los nichos o capilletas laterales de diversos templos de Malta y de Gozo. Algunas curiosas estatuillas de arcilla allí encontradas, de mujeres echadas en una especie de lecho, podrían significar que esperaban turno para consultar el oráculo. Se ha sugerido que quizá las personas que deseaban consultar a los dioses ingerían antes algún narcótico para recibir en sueños, o en estado de éxtasis las respuestas a sus preguntas.

Tal vez incluso, pero esto no hay manera de probarlo, las cámaras inferiores se utilizaban también para iniciar a los neófitos en ciertos misterios rituales. En todo caso, a juzgar por el carácter monumental del hipogeo y de los demás templos, así como por la diversidad de los ritos que en ellos se practicaban, puede muy bien ser que existiera ya una casta sacerdotal bien organizada en aquella sociedad neolítica.

Durante el segundo período el hipogeo tuvo seguramente finalidad funeraria. Algunas de sus cámaras, a cuyos lados se ven nichos y celdas, fueron muy posiblemente cámaras sepulcrales, otras servirían de osarios, mientras que una parte de las restantes debió de quedar reservada para la celebración de un culto de los muertos bastante evolucionado. Algunos prehistoriadores son de opinión que, desde un principio, el hipogeo había sido a la vez sepulcro colectivo y santuario donde se celebraba el culto de difuntos. Lo que sí parece cierto es que en época tardía fue

un gigantesco osario, pues el descubrirse el hipogeo, la mayoría de las cámaras estaban más o menos llenas de tierra que contenía los restos, dispersos al azar, de alrededor de siete mil seres humanos, mezclados con un sinfín de fragmentos de vasijas. El último período de utilización del hipogeo se desarrolló por lo visto bajo circunstancias extraordinarias.

Los santuarios de Malta y de Gozo son indudablemente neolíticos, del neolítico tardío para ser más exactos. Esta cultura singular, que fue producto de la mezcla de influencias orientales y occidentales, desapareció poco después del año 1500 antes de J. C., probablemente como consecuencia de la inmigración de nuevos hombres que conquistaron y colonizaron las islas. Estos nuevos dueños, cuya religión nada tenía que ver con la de los antiguos autóctonos, y que ningún interés sentían por los templos de éstos, dejaron los edificios abandonados. Pero todavía hoy sus ruinas monumentales ponen de manifiesto el poderoso espíritu religioso que animaba a los hombres que los edificaron.

5. La religión megalítica en el occidente de Europa

Fuentes principales: tumbas megalíticas, el arte de las pinturas y de los ídolos. — El campo de las civilizaciones neolíticas del oeste de Europa comprendía los países situados entre Gibraltar y el Rhin. Hacia el norte se propagaron por las Islas Británicas, mientras que en el sudeste alcanzó su influencia Alemania meridional, Suecia e Italia.

Poco conocemos de sus inicios, pero es de creer que proceden de las de los cazadores y pescadores megalíticos que debido a influencias diversas se transformaron en agricultores. Las culturas agrarias más antiguas, porque eran muy rudimentarias no podían sino dejar vestigios insignificantes, pero el arte rupestre esquemático y sus temas artísticos había subsistido en la Península Ibérica, lo que parecería indicar que, sobre todo en la cuenca mediterránea, se habían conservado las creencias de los tiempos megalíticos. Esto constituye ya una primera y preciosa indicación de la religión de la época, y tal vez sea posible descifrar alguno de sus enigmas a la luz de las de los períodos ulteriores.

Hacia el tercer milenio antes de J. C. se produjeron grandes metamórfosis en Europa occidental prehistórica, empezando por las zonas costeras mediterráneas y atlánticas de la Península Ibérica. Estos cambios fueron seguramente provocados por una serie de influencias culturales exteriores que emanaban sobre todo de la cuenca mediterránea e iban acompañadas de inmigraciones de elementos étnicos extranjeros.

Sea lo que fuere, la Península Ibérica pasó a ocupar lugar destacado en el sentido que en las postrimerías de la Edad de Piedra se convirtió en el foco desde el cual se propagaron las civilizaciones hacia el este.

Los agricultores desarrollaron poco a poco su economía y en ciertas regiones alcanzaron relativa prosperidad. En la costa atlántica, en el centro y al norte de Portugal se alzaron tumbas ciclópeas, posiblemente inspirándose en los edificios funerarios monumentales del valle del Nilo. La forma más antigua de tales tumbas, el dolmen (del bretón *dol* y *men*, que significan mesa y piedra, respectivamente, o sea, literalmente: mesa de piedra) se componían de una o más lajas colocadas horizontalmente sobre otras piedras verticales formando una mesa, recubiertas originariamente de un túmulo de tierra protectora, resultando así una especie de cueva funeraria artificial. Mientras que en extensas regiones del oeste europeo persistían las viejas sepulturas en cuevas y fosas, los dólmenes se extendieron sobre todo por la zona costera del Atlántico, aunque también penetraran esporádicamente en otras regiones, incluidas las del litoral mediterráneo.

Junto a esta forma del dolmen sencillo aparecen formas más complicadas. Así se llega a la cámara por un corredor de entrada, dando origen al llamado sepulcro de corredor. De éste nace, cuando las paredes se confunden con las del corredor, la llamada "galería cubierta". Este tipo de monumento funerario se difundió bastante por el oeste de Europa hasta Escandinavia del sur. Posteriormente, en la Península Ibérica y en Irlanda estas construcciones evolucionaron más aún, la cámara llegó a adquirir grandes proporciones, construyéndose con la técnica de la falsa cúpula.

Las tumbas megalíticas de todos los países tienen no solamente en común ciertos detalles técnico-arquitectónicos, sino también algunas características que prueban que esta forma de sepulturas correspondía a una fe, a un movimiento espiritual que trascendía los límites de las civilizaciones prehistóricas. Aun cuando jamás haya habido "pueblos de los megalitos", estas sepulturas se extendieron no solamente por el oeste de Europa, sino también a otros continentes, como un reguero de pólvora, y ante semejante fenómeno no podemos por menos de evocar cómo posteriormente se propagaron las religiones universales.

Otra forma de monumentos megalíticos son los menhires (del bretón *men*, piedra y *hir*, largo) literalmente piedra larga, megalitos formados por una piedra larga hincada verticalmente en el suelo. En el oeste de Europa y en otras partes también, se encuentran numerosas piedras que se les parecen, pero que en realidad no son menhires de la época

megalítica. Casi siempre están aislados, sin asociación alguna con tumbas megalíticas y se prestan a interpretaciones diversas. De los seis mil menhires megalíticos o auténticos, catalogados en Francia, corresponden más de la mitad, o sea, unos tres mil quinientos, al departamento de Morbihan, al sur de Bretaña. También están allí los de mayor tamaño. Así, por ejemplo, el de Men-er-Hroech, cerca de Locmariaquer, derrumbado y roto en cinco pedazos por un rayo o por algún terremoto, que medía 20,30 m de altura. Los demás suelen tener 11, 10, 5 m o menos aún. También se han descubierto menhires en miniatura.

Los menhires aislados de Bretaña están a veces asociados a sepulturas megalíticas, pero otras veces no lo parecen, formando a menudo conjuntos tales como los *cromlechs* (del bretón *crom*, círculo, y *lech*, lugar) circulares, semicirculares o elipsoideos, y abundan más en Inglaterra que en Francia. El *cromlech* más conocido y el más monumental es el de *Stonehenge* (piedra suspendida) en los alrededores de Salisbury (figura 50), cuya porción central por lo menos data de la época megalítica. Parece ser que simultáneamente a esas construcciones de piedra y notablemente como precursores suyas, las hubo anteriormente de madera.

Existen todavía conjuntos de megalitos aún más impresionantes, los alineamientos, que se componen de menhires dispuestos en varias hileras paralelas. La mayoría se encuentran en suelo bretón. Los alineamientos de Carnac, por ejemplo, orientados aproximadamente de este a oeste, cubren un área de 3.900 m de longitud y comprenden 2.935 menhires. Hay juntos tres alineamientos pero distintos e independientes. El situado más al este, o sea el de Ménec, tiene 1.167 m. de longitud y una anchura media de 100 m, y comprende 1.169 menhires, de los cuales 70 forman un cromlech en su extremidad oeste y los restantes 1.099 están dispuestos en once líneas. El mayor mide 4 metros de altura y el menor 0,60 m. La posición de algunos menhires del otro extremo sugiere que también allí hubo originariamente un cromlech. El alineamiento de Kermario, situado a 240 m al este del primero, mide 1.120 m de largo, tiene una anchura media de 101 m y comprende 1.029 menhires formados en diez hileras. Debió de existir otro cromlech en el extremo oeste donde se levantan, fuera de las hileras, y orientados hacia el sur, tres menhires a poca distancia de la galería cubierta de un sepulcro. En el extremo este, donde los menhires son más pequeños, pero todavía dentro de las hileras, hay un túmulo funerario y un menhir alto que no tiene su misma orientación. Tanto el menhir como las sepulturas a su alrededor parecen ser más antiguos que el resto del alineamiento. El tercer alineamiento, o sea el de Kerlescan, se encuentra a 393

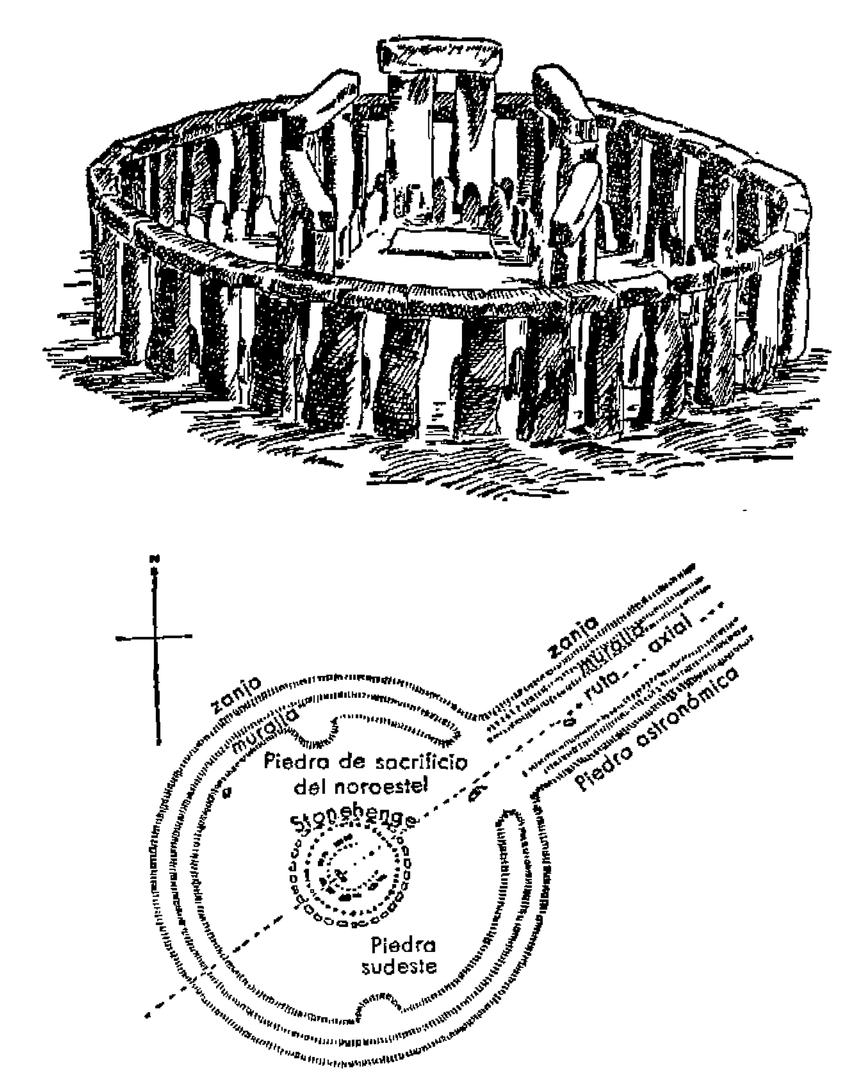


Fig. 50. Stonehenge. Planta y reconstrucción del maravilloso conjunto megalítico. Diámetro 114 m. De F.-A. Van Scheltema.

metros al noreste de Kermario. Tiene 880 m de largo y comprende 555 menhires dispuestos en 13 hileras, formando otros 39 un cromlech semicircular en la extremidad oeste.

Estos conjuntos de megalitos datan seguramente de los albores de la edad de los metales.

Otros cambios importantes, ocurridos en el neolítico, o bien tenían

relación, o bien coincidieron, con la aparición de una nueva cultura en el litoral mediterráneo de la Península Ibérica, la llamada cultura de Almería, fundamentalmente diferente de las precedentes, y evidentemente introducida por emigrantes. Poseía un arte de ídolos similar al de los países orientales del Mediterráneo en su etapa neolítica. Los ídolos de Almería, de hueso o de piedra, se difundieron por doquier.

Se conocen dos tipos de ídolos, planos y redondos, y cada uno de ellos corresponde en cierto modo a una difusión geográfica distinta.

Los ídolos planos comprenden piezas en forma de cajas de violín (figura 51) de aproximadamente 5-9 cm de alto por 4-8 mm de espesor tallados la mayor parte en piedras claras, como mármol, alabastro, caliza o talco, algunas veces incluso en esquistos o en hueso. También los hay tallados en placas de pizarra o de alabastro con indicios de brazos (figura 51).

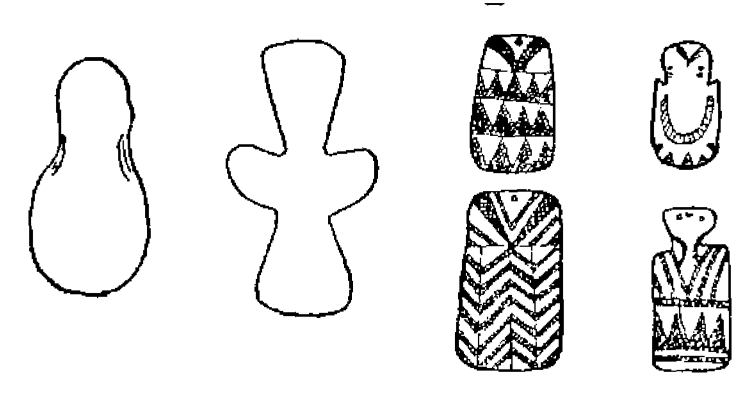


Fig. 51. Plaquetas con ídolos, de la Península Ibérica. De H. Breuil.

Los ejemplares más perfeccionados, artísticamente hablando, son las plaquetas decoradas de pizarra, generalmente grabadas y a veces pintadas (figura 51). Por su forma y su decoración resalta más que en los otros el aspecto antropomorfo. Sobre la parte inferior de algunos de ellos, en forma de paleta, una estrechez figura los hombros con la cabeza encima (figura 51). Casi siempre llevan dibujos geométricos, pero en algunos no hay duda que quisieron representarse caras.

Los ídolos redondos, generalmente de piedra, se dividen en dos categorías. Los unos, macizos, son troncónicos o cilíndricos, su altura varía entre 15 y 60 cm, siendo de 30 cm por término medio.

Hay el otro tipo, menos rudo que el anterior, en el que se indica

vagamente el cuello y la cabeza (figura 52), y a veces va adornado de dibujos geométricos que parecen querer sugerir rostros humanos (figura 52).

Mucho más corriente que el ídolo de piedra es el ídolo formado aprovechando falanges de caballos jóvenes. Esta primera materia adquirió posiblemente significado ritual debido a su natural parecido a la forma de los ídolos de piedra. A juzgar por su gran difusión, debió de ser el ídolo de la gente pobre que no podía permitirse el lujo de poseer un verdadero ídolo de piedra tallada, especialmente de mármol. Estos ídolos de hueso, que asimismo se encuentran tierras adentro, en los parajes más pobres, a veces tienen también hermosos adornos geométricos.

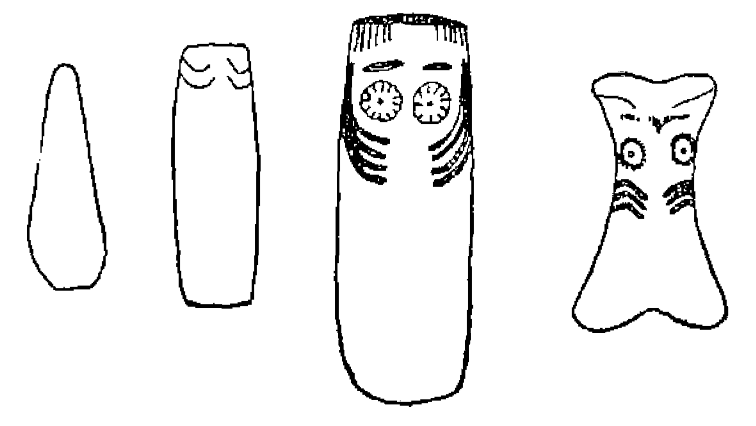


FIG. 52. Idolos de sección circular procedentes de la Península Ibérica. De H. Breuil.

El área de difusión de los ídolos planos se encuentra sobre todo en el interior de la Península Ibérica, en tanto que los redondeados predominan en los litorales atlántico y mediterráneo.

Con la llegada de los nuevos pobladores que sentaron las bases de la cultura de Almería surgió en España una nueva pintura rupestre que conoció notable esplendor, y tiene mucha analogía con las imágenes de ídolos. Esta cultura alcanzó el apogeo en el calcolítico, o edad del cobre y de la piedra, entre los años 2500 y 2000 antes de J. C. y se extendió por las regiones mineras del sur de España donde abundaba el cobre, la plata y el oro. Sus habitantes dejaron de dedicarse exclusivamente a la agricultura para dedicarse también al tráfico de estos metales.

Hacia finales de la Edad de Piedra y a principios del calcolítico,

el arte esquemático rupestre ibérico pasó los Pirineos y se propagó al sur de Francia, y más allá todavía. Luego de haberse disociado de la piedra penetró en el área del estilo megalítico, y así se encuentran paredes interiores y techos de dólmenes, así como numerosos menhires, adornados con dibujos geométricos y antropomorfos análogos a los de la península. En realidad, este arte simbólico megalítico, cuyo origen radica en el arte rupestre ibérico, se difundió por Bretaña llegando hasta Irlanda.

Con lo dicho hemos mencionado las fuentes más importantes que nos pueden ayudar a comprender las creencias religiosas del occidente europeo en las postrimerías de la Edad de Piedra. No son las únicas ciertamente y trataremos también de las otras que ya son mucho menos abundantes.

El culto de los antepasados y de los espíritus de los muertos. La diosa de los muertos. — Los dólmenes, incluso los más sencillos, tenían un carácter suntuoso que nada parece justificar, pues era mucho más de lo estrictamente necesario en una tumba. No bastaría para justificar semejante esfuerzo el hecho de que los dólmenes, los sepulcros de corredor y los sepulcros cupuliformes fuesen cementerios tribales. Tampoco es verosímil que deban ser considerados como monumentos de dinastías agrarias pudientes, aunque quizá no deba excluirse completamente algún caso aislado. Pero lo que sorprende, es que los hombres del megalítico derrocharan tanto trabajo y tanto arte en construir para los muertos semejantes edificios, cuando los vivos carecían de ellos.

La construcción de tales monumentos, a menudo de proporciones colosales, implica un trabajo largo y pesado, amén de una habilidad técnica considerable. El dolmen de El Soto, cerca de Huelva, tiene 21 m de altura y el bloque de granito delantero tiene 3,40 m de alto, por 3,10 m de ancho y 0,72 m de espesor, pesando nada menos que 21 toneladas. Se ha podido comprobar que procede de una cantera situada a 37 km de distancia. Para transportarlo hubo que hacerlo deslizar sobre troncos de árboles, lo que parece presuponer la construcción de un camino adecuado y el empleo de numerosos obreros especializados.

Existe en Los Millares, provincia de Almería, una verdadera necrópolis que data de la culminación de la cultura almeriense, con casi un centenar de galerías cubiertas y tumbas cupuliformes. En algunos casos, las cámaras sepulcrales tienen un pilar central y cámaras secundarias a los lados. Las galerías se hallan divididas en varias secciones por medio de losas en forma de pórticos; algunas veces las losas fueron hora-

dadas para permitir el paso. Quedan por las paredes algunos rastros de pintura. La mayor parte de las tumbas yacen bajo ingentes montones de tierra rodeados de losas. Las galerías de algunas son simples corredores naturales en la roca, que fueron simplemente cubiertas con losas. Otras cámaras funerarias están excavadas en la roca viva. Se trata, a no dudar, de sepulturas tribales, pues contenían hasta 100 cadáveres.

También se hallaron grandes tumbas megalíticas a lo largo del litoral atlántico, hasta Holanda, sobre todo en Bretaña, y mientras las galerías cubiertas de Irlanda yacen bajo gigantescos túmulos, las cámaras funerarias tienen altas cúpulas y sus paredes están decoradas de numerosas esculturas.

Es evidente que tales monumentos hablan en favor de un culto muy desarrollado de los muertos. Otros hallazgos lo confirman, en particular los menhires que a menudo les acompañan. En efecto, dondequiera que existan todavía en Bretaña galerías de dólmenes bien conservados, al final se encuentra un menhir, hacia el cual se halla orientada la puerta de su cámara sepulcral. La clave del enigma de esta muda disposición arquitectónica quizá se halle en los únicos textos relativos a las creencias de la época de los megalitos, o sea en los papiros egipcios. Los egipcios creían que las almas de los muertos, metamorfoseadas en pájaros, podían abandonar sus tumbas para alcanzar el sol o picotear los frutos del campo. Esta creencia parece haberse difundido por toda la cuenca del Mediterráneo hasta el oeste de Europa. Como prueba de ello cita C. Schuchhardt el famoso sarcófago pintado de Hagia Triada, en Creta, con los obeliscos en los cuales se posan los pájaros. En tal caso, los menhires desempeñarían el mismo papel de tronos o descansaderos donde las almas podían hacer escala al abandonar los sepulcros, o de puntos de referencia gracias a los cuales podían orientarse si se alejaban.

Así debemos ver el origen de los "agujeros de las almas", casi siempre redondos u ovales, practicados en las piedras que tapaban ciertas sepulturas megalíticas de la época tardía, en la creencia que las almas de los difuntos podían abandonar sus tumbas.

Algunos menhires están decorados con reproducciones masculinas o femeninas muy esquematizadas. Las huellas de pintura en otros hace sospechar que muchos de esos megalitos estuvieron en otro tiempo cubiertos de pinturas análogas. Es muy posible, pues, que los menhires fuesen considerados no sólo como "tronos de almas", sino también como sus hogares en los que moraban bajo las especies de figuraciones de almas o de figuraciones de antepasados. Semejantes figuraciones antropomorfas se encuentran a menudo también en los muros interiores de los

sepulcros megalíticos (figura 53). En una losa del dolmen de El Soto se descubrió un dibujo abstracto representando una mujer con un niño (figura 54), y al excavar debajo, se encontraron realmente los esqueletos de ambos, lo que nos induce a creer que los diversos dibujos de los dólmenes correspondían a los muertos enterrados bajo ellos. No es



Fig. 53. Dolmen de Soto, Huelva. Figuras estilizadas de antropomorfos. De H. Obermaier.

fácil, con todo, la demostración, porque la mayoría de las tumbas fueron destruidas en el transcurso del tiempo.

Probablemente muchos de los pequeños ídolos ibéricos, la mayor parte de los cuales proceden de tumbas, eran también imágenes de los antepasados o de sus almas. En una de las pocas tumbas megalíticas no



Fig. 54. Dolmen de Soto, Huelva. Madre con niño. Interpretación de esta figura estilizada, según H. Obermaier.

saqueadas, se hallaban los ídolos junto a la cabeza del difunto, y en una de las sepulturas de Los Millares cada cadáver tenía su propio ídolo. Estos ídolos, pues, estaban en estrecha relación con los muertos, y en vista de su coincidencia numérica con las sepulturas, no deben de considerárseles como imágenes de alguna divinidad protectora de los difun-

tos, sino como imágenes de los muertos mismos, y servían en cierto modo para fijar sus almas errantes separadas del cuerpo, después de la muerte.

Las figuraciones de las almas de los antepasados también decoraban las losas de las tumbas, como se ve por la representación esquemática de la madre con el niño del dolmen de El Soto.

Los ídolos cilíndricos o troncocónicos muestran clara analogía con los menhires, y puede que, como ellos, fueran "tronos de almas".

Mientras en la zona atlántica de la Península Ibérica se colocaban los ídolos cilíndricos de caliza en el interior de las tumbas, lo que parece descartar toda práctica de culto del mundo exterior, en la zona mediterránea los ídolos troncocónicos quedaban fuera, pero siempre dentro de los recintos de las sepulturas, siendo ello quizá fruto de alguna evolución o progreso en los ritos funerarios.

La separación entre la imagen del alma o del antepasado y el cadáver queda particularmente de manifiesto en el arte rupestre, en el que aparecen en gran número las mismas figuras humanas muy esquematizadas que adornan las paredes de los dólmenes y los ídolos de las tumbas. Sólo muy raramente encontramos estas imágenes en las proximidades de las sepulturas. En general, las rocas pintadas se hallan situadas a cierta distancia de los antiguos poblados, probablemente se visitaban ocasionalmente aquellos lugares para la celebración de ceremonias del culto a los difuntos o de alguna otra especie. Allí implorarían a los espíritus de sus antepasados, la lluvia o el buen tiempo para la cosecha, y que protegieran a los miembros de la tribu y a los animales, las casas y los campos. También, aunque raramente, se han encontrado dibujos abstractos antropomorfos en las cavernas que fueron habitadas, y en tales casos están en la misma entrada de ellas. Es probable que sus moradores los considerasen como espíritus tutelares de los hogares.

El culto de los muertos tomó todavía expresiones más imponentes fuera de la Península Ibérica, sobre todo en Bretaña. El gran alineamiento de menhires de Carnac debió de atraer en ocasión de ciertas solemnidades a multitudes considerables. Millares de personas podían desfilar a lo largo de las grandiosas avenidas bordeadas por las hileras de menhires. Es de suponer que este culto era asimismo muy floreciente en Inglaterra, donde existían también vastos conjuntos similares, aun cuando tan sólo uno de ellos, el de Ashdown (Berkshire) pudiera rivalizar con los alineamientos de Carnac. Los ochocientos menhires de Ashdown se hallan distribuidos en un paralelógramo irregular cuyos lados miden 250 y 500 m respectivamente.

Sabemos tan poco como se quiera de los rituales del culto que allí se celebraba. Por su configuración eran lugares a propósito para procesiones solemnes durante las cuales tendría lugar alguna especie de sacrificios, precisamente ante los cromlechs. Todas esas ceremonias religiosas presuponen una organización considerable a cargo de una casta sacerdotal, pero no existen todavía pruebas que permitan afirmar la existencia de un verdadero clero adaptado a las necesidades de la época.

Por otra parte, que debió de practicarse el culto de una divinidad femenina simultáneamente al de los espíritus de los muertos y de los antepasados, por lo menos en ciertas regiones de Francia, parecen confirmarlo las pequeñas esculturas en forma de menhires descubiertos en el sur de dicho país, así como los ídolos procedentes de las cuevas de la cuenca del Marne, y quizá también ciertos dibujos de las sepulturas megalíticas de Bretaña. Las estatuillas o los ídolos esculpidos en cuestión no podían representar a los difuntos por la sencilla razón que, aun cuando el número de personas enterradas fuera elevado, no había más que un solo ídolo en cada tumba, precisamente en el umbral de ésta. El culto de la diosa protectora de los muertos, procede de Oriente, a juzgar por los descubrimientos realizados en Liguria y en Cerdeña de estatuillas análogas a las de Francia.

El culto del sol y del cielo. — Sin embargo, la religión neolítica del oeste de Europa tenía también otro aspecto muy distinto del que nos revelan ciertas figuraciones de los artes rupestre y megalítico, así como los motivos decorativos de las cerámicas y objetos rituales diversos. De modo que es preciso considerar los grandes monumentos megalíticos no sólo como lugares consagrados al culto de los antepasados y de los muertos en general, sino que también servían a otra finalidad.

En rocas pintadas y en los lados de los dólmenes hallamos a menudo grabados del sol radiante, generalmente aislado, aun cuando acompañado a veces también por una cantidad de puntos que parecen estrellas. Tal es, por ejemplo, el caso de la pintura rupestre roja de Pala Pinta de Carlão (Portugal) que reproduce sin duda alguna el cielo estrellado con dos soles. Que a esta imagen puede atribuírsele significado alegórico lo prueba no solamente el lugar, sino también el dibujo esquemático del hacha que se le añadió.

El signo del hacha seguramente tenía carácter religioso, pues se le encuentra a menudo en rocas y en dólmenes. Confirma también su carácter sagrado el hecho que se hayan encontrado hachas neolíticas en miniatura, seguramente amuletos o ex-votos. Por medio de la reunión

del hacha con la imagen del cielo se pone de manifiesto que con este signo no se pretendía significar la materialidad del instrumento de cultura, sino que allí era el símbolo de una divinidad, puesto que en el oeste de Europa el hacha era el símbolo del rayo blandido por la mano de Dios.

Sería aventurado decir hasta qué punto al dios occidental del cielo se le consideraba personificando el dios del sol y el del tiempo atmosférico. En todo caso, según veremos más adelante, el dios del sol parece

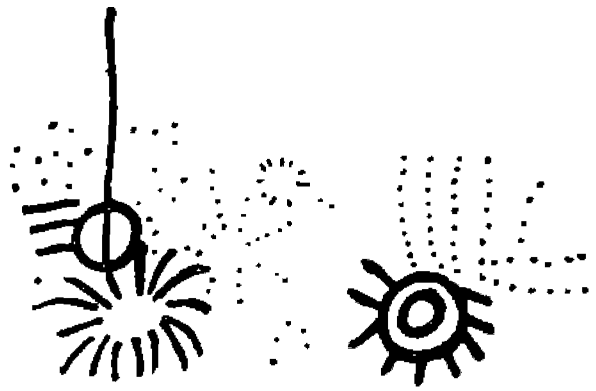


Fig. 55. Cielo estrellado y hacha sagrada. Pintura en rojo, en Pala Pinta de Carlão (Portugal). De V. Correia.

haber disfrutado de una posición relativamente autónoma en la religión de las postrimerías de la Edad de Piedra.

Tal vez la representación antropomorfa del dios del cielo o del dios del tiempo la tengamos en una serie de pinturas rupestres que figuran hombres sosteniendo hachas. Pero quizá no sean más que oficiantes y por ende, escenas religiosas.

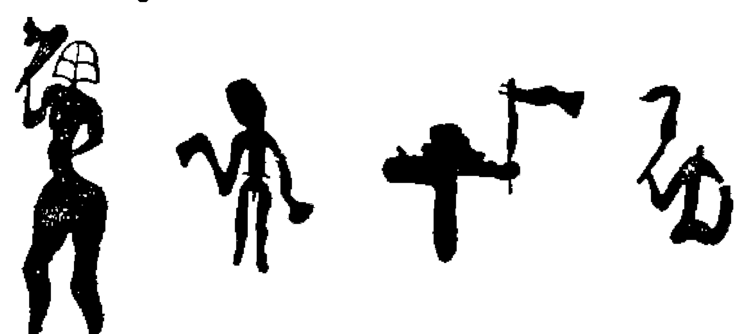


Fig. 56. España. Diferentes individuos representados armados con hachas. De H. Breuil.

Los santuarios del dios del cielo en la Península Ibérica debían encontrarse sobre todo en aquellos lugares apartados donde las rocas fueron adornadas con los símbolos de dios o con las efigies de la divinidad en forma humana o con las figuraciones de los que celebraban el culto. Como estas imágenes están asociadas en muchos casos a figuraciones de

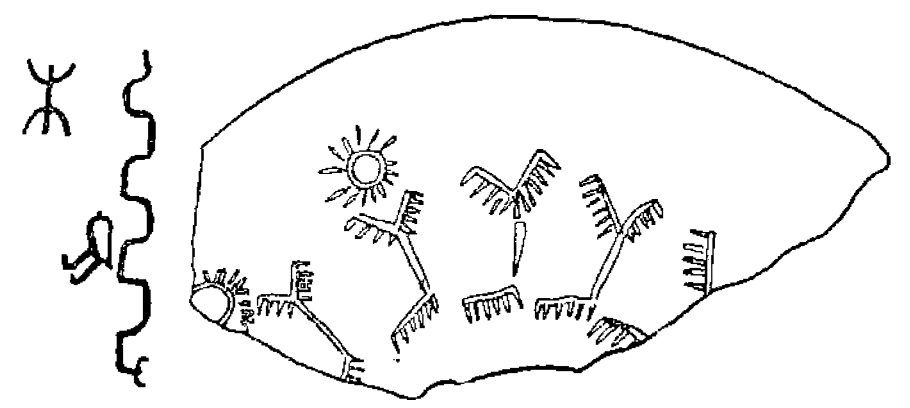


FIG. 57. Saint-Micaud (Saône-et-Loire). Figura humana estilizada y signo serpentiforme.
FIG. 58. Fragmento de vasija con representación de ciervos estilizados y soles. De Las Carolinas (provincia de Madrid).

antepasados, es probable que los dos cultos se mezclasen. Parece confirmarlo en todo caso el hecho que el hacha sagrada aparezca en menhires y dólmenes.

Es interesante mencionar a este respecto el raro hallazgo realizado en la sepultura situada en el interior del alineamiento de Kermario, cerca de Carnac, donde la base del gran menhir del centro está adornado con cinco serpientes incorporadas sobre la cola. Cuando el año 1922 se excavó en aquel lugar se hallaron cinco hachas debajo de los dibujos (una por cada serpiente), con el filo dirigido adrede hacia arriba.

Es de suponer que ya en el neolítico la serpiente fuera un símbolo de vida. Se encuentra su imagen en el arte rupestre y, detalle curioso, en relación con figuraciones esquemáticas de los antepasados (figura 57). Las cinco hachas depositadas bajo el menhir de Kermario, que eran sin duda ofrendas y cuyo número coincidía quizá también con el de los muertos de la sepultura, muestra, por una parte, que el dios del cielo era venerado como distribuidor de la vida y, por la otra, que había habido compenetración entre el culto de este dios y el culto de los muertos que tanta importancia tenía en la época megalítica.

Aun con más frecuencia que figuraciones del cielo estrellado y del



50. Cueva de los Letreros (Almería).

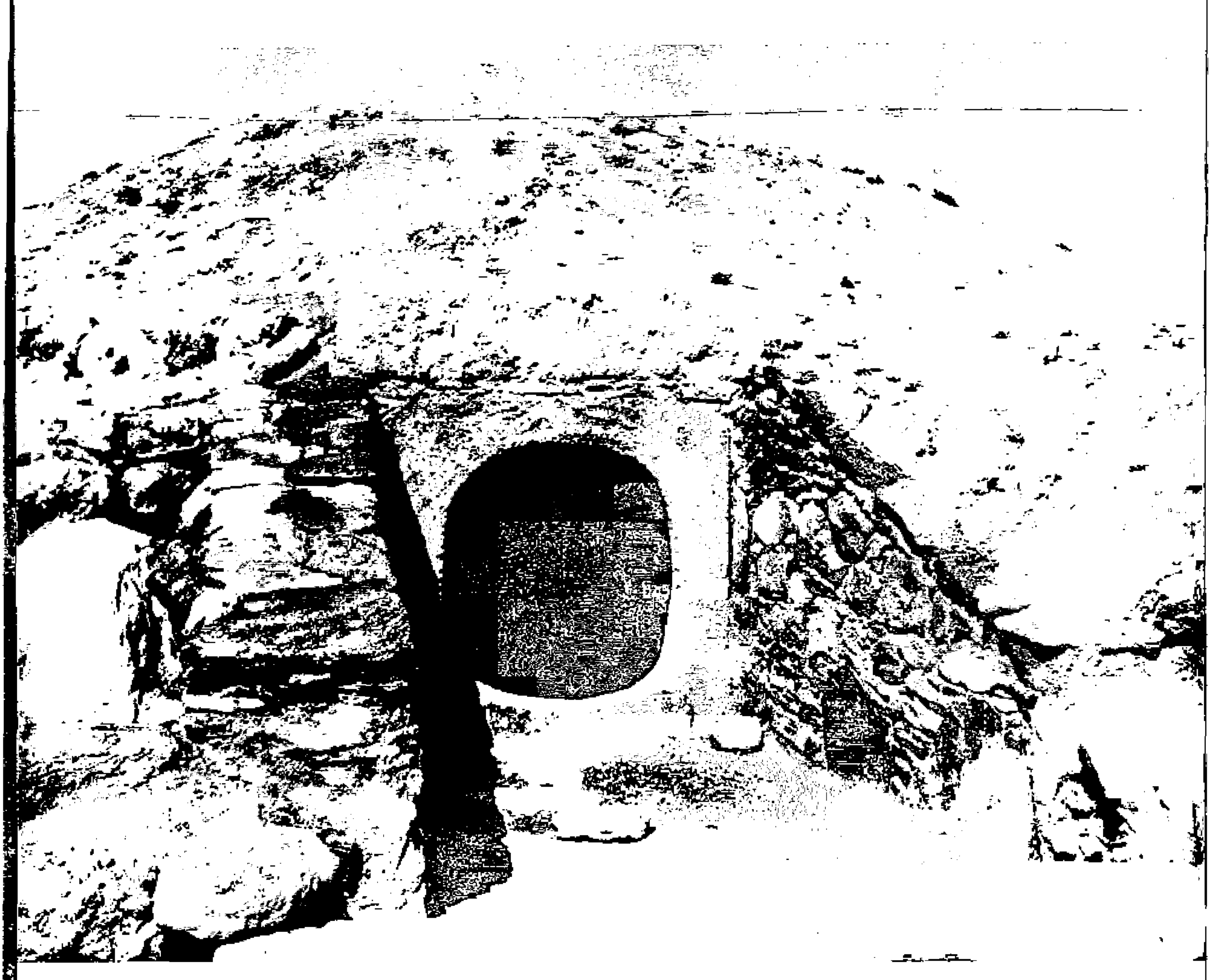
Figuras humanas muy estilizadas.





51. *Bessou-Noss (Rusia). Figura de dios, con una cruz superpuesta a la derecha.*

52. *Romanyà (Gerona). Galería cubierta.*



53. Los Millares (Almería). Túmulo.

hacha sagrada encontramos, tanto en las rocas pintadas como en los dólmenes, las del sol. En la cámara sepulcral del dolmen de Granja de Toninuelo (España) hay seis. También se las encuentra en objetos de cerámica. Se conoce también una representación estupenda en un fragmento de jarro de cobre descubierto en España, o sea ya de las época calcolítica, que muestra el sol brillando sobre figuraciones estilizadas de ciervos (figura 58). ¿Se intentaba, por ventura, establecer una correlación entre el sol y esos animales? Lo mismo en la religión celta tardía que en la germana, el ciervo era el animal sagrado del dios del sol o de la fertilidad, y posiblemente sucediera ya otro tanto en la religión del occidente europeo hacia finales de la Edad de Piedra. Ello explicaría por qué se ven tantos ciervos en las rocas pintadas de la Península ibérica.

Sobre esas mismas rocas se encuentran incluso figuraciones antropomorfas del dios del sol, personaje provisto de manos de enormes proporciones, con dedos en forma radial (figura 59). Dibujos similares que datan de la Edad de Bronce se hallaron también en Suecia. Se les supone efigies del sol, basándose esta interpretación en otras figuraciones del

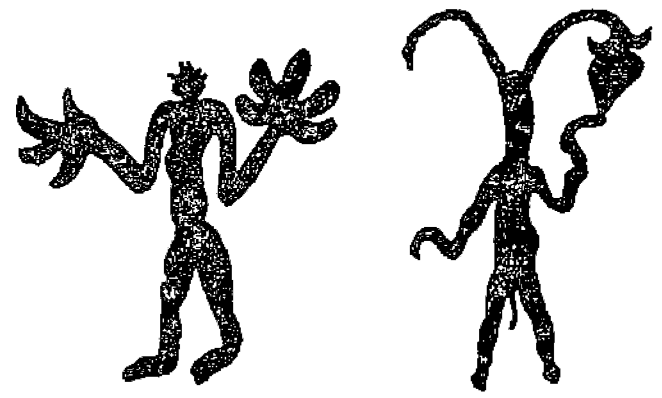


FIG. 59. Hombre de las manos grandes, representación demoníaca, en Bacinete (Cádiz). Altura: 50 cm.
FIG. 60. Figura demoníaca, en la Cueva de los Letreros, Almería. De H. Breuil.

sol de la misma época, en las que los rayos solares se representan por medio de manos con los dedos muy separados.

No sería de extrañar que los personajes con cuernos de algunas pinturas rupestres fuesen también representaciones solares. En la cueva de Los Letreros (Almería) se ve a uno de estos personajes con un largo falo bien en evidencia y una hoz en la mano (figura 60). Aquí se quiso

representar al dios del sol bajo la forma de demonio de la fecundidad, o bien a un dios de las cosechas.

Entre los símbolos solares del neolítico occidental europeo figura también la rueda, tanto la rueda con una cruz en el medio como la pluriradial, y también círculos concéntricos y espirales. En el centro a menudo se indican figuras en forma de cúpula o cazoleta. Más adelante hablaremos del significado de las cúpulas, y de las piedras de cúpulas en relación con el culto del sol. Nos limitaremos ahora a mencionar que abundaban en el oeste europeo durante el neolítico.

Los símbolos del culto solar se mezclaban en general a los del culto de los antepasados. Esta combinación aparece sobre todo en los símbolos solares de los dólmenes, de lo que se infiere que los gigantescos alineamientos de menhires y los cromlechs eran algo más que el marco donde se celebraba el culto de los antepasados.

Por su sola planta circular, monumentos tales como *Stonehenge* hacen sospechar que también estaría consagrado al culto del sol.

Stonehenge. — En su forma actual (figura 50), el cromlech de *Stonehenge* se compone de una estructura central rodeada por un gran foso circular que limita por el lado interior un talud. En el espacio intermedio subsisten todavía los restos de otros tres recintos concéntricos de piedra.

El monumento central comprende un círculo exterior de 30 m de diámetro compuesto de treinta monolitos cuadrangulares de 4 m de altura que soportan lo que antiguamente era un arquitrabe continuo. Dentro de este círculo hay otro más pequeño de 60 monolitos más bajos, el cual a su vez circunda cinco trilitos de unos 6 m de altura dispuestos en forma de herradura. En el centro se halla la "piedra del altar" que mide 4,5 m de largo por 1 m de ancho.

Este imponente monumento megalítico no fue construido en una sola época determinada. En su construcción colaboraron no sólo varias generaciones sino también civilizaciones diversas. Según se desprende de los resultados de las últimas excavaciones, se aprecian tres períodos de construcción, el último de los cuales comprende a su vez tres fases distintas.

El cromlech primitivo (*Stonehenge I*) se compone de un foso circular y talud interior con ancha entrada del lado nordeste. Su diámetro era de unos 100 m. Frente a la entrada, por la parte exterior, había un bloque de piedra arenisca rodeado por un foso más pequeño. A lo largo del talud del gran foso había cincuenta y seis hoyos formando un círculo completo, que manifiestamente habían servido para fines religiosos. No se trata, en efecto, de hoyos destinados a sostener postes de madera o

pilares de piedra, sino que parecen haber sido destinados para ofrecer sacrificios. En todo caso, por su aspecto debieron de ser cegados deliberadamente con depósitos sucesivos y variados en los tiempos prehistóricos. En esos hoyos se encontraron huesos humanos calcinados, y en otras partes de *Stonehenge I* también, incluso en el talud y en el foso exterior. Según St. Piggott, la forma de *Stonehenge I*, los hoyos que contienen los restos de cuerpos humanos calcinados y los objetos encontrados, son característicos de las civilizaciones del segundo nivel neolítico de Inglaterra que data del principio del segundo milenario antes de J. C. El análisis por el C 14 de algunos fragmentos de carbón vegetal les da a éstos una antigüedad que se situa entre 1573 y 2123 antes de J. C. Aun cuando entonces no poseyera *Stonehenge I* edificios megalíticos todavía, los trocitos de azurita encontrados en el foso pequeño y en la tierra que en parte llena el grande hacen suponer la existencia de alguna clase de monumentos ocultos allí o en los alrededores.

El período siguiente *(Stonehenge II)* en el que se empleó en todo caso azurita, piedra azul que no se encuentra en la región, debió de seguir inmediatamente al primero, pues sus construcciones pertenecían a la civilización del vaso campaniforme según resulta de los hallazgos de cerámica, y esta civilización se difundió por Inglaterra mientras florecían allí las neolíticas que anteriormente se mencionaron. Procedente de la Península Ibérica, la cultura del vaso campaniforme llegó hasta Bretaña, de donde pasó a Inglaterra. Las excavaciones emprendidas en 1954 pusieron de manifiesto el hecho — desconocido hasta entonces — que los hombres de esta civilización habían erigido dos recintos concéntricos de 35 menhires cada uno, separados por una distancia de 6 pies. La entrada de *Stonehenge II* no se hallaba exactamente frente a la antigua, sino en el eje del cromlech actual y su avenida. Es probable que esta última date del segundo período.

El último período de construcción *(Stonehenge III)* comprende, como hemos dicho, tres fases. Durante la primera fue demolido el doble recinto de menhires de *Stonehenge II* y se erigieron el recinto actual de monolitos de arenisca y el arquitrabe, así como los cinco trilitos dispuestos en forma de herradura, y en el medio la "piedra del altar". No sabemos tanto de la segunda fase, de la que datan, en todo caso, los 59 hoyos en forma de círculos irregulares excavados alrededor del círculo de monolitos. Se ha comprobado que tales hoyos tampoco sirvieron para plantar en ellos postes y que luego se cegaron solos por la acción del tiempo. En esta tercera y última fase se erigieron los sesenta menhires de azurita en el interior del primer círculo, muy cerca unos de otros,

en una sola circunferencia. Otros diecinueve bloques de azurita se colocaron formando herradura en el interior de los trilitos. No estamos en condiciones de fijarle fechas al *Stonehenge III*, pero el hecho de haberse descubierto, en 1953, entre los grabados de los monolitos de arenisca el de una hacha de la Edad de Bronce de un modelo corriente en Inglaterra durante el segundo milenio antes de J. C., nos hace suponer que pertenece a la misma época.

Al igual que otros monumentos ingleses análogos (Woodhenge, Avebury, Arminghall, Arbor Low) el cromlech de *Stonehenge* se encuentra entre campos de túmulos, y seguramente los cultos que allí se practicaban estaban en un modo u otro relacionados con los muertos. Dos hallazgos parecen abonar tal suposición: una urna de los albores de la Edad de Bronce, procedente del túmulo de Llandyssilio (Pembrokeshire) en la que aparece grabado un cromlech del tipo de *Stonehenge*, y otra urna similar de la tumba de Coolhill, Irlanda. La teoría según la cual *Stonehenge* no era más que un vasto y magnífico mausoleo no queda respaldada por la evidencia, pues jamás se han registrado allí hallazgos que justificaran tal interpretación. En general, los sepulcros megalíticos estaban enterrados y los edificios construidos al aire libre se destinaban a los vivos. Y si ahora se encuentran a flor de tierra dólmenes u otras tumbas megalíticas, ello es debido simplemente a que en el curso de los milenios transcurridos desaparecieron los túmulos con que en un principio las cubrieron. Por otra parte, si consideramos las numerosas reconstrucciones de que fue objeto el cromlech de *Stonehenge*, es difícil imaginárselo bajo un montón de tierra, no ya *Stonehenge*, sino ni siquiera la estructura central. Casi todo el mundo está ahora de acuerdo en que *Stonehenge* era un santuario, en cuyos caso, por sus vastas proporciones, lo sería de la tribu.

Otro hecho que corrobora la práctica del culto a los muertos es la orientación del cromlech hacia el punto del horizonte por donde sale el sol en el solsticio de invierno — y no en el solsticio de verano como se dice generalmente — o sea hacia el punto que corresponde a la muerte del sol al terminar el año. Es posible que los hombres que edificaron *Stonehenge* identificaran el sol con los antepasados de la tribu, tal como todavía lo hacen algunos primitivos actuales. Pero esta interpretación solamente la creemos válida para las civilizaciones de los dos primeros períodos, pues las reconstrucciones subsiguientes demuestran que otras creencias y otros cultos se añadieron a los iniciales.

Carece de base científica la teoría según la cual se construyó *Stonehenge* de acuerdo con leyes astronómicas rigurosas y que servía de

calendario. He aquí en qué consiste tal teoría: son treinta los megalitos que sostienen el arquitrabe, cifra que aproximadamente corresponde a la duración del mes, de modo que contando las piedras haciendo doce veces la vuelta al recinto y pasando una vez delante de los cinco trilitos, se obtenía aproximadamente también el número de los días del año. Por otra parte, la avenida que se encuentra en el eje del monumento habría servido para calcular la posición del sol en el solsticio de invierno. Así, el plano de *Stonehenge* demostraría que sus constructores habían sufrido la influencia de Egipto y que practicaban un culto al sol análogo al de los antiguos habitantes del valle del Nilo. Pero contra ese argumento se objeta que la duración real del año es 365,2422 días, y que ignorar la fracción de 0,2422 hubiera equivalido a determinar erróneamente el momento del solsticio y a correr el riesgo de convocar a destiempo a la multitud de adoradores. Para los cálculos de esta clase hubiese sido mucho más adecuada una estructura más sencilla.

La relación entre el sol y los ritos practicados en *Stonehenge* es evidente, pero, según todas las apariencias, esta relación debe buscarse en el marco de un culto de la vegetación y de los ritos campesinos de la fertilidad. Desconocemos, naturalmente, la naturaleza de tales ritos, pero todo hace suponer que este imponente monumento no existiría de no haber tenido una importancia capital para los que lo construyeron. Ahora bien, a los ojos de las comunidades que dependían únicamente de la agricultura y de la cría de animales, nada superaba en importancia la fertilidad de los campos y la fecundidad del ganado. Y como el "año agrícola" está ligado al ritmo de las estaciones, era muy natural que un elemento solar interviniera en el ritual del culto de la fecundidad practicado en *Stonehenge*.

Hace poco propuso A. T. Hatto otra interpretación ingeniosa y sugestiva del monumento. Según este autor, el complejo de los trilitos por un lado y por el otro los menhires de azurita colocados en círculo y en herradura, formaban un conjunto en el que los trilitos, con sus aberturas, representaban el sexo femenino, en tanto que los menhires era el sexo opuesto. Siempre, según Hatto, la orientación concéntrica de estas piedras reproducían el orden de los bailarines, hombres y mujeres, en una danza que formaba parte del rito del culto de la fecundidad. También la orientación de la abertura de la herradura hacia el punto del horizonte por donde sale el sol en el solsticio de invierno tenía relación con este ritual: el interior de la herradura representaba un sexo femenino simbólico en el que penetraban los rayos del sol. En cambio,

los monolitos dispuestos en círculo sosteniendo el arquitrabe no eran sino un recinto ritual.

Esta interesante teoría ha sido objeto de críticas diversas, haciéndose observar que las piedras son demasiado rudas para que pueda considerarse que figuran los dos sexos sin ambigüedad. Es seguro que la herradura formada por los trilitos, con su "piedra del altar" y la abertura orientada hacia la salida del sol en el momento del solsticio de invierno desempeñaban un papel en el ritual. Pero ya hemos dicho que ignoramos cuál pudo ser.

En todo caso, dada la forma y las dimensiones del cromlech de *Stonehenge* es de suponer que no solamente se celebraban allí grandes procesiones, sino que era también marco ideal de diversos juegos religiosos, como los que figuran en pinturas rupestres de Europa septentrional que datan de la Edad de Bronce: luchas, carreras a pie y carreras de caballos y de carros. Probablemente estos juegos simbolizaban el movimiento del sol en su lucha contra las tinieblas. Muchos de los festivales campesinos de nuestros días, tales como el del solsticio de verano por San Juan, son indudablemente reminiscencias de costumbres prehistóricas.

Creencias y prácticas mágicas. — Muchos de los hallazgos realizados en Europa occidental atestiguan que los neolíticos de esa región practicaban diversas formas de magia, pero donde más prevalecieron las creencias mágicas parece haber sido en las regiones vecinas del centro de Europa.

Se dispone de evidencia relativamente abundante sobre el uso de ciertas partes del cuerpo para finalidades mágicas. Se han encontrado, por ejemplo, pinjantes y pequeñas pipas hechas de huesos humanos, y en Suiza se descubren a menudo, en niveles de los palafitos, cráneos aislados, algunos de los cuales presentan fracturas profundas, en tanto que otros tienen perforaciones, seguramente para poder llevarlos suspendidos. Se creía probablemente que estos cráneos, de individuos que fallecieron de muerte violenta, conferían poderes mágicos a sus poseedores.

En los vestigios de poblados lacustres de Suiza y en sepulturas de Francia de la época se ha descubierto un cierto número de cráneos humanos convertidos en velicomen, y es de suponer que también tales objetos se utilizarían para finalidades mágicas. En el oeste de Europa se han encontrado reiteradamente huesos humanos dispersos que, no sin razón, se cree que muchas veces proceden de festines de antropó-

fagos. Y como el canibalismo de los primitivos actuales (cuya civilización corresponde al neolítico) está siempre asociado a representaciones mágicas, éste debió también de ser el caso de los hombres de Europa occidental en las postrimerías de la Edad de Piedra.

También se le atribuye algún significado mágico a la trepanación observada en numerosos cráneos de neolíticos occidentales. En aquellos tiempos la trepanación tendría únicamente una finalidad estrictamente terapéutica; con el uso del hacha de combate neolítica las heridas en la cabeza debieron de estar al orden del día. Más tarde se trepanaron también los muertos, o en todo caso se les recortaron rodajas de hueso del cráneo, las cuales se perforaban y eran llevadas colgadas del cuello. Parece ser que de preferencia, y quizá con carácter exclusivo, se recortaban de cráneos de individuos que habían sido trepanados en vida y cuyas heridas habían curado. En algunas de tales rodajas, en efecto, se observan claramente cicatrices procedentes de trepanaciones. Seguro que hacían las veces de amuletos que creían dotados de facultades mágico-curativas, particularmente contra el dolor de cabeza.

Una práctica similar, si bien menos corriente, era la depresión en forma de T, que hasta ahora solamente se ha observado en cráneos hallados en el sur de Francia (figura 61), y que solamente parece haberse

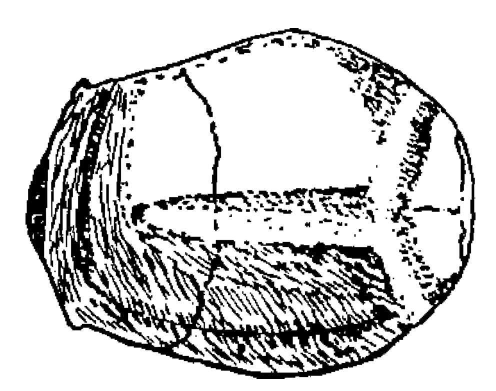


FIG. 61. Cráneo femenino con impresión en forma de T, de Conflans-Sainte-Honorine. De L. Manouvrier.

dado en cráneos femeninos. Esta operación, que debió de practicarse a lo vivo, era seguramente muy dolorosa y tendría también alguna finalidad terapéutica.

Parece ser que los neolíticos occidentales también recurrían sobre todo a la magia en relación con sus labores cotidianas, pero de tales

prácticas quedaron solamente muy raros vestigios. Uno de ellos lo tenemos en la red descubierta en el poblado lacustre de Wauwill, Suiza, en cuyo flotador de madera aparece el grabado de un pez. Como los ídolos de peces esculpidos de los pescadores del norte de Siberia, este grabado debía de servir de cebo para llenar la red.

Entre los objetos más enigmáticos descubiertos hace poco en las capas de los palafitos suizos figuran algunos guijarros envueltos en corteza de abedul. T. Ischer los compara a las piedras mágicas que los indígenas de Nueva Guinea envuelven en liber de árbol y dejan enterradas en los campos hasta el momento de la cosecha. Les atribuyen poderes mágicos para favorecer el crecimiento de los frutos de la tierra, el envoltorio que los rodea sirve para que dichos poderes mágicos no se desvanezcan y las vigilan ciudadosamente para que sus enemigos no se las roben y las utilicen en provecho propio. De modo que según todas las apariencias, los agricultores neolíticos de Suiza, y posiblemente también los de las demás regiones del oeste europeo, practicaron una magia de la fertilidad análoga a la de los actuales primitivos de Nueva Guinea. Pero los objetos que a dicha práctica se refieren solamente pudieron conservarse en los niveles de los palafitos.

O sea que el pensamiento y las prácticas mágicas desempeñaron probablemente un gran papel en la vida diaria de aquellos pueblos. En particular parece ser que los ritos del culto del sol y quizá también los del cielo se basaban en una especie de magia analógica.

Sacrificios humanos y costumbres funerarias. — Algunos descubrimientos, por demás curiosos, arrojan cierta luz sobre la diversidad de las ideas religiosas y los conceptos conexos corriente en el oeste de Europa.

Era costumbre en el norte de España enterrar a los perros con los muertos, pero parece que en algunos lugares también se sacrificaron seres humanos para que hicieran compañía a ciertos difuntos. Así, por ejemplo, en Chamblandes, en el lago Leman, se descubrieron varios sarcófagos de piedra que además del cadáver de un hombre contenían el esqueleto de una mujer y el de un niño, que habían sido enterrados no solamente juntos, sino simultáneamente. Como es poco probable que los tres fallecieran a la vez, cabe la sospecha que en la región del lago Leman las costumbres funerarias comportaban el sacrificio de seres humanos. Quizá solamente en un tribu aislada que se obligaba a las nuevas esposas a seguir a sus maridos en la tumba y en el más allá, junto con el más pequeño de sus hijos.

Un descubrimiento todavía más interesante realizado en el sur de

España tiene asimismo relación con una costumbre similar. En la Cueva de los Murciélagos, cerca de Granada, se encontró el esqueleto de una mujer con una diadema de oro en la cabeza y, a su alrededor, yacían otros doce esqueletos femeninos dispuestos en semicírculo, sosteniendo en las manos cestas de esparto fino que seguramente habrían contenido flores el día del sepelio. De los demás objetos recogidos en la tumba se deduce que ésta data de las postrimerías del neolítico. Se trataba seguramente de una mujer distinguida, quizá de una sacerdotisa como algunos apuntan, que fue enterrada con sus sirvientas. Hallazgos similares hechos en las tumbas reales de Ur, así como en las de Egipto, todas ellas más antiguas que las de la Cueva de los Murciélagos, nos revelan de dónde procedía tal costumbre funeraria y por qué camino se propagó hasta el oeste de Europa.

Todo parece indicar, sin embargo, que esta clase de sacrificios humanos tuvo pocos adeptos entre los neolíticos occidentales. Pero al propio tiempo, el hecho que dos manifestaciones de semejante práctica hayan sido observadas en dos regiones tan alejadas entre sí, demuestra, en todo caso, que las creencias correspondientes se difundieron por un vasto territorio y, además, la variedad de ideas religiosas que prevalecieron en el oeste de Europa durante el neolítico.

6. La Religión de los agricultores de Europa septentrional

Costumbres funerarias y culto de los difuntos. — El centro de las civilizaciones de los agricultores neolíticos del norte de Europa radicaba en Jutlandia y en las islas danesas, desde donde se extendían hacia el sur de Suecia y por todo el norte de Alemania, Holanda constituyó la transición entre estas civilizaciones y las del oeste y allí donde entraron unas y otras en contacto se influenciaron mutuamente.

Los inicios de las civilizaciones agrarias neolíticas del norte son tanto o menos conocidos que los de las mismas culturas en otras regiones del continente. Es a partir de la aparición de los monumentos megalíticos que estamos mejor informados.

La arquitectura megalítica se propagó por casi todo el territorio, y por doquier se erigieron sepulturas imponentes utilizando los grandes bloques de rocas erráticas que tras sí habían dejado al retirarse los glaciares escandinavos. Solamente las regiones central y occidental de la península de Jutlandia no adoptaron ni las nuevas prácticas ni las nue-

vas creencias y continuaron enterrando a sus muertos a la antigua usanza en tumbas individuales sencillas. En las regiones meridionales, donde no se disponía de bloques erráticos, se utilizaron pesadas losas en la construcción de las sepulturas. Una vez más, lo mismo que en el norte, la característica exterior de esta cultura era el grandioso esfuerzo que se dedicaba al culto de los muertos.

En los tiempos de los megalitos, en el norte y en el oeste de Alemania se cruzan repetidamente las influencias de las civilizaciones agrarias del Danubio, resultando de ello la aparición de diversas culturas mixtas.

Antes de esa época, los agricultores neolíticos del norte enterraban a sus difuntos en sepulturas individuales, lo que parece indicar que no daban a los muertos más importancia que a los vivos. Posteriormente, la tumba megalítica ya denota un cambio de orientación; no se adoptaron todas las características importantes de la influencia occidental, pues en el norte son prácticamente desconocidos los menhires, los cromlechs y los alineamientos. Fueron sobre todo "iconofobos" que ignoraron el arte representativo. Todo lo que hasta ahora se ha encontrado en sus monumentos son cavidades cupuliformes y algunos raros signos simbólicos.

No puede dudarse de que los dólmenes del norte tenían el mismo substrato religioso que los del oeste, pero las formas exteriores del culto parece ser que fueron menos fastuosas que las de Occidente, e incluían probablemente ciertas tradiciones autóctonas. Diversos descubrimientos nos dan una idea de su culto a los muertos.

En las tumbas megalíticas se encuentran huellas abundantes de "fuegos de muertos" y posiblemente también de holocaustos. Asimismo se celebraban ritos diversos en el exterior de las tumbas. Así, por ejemplo, precisamente debajo de la superficie del túmulo de una sepultura de los alrededores de Ziesendorf (Mecklenburg-Alemania) se descubrió una especie de pozo de 45 cm de diámetro interior y 75 cm de profundidad, construido con piedras de tamaño algo mayor que el puño. Al lado de la boca se encontraba una losa que se le adaptaba como una tapadera. Tal vez se tratara de un hoyo para recibir las ofrendas, pero como dentro no se encontró objeto alguno sólido, posiblemente se le destinaban únicamente "ofrendas líquidas", tal vez la sangre de los animales sacrificados.

Es curioso que las tumbas megalíticas del norte se encuentren a veces cerca de enormes bloques erráticos a los que en diversas regiones se les conoce con el nombre de "altares". Esta asociación no parece sea debida al azar, pues en varios de esos bloques erráticos se encuentran

cavidades artificiales cupuliformes. En una de tales cavidades encontró Gr. Ziethen una hacha de sílex y debajo del bloque, que mide 1,50 m de espesor, apareció otra hacha, un buril, dos jarros de arcilla y varios huesos de animales.

También se encuentran cavidades cupuliformes en las piedras sepulcrales, pero más a menudo en las losas que cubren las tumbas que en las laterales. En algunos casos no puede haber duda de que dichas cavidades fueron hechas en la época de los megalitos, aun cuando esta práctica estuviera en boga hasta los tiempos históricos. En medio de una tumba megalítica de Belford (Schleswig-Holstein) se halló una piedra adornada con estriaduras que recuerdan los ídolos de Europa occidental, y colocada delante de esta "estatua", formando un altar, yacía una piedra horizontal con cavidades cupuliformes (figura 62).

En el norte, lo mismo que en el oeste, el culto megalítico de los muertos parece haberse mezclado con el del cielo o del sol, a juzgar por el descubrimiento efectuado en una sepultura de Bunsoh (Süderdithmarschen) de una losa no solamente con un cierto número de cavidades

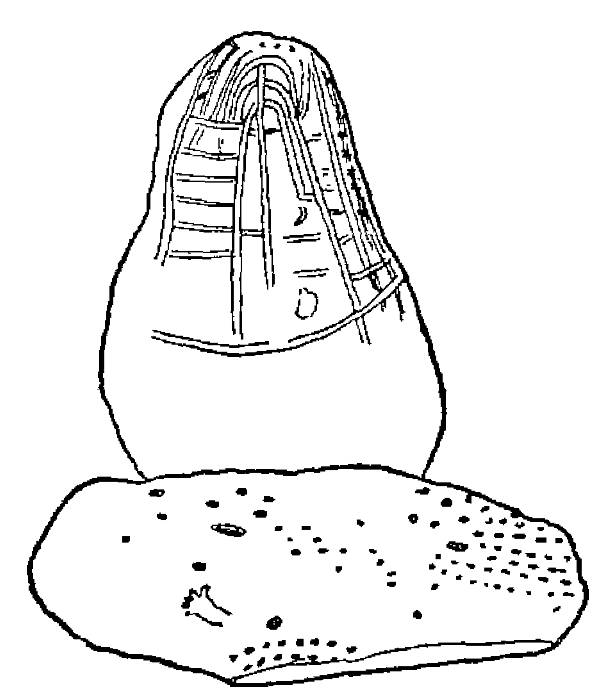


FIG. 62. Representaciones de cazoletas y signos estilizados en unas piedras de una sepultura de los alrededores de Belford (Schleswig-Holstein). De E. Sprockhoff.

cupuliformes, sino también con una rueda de cuatro rayos, varios pares de manos y un pie, o sea los símbolos del culto del cielo y del sol.

Otra curiosa particularidad de las tumbas megalíticas del norte es que se encuentren edificadas muchas veces en la proximidad de pequeños lagos o estanques, en su mayor parte secos ahora. Como en el fondo de los lagos o pantanos aparecieron a menudo objetos que se han identificado como ofrendas, es evidente que la posición de estas sepulturas no se debe a la casualidad. Es decir, que los antiguos lagos o estanques cercanos a las tumbas megalíticas fueron probablemente lugares sagrados, y bajo el punto de vista histórico-religioso sería muy interesante su exploración sistemática.

A diferencia de las tumbas megalíticas en las que se enterraban los cadáveres en posición yacente normal, los hombres de las "civilizaciones de la tumba individual" de las épocas precedente y siguiente inhumaban a los suyos en cuclillas, posición propia de descanso entre los primitivos. En general, por la posición en que se hallan los esqueletos en las tumbas no puede afirmarse si era costumbre atar a los cadáveres antes de enterrarlos porque se les tuviera miedo. Por contra, diversas sepulturas de las civilizaciones mixtas del centro de Alemania revelan claramente que los neolíticos de aquella región temían por lo menos a ciertos difuntos y, lo que es más, para hacerlos inofensivos habían echado mano de un procedimiento más eficaz que el simple amarrado: los descuartizaban. En otras ocasiones se había procurado apaciguar al difunto inhumando a su lado a otras personas, ya sea la esposa o una esclava.

Se conocen varias sepulturas con cadáveres desmembrados. Otras tumbas contenían incluso dos esqueletos y su disposición sugiere una inhumación simultánea. En Ziesendorf (Mecklenburg, Alemania) por ejemplo, se descubrieron dos esqueletos con las piernas cruzadas. Debieron de ser enterrados juntos porque yacían bajo una espesa capa de enormes bloques de piedra. Uno de ellos, que estaba en cuclillas, era un hombre a juzgar por las puntas de lanza de sílex que tenía al lado. El otro había sido desmenuzado ritualmente: tenía los pies y las piernas perfectamente paralelos, de lo que se deduce que le fueron seccionados, así como la cabeza que le colocaron luego sobre el pecho.

Otros descubrimientos, relativamente numerosos, confirman que en los territorios de las civilizaciones mixtas se solía sacrificar a personas vivas, especialmente mujeres, para enterrarlas junto a ciertos difuntos. Precisamente se descubrió en Bavensdorf en los alrededores de Lüneburg, Alemania, bajo un enorme montón de tierra, un solado de pie-

dras areniscas con los restos de un esqueleto masculino en medio. Y casi al lado de éste, sobre una losa llana, que sostenían cinco piedras dispuestas en círculo, una copa invertida que cubría cenizas de cadáver, las cuales, según se desprende del análisis antropológico pertenecieron a una mujer de unos veinte años. Otro descubrimiento, hecho éste en una tumba de Nordhausen, en las montañas de Harz (Alemania), revela cómo ocurrían tales sacrificios humanos: junto al cadáver de un hombre yacía el de una mujer con el cráneo abierto a hachazos.

Indudablemente, estas costumbres de las culturas mixtas denotan una variante del culto de los muertos que conocemos de las civilizaciones megalíticas. En parte puede que tengan su origen en conceptos anteriores a dichas civilizaciones megalíticas o que también nada tengan en común con ellas. Las civilizaciones megalíticas con el tiempo devinieron despóticas y brutales, posiblemente debido a su contacto con las civilizaciones europeas de entonces, o mejor aun quizá debido a influencias provinentes de otras partes. Los sacrificios humanos en forma de ofrendas a los muertos recuerda que entonces hacía ya mil años que lo propio sucedía en las tumbas reales de Ur. Según toda probabilidad, se trata de una costumbre indoeuropea cuyas primeras oleadas migratorias procedentes del este alcanzaron Europa hacia el año 2.000 antes de J. C.

Culto del cielo, del sol y del rayo. — Según se hizo observar anteriormente, las estructuras megalíticas septentrionales, como las de otras regiones, se hallan a veces adornadas con signos de manos y de pies, y con la rueda de cuatro rayos (figura 63), que se refieren al culto del cielo, o del sol. El solo hecho de que tales signos aparezcan juntos en las sepulturas hace suponer que se trataba de símbolos afines. La historia comparada de las religiones revela, efectivamente, que las figuraciones de pies y manos fueron a menudo símbolos del dios del sol, y sobre todo la mano abierta simbolizaba los rayos solares. Recuérdese a Eros, la diosa griega, "la aurora de los dedos de rosa".

Los símbolos que con más frecuencia se dan en los megalitos son las simples cavidades cupuliformes, a veces dispuestas al lado de otros signos en una misma piedra, no solamente en los sepulcros, sino también en bloque erráticos cercanos, e incluso hállanse tales signos en losas de piedras aisladas. En la mayoría de los casos es indudable que datan del neolítico.

No hay unanimidad sobre su significado, pero lo cierto es que no siempre estarían destinados a recibir ofrendas, ya fueran éstas sangre, alimentos o útiles, puesto que las cavidades no están siempre en la cara

superior de los megalitos, sino también a los lados e incluso debajo. Ante todo debemos considerarlos como símbolos religiosos.

Al prehistoriador Sophus Müller le debemos una ingeniosa interpretación. Según él, la cúpula era el símbolo de la producción del fuego, luego del fuego en general, y finalmente del gran astro de fuego del que toda vida depende: o sea del sol.

Basa Sophus Müller su teoría en la disposición lineal de las cúpulas de ciertas piedras, haciendo observar que para encender fuego algunos pueblos primitivos hacen girar una varita puntiaguda en una cavidad

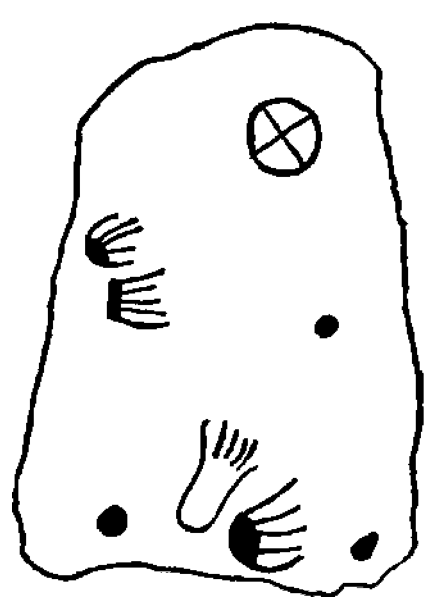


FIG. 63. Meinsdorf (Schleswig-Holstein). Cazoletas y representación de manos y pies y también de una rueda, en una piedra. Según Schwantes.

practicada en un zócalo de madera; al cabo de cierto tiempo, una parte de la madera se pulveriza y empieza a consumirse bajo la acción del calor producido por el frotamiento. Cuando la cavidad alcanza cierta profundidad y ya no sirve, se hace otro hoyo. A fin de señalar los lugares donde debe repetirse la operación se traza una línea profunda en el mismo zócalo, y así se explicaría que llegaran a formarse hileras de cúpulas. O sea que, según Sophus Müller, las cúpulas dispuestas en línea evocan los hoyos de los instrumentos con los cuales los neolíticos encendían fuego, y él ve en ellas símbolos de la producción del fuego, del fuego en general y, como hemos dicho, del fuego del sol.

También G. Schwantes ve símbolos solares en las cúpulas, pero a partir del culto del rayo.

Este prehistoriador hace observar que tales cavidades o depresiones aparecen no solamente en megalitos, sino también — en una fase inicial y sin finalidad aparente — en hachas de piedra rotas y en guijarros corrientes, siendo, siempre según él, precisamente estos objetos los que proveen la clave para interpretar el enigma de muchas de tales cúpulas. Muchas hachas eran seguramente objetos de culto: por ejemplo, hachas de ámbar totalmente perforadas y otras de arcilla que sólo lo eran parcialmente, así como hachas cuya pequeñez excluye la idea que pudieran haber tenido alguna utilidad práctica, pero cuya cuidada elaboración indica que no se trataba de meros juguetes sino que debían atribuirles un significado más profundo.

Es muy probable que el hacha fuese venerada por los neolíticos como símbolo del dios del cielo o del sol, el dios que rasga las tinieblas del firmamento con el relámpago fulgurante, y que se llevaran colgadas al cuello hachas en miniatura, como amuletos, al igual que los germanos de épocas posteriores lucían sobre el pecho joyas de plata con la imagen del martillo del dios Thor.

Los agujeros de las hachas tenían sin duda algún significado especial en las creencias religiosas neolíticas, pues de otro modo no se explicarían los agujeros poco profundos y sin acabar que para nada práctico podían servir. Supone Schwantes que a fin de evitarse la molestia de fabricar hachas con el solo objeto de practicar en ellas hoyos simbólicos, empezaron a producir éstos en piedras cuya forma evocaba la de tales armas, hasta que más tarde, atribuyendo más importancia a la perforación que al hacha misma, les dio por horadar cantos rodados y, finalmente, proveyeron también de cúpulas las grandes piedras a las que hacían objeto de veneración.

Parece, pues, que hubo inicialmente relación entre tales cúpulas y los agujeros de las hachas, y éstas debieron de ser también símbolos de la divinidad que blandía "el martillo del relámpago". En la mitología germana tomó esta divinidad la forma del dios del rayo, Donar o Thor.

Pero en la historia de las religiones vemos que "el martillo del relámpago" era conocido ya mucho antes de aquella época como símbolo del dios del cielo y del sol, como lo demuestra el hecho de que para los griegos y los romanos, el dios del cielo, Zeus y Júpiter fuera al propio tiempo el dios del trueno, y que se le representara blandiendo el relámpago y el martillo.

En el fondo ignoramos cuáles eran exactamente las ideas religiosas

relacionadas con las cúpulas, ni nada sabemos tampoco de si eran objeto de algún rito especial. Tal vez fueran altares sobre los cuales se depositaban ofrendas, pero es evidente que las ofrendas que se colocaban encima, o al lado, eran muy distintas de las habituales. En todo caso, jamás se han encontrado huellas de holocaustos en ella.

Con las interpretaciones sugeridas por Müller y Schwantes se llega a la misma conclusión: que los hombres de la civilización megalítica del norte veneraban al dios del cielo, principalmente imaginándoselo en forma de dios del sol o del tiempo atmosférico, pero que, dada su iconofobia, no lo representaron por medio de imágenes antropomorfas, sino con símbolos de lo más sencillo. Únicamente en una de las esculturas mixtas de Moravia se encuentra lo que parece ser una figuración del dios del cielo, bastante burda por cierto, y aun ello se debe sin duda a la influencia del arte de los ídolos de sus vecinos danubianos.

Ritos sagrados. — Gracias a una serie de curiosos hallazgos realizados en la región megalítica del norte, disponemos de valiosos detalles sobre la vida religiosa de los hombres de entonces.

En unas excavaciones llevadas a cabo en la estación megalítica de Troldebjerg, en Langeland, el prehistoriador danés J. Winther hizo un descubrimiento muy notable. Desenterró, en efecto, varias chozas con sus correspondientes hogares y los desechos habituales. Pero una de las chozas no poseía uno, sino cuatro hogares, y se diferenciaba de las demás en que, aun cuando encima de los hogares y al lado quedaban restos de carbón, no se halló ni la menor huella de desperdicios de ninguna clase. Además, estos hogares no estaban construidos sobre el suelo (como los de las otras chozas), sino separados de él por lechos de pedruscos. Al despejar uno de ellos observó Winther que la tierra de debajo era un poco más clara, lo que solamente podía significar que se había excavado allí. Hizo él lo propio a su vez y encontró un hacha de sílex afilada colocada en una especie de hoyo, mantenida vertical por medio de piedras y con el corte hacia arriba. Junto al hacha estaba también la parte inferior de una vasija de arcilla, pero no hubo manera de dar con los demás fragmentos. La vasija contendría probablemente algo que guardaba relación con el hacha.

Winther cree que este fondo de vasija contenía alguna ofrenda destinada al hacha, y en apoyo de su opinión compara este hallazgo con las ofrendas que en el segundo milenio antes de J. C. se hacían en Creta al hacha sagrada, según se representa en el célebre sarcófago de Hagia Triada. Esta analogía parece elucidar el significado de los hogares en

cuestión, los cuales, en tal caso, no serían sino hogares rituales donde quemaba el fuego sagrado y que las capas de piedra aislaban del suelo impuro.

Este descubrimiento tan interesante como sorprendente arroja nueva luz sobre los usos religiosos de los megalíticos del norte. Sin duda, el culto practicado en Troldebjerg estaba consagrado al hacha, y más exactamente al hacha asociada al fuego encendido. Ambos debieron de constituir los símbolos de una divinidad celestial que disponía del fuego y de los relámpagos.

A la misma divinidad estaban, evidentemente, destinadas las ofrendas que los campesinos colocaban en el suelo de sus campos, las enterraban o las escondían bajo piedras. En algunos casos se trata de objetos que, por una razón u otra, se quiso ocultar, pero en otros, en cambio, por la situación rebuscada en que se han encontrado, deben ser considerados como ofrendas de verdad.

En Ryssvitz, Suecia meridional, se hallaron en una ocasión quince grandes hachas de sílex bien afiladas, dispuestas formando semicírculo y con el filo orientado hacia el este. Cerca de Lottorf (Schleswig), dos hachas de sílex más, pero sin pulir, colocadas verticalmente en el suelo junto a un gran bloque de piedra, y en Norgaardholz, en la misma región, otras cuatro hachas similares, también verticales y formando un rectángulo. En Freltofte, distrito danés de Odense, se encontró una serie de hoces de hojas de sílex con el canto ligeramente labrado y redondeado. Estaban afiladas, probablemente debido al uso y era seguramente la ofrenda que un campesino brindaba a la diosa de la fertilidad después de la siega. No tenían, sin duda, otro carácter la mayoría de hachas y otros instrumentos de la Edad de Piedra que reiteradamente se encuentran en los antiguos pantanos.

En la región megalítica septentrional se practicaban asimismo sacrificios de animales, según se desprende, por ejemplo, del hallazgo en el légamo del torrente de Ullstorp, en Escania (Suecia), del cráneo de un caballo joven con un fragmento de daga de sílex hundido en la sutura frontal. El descubrimiento es tanto más significativo cuanto que más tarde, tanto para los primitivos indoeuropeos, como para los germanos, el caballo fue el animal simbólico del dios del cielo y el que más a menudo sacrificaban.

Mencionaremos, para terminar, el curioso descubrimiento en el yacimiento citado de Troldebjerg, por Winther, quien en el fondo de un surco en el que se encontraba la base de la pared de una choza hundida, halló un hacha de sílex tan toscamente tallada, que si se tiene en

cuenta con cuánto esmero se labraban entonces las hachas, jamás pudo estar la que nos ocupa destinada a ser pulida ni utilizada. Winther la bautizó con el nombre de "hacha del rayo" que había sido colocada en los cimientos de la casa con el fin de atraer para ella y para sus ocupantes la protección del dios del cielo. Esta interpretación es también interesante porque hace remontar a los tiempos prehistóricos la práctica supersticiosa, todavía corriente en ciertas regiones europeas, de guardar en casa antiguas hachas de piedra para preservarse del rayo.

VI. LA RELIGIÓN PREHISTÓRICA

1. Carácter fragmentario de nuestros conocimientos

Una ojeada retrospectiva a las descripciones de los capítulos precedentes basta para convencernos de que la religión prehistórica nos es todavía muy incompletamente conocida. Se han realizado, es cierto, un número considerable de descubrimientos que arrojan mucha luz sobre la cuestión, pero faltan todavía documentos suficientes sobre ciertos períodos y, además, sobre todas las formas de religión. Y tampoco estamos siempre seguros de haber interpretado correctamente los hallazgos. De modo que el cuadro expuesto de la religión prehistórica tenía que ser forzosamente fragmentario.

La investigación religiosa comparte el destino, y las dificultades, de las investigaciones del pasado prehistórico de la humanidad, con la agravante que la religión es una manifestación de la vida espiritual que sólo podemos captar indirectamente, es decir: únicamente en la medida que se materializa en objetos que se hayan conservado en el subsuelo, que tales son las únicas fuentes de que disponemos; vestigios mucho más raros que los de las civilizaciones materiales y, por si fuera poco, mucho más difíciles de interpretar.

En el estado actual de las investigaciones, cada día puede aportar nuevos descubrimientos y nuevos datos que nos permitirán conocer mejor las formas más antiguas de la religiosidad.

Pero para tratar de llevar a la práctica el fin que nos habíamos propuesto en esta obra, de presentar un cuadro lo más completo posible de la religión de la prehistoria, fuerza ha sido basarnos a menudo en conjeturas. La mayoría de los descubrimientos han tenido lugar en Europa, pero casi siempre han podido estudiarse períodos aislados de la religión. Algunas veces se ha logrado poner de relieve relaciones entre algunos de dichos períodos, e incluso ha sido posible alguna que otra vez llegar a reconocer, más o menos claramente, la estructura y la evolución de la religión prehistórica.

En la Europa de la prehistoria pueden distinguirse dos formas de religión: la de los cazadores y la de los agricultores, y de ambas puede darse ahora una imagen relativamente exacta, tanto de su naturaleza como de su manera de exteriorizarse. La de los pastores, también importante en otras partes del mundo, desempeñó un papel bastante reducido en la prehistoria europea, donde apareció durante la transición entre la Edad de Piedra y la de los metales, con la llegada de los indoeuropeos, y el período en que ejerció su influencia pertenece ya a la protohistoria.

2. La religión de los cazadores

Los cazadores prehistóricos más antiguos dejaron tras sí numerosas trazas de la vida cotidiana en capas arqueológicas que se remontan a una época relativamente próxima a los inicios de los tiempos glaciares, pero hasta ahora no se encontró vestigio alguno que pudiera ayudarnos a esclarecer cuáles eran su manera de pensar y sus prácticas religiosas. Eso no demuestra, claro está, que carecieran de ellas, o que no estuvieran lo suficientemente civilizados para tener su propia religión. Desde el punto de vista mental eran seres humanos completamente desarrollados, como lo demuestra el que fabricaran instrumentos, que emprendieran acciones colectivas, por ejemplo las expediciones de caza mayor, de lo que se desprende que ya disponían de lenguaje. Como seres capaces de razonar, de poner la imaginación al servicio de obra constructiva, de elaborar planes y de actuar voluntariamente, debían de tener las mismas facultades espirituales y mentales que nosotros. Por lo tanto, como todos los hombres, sentirían también sus "necesidades espirituales", que tratarían de satisfacer a su manera. Aun cuando sepamos todavía bien poco su manera de vivir, en ciertos elementos de nuestro cuadro fragmentario de la vida primitiva vemos claros indicios de su religiosidad.

Son los esqueletos prehistóricos los que en primer lugar nos hablan más claramente de la mentalidad religiosa de aquellos tiempos. Por más que no sean muy numerosos en Europa, los restos humanos descubiertos son todos de una clase: cráneos provinentes con toda probabilidad de antiguos campamentos, y sugieren la existencia en aquellos remotos tiempos de alguna especie de culto al cráneo. Esta hipótesis nos parece más plausible desde el descubrimiento de la serie de cráneos similares en las cavernas de Chu-ku-tien, en los alrededores de Pekín, que habían sido habitadas por los sinantropos. Estos hallazgos sólo han podido interpretarse teniendo en cuenta una costumbre observada en diversos

primitivos actuales, cuya etapa de civilización corresponde a la de los cazadores paleoantropos. Éstos, como nuestros primitivos, exponían sin duda a sus muertos en los árboles o los enterraban hasta que se descomponía la carne, y se apropiaban luego de ciertas partes del esqueleto, sobre todo cráneos y mandíbulas, que conservaban piadosamente en los campamentos, tal vez adornados, como acostumbran los primitivos modernos, o pintados, y se los llevaban consigo en sus desplazamientos. Muy pronto debió de arraigar la creencia que la posesión de los cráneos les aseguraba protección y la ayuda de los difuntos. Esta veneración de que se hacía objeto a los desaparecidos sustraídos a la comunidad humana y a la vida sensible, ya era una actitud auténticamente religiosa, sobre todo si les atribuían poderes superiores.

Diversos descubrimientos posteriores parecen confirmar que los cazadores arcaicos creían realmente en un ser superior divino, como algunos pueblos actuales cuya civilización es del tipo más antiguo. Pero también en este caso, a juzgar por las prácticas de los primitivos modernos, tal veneración debió de ser algo tan exclusivamente espiritual como para no dejar trazas materiales. Si consideramos, además, los enormes espacios de tiempo que nos separan de aquellos cazadores y los tremendos cambios geológicos que desde entonces han tenido lugar, la ausencia de hallazgos de carácter religioso no sólo se comprende, sino que se considera natural y lógica.

Los primeros en dejar trazas de su religión fueron cazadores que vivieron más tarde, durante la última gran interglaciación — de Riss-Würm —, y esos vestigios que han llegado hasta nosotros gracias a condiciones de conservación únicas, revelan que aquellos hombres tenían, a su manera, una verdadera religión, que se caracterizaba por la observancia de ciertos ritos de caza.

Aquellos hombres habitaban en extensas regiones lindantes con los Alpes centroeuropeos y en el curso de sus incursiones veraniegas penetraban hasta las cumbres de las montañas para cazar, sobre todo, el oso de las cavernas, empresa no exenta de peligros, pero que coronaba el éxito. Que eran hombres valientes, tenaces e inteligentes lo prueba no solamente el hecho que midieran con ventaja sus fuerzas con la de los poderosos plantígrados, mucho más fuertes que ellos, sino también el que escogieran para instalar sus campamentos cavernas situadas hasta 2.500 m de altura, cavernas que luego convertían en habitables colocando losas en las salas de entrada donde habitualmente vivían, construían desagües y erigían hogares en forma de cajas de madera provistas de tapadera.

Aquellos hombres eran pobres de riquezas materiales, con una civilización todavía muy rudimentaria, pero hijos de una naturaleza grandiosa, ya que creían en un ser superior, en una divinidad que era dueña y señora del hombre y de los animales, y de la que dependía su vida y el éxito en la caza.

Cuando lograban dar caza a un oso de las cavernas lo despedazaban y se lo llevaban a sus hogares. Puede que ya desde aquel primer momento, la cabeza, todavía pendiente de la piel, fuera objeto de ciertos ritos, y no sabemos con qué ceremonias era recibido a su llegada delante o en el interior de la caverna. Pero de los descubrimientos realizados se desprende en todo caso que la cabeza intacta, es decir, comprendido el cerebro, era a veces cuidadosamente colocada en el fondo oscuro de las cavernas detrás de las salas habitadas por los cazadores, en cajas de piedra en forma de altares. Más a menudo el cráneo completo, junto con uno o varios huesos largos también intactos, se depositaban en los lugares más recónditos de las cuevas, en nichos secretos o en grietas de la roca, e incluso dentro de formaciones artificiales de piedra para evitar así su destrucción. Ignoramos qué tratamiento sufrían los cráneos, y si se exponían al aire libre hasta que la carne se descompusiera, o bien si ésta era un plato más de los festines propiciatorios, pues los descubrimientos no han revelado el secreto. Pero de lo que no parece haber duda es de que no eran ni la cabeza, ni el cráneo, ni los huesos largos lo que tenía significado ritual, sino lo que dentro de ellos quedaba intacto: la medula y el cerebro. Estas preciosas partes de la presa se ofrecían, siguiendo una costumbre seguramente antiquísima, a la divinidad para agradecerle el éxito dispensado en la caza y para solicitar de ella que la buena suerte continuara favoreciendo sus empresas. La orientación frecuente hacia las entradas de las grutas quizá quiera indicar que, en opinión de los cazadores, la divinidad moraba en algún lugar del universo exterior, o sea fuera de la cueva. Los extraños huesos en forma de pene, símbolo de la procreación, hallados en Salzofenhöle, quizá fueran colocados por los cazadores junto a los cráneos para implorar del señor de los animales que favoreciese la multiplicación de la caza, o también puede que tuviera que ver con prácticas mágicas con la misma finalidad.

El conjunto de tales hallazgos constituye un documento religioso, un documento de las creencias religiosas durante el último interglaciar. En el plano etnológico corresponden a las ofrendas de cabezas, o de cráneos y huesos largos, de las culturas de cazadores de los pueblos circumpolares actuales, los cuales, psicológica e históricamente, están siem-

pre relacionados con el concepto y el culto de un ser supremo de quien depende el éxito de la caza.

Las cámaras oscuras y recónditas de las cuevas donde vivían los cazadores prehistóricos, los nichos y las grietas de las paredes son, pues, los santuarios más antiguos que conocemos, y las formaciones de losas y los arcones de piedra fueron los primeros altares de la humanidad. La mayor parte de tales cavernas eran al propio tiempo santuarios y refugios de cazadores, y una de ellas, la de *Drachenloch*, a 2.500 m de altura en los Alpes del este de Suiza, es, sin duda, el santuario más antiguo y, al propio tiempo, el más elevado de Europa e incluso del mundo.

Solamente se han efectuado esta clase de descubrimientos en los Alpes y en las regiones subalpinas, pero no hay que olvidar que los cazadores del último interglaciar solían acampar al aire libre. Cuando se encontraban cazando en regiones donde existían cuevas, las utilizaban como residencias temporales y sus depósitos residuales fueron más tarde destruidos por los hombres que les sucedieron repetidamente durante el subsiguiente y último período de glaciación. Si han podido llevarse a cabo tales descubrimientos en las grutas alpinas, se debe únicamente a la circunstancia que los Alpes estuvieron rodeados por glaciares infranqueables, de tal manera que durante milenios, hasta la retirada definitiva de los hielos, pudo acumularse encima de los depósitos una espesa capa protectora de tierra. Es de suponer, por tanto, que los otros cazadores del último interglaciar compartían las mismas creencias religiosas de los cazadores de osos cavernarios y que practicaban los mismos ritos propiciatorios o similares.

Es también probable que la religiosidad típica de la caza, que es de lo único que nos hablan los resultados de las excavaciones, no constituyan más que una parte de la religión de los hombres prehistóricos. Su fe debió de influenciar también otros aspectos de la vida material, con sus correspondientes prácticas y costumbres. Pero es probable que jamás podamos dar con prueba alguna de ella, ya que sus símbolos materiales eran seguramente de tal naturaleza que de ellos no ha subsistido el menor rastro.

Los cazadores del paleolítico superior, por otra parte, sobre todo los "cazadores-artistas", dejaron tras de sí constancia rica y variada de sus tendencias religiosas y de sus prácticas mágicas.

La antigua creencia en un ser supremo dispensador de la suerte en la caza había perdurado, considerablemente modificada, naturalmente, desde los tiempos de los paleoantropos, sobre todo en las regiones orientales de Europa y hasta el norte de Asia. Sabemos, en efecto, de caza-

dores de renos del este que hacia finales de la edad glaciar llegaban durante el verano hasta el mismo límite de los hielos en Alemania septentrional, e inauguraban la temporada de caza con ofrendas de animales hembras jóvenes que inmergían en los lagos. Estas ofrendas inmergidas, así como aquellas cuyos restos se encontraron enterrados en Siberia, demuestran que aquellos hombres creían con toda seguridad en un dios dispensador del éxito en la caza, o bien en un espíritu de los animales cuya residencia se imaginaban en las entrañas de la tierra.

Debió de ser aproximadamente hacia la misma época que otros cazadores iniciaron una especie de culto al oso, su presa principal, en el que creían ver a un ser emparentado al hombre, pero superior a él en esencia, al que se acercaban con temor sagrado y cuyo sacrificio rodeaban de ritos especiales. Éste fue probablemente el origen del culto del oso todavía practicado por ciertos pueblos de la zona subártica de Asia septentrional. Incluso los "festivales del oso" de aquella región, en el curso de los cuales se sacrifica solemnemente a un plantígrado capturado y se transmite como mensajero al señor celestial de la caza, tienen su equivalencia, por los descubrimientos realizados en la cueva silesiana de Hellmichhöle, en las costumbres del paleolítico superior.

Pero la mayoría de los cazadores que procedentes del este penetraron entonces en Europa, tenían otra clase de creencias que trajeron con ellos de sus tierras de origen, y que pueden resumirse bajo la denominación de magia. Estas creencias procedían quizá de culturas prehistóricas todavía más antiguas que ahora conocieron un auge considerable. Sin embargo, por más que los documentos que a ellas se refieren sean tan numerosos como impresionantes, no debemos olvidar que, en el fondo, su espiritualidad era religiosa.

La causa externa de la difusión de las creencias y de las prácticas mágicas puede que deba buscarse en el hecho que los cazadores de aquellas regiones de Europa próximas a las zonas recubiertas por los hielos se encontraban en un medio donde, para poder subsistir, dependían casi exclusivamente del producto de la caza. Las estepas frías, donde los cortos veranos apenas crecía vegetación alguna, les brindaban menos oportunidades que a sus predecesores para lograr un complemento de alimentación suficiente recogiendo plantas silvestres. Aumentó la importancia del hombre en su calidad de cazador, y éste hizo frente a la nueva situación mejorando armas y métodos de caza, cazando más que nunca y colectivamente y, sobre todo, dedicándose a la magia.

Su conversión a las nuevas creencias se debió, pues, a que su pro-

blema primordial era el de la caza, de la que se preocupaban ahora en grado mucho mayor que los hombres de épocas anteriores. Vivían de la carne de los animales, pero éstos eran al propio tiempo poderosos adversarios que podían defenderse, y lo hacían, o escapárseles. De ahí ese sentimiento de interdependencia entre hombres y bestias, de un "paralelismo zoológico-humano". Las pantomimas y las danzas que desde tiempos inmemoriales celebraban sus predecesores, en las que los cazadores, a menudo disfrazados de animales e imitando los gritos y los movimientos de éstos, adquirieron gradualmente un significado enteramente nuevo. Creían, en efecto, que si querían apropiarse de las fuerzas ocultas que les permitirían dominar mágicamente la caza, les era indispensable metamorfosearse en bestias, confundirse ritualmente con ellas. En otras palabras, el parecido con la futura víctima constituía para ellos la clave del éxito.

No debe, pues, sorprender que el arte, que es el instrumento más eficaz para crear semejanzas, fuera inmediatamente puesto al servicio de las nuevas creencias. El arte no fue producto de la magia, pero inspirándose en ella alcanzó un desarrollo considerable. A la estrecha relación entre el arte y la magia debemos agradecer tan gran cantidad de obras sobre las prácticas mágicas de los cazadores paleolíticos, hasta el punto que casi parecería que la religión de aquellos tiempos estaba completamente dominada por la magia.

Es verdad que las creencias mágicas tenían adeptos en numerosas tribus de la época y que se difundieron por vastos territorios. Ellas fueron la causa de que los "cazadores-artistas" adornaran con grabados o esculturas de representaciones de los animales, a cuya caza se dedicaban, sus armas y útiles para conferirles fuerzas ocultas que los hicieran más eficaces, o para utilizarlos como objetos mágicos en las ceremonias rituales. Estas mismas creencias los impulsarían a penetrar en los lugares más profundos e inaccesibles de las grutas, donde a veces era muy peligroso aventurarse, para cubrir las paredes de grabados o pinturas que reproducían las imágenes de esos mismos animales, o bien moldeaban en arcilla estatuas pequeñas o grandes que los representaban. Delante de tales figuraciones, a la luz misteriosa y vacilante de antorchas o de lámparas de aceite, simulaban escenas de caza o se entregaban a danzas macabras, acompañando probablemente con cantos las invocaciones al son de instrumentos musicales rudimentarios. Parece que también se celebraban ceremonias de iniciación en el fondo de ciertas cavernas.

Jamás se salía de caza sin previos preparativos mágicos, que eran

relativamente simples cuando se trataba de un cazador aislado, pero más complejos y solemnes cuando se emprendían en grupos expediciones lejanas o peligrosas. En muchos casos tomaba parte toda la tribu en tales manifestaciones. Algunas cuevas, cuyas obras de arte son más abundantes y situadas a mayor altura que en otras partes, eran seguramente verdaderos santuarios tribales. Es de suponer que cada tribu tendría su propio hechicero, que era al propio tiempo el gran artista, y que éste dirigiría las ceremonias.

Las prácticas mágicas influenciaron además otras actividades de la vida, y a juzgar por las numerosas figuraciones de carácter sexual, desempeñaron un gran papel en la esfera de la procreación. No se trata de objetos obscenos producto de un mero erotismo exacerbado, sino que deben ser considerados como la expresión de una aspiración mucho más fundamental: la fecundidad humana. A menudo también, con la realización ritual de la coyunda, o figurando el acto con imágenes simbólicas, o incluso limitándose a pintar los órganos genitales, pretendían los cazadores lograr la multiplicación de la caza que diezmaba, en primer lugar, por las cacerías y también por los animales carniceros, las inclemencias del tiempo o las epizootias.

A pesar de toda la elocuencia de semejante derroche de obras de arte, no vaya a creerse que la visión del mundo de aquellos hombres era exclusivamente mágica. Es cierto que su religión era muy distinta de la de los cazadores de osos cavernarios del paleolítico inferior. Contando con sus propias fuerzas, parecen convencidos de que gracias a determinados ritos y por medio de acciones ocultas ejercidas a distancia, podrían conseguir lo que sus predecesores y también algunos de sus contemporáneos, procuraban obtener de una divinidad favorecedora de los cazadores, a la que se ofrecían sacrificios. Sin embargo, como hemos visto, incluso en las regiones del arte de la edad glaciar se llevan realizados algunos descubrimientos que tienen el sello inequívoco de ofrendas. Entra en lo posible que no siempre se haya logrado identificar como tales descubrimientos similares. Las figuraciones de los llamados "hechiceros" — como, por ejemplo, la del "gran hechicero" de la cueva de *Trois Frères* — constituyen la principal evidencia de que los hombres del paleolítico superior creían en espíritus personificadores de la fuerza mágica. Quizá los grandes hechiceros tribales, famosos por sus éxitos en el oficio, fueran elevados, después de su muerte, a la categoría de depositarios y otorgadores divinos de los poderes ocultos. Aunque posiblemente se trate de otra forma de la antigua creencia de la divinidad de la caza, en cuyo caso a los hechiceros tribales se les consideraría enton-

ces únicamente como representantes del señor primordial y divino de la magia, como mediadores de su poder. Esta interpretación parece encajar perfectamente en el caso de *Trois Frères,* donde la figuración del gran hechicero destaca entre una cohorte de animales, a los que parece dominar. El hecho de reunir en sí los atributos que caracterizan a diversas especies zoológicas lo acreditan como señor de los animales. La danza ritual a la que se entrega simboliza el poder que sobre ellos ejerce. Hasta su imagen que está oculta en una especie de púlpito puede solamente llegarse a través de un corredor angosto que se eleva en espiral. El hechicero de la tribu debía de sentarse en aquel sitio de honor, y desde allí, bajo la protección del espíritu del (divino) gran hechicero primordial, se entregaba a los ritos de destrucción o de multiplicación de la caza, mientras que a sus pies, deslumbrados por las antorchas, los viejos de la tribu o los mejores cazadores asistían emocionados a la escena. Semejantes figuraciones ponen de manifiesto creencias religiosas que siempre estuvieron presentes en la espiritualidad y en la magia de los cazadores-artistas. Es, pues, posible que las prácticas rituales de aquellos hombres, generalmente consideradas como puramente mágicas, fuesen, en realidad, como las de los pueblos etnológicos cazadores modernos, esto es: auténticamente religiosas.

Las prácticas religiosas de los pueblos del paleolítico superior distaban mucho de ser uniformes. Tenemos una prueba de ello en el otro culto practicado sobre todo por los cazadores del auriñaciense y del que se descubrieron vestigios en el inmenso territorio comprendido entre los Pirineos y Siberia. El elemento principal de este culto lo constituían esas curiosas figuraciones de mujeres, generalmente esculturas de tamaño reducido, que se han encontrado en los restos de chozas de tierra de los cazadores de mamut del este, por las paredes y con indicios evidentes de que eran objeto de veneración. Los cazadores adorarían en ellas a los primeros antepasados míticos, que eran los espíritus tutelares del hogar, daban suerte a los cazadores, bendecían las uniones y protegían a las familias y a las tribus.

Las tradiciones de los cazadores del paleolítico superior persistieron en el mesolítico solamente entre los cazadores de renos del norte de Europa. Así vemos todavía que esos cazadores, como sus predecesores que vivieron miles de años antes que ellos, inauguraban la temporada de caza ofreciendo a una divinidad jóvenes animales hembras que inmergían en lagos o estanques. Se dirigían asimismo a la misma divinidad para que les atendiera en sus necesidades de la vida cotidiana, y a este fin arrojaban al agua algunos de sus efectos personales. En deter-

minadas circunstancias, quizás con ocasión de festivales anuales de la tribu, le hacían ofrendas de otra clase. Sacrificaban un ciervo viejo y gordo, seguramente se comían la carne y luego colocaban el cráneo con la cornamenta encima del "poste del culto", que, según se vio, erigían junto a los estanques donde inmergían las ofrendas. El hecho de que los cráneos descubiertos no hubieran sido fracturados podría dar a entender que se trataba quizá de una supervivencia de la práctica de las ofrendas de cabezas o cráneos de animales, cuyos primeros ejemplos remontan al paleolítico inferior. Algunos grupos de cazadores de renos erigían la imagen de su dios en el medio del estanque mismo, en forma de un poste que sobresalía del agua y en cuya parte superior figuraba un ser antropomorfo someramente esculpido. Alrededor de este ídolo plantaban en el suelo otras estacas entalladas de las que suspendían ofrendas.

En el resto de Europa, una vez extinguida o emigrada la fauna de los tiempos glaciares, los hombres del mesolítico pasaron por momentos difíciles, a duras penas subsistiendo con el escaso producto de la caza y de la pesca, y como religión practicaban sobre todo un culto a los muertos y a los antepasados. Trazaban figuras esquemáticas de antepasados en las rocas (pinturas rupestres del sur de España), los pintaban en cantos rodados (guijarros de Mas d'Azil), tal vez convencidos de que de este modo podían ponerse en comunicación con sus muertos para asegurarse su protección y ayuda. Una creencia similar parece haber impelido a los cazadores mesolíticos del sur de Alemania a dedicarse a la caza de cabezas, para así apropiarse los servicios del espíritu de sus víctimas.

En el período siguiente, el neolítico, la antigua religión de los cazadores perduró solamente en el extremo norte, donde los cazadores escogían parajes apartados y desiertos a orillas de ríos o lagos para adorar a la divinidad o al genio que imperaba sobre los animales. Grababan o pintaban, sobre vastas superficies graníticas pulidas por los hielos, a su caza preferida, en particular el reno y el alce. No parece que esas enormes pinturas rupestres, a veces de tamaño superior al natural, tuvieran ningún significado mágico, sino que corresponden, antes bien, a una especie de lenguaje pictórico. Los cazadores se servían de ellas para pedir a su manera a la divinidad que moraba en las aguas que favoreciera sus partidas de caza, y seguramente reforzaban con ofrendas sus demandas. En algunos casos escogían islotes poco menos que inaccesibles en medio de pantanos, y allí se reunían los cazadores para congraciarse con el genio de la caza presentándole ofrendas comestibles.

Sin embargo, a juzgar por la evidencia suministrada por algunas pin-

turas rupestres y por microesculturas, la creencia en un dios o en un genio de la caza corría parejas con ciertas prácticas mágicas. Armas y herramientas decoradas con cabezas de animales, así como numerosas esculturas zoomorfas perforadas dan pie para suponer que quizá formasen parte del equipo utilizado por los chamanes en sus ritos mágicos.

La civilización y la religión de los cazadores árticos prehistóricos duraron hasta bien entrado el período de la protohistoria, habiéndose incluso conservado hasta nuestros días en ciertas regiones eurásicas del norte.

3. La religión de los agricultores

Con la aparición de los agricultores neolíticos varió completamente el panorama religioso. Aquellos hombres deseaban ante todo que las plantas que habían sembrado crecieran y fructificasen, y lo más importante para ellos era la tierra y el cielo, el sol, la lluvia y el viento.

Poco sabemos de cuáles eran las creencias de las primeras civilizaciones agrícolas, pero existen testimonios tan numerosos como variados de la vida religiosa de los labradores que vivieron en diversas regiones de Europa en pleno neolítico y a finales de este período. Muchos de estos documentos son signos, símbolos y figuras estilizadas, todo ello relacionado seguramente con un culto muy extendido del cielo y del sol. En algún período del neolítico empezaron a utilizarse figuraciones de esta clase como meros adornos en cerámicas, pero, con anterioridad, todo el mundo debía estar al corriente de su significado religioso, y si nada ha subsistido que contenga los primitivos signos, es porque debieron de ser trazados en materiales poco resistentes y, por ende, perecederos. En todo caso, de todo ello se infiere que la característica simbólica de los agricultores europeos prehistóricos tuvo sus origenes a principios del neolítico – aun cuando los hallazgos no arrojen mucha luz sobre este período determinado – y, por consiguiente, aquellos labriegos primitivos, como los que les sucedieron, adoraban el cielo, probablemente bajo la forma de una divinidad que era al propio tiempo el dios del sol y el rayo.

Es todavía más probable que de la primitiva religión de los agricultores formara también parte el culto de los antepasados y del espíritu de los muertos. Esta suposición se basa en el gran papel que este culto había desempeñado ya en el mesolítico y de su todavía mayor difusión hacia finales del neolítico. En todo caso las pinturas rupestres esquematizadas del sur de la Península Ibérica ponen de relieve su continuidad.

Las prácticas religiosas de los agricultores del neolítico medio y tardío varían considerablemente según las regiones. Así, por ejemplo, las del sudeste de Europa, en lo que se conoce por región danubiana, acusan grandes influencias de sus contemporáneos del Asia Menor, de donde procede, sobre todo, el culto y la efigie de la diosa de la fecundidad, la *Magna Mater*, diosa oriental de la tierra. Todos los campesinos danubianos guardaban en sus cabañas una estatuilla de la diosa, en general groseramente modelada por ellos mismos, que aseguraba a sus ojos la fertilidad de los campos, la fecundidad del ganado y la prosperidad del hogar, y veneraban su imagen adornada ante la cual depositaban seguramente ofrendas. Es de suponer que no solamente adoraban estos pequeños ídolos particulares, sino también verdaderas estatuas en los santuarios regionales o tribales donde se reunían para celebrar solemnemente, en ocasión de ciertas fiestas anuales, el culto de la diosa. Quizá sacaban estas estatuas en procesión por los campos, les dedicaban ofrendas, les dirigían plegarias y ante ellas se entregaban a danzas rituales para mejor implorar su bendición. De estas estatuas de gran tamaño no ha quedado el menor rastro, seguramente por el material de que estaban hechas, ni nada subsiste tampoco de los santuarios que seguramente estaban al aire libre y descubiertos.

Junto a la diosa de la fecundidad, los agricultores danubianos adoraban asimismo a su consorte masculino, al cual, al igual que sus contemporáneos de Oriente, se representaba en forma de toro. Era éste un culto secundario, menos importante, pues, que el de la gran diosa, pero comportaba ritos fálicos y excesos sexuales, orgías religiosas y ceremonias nupciales, en las que, bajo el signo del apareamiento, los figurantes que representaban a las dos divinidades, y quizá también la multitud exaltada, se esforzaban por lograr la fertilidad del suelo, así como la fecundidad de los hombres y del ganado. Algunos de estos ritos de las religiones agrarias prehistóricas sobrevivieron largo tiempo y todavía queda rastro de ellos en las costumbres rurales de ciertas regiones europeas.

El culto de la gran diosa se extendió también por la cuenca del Mediterráneo, donde se descubrieron estatuas suyas en los santuarios de piedra de las islas de Malta y de Gozo, tan sólidamente construidos que ni los milenios han podido con ellos.

En el oeste de Europa los agricultores neolíticos desarrollaron aspectos nuevos y espléndidos del antiguo culto de los espíritus de los muertos y de los antepasados, siendo buena prueba de ello los dólmenes, los menhires y los cromlechs. La Península Ibérica constituyó el

foco desde donde, después de su aparición, se difundió el culto en su nueva forma hacia el norte del continente y por la cuenca mediterránea con la incontenible fuerza de expansión de las religiones universales. Al propio tiempo tuvo lugar un resurgimiento del arte rupestre español con sus figuraciones esquemáticas de los antepasados.

El enorme esfuerzo que aquellos hombres malgastaron en honor de sus muertos, no era solamente porque se interesaban por su bienestar en el otro mundo, sino también porque estaban convencidos de que los muertos ejercían alguna especie de poder sobre los vivos y sobre las fuerzas de la naturaleza.

Edificaban para los muertos magníficas estructuras de piedra, mucho mejores, sin comparación, que las viviendas destinadas a los vivos. Procuraban, ante todo, fijar sus almas o sus espíritus con esquemas de antepasados que trazaban en rocas situadas en parajes desiertos, en losas sepulcrales, y por medio de las "sedes" o "tronos de almas" que eran los menhires, las estelas y los ídolos. Los lugares en que se encontraban las pinturas rupestres eran, lo mismo que los dólmenes, santuarios donde se oraba a los muertos y donde se les hacían ofrendas para implorar su ayuda y protección.

Los campesinos de Bretaña y de Inglaterra erigieron a sus muertos santuarios todavía más vastos y magníficos, o sea los grandes cromlechs y, sobre todo, los gigantescos alineamientos de menhires, por cuyas avenidas podían desfilar multitudes inmensas. En Malta y en Gozo el culto de los muertos parece haber evolucionado hacia una religión de las potencias subterráneas, de las divinidades ctonianas. Edificaron verdaderos templos donde la población de las islas acudía en ocasión de ceremonias solemnes, en el curso de las cuales se depositaban ofrendas de clases diversas y se consultaba a los oráculos. En un momento dado adoptaron el culto de la *Magna mater* oriental, que dio nuevo impulso a su religión. Como era la diosa de la tierra, existía cierta relación entre ella y las divinidades subterráneas, y debió de ser considerada como protectora de los desaparecidos. Bajo este aspecto se introdujo su culto en el oeste de Europa.

Los agricultores de las regiones occidentales y septentrionales del continente europeo no solamente adoraban a los antepasados y a los espíritus de los muertos, sino también al dios del cielo, del sol y del rayo; a menudo sus símbolos diversos aparecen juntos a los de los antepasados, tanto en las rocas pintadas de la Península Ibérica como en muchas tumbas megalíticas. Es probable que los grandes alineamientos de menhires de Bretaña y las vastas estructuras de planta circular de Inglaterra,

la más famosa de las cuales es *Stonehenge*, estuvieran no solamente consagradas al culto de los muertos, sino también al dios del cielo y del sol.

Los labriegos le pedían a este dios ante todo que hiciera crecer las plantas y concediera tiempo favorable y buenas cosechas. En las rocas pintadas ibéricas el dios del cielo o del sol aparece a veces bajo la forma de demonio de la fecundidad o de dios de las cosechas, y los campesinos se reunían probablemente ante tales rocas, adornadas con figuraciones o símbolos, para agradecerle los favores recibidos. Los del norte de Europa, una vez terminada la cosecha, solían ofrecer a la divinidad, en prueba de agradecimiento, las segaderas o las hachas de piedra usadas que enterraban en los campos. Los neolíticos ya celebraban seguramente festejos anuales amenizados con danzas y juegos rituales, cuya tradición no se ha extinguido todavía entre los habitantes del campo.

En el umbral de la historia

La detallada exposición de la religión neolítica nos ha llevado más de una vez a franquear los límites de la Edad de Piedra y a ocuparnos de la Edad de los Metales, cuando en el período de transición la historia se superpone a la historia. Entonces aparecen cada vez con más frecuencia, y más claramente que antes, formas de culto casi idénticas a las de los principios de los tiempos históricos. Las divinidades objeto de tales cultos carecen aún de nombre. Así como encontramos ya a los pueblos que más tarde se llamarán celtas, germanos o ilirios, del mismo modo existen ya sus dioses, cuyo nombre nos dará a conocer poco después la historia. Las peculiaridades religiosas de este período de transición no tienen cabida en el presente estudio, pues no pertenecen a la prehistoria, sino que ya entran de lleno en la verdadera historia.

BIBLIOGRAFÍA

ALMGREN, O.: Nordische Felsenzeichnungen als als religiöse Urkunden. Frankfurt a. M. 1934.

ARBMAN, H.: En halländsk offerplats fran äldre järnaldern. Var bygd 27 (1942) 57-61.

BÄCHLER, E.: Das alpine Paläolithikum der Schweiz. Basilea 1940.

BANDI, H.-G.: MARINGER, J.: Kunst der Eiszeit. Basilea 1952. L'Art préhistorique.

BARANDIARÁN, J. M. DE: Huellas de artes y religiones antiguas del Pirineo Vasco. Vitoria 1935.

BAROCELLI, P.: Le manifestazioni religiose nella preistoria. (N. TURCHI, Le Religioni del mondo) Roma (o. J.) 49-71.

BÉGOUEN, H.: The magic origin of prehistoric art. Antiquity 1929, 5-19.
Les grottes de Montesquieux-Avantès (Ariège): Tuc d'Audoubert, Enlène, Les Trois-Frères. Toulouse 1936.
Les bases magiques de l'art préhistorien. Scientia 33 (1939) 202-216.
La Mentalité spiritualiste des premiers hommes. Paris 1945.
Pierres gravées. Quartär 6 (1954) 136-138.

BENINGER, E.: Die Leichenzerstückelung als vor- und frühgeschichtliche Bestattungssitte. Anthropos 26 (1931) 769-781.

BLANC, A. C.: I Paleantropi di Saccopastore e del Circeo. Quartär 4 (1942) 1-37.
Il sacro presso i primitivi. Roma 1945.

BOCCASSINO, R.: La Religione dei primitivi. (Storia delle Religioni) I, 1954. 35-164.

BOUYSSONIE, A.: La religion des temps préhistoriques. (J. HUBY, Christus, Manuel d'histoire des religions) Paris 1944, 48-75.

BOUYSSONIE, J.: Les sépultures moustériennes. Quatternaria 1 (1954) 107 a 116.

BREUIL, H.: Le gisement quaternaire d'Offnet (Bavarière) et la sépulture mésolithique. L'Anthropologie 20 (1909) 207-209.
Sociologie préhistorique (Les origines de la société). Paris 1931.
Le gisement à Sinanthropus de Chou-Kou-Tien (Chine) et ses vestiges de feu et d'industrie. Anthropos 27 (1932) 1-8.
Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule ibérique. Lagny 1933/35.
Pratiques religieuses chez les humanités quaternaires. Scienza e Civiltà 3 (1951) 45-75.

Quatre cents siècles d'art pariétal. Montignac 1952.
Four Hundred Centuries of Cave Art. Montignac 1952.
BREUIL, H.; BURKITT, M. C.; POLLOCK, M.: Rock paintings of Southern Andalusia. Oxford 1929.
BREUIL, H.; LANTIER, R.: Les hommes de la Pierre ancienne. Paris 1951.
BREUIL, H.; OBERMAIER, H.: The cave of Altamira. Madrid 1935.
BROGGER, A. W.: Die arktischen Felsenzeichnungen und Malereien in Norwegen. Ipek 1931, 11-24.
BURSCH, F. C.: Psychologie en Praehistorie. Ned. Tijdschr. Psychol. Grensgebieden. Nieuwe Reeks 4 (1949) 298-318.
De Westerse mens ontdekt zijn wereld. Leiden 1951.
Ethnologie und Vorgeschichte. Saeculum 5 (1953) 292-303.
CARVALLO, J.: Caverne de "las Monedas" au Monte-Castillo (Puente Viesgo). Bull. Soc. Préh. de l'Ariège 8 (1953) 69-74.
CLEMEN, C.: Religionsgeschichte Europas. Heidelberg 1926.
Urgeschichtliche Religion: Die Religion der Stein-, Bronze- und Eisenzeit. Bonn 1932/33.
CLOSS, A.: Das Versenkopfer. Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik 9 (1952) 68-70.
COGNI, G.: Il cannibalismo. Turin 1949.
COOK, A.-B.: Les galets peints du Mas d'Azil. L'Anthropologie 14 (1903) 655-660.
DUMITRESCU, V.: L'art préhistorique en Roumanie. Bucarest 1937.
EBERT, M.: Die Anfänge des europäischen Totenkultes. Prähistorische Zeitschrift 13/14 (1921/22) 1-19.
Reallexikon der Vorgeschichte. 15 tomo. Berlin 1924/32.
EHRENBERG, K.: 30 Jahre paläobiologischer Forschung in österreichischen Höhlen. Quartär 5 (1951) 93-108.
Die paläontologische, prähistorische und paläo-ethnologische Bedeutung der Salzofenhöhle im Lichte der letzten Forschungen. Quartär 6 (1954) 19-58.
ENGELSTAD, E. S.: Ostnorske ristninger og malinger av den arktiske gruppe. Oslo 1934.
FRANZ, L.: Religion und Kunst der Vorzeit. Praga.
GAHS, A.: Kopf-, Schädel- und Langknochenopfer bei Rentiervölkern. (Festschrift P. W. Schmidt) Viena 1928, 231-268.
GIGLIOLÌ, E. H.: Ossa umane portate come ricordi. Arch. per la Antropologia 18 (1888) 201-203.
GIMBUTAS, M.: Battle Axe or Cult Axe? Man 53 (1953) 51-54.
GJESSING, G.: Nordenfjelske ristninger og malinger av arktiske gruppe. Oslo 1936.
Arktis og norskandinavisk i Nord-Norges yngre steinalder. Viking 1941.
GLORY, A.; ROBERT, R.: Le culte des crânes humains aux époques préhistoriques. Bull. Soc. Anthr. de Paris 8 (1948) 114-133.
GOLOMSHTOK, E. A.: The Old Stone Age in European Russia. Filadelfia 1938.
GREENAWAY, R.: Stonehenge and Midsummer. Man 53 (1953) 195-196.
HALLOWELL, A. J.: Bear Ceremonialism in the Northern Hemisphere. American Anthropologist 28 (1926) 1-175.

HALLSTRÖM, G.: Nordeuropäische Felskunst und Entwicklungsprobleme. Ipek 1936/37, 50-61.
Monumental Art in Northern Europe. Vol. I. Estocolmo 1938.
HANCAR, F.: Zum Problem der Venusstatuetten im eurasischen Jungpaläolithikum. Prähistorische Zeitschrift 30/31 (1939/40) 85-156.
Probleme der jüngeren Altsteinzeit Osteuropas. Quartär 4 (1942) 125 bis 186.
Umweltkrise und schöpferische Tat in schriftloser Urzeit. Saeculum 1 (1950) 124-136.
HATTO, A. T.: Stonehenge and Midsummer: A new interpretation. Man 53 (1953) 101-106.
HÖRMANN, K.: Die Petershöle bei Velden in Mittelfranken, eine altpaläolitische Station. Nuremberg 1933.
HUTH, O.: Märchen und Megalithreligion. Paideuma 5 (1950) 12-22.
JENSEN, A. E.: Das religiöse Weltbild einer frühen Kultur. Stuttgart 1950.
Mythos, Mensch und Umwelt. Bamberg 1950.
Mythos und Kult bei Naturvölkern. Wiesbaden 1951.
KERN, F.: Die Weltanschauung der eiszeitlichen Europäer. Archiv für Kulturgeschichte 16 (1926) 273-299.
Der Beginn der Weltgeschichte. Bern 1953.
KIRCHNER, H.: Ein archäologischer Beitrag zur Urgeschichte des Schamanismus. Anthropos 47 (1952) 244-286.
KÖNIG, M.: Das Weltbild des eiszeitlichen Menschen. Marburg 1954.
KOPPERS, W.: Der Bärenkult in ethnologischer und prähistorischer Beleuchtung. Palaeobiologica 5 (1933) 47-64.
Künstlicher Zahnschliff am Bären im Altpaläolithikum und bei den Ainu auf Sachalin. Quartär 1 (1938) 97-103.
Der Urmensch und sein Weltbild. Wien 1949.
Primitive Man and his World Picture. Londres-New York 1952.
Der historische Gedanke in Ethnologie und Prähistorie. Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik 9 (1952) 11-65.
Zusammenarbeit von Ethnologie und Prähistorie. Zeitschr. f. Ethnologie 78 (1953) 1-16.
KRAFT, G.: Der Urmensch als Schöpfer. Berlin 1942.
KRENN, K.: Schädelbecher. Sudeta 5 (1929) 73-122.
KÜHN, H.: Kunst und Kultur der Vorzeit Europas: Das Paläolithikum. Berlin 1929.
Menschendarstellungen im Paläolithikum. Zeitschr. f. Rassenkunde 4 (1936) 225-237.
Das Problem des Urmonotheismus. Abh. d. Akad. d. Wissensch. u. d. Lit. Wiesbaden 1952.
Die Felsbilder Europas. Stuttgart 1952.
Das Erwachen der Menschheit. Frankfurt a. M.-Hamburgo 1954.
LAGUNA, F. DE: Peintures rupestres Eskimo. Journ. de la Soc. des Américanistes 1933, 17-30.
LEHMANN, F. R.: Die Religionsgeschichte des Paläolithikums und die Völkerkunde. Archiv für Religionswissenschaft 35 (1938) 288-306.
LEISNER, G.: Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Berlin 1943.

LEMOZI, A.: La grotte-temple du Pech-Merle. Paris 1929.
LUQUET, G.-H.: L'art et la religion des hommes fossiles. Paris 1926.
MAINAGE, T.: Les religions de la Préhistoire: L'age paléolithique. Paris 1921.
MARINGER, J.: Menschenopfer im Bestattungsbrauch Alteuropas. Anthropos 37/38 (1942/43) 1-112.
De Godsdienst der Praehistorie. Roermond 1952.
MARINGER, J.; BANDI, H.-G.: Arte Prehistórico. Basilea-Nueva York 1952.
Art in the Ice Age. Londres-Nueva York 1953.
MARQUEZ, M. F.: El sentimiento religioso en el arte prehistórico. La Plata 1930.
MARTIN, H.: La frise sculptée et l'atelier solutréen du Roc (Charente). Paris 1928.
MENGHIN, O.: Der Nachweis des Opfers im Altpaläolithikum. Wiener Prähistorische Zeitschrift 13 (1926) 14-19.
Weltgeschichte der Steinzeit. Viena 1940.
MEULI, K.: Griechische Opferbräuche. (Festschrift P. v. d. Mühll) Basilea 1945, 185-288.
MOLLISON, T.: Zeichen gewaltsamer Verletzungen an den Ofnet-Schädeln. Antropologischer Anzeiger 13 (1936) 79-88.
MONTANDON, G.: Il cranio come trofeo. Enciclopedia Italiana 11 (1931) 792.
MORTILLET, P. DE: Origine du culte des morts. Paris 1914.
MOSSO, A.: Femori umane usati come collane e amuletti. Atti A. Acc. Science. Turín 42 (1907) 1151.
MOVIUS, H. L., Jr.: El arte mobiliar de Perigordiense superior de la Colombière (Ain). Ampurias 14 (1952) 1-36.
The Mousterien Cave of Teshik-Tash, Southeastern Uzbekistan, Central Asia. American School of Prehistoric Research, Bull. 17 (1953) 11-71.
NARR, K. J.: Streiflichter ins Geistesleben des jungpaläolithischen Europa. La Nouvelle Clio 4 (1952) 1-36.
Menschwerdung und älteste Kultur. La Nouvelle Clio 5 (1953) 341-355.
Nordasiatisch-europäische Urzeit in archäologischer und völkerkundlicher Sicht. Studium Generale 7 (1954) 193-201.
NORDMAN, C. A.: Die steinzeitlichen Tierskulpturen Finnlands. Ipek 1936/37, 36-49.
OBERMAIER, H.: Zur Psychologie des Eiszeitmenschen. Der Aar 1 (1910) 1-18.
Trampas cuaternarias para espíritus malignos. Boletín R. Soc. Española Hist. Nat. 18 (1918) 162-169.
Fossil Man in Spain. New Haven 1924.
El dolmen de Soto (Trigueros, Huelva). Boletín Soc. Española de Excursiones 32 (1924) 1-37.
Urgeschichte der Menschheit. Freiburg i. Br. 1931.
OBERMAIER, H.; BELLIDO, A. G.: El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad. Madrid 1944.
PERICOT, G. L.: La Cueva del Parpalló (Gandía). Madrid 1942.
POHLHAUSEN, H.: Zum Motiv der Rentierversenkung der Hamburger und Ahrensburger Stufe des niederdeutschen Flachlandmagdalénien. Anthropos 48 (1953) 987-990.
PORCAR, J. B.; OBERMAIER, H.; BREUIL, H.: Las pinturas rupestres de la cueva Remigia (Castellón). Madrid 1936.

QUIRING, H.: Steinzeitende und Weltanschauungswandel. Forschungen und Fortschritte 24 (1948) 54-56.

RANDONIKAS, W. I.: Les gravures rupestres des bords du lac Onega et de la mer Blanche. Paris-Moscú 1936/38.

REINACH, S.: L'art et la magie. L'Anthropologie 14 (1903) 257-266.

RICHTER, R.: Paläolithische Sexualdarstellungen und ihre Bedeutung für die Geschichte der Sexualforschung. Quartär 6 (1954) 77-84.

RICHTHOFEN, B. VON: Zur religionsgeschichtlichen Auswertung vorgeschichtlicher Altertümer. Mittl. d. Anthropol. Ges. in Viena 62 (1932) 110-144.

RÖDER, J.: Pfahl und Menhir. Neuwied 1949.

RUST, A.: Das altsteinzeitliche Rentierjägerlager Meiendorf. Neumünster 1937.
Die alt- und mittelsteinzeitlichen Funde von Stellmoor. Neumünster 1943.

SACCASY-DELLA SANTA, E.: Les figures humaines du Paléolithique supérieur eurasiatique. Amberes 1947.

SANTESSON, O. B.: Magiska skifferredskap fran Norrlands stenalder. Estocolmo 1941.

SARASIN, F.: Les galets coloriés de la grotte de Birseck près Bâle. Congr. Int. d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique, Ginebra 1912, t. I, 566-571.
Die steinzeitlichen Stationen des Birstales zwischen asel und Delsberg. Basel 1918.

SAUTER, M.: Préhistoire de la Mediterrannée. Paris 1948.

SCHMIDT, R. R.: Der Geist der Vorzeit. Berlin 1934.

SCHMIDT, W.: Handbuch der vergleichenden Religionsgeschichte. Münster 1950.
Remarques sur le fait qu'on n'a trouvé que des crânes et des mandibules du Sinanthropos. Anthropos 27 (1932) 9-10.
Völkerkunde und Urgeschichte in gemeinsamer Arbeit an der Aufhellung ältester Menschheitsgeschichte. Berna 1942.
Die älteste Opferstelle des altpaläolithischen Menschen in den Schweizer Alpen. Acta della Pontificia Academia Scientiarum 6 (1942) 269-272.
Das Primitialopfer in der Urkultur. (Festschrift Emil Bächler) St. Gallen 1948, 81-92.
Der älteste Mensch und seine Sprache. (Festschrift Otto Kleinschmidt) Wittenberg 1950, 379-386.

SCHWANTES, G.: Die Vorgeschichte Schleswig-Holsteins. Neumünster 1939.

TALVE, I.: Votivfisk och fiskellycka. Ett bidrag till nordeuropeisk Votivforsking. Svio-Estonica (Lund) 10 (1951) 3-49.

TRAUWITZ-HELLWIG, J. VON: Urmensch und Totenglaube. Munich 1929.

TROMBE, F.: Une scène de chasse inédite de la grotte de Ganties, Montespan (Haute-Garonne): La Nature 1927, 306-307.

TROMBE, F.; DUBUC, G.: Le centre préhistorique de Ganties-Montespan. Paris 1947.

TSCHUMI, O.: Ganz- und Teilbestattung in der Urzeit. Arch. d. Julius-Klaus-Stiftung 24 (1949) 609-615.

VINACCIA, G.: Les signes d'obscure signification dans l'art paléolithique. L'Anthropologie 36 (1926) 41-46.

VIOLLIER, D.: Essai sur les ries funéraires en Suisse des origines à la conquête romaine. Paris 1911.

WERNERT, P.: L'anthropophagie rituelle et la chasse aux têtes aux époques actuelle et paléolithique. L'Anthropologie 46 (1936) 33-43.
Le rôle du feu dans les rites funéraires des hommes fossiles. Revue générale des Sciences. Paris 1937.
Culte des crânes. Représentation des esprits des défunts et des ancêtres. Signification des cavernes d'art paléolithique. (L'histoire générale des religions) Paris 1948, 51-102.
Les religions de la Préhistoire. (H. BRILLAND y R. AIGRAIN, Historie des religions I) Paris 1953, 137-162.
WÖLFEL, J. D.: Die Religionen des vorindogermanischen Europa. (Franz KÖNIG, Christus und die Religionen der Erde I) Viena 1952, 161-537).
ZAMMIT, T.: Prehistoric Malta. Londres 1930.
ZOTZ, L. F.: Altsteinzeitlicher Bärenkult in den Sudeten. Altschlesische Blätter 12 (1937) 4-7.
Die Altsteinzeit in Niederschlesien. Leipzig 1939.
Altsteinzeitkunde Mitteleuropas. Stuttgart 1951.

ÍNDICE DE NOMBRES

INDICE DE LAMINAS EN COLOR

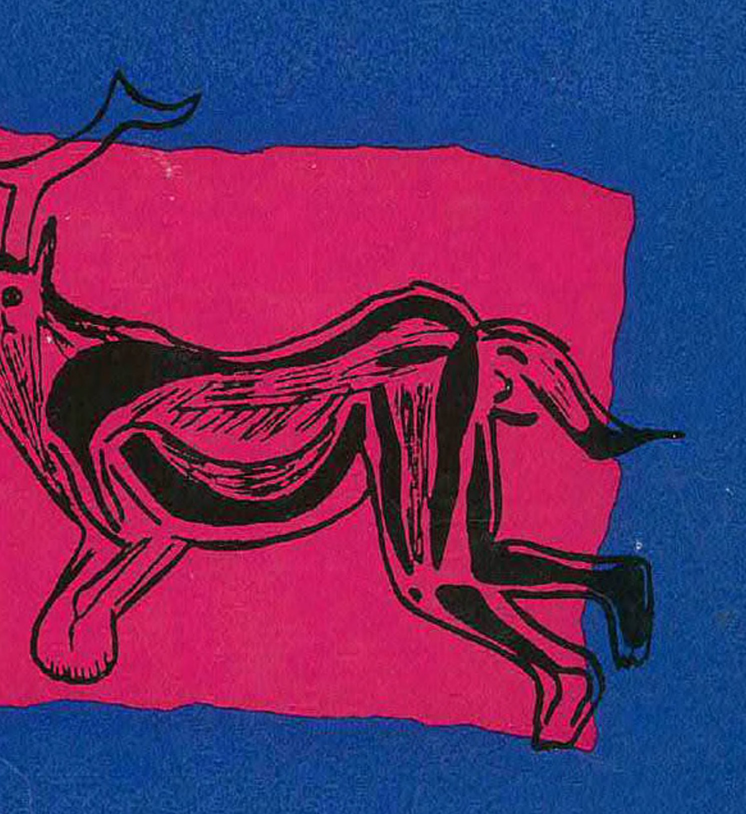
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES FUERA DE TEXTO

INDICE DE ILUSTRACIONES DENTRO DE TEXTO

ÍNDICE DE MATERIAS

Maringer

Los dioses
de la Prehistoria



Ediciones Destino

